

César Millán
con Melissa Jo Peltier

Número 1
en listas del
New York
Times

El líder de la manada

Adiestra a tu perro
Renueva tu vida



Lectulandia

Si ya leíste *El encantador de perros* y conoces mejor a tu mascota, ha llegado el momento de que te conviertas en el líder de la manada. ¿Cómo saber si tu perro es inestable? ¿Cómo diferenciar entre su carácter y las señales de un comportamiento voluble? ¿Se vuelve agresivo tu perro durante un paseo o en el parque, aúlla durante horas cuando estás fuera de casa o corre de un lado para otro compulsivamente?

Del autor del número uno en ventas *El encantador de perros* llega una nueva guía que te permitirá desarrollar las habilidades necesarias para convertirte en el sólido líder de la manada que tu mascota necesita para disfrutar de una vida plena y equilibrada. El camino necesario para conseguir que tu perro y tú seáis los mejores. Utiliza el método de César Millán y cambia tu vida y la de tu perro.

Lectulandia

César Millán & Melissa Jo Peltier

El líder de la manada

ePUB v1.1

Elle518 18.11.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *Be the Pack Leader*
Traducción: Ana Isabel Robleda
César Millán & Melissa Jo Peltier, 2007.

Dedicado a mi esposa, Ilusión, inspiración y fuente de mi liderazgo

y

a vosotros, lectores, porque creo sinceramente que si somos capaces de cambiar nuestra propia vida y llegar a ser los líderes de la manada que necesitan nuestros perros, nuestras familias y nosotros mismos, entonces podremos cambiar el mundo.

Agradecimientos

En mi último libro, *El encantador de perros*, di las gracias a mi familia, a las personas que fueron mis modelos a seguir y a toda la gente que me había ayudado en el increíble viaje que fue llegar a ser «el encantador de perros». A todos ellos los tengo siempre presentes, qué duda cabe, y sin ellos este libro no habría sido posible. Sin embargo, en esta ocasión, quiero dar las gracias a todas las mujeres y a la energía tan especial que todas ellas poseen, aunque puedan no haberse dado cuenta aún de ello. Me preocupa el hecho de que mis hijos estén creciendo en un mundo muy inestable, un mundo que va a requerir unos líderes de la manada extraordinarios si queremos devolverlo a su estado natural. Creo que las mujeres poseen la llave para abrir las puertas de ese equilibrio perdido. Pero no podrán utilizarla a menos que los hombres reconozcan y honren ese tipo de sabiduría única, de liderazgo, que las mujeres pueden ofrecer... y hasta que éstas acepten al líder de la manada que llevan en su interior. Más que la mayoría de los hombres, muchas mujeres saben por puro instinto que el liderazgo no es una energía negativa. No significa que una persona tenga que enfrentarse a otra, un país contra otro, una religión contra otra. También creo que las mujeres son más proclives que los hombres a actuar por el bien del grupo, y como los perros, nosotros los humanos no podemos olvidar que sin la manada, no somos nada. A lo largo de mi vida he presenciado más compasión en las mujeres que en los hombres. Las mujeres me han enseñado a ser un líder sereno y firme, y gracias a ellas he llegado a ser un líder mejor, más equilibrado en todos los aspectos de mi vida, no sólo con los perros.

A los perros, lo único que les importa es la manada. Su forma de ser es instintiva, y los humanos podemos acceder a ella si simplemente nos decimos: «Estoy aquí para exprimir al máximo cada momento, para llenar mi propia vida y la de los demás». Estoy muy agradecido y en deuda con los perros por los valores que me han enseñado: honradez, integridad, coherencia y lealtad. Éstas son las cualidades que han hecho de mí un verdadero líder de la manada.

Por otro lado, mi coautora y yo deseamos expresar nuestro agradecimiento a Scott Millar, nuestro agente literario en Trident Media: eres la personificación de la clase. En Random House, a Shaye Areheart, Julia Pastore, Kira Stevens y Tara Gilbride: ha sido una bendición poder trabajar de nuevo con vosotras. A Laureen Ong, John Ford, Michael Cascio, Char Serwa y Mike Seller en el National Geographic Channel: estamos orgullosos de inaugurar nuestra cuarta temporada en la red. Y una vez más,

el departamento de Publicidad de Nat Geo, bajo la batuta de Russell Howard, ha demostrado ser capaz de superarse a sí mismo, especialmente con Chris Albert, que ha estado a nuestro lado en todos los altibajos sin perder la sonrisa. En MPH, gracias a Bonnie Peterson, George Gómez, Nicholas Ellingsworth, Todd Carney y Christine Lochmann por su ayuda a la hora de compilar la documentación, ya Heather Mitchell por su labor de verificación e investigación. Un agradecimiento especial a Alice Clearman, doctora en Medicina, y a Charles Rinheimer, doctor en Veterinaria, por su inestimable experiencia y aportaciones, y a Tom Rubin, por su asistencia legal. Clint Rowe, ha sido un honor trabajar contigo y con Wilshire, y os estamos muy agradecidos por vuestro conocimiento y perspicacia. Gracias también a los productores Kay Sumner y Sheila Emery, y a SueAnn Fincke, que es el alma del programa *El encantador de perros*. Y por supuesto, mi eterna gratitud al esforzado grupo de personal, editores y trabajadores que hacen posible *El encantador de perros*.

Melissa Jo Peltier desea dar las gracias a Jim Milio y Mark Hufnail: el camino ha sido largo y duro, ¡y sin embargo, aquí seguimos! Sí, chicos, sois los dos mejores compañeros que se puede tener en el universo conocido.

Como siempre, quiero hacer llegar mi gratitud a mi padre, Ed Peltier, y a mi círculo de amigos con cuyo apoyo he contado siempre (en Manhattan y Nyack), sobre todo a Tamara, Gail, Everett y muy especialmente a Victoria A. Mi preciosa hijastra, Caitlin Gray, que siempre consigue arrancarme una sonrisa, aunque esté agobiada.

Y a mi maravilloso marido, John Gray: gracias por ser siempre el puerto al que amarrarme en las tormentas y mi eterno compañero en nuestra Fiesta Móvil.

Y no por citar la última es menos importante, quiero darle las gracias a Ilusión Millán, por su generosidad de espíritu, y a César: gracias por cambiar mi vida y ayudarme a ser una líder de la manada mucho más serena y firme, estable y equilibrada, tanto para los animales como para los humanos que hay en mi vida.

Introducción

Este último año ha resultado apasionante y algo abrumador para mi familia, para las personas con las que trabajo y para mí. Hemos tenido que preparar programas de televisión, impartir seminarios y ayudar a más perros y, por tanto, a más gente. Todos nos hemos sentido muy dichosos, pero entre mi primer libro, *El encantador de perros*, y este otro, mis compañeros caninos me han enseñado lecciones nuevas sobre su comportamiento... y sobre el de los humanos. A lo largo del pasado año he vivido muchos casos nuevos para mí y he aprendido mucho de ellos. He dedicado más tiempo al estudio de los resultados de la investigación en los campos científicos y de conducta, y he unido mis fuerzas, además de estudiar sus técnicas, con aquellos que prefieren aplicar otros métodos para ayudar a los perros. Todo esto ha profundizado y ampliado mi perspectiva. También he tomado muy en cuenta algunas de las críticas que recibí del último libro. Algunos lectores querían que reprodujera más estudios de casos; otros querían una instrucción más detallada y práctica. El último de esos requerimientos es más difícil de satisfacer, ya que *yo no soy un adiestrador de perros*. Para enseñar a un perro a sentarse, a estarse quieto o a tumbarse panza arriba existen unos pasos detallados y específicos que seguir. Para rehabilitar a un animal desequilibrado yo trabajo cada caso desde lo que me dicta el instinto cuando tengo al perro ante mí, y mi fórmula básica de ejercicio, disciplina y afecto, siempre en ese orden, sigue siendo la columna vertebral de mis métodos. Dicho esto, a lo largo de este libro iremos proporcionando consejos fáciles de recordar y prácticos, y hemos añadido una sección de búsqueda rápida al final de libro con sugerencias paso a paso para situaciones muy específicas.

Asimismo hemos incluido algunas historias increíbles en las que hemos alcanzado el objetivo pretendido, a muchas de las cuales no había tenido acceso hasta que mi programa se hizo más conocido. Cada mes recibimos literalmente miles de cartas y las historias que nos cuentan en ellas son asombrosas, por lo cual doy gracias de que nuestro trabajo sea accesible ahora a tanta gente. De estas cartas surgió la promesa que es el subtítulo del libro: *Utiliza el método de César Millán y cambia tu vida y la de tu perro*. De hecho, mucha gente que empezó a utilizar el poder de la energía serena y firme para mejorar la relación con sus perros nos ha comentado que también sus relaciones humanas —tanto con sus hijos, sus jefes o sus parejas— han mejorado.

El objetivo de este libro es ayudarte a mejorar los lazos de unión entre tu perro y tú, pero también espero que te muestre lo cercanos que estamos los humanos y los perros y lo mucho que nuestros canes tienen que enseñarnos. La idea del «poder de la

manada» no es algo que sólo se aplique a los perros, sino que puede aplicarse a otras manadas de animales cuyos destinos han interactuado con los de los perros desde hace decenas de miles de años. Y esa especie es la nuestra, el *Homo sapiens*.

«Ésta es la ley de la jungla, tan antigua
e indiscutible como el cielo;
y el lobo que la respete podrá prosperar,
pero el lobo que la viole deberá morir.
Como la planta trepadora se enrosca por todo
el tronco del árbol, la ley lo abarca todo.
Porque la fuerza de la manada es el lobo,
y la fuerza del lobo es la manada».

RUDYARD KIPLING, *El libro de la selva*

Espejito, espejito...

«Con dinero podrás comprarte un buen perro, pero no comprarás con él el meneo de su rabo».

JOSH BILLINGS

Koyaanisqatsi es el término que los indios hopi emplean para referirse, poco más o menos, a una «vida desequilibrada». Lo aprendí en 1982 viendo una película documental dirigida por Godfrey Reggio en la que se mostraba, sólo con impactantes imágenes y la compañía de la música de Philip Glass, el impacto de los humanos y su tecnología en el planeta. De él se deduce, por supuesto, que el crecimiento de la tecnología ha descentrado la vida sobre la Tierra.

No os asustéis: este libro no trata sobre los problemas medioambientales, sino sobre la interrelación entre los perros y las personas. Pero el término *Koyaanisqatsi* tiene una sonoridad especial para mí, porque en cierto modo este libro trata de cómo los humanos vivimos instalados en el desequilibrio. Estamos perdiendo paulatinamente nuestro lado instintivo, que es el que nos hace primero animales y después, humanos.

Y el instinto es igual al sentido común.

Creo que un ser humano saludable debe estar equilibrado en cuatro áreas básicas de su vida: primero, el área intelectual. Es la parte de nuestra naturaleza que la mayoría de occidentales tenemos más controlada. Somos verdaderos maestros en el razonamiento y la lógica. El estilo de vida de la mayor parte de la gente es muy intelectual: nos comunicamos los unos con los otros exclusivamente a través del lenguaje, enviamos por Internet y por móvil mensajes contruidos con palabras. Leemos. Vemos la televisión. Recibimos mucha educación y más información que nunca, lo cual nos permite a algunos vivir al cien por cien encerrados en nuestra mente. Nos agobiamos por el pasado y fantaseamos con el futuro, y en demasiadas ocasiones nos volvemos tan dependientes de nuestro lado intelectual que olvidamos que hay mucho, pero mucho más en este increíble mundo en el que vivimos.

La segunda posición la ocupa el aspecto emocional. Pasé mi infancia en México y allí me enseñaron que sólo las mujeres podían tener emociones. Allí son ellas quienes soportan toda la carga emocional, al igual que en muchos otros países del Tercer Mundo. Mi padre me enseñó que llorar era ser débil, ser una nenaza. A los hombres de mi cultura se les condiciona desde edades muy tempranas para que supriman sus

sentimientos y los oculten detrás de una cortina de bravuconería, de tal modo que al poco nos encontramos tan distanciados de nuestras emociones que ni siquiera las reconocemos cuando aparecen. Cuando llegué a Estados Unidos, me di cuenta de que, si lo comparaba con lo que había conocido en México, todo el mundo parecía disfrutar de la libertad necesaria para mostrar sus emociones; incluso los hombres. Oí cómo el doctor Phil les decía a los hombres que estaba bien llorar, e incluso les pedía que hablasen de lo que sentían. «¿Qué? —me pregunté—. ¿Cómo es posible que sepan lo que están sintiendo?». Así de equivocado estaba yo en lo referente a las emociones. Cuando me casé, tuve que aprender a comunicarme, a utilizar mi lado emocional. Hasta que no fuera capaz de acceder a mis emociones, no podría sentirme equilibrado. Estoy convencido de que países como México nunca podrán llegar a ser sociedades saludables a menos que comprendan la importancia de las emociones, y aprendan a valorar a las mujeres y a los niños, en quienes reside actualmente la mayor parte de la fuerza emocional del mundo.

Otra parte del ser humano es su lado espiritual. Qué duda cabe que muchos de nosotros satisfacemos nuestras necesidades espirituales, bien al acudir a una iglesia, una sinagoga, una mezquita o un templo, o bien desarrollando otras formas de meditación y adoración. Todo ello suele proporcionarnos un apacible respiro en el que podemos sintonizar con un nivel de nosotros mismos más profundo que el que se levanta cada día, lee el periódico y acude al trabajo. Pero la satisfacción espiritual no tiene por qué significar creencia religiosa o desconfianza hacia la ciencia. En palabras del fallecido Carl Sagan: «La ciencia no es sólo compatible con la espiritualidad, sino que es una profunda fuente que alimenta esa espiritualidad». La espiritualidad adquiere muchas formas, pero en cualquiera de ellas resulta ser una parte profundamente enraizada en el ser humano, que ha existido desde el albor de la civilización. Tanto si creemos en una fuerza invisible y omnisciente, en el milagro de la ciencia y el universo, o simplemente en la belleza del espíritu humano, casi todos nosotros sentiremos un anhelo interior de formar parte de algo superior a nosotros mismos.

Por último, nos queda el lado instintivo de nuestra naturaleza. Dejarse guiar por el instinto significa mantener la mente despejada, abierta y receptiva a las señales que constantemente nos envían las demás personas, otros animales y nuestro entorno. Significa comprender nuestra conexión con el yo natural y el mundo natural, y reconocer nuestra interdependencia de ese mundo. Pasé gran parte de mi niñez en un entorno rural del Tercer Mundo donde teníamos que estar en sintonía con la Madre Naturaleza para poder sobrevivir. Cuando mi familia se trasladó a la ciudad, empecé a sentir que se erigía una barrera entre mi yo instintivo y mi yo civilizado, entre el atavismo y la forma de vida civilizada que se suponía que debía llevar. Y cuando me trasladé a la zona urbana del sur de California, observé incluso una última capa más

de racionalidad e intelectualidad que separaba todavía más a las personas de su lado instintivo.

Los humanos seguimos a nuestros líderes intelectuales, espirituales y emocionales, y como especie, somos la única que decide seguir a un líder totalmente desequilibrado e inestable. Por el contrario, los animales —yo soy de la creencia de que ellos también poseen un lado emocional y espiritual— sólo seguirán a sus líderes instintivos, y estoy convencido de que es la falta de conexión con nuestro lado instintivo lo que nos impide ser un adecuado líder de la manada a ojos de nuestros perros. Quizás sea también la razón de que nos estemos mostrando incapaces de ser buenos guardianes de nuestro planeta.

Sin contacto con nuestro lado instintivo quedamos peligrosamente desequilibrados. La mayoría de nosotros ni siquiera nos damos cuenta, pero creedme: nuestros perros, sí. No podríamos engañarlos aunque lo intentásemos. Y en todos los casos de comportamientos inestables en los que he tenido que intervenir, me he dado cuenta de que se trataba de señales de alarma que intentan avisarnos de que hemos de volver a recuperar nuestro lado instintivo para conseguir de nuevo el equilibrio, que proviene de tener los cuatro elementos —intelectual, emocional, espiritual e instintivo— en sintonía. Sólo con este equilibrio seremos capaces de ser criaturas completas de la Madre Naturaleza.

La buena noticia es que nuestro yo instintivo permanece en nuestro interior sólo a la espera de ser redescubierto. Y nuestros mejores amigos y compañeros, es decir, nuestros perros pueden ser la guía del despertar de nuestra naturaleza instintiva. En este libro os invito a aprender esta lección de vuestro perro. Ellos son nuestro espejo, pero ¿nos atreveremos a mirarlos de verdad a los ojos y a ver en ellos nuestro reflejo?

El Magnate

Estaba en la ciudad de Nueva York con mi esposa y mis hijos para asistir a la fiesta por el quinto aniversario del canal de televisión de National Geographic cuando recibí la llamada de una antigua clienta. Le había hablado de mí a un amigo, al parecer un hombre muy poderoso dedicado a las finanzas [\[*\]](#). Quería que lo atendiera inmediatamente porque, en palabras suyas: «Mis perros están a punto de matarse el uno al otro». Cuando me dijo la cantidad de dinero que estaba dispuesto a pagarme, creí desfallecer. Aunque desde luego semejante cantidad era muy tentadora, no fue lo que me empujó a acudir, sino más bien la curiosidad. ¿Qué clase de magnate estaba dispuesto a poner en manos de un «experto en comportamiento canino» tal cantidad de dinero sólo para ayudar a esos dos animales? ¿Y cómo un hombre que obviamente

era un líder natural de la manada en su propia vida había permitido que sus perros estuvieran fuera de control?

Cuando llegué a su casa, me dejaron boquiabiertos los altos techos, los suelos de mármol y las obras de arte de incalculable valor que había por todas partes. Nunca había visto un lugar así, pero mi instinto no tardó en percibir una gran cantidad de energía en desequilibrio.

La doncella que me abrió la puerta y se hizo cargo de mi abrigo parecía amedrentada y nerviosa, como si temiera hacer algo mal. Y cuando el cliente en persona vino a presentarse, me di cuenta de que el lenguaje corporal de la joven mermó aún más. (El lenguaje corporal, independientemente de cuál sea la especie que analicemos, es el lenguaje secreto de la Madre Naturaleza). Cuando el dueño de la casa se dirigió a mí, me di cuenta claramente de que me consideraba, también a mí, como una especie de sirviente.

Lo miré e interpuse cierta distancia, que es lo que hago siempre que me enfrento a un posible cliente, es decir, observando su nivel de energía y su lenguaje corporal, y analizando si encajaban o no con sus palabras. El tipo no era muy alto pero se movía con distinción, y la edad sólo se le veía en que el pelo se le había vuelto ralo en lo alto de la cabeza. Lo más interesante de él eran sus ojos, increíblemente intensos, muestra de un intelecto apabullante, pero que mi mujer —tan observadora como siempre— describió después como «vidriados; unos ojos que al mismo tiempo que te miraban a ti, parecían estar calculando a la vez su próximo negocio. En realidad no estaba contigo, más bien intentaba descubrir si podía convertirte en un valor negociable».

Cada vez que me encuentro en una situación semejante a ésta, recuerdo que el fin de mi visita son los perros y no el cliente. También intento no olvidar que los perros no reconocen la riqueza, las obras de arte ni lo que nosotros llamamos «poder» en el mundo humano. Lo único que buscan los perros es equilibrio. Y para entonces yo ya me había dado cuenta de que aquella casa no era precisamente un lugar equilibrado, de modo que me limité a halagarla en su belleza y a preguntar a su dueño:

—¿En qué puedo ayudarle?

El hombre me dijo que sus perros se habían vuelto imposibles y que no podían estar en la misma habitación porque se atacaban con intención de acabar el uno con el otro. Inmediatamente le echó la culpa a su asistente, Mary, diciendo que ella había sido la causante por malcriar a los animales. Un nuevo síntoma que anotar en mi cuaderno: cada vez que un cliente culpa a otra persona de los problemas de su perro, siempre recuerdo el viejo dicho de que «cada vez que señalas a alguien con un dedo, hay tres dedos más que te apuntan a ti». Es revelador que alguien no quiera ser realista y no esté dispuesto a aceptar la responsabilidad de sus propios actos. Pero claro, antes tenía que conocer personalmente a los perros.

Willy y Kid son dos schnauzer miniatura de color gris, acostumbrados a vivir en el lujo más absoluto, cada uno en su propia habitación. Son unos perros preciosos y bien educados. En cuanto aparecían, su dueño, de aspecto tan amenazante antes, se transformaba en un blandengue total:

—¡Eh, Willy! ¡Hola, Kid!

Alzaba la voz y su rostro se relajaba. Incluso ese velo que tamizaba sus pupilas desaparecía.

—Tienes que curar a estos perros. ¡Son mi vida!

Y la desesperación que se palpaba en su tono de voz, antes tan áspero y plagado de él mismo, me hizo comprender lo mucho que significaban para él.

Mientras contemplaba todo esto, me preguntaba por qué un hombre que parecía no dedicar emoción alguna a los seres humanos que tenía a su alrededor habría invertido tanta en aquellos dos perritos. En fin..., lo primero era averiguar si aquellos dos canes podían estar juntos sin pelearse. ¡Por supuesto que sí! Primero establecí mi papel dominante con Willy en una habitación, y luego con Kid en otra. En unos minutos, creé una estrategia para que pudieran estar juntos dirigiendo el comportamiento del que poseía un mayor nivel de energía y agresividad en aquel momento, que resultó ser Kid; era el favorito de su dueño, quien había venido culpando a Willy de los problemas por ser el que menos tiempo llevaba en la casa, pero resultó que era Kid quien creaba la mayor parte de los conflictos. Y no es que fuese un perro dominante o agresivo por naturaleza; de hecho necesitó muy pocas correcciones por mi parte para comprender la nueva situación, es decir, que era yo quien ejercía el control y le decía «nada de peleas con tu hermano». De pronto, justo ante la mirada de su dueño, Willy y Kid se llevaban perfectamente. ¿Creéis que lo apreció? Desde luego al principio, no; no era su estilo. Estaba claro que para él, mostrarse amable con alguien era síntoma de debilidad.

—Usted lo ha conseguido, pero mi personal nunca podrá hacerlo. Si los ponen juntos, se matarán.

Por mucho que intentase decirle, explicarle o convencerle de que sus empleados podrían hacer perfectamente lo mismo que yo, seguía insistiendo sobre lo mismo. Seguía mostrando su miedo, pero con un cariz airado y acusador.

Durante aquella primera sesión, me di cuenta de que iba a ser prácticamente imposible conseguir llegar a él en aquel momento. Al fin y al cabo, y como la mayoría de mis clientes, me había contratado para que ayudase a sus perros y no a él, pero mientras que la mayor parte de mis clientes terminaban abriéndose y comprendiendo cómo su propio comportamiento se reflejaba en sus perros, estaba claro que don Importante estaba convencido de que él no necesitaba ayuda ninguna. Seguía culpando a su asistente, a su personal, prácticamente a todo Manhattan del problema. Mientras intentaba llegar hasta él, me di cuenta de que no me miraba a los

ojos. Miraba el reloj, o a su alrededor, por toda la habitación. En el mundo animal, ese comportamiento se llama comportamiento evitativo. La naturaleza se enfrenta a las amenazas de cuatro modos distintos: con la lucha, la huida, la elusión y la sumisión. Yo estaba amenazando su visión del mundo, y él primero había luchado, luego había huido y después lo había evitado. Aquél no iba a ser el día en que el poderoso mago de las finanzas se enfrentara al hecho de que sus propios problemas se reflejaban en el comportamiento de sus perros.

Pero ese día no tardaría en llegar.

Perros bajo presión

Al igual que Willy y Kid, muchos perros viven bajo la presión de las elevadas expectativas de sus dueños.

—¿Presión? —me preguntan—. Pero ¡si trato a mis perros mejor que a mis hijos! A los perros les doy lo que quieren y cuando lo quieren. ¿Qué presión van a soportar por eso?

Pues voy a desvelaros algo: cada vez que humanizas a tus perros al pretender que ocupen el puesto de tu hijo ausente, tu pareja, tu amigo, o tu padre, estás proyectando sobre él unas expectativas ilusorias. Con ello lo despojas de su dignidad, de la dignidad que es ser un perro. Y un perro es parte de la Madre Naturaleza, lo que significa que el animal está preparado desde su nacimiento para esperar un cierto orden en su vida; para aceptar que ha de trabajar para ganarse la comida y el agua, y que ha de seguir las pautas de comportamiento que impone un sistema social ordenado y bajo la vigilancia de un líder de confianza. Si no le estás dando todo esto, estás proyectando en él todas las emociones, afectos e intimidad de las que careces en tus relaciones humanas, y estás siendo muy injusto con él... además de convertirte muy probablemente en la causa de su mal comportamiento.

¿Que de qué pruebas dispongo para afirmar que las sociedades occidentales estamos sometiendo a nuestros perros a grandes presiones a fin de que sirvan para llenar el vacío y el desequilibrio que existen en nuestras vidas? En primer lugar, tengo a mis clientes. En las páginas siguientes podréis leer el estudio de casos a los que me he enfrentado tanto en mi clínica como en la serie de televisión y que ilustran dramáticamente cómo las necesidades psicológicas de los dueños se proyectaban injustamente en sus perros. Pero hay más pruebas.

Tomemos por ejemplo la encuesta realizada a mil diecinueve dueños de perros realizada por la American Animal Hospital Association en 2004 [\[1\]](#). El estudio hacía esta pregunta: «Está usted confinado en una isla desierta. ¿A quién elegiría como

acompañante? ¿A un ser humano o a un animal?». Piensa tu respuesta un momento. Se podía contestar con el nombre que se quisiera: Angelina Jolie, Brad Pitt, Jennifer López, Antonio Banderas... Yo, a pesar de la devoción que me inspira mi Centro de Psicología Canina, elegiría a mi esposa Ilusión sin pensármelo dos veces.

Pero ¿cuál fue el resultado de la encuesta? Pues ¡que el 50 por ciento de ellos elegiría a su perro o a su gato!

La encuesta también arrojó el dato de que el 80 por ciento de los dueños de mascotas apuntaban la «compañía» como razón principal para tener un compañero animal, frente a otras razones como compañero de juegos para un niño, protección, cría con fines lucrativos y otras razones. El 72 por ciento señalaba la afectividad como el rasgo más atractivo de su mascota; el 79 por ciento hacía un regalo a su mascota tras haberse ido de vacaciones o por ser su aniversario; el 33 por ciento hablaba con sus mascotas por teléfono o a través del contestador y el 72 por ciento admitía firmar cartas o tarjetas con su propio nombre y el de su mascota.

Otra fascinante estadística: un estudio realizado en 2006 por investigadores geriátricos de la Universidad de Medicina de St. Louis arrojaba el resultado de que las personas mayores que vivían en residencias se sentían mucho menos solas cuando pasaban un rato con un perro que cuando recibían la visita de otras personas [\[2\]](#). La parte buena de todo esto es que los animales eran capaces de aliviar su soledad. Y es cierto que los animales tienen esa capacidad; hablaré de ello más adelante en este libro. Pero la negativa es que un ser humano puede identificarse más con un animal que con otros miembros de su misma especie.

Quien vive en casa de cristal.

Hay un dicho popular que reza: «Quien vive en casa de cristal no debería tirar piedras». Bueno, pues ahora voy a revelar yo cuál es mi casa de cristal. Es muy frágil, pero a través de la escuela de los duros reveses de la vida, he aprendido al fin que no es síntoma de debilidad admitir las propias debilidades.

Psicología canina básica

- 🐾 Los perros se desenvuelven en el mundo primero mediante el olfato, luego mediante los ojos y, por último, mediante el oído. El olfato es su sentido más desarrollado. «Ver es creer» se traduciría para un perro en «oler es creer». Así que no te molestes en gritarle al perro;

es la energía y el olor a lo que ellos prestan atención, y no a las palabras.

- ❗ Los perros se comunican entre ellos —y con otros animales— utilizando el olor, el lenguaje corporal y la energía. También se comunican contigo constantemente, aunque puede que no seamos conscientes de las señales que le envías. A un perro es *imposible* mentirle sobre tu estado de ánimo.
- ❗ Los perros tienen grabado el sentido de la manada. Si no eres un líder para él, tu perro intentará compensar esa carencia y mostrará un comportamiento dominante o inestable.
- ❗ Los perros nunca «piensan que son humanos», como les gusta creer a muchos de sus dueños. A ellos les basta y son tremendamente felices siendo sólo perros. Si le dices a los demás que tu perro se cree una persona, es muy probable que lo que en realidad sepa es que *él* es tu líder.
- ❗ En el mundo canino uno puede ser estable o inestable, líder o discípulo.
- ❗ El «objetivo» natural de un perro es sentirse en sintonía, vivir en armonía, sincronizado, equilibrado, de acuerdo con la Madre Naturaleza.
- ❗ Los perros viven el momento. No se dedican a recordar el pasado o a inquietarse por el futuro. Por tanto, pueden abandonar un comportamiento inestable muy rápidamente... si nosotros se lo permitimos.

Cuando llegué por primera vez a Estados Unidos, tuve la certeza de que mi relación con los perros sería más importante para mí que la relación con los humanos. En mi forma de pensar, las mujeres estaban para el placer y los hombres para relacionarme con ellos en el ámbito laboral. Nada más. ¿Para qué molestarse en trabar relación con los humanos teniendo a los perros?

Crecí en México. Mi familia pasaba temporadas en la granja de mi abuelo y temporadas en la bulliciosa ciudad de Mazatlán; allí mi padre se ganaba la vida y nosotros íbamos al colegio. Nunca me gustó la ciudad. Siempre preferí la vida más sencilla y natural de la granja. En la ciudad entre montones de gente, aprendí el modo de ganar estatus y poder —trabajo, dinero, categoría, sexo—, pero siempre con la sensación de que mi verdadero yo no encajaba en la ecuación. Mi afinidad con los perros era el centro de mi existencia, lo que me empujaba hacia la consecución de mi sueño, además de proporcionarme unos compañeros no humanos que satisfacían plenamente mi necesidad emocional de aceptación y cariño. Entre los perros no era necesario preocuparse por la opinión que los demás pudieran tener sobre mí. Los perros me aceptaban como el líder de su manada sin cuestionarse nada y sin

juzgarme.

Creo que seréis muchos los que podréis identificaros con lo que yo sentía por aquel entonces. Un perro no es crítico contigo y vive el momento, de modo que perdona los errores que puedas cometer. Es siempre leal y digno de confianza. Puesto que yo consideraba a la gente malediciente, intolerante y falsa, los perros eran para mí los mejores compañeros que con diferencia se podían tener.

Años más tarde mi esposa, Ilusión, me hizo ver que no se puede dar la espalda a toda la especie a la que perteneces por el mero hecho de haber tenido unos cuantos desengaños con algunos de sus miembros. ¿Qué otra especie del planeta haría algo así? ¡Ninguna! Además, existe un objetivo de rango más elevado: la unión íntima con la esposa, los hijos, los padres y los amigos. El disfrutar de esa conexión íntima con nuestra propia especie nos permitirá trasladarla a nuestra relación con otras. Tras años de trabajar y de sorprenderme con los perros, me di cuenta de que había una línea que separaba a la gente que amaba a los animales de aquellos cuyas copas estaban igualmente llenas con amor humano y animal, y aquellos cuyas copas albergaban más de lo uno que de lo otro. Sin Ilusión, ¿quién sabe qué camino habría escogido? Al fin y al cabo, los animales nos ofrecen amor incondicional, pero no satisfacen todas las necesidades de nuestra especie. Y lo que es aún más importante: que tu perro y tú os queráis incondicionalmente no significa que tu perro sea un animal sano y equilibrado.

El Magnate transformado

Obviamente mi amigo el Magnate era un ejemplo de primera magnitud de esa clase de personas cuyo recipiente emocional se desbordaba de amor hacia sus perros, pero lo tenía vacío de relaciones humanas. Cuando acabamos la primera sesión, seguía culpando a Mary, su asistente, por el comportamiento de sus perros.

El siguiente paso en mi relación con el Magnate era la segunda parte del proceso de rehabilitación de los perros: sociabilizarlos con otros canes en mi Centro de Psicología Canina de Los Ángeles. Lo creáis o no, el dueño metió por separado a cada uno de sus perros en su avión particular y atravesó el país hasta Los Ángeles acompañado de su asistente. Fijaos bien: ¡cuatro viajes de avión en los que sólo viajaba un perro y su asistente! Estamos hablando de un hombre que guardaba los billones con un celo enfermizo, de modo que imaginaos cuánto significaban para él sus perros, tanto psicológica como emocionalmente. Desgraciadamente en su vida personal había muy pocas personas con las que pudiese establecer semejante vínculo. Mientras trabajaba con sus animales en mi centro, una parte fundamental de mi

cometido consistía en enseñar a Mary, su asistente, cómo llevar a los dos perros juntos y ser para ellos un líder sereno y firme. Si fracasaba y los perros se hacían daño, la culpa recaería en ella, y su jefe no sólo se enfadaría, sino que descargaría toda su frustración en ella y en el resto de su personal. Mientras trabajaba con los perros, tuve ocasión de entrevistarme con varios miembros de su personal y a todos ellos el Magnate les inspiraba verdadero pavor. Por supuesto todos eran adultos y podían elegir. Podrían haberse marchado cuando hubiesen querido. No tenían por qué seguir siendo víctimas. Pero gracias a mi trabajo con los perros y con la gente, sé que incluso la cantidad más pequeña de energía negativa puede tener un efecto dominó en cualquier comunidad, tanto si se trata de un aula, una empresa, un país o una manada de perros. Una energía extremadamente negativa, como la depresión, puede conseguir que tanto personas como animales se convenzan de estar indefensos o inmovilizados. Y desde luego, la energía negativa de aquel hombre era muy intensa. Su personal incluso había llegado a creer que las luces del ático parpadeaban cuando el amo estaba de camino a casa. Tanto si eran imaginaciones suyas como si no, no cabe la menor duda de que los controlaba a todos a través del miedo.

Willy y Kid aprendieron a ser perros otra vez gracias a la manada estable de perros que tengo en el centro. Aprendieron a acercarse a otros miembros de su especie de un modo educado, empleando primero la nariz para olfatearse el uno al otro y conocerse, y sin saltar inmediatamente a modo defensa o ataque. Aprendieron a caminar con la manada y a sentirse miembros de una familia. A jugar con otros de su especie y a respetar a todos los humanos como líderes de la manada. Pero por supuesto no eran los perros los únicos que necesitaban ser rehabilitados. Como suele ocurrir con mucha frecuencia, entre mis clientes, la raíz del problema eran los humanos, y puesto que aún no tenía acceso al Magnate, decidí intentar un cambio total en Mary. Se trataba de una mujer inteligente, eficaz y extremadamente apta. Podía hacer miles de cosas a la vez, pero con Willy y Kid había perdido toda su confianza. Le aterraba pensar que pudiera ocurrirles algo mientras estuvieran a su cuidado, porque su jefe la despediría. Mary y yo trabajamos juntos para potenciar su energía firme: mejoramos la respiración, la postura y buscamos el lugar mental al que pudiera evadirse cuando necesitase energía positiva y confianza. En el fondo era ya una líder innata, pero no lo sabía. Más adelante, su energía serena y firme le proporcionó una recompensa que jamás habría imaginado, pero cuando terminamos nuestro periodo de entrenamiento, se sentía perfectamente capaz de manejar a Willy y a Kid.

Había llegado el momento de volver a enfrentarme cara a cara con el Magnate en su mansión de Beverly Hills. Todo lo que había llegado a conocer de él a través de su personal me había reafirmado en mi decisión de hablarle del daño que el desequilibrio de su existencia le estaba haciendo a sus perros... y a todos los que tenía

a su alrededor.

—¡Nadie le ha hablado nunca a mi jefe en ese tono! —me advirtió Mary.

Pero él me había encomendado una tarea y yo iba a llevarla a cabo del mejor modo que supiera. Mi trabajo iba a valer la cantidad de dinero que se había gastado en él, ni un céntimo menos, y tanto si le gustaba como si no. Yo no tenía nada que perder, y los perros mucho que ganar.

Ante el espejo

El Magnate y yo nos sentamos en su salón ultramoderno y me dirigí a él con calma, pero con firmeza para sugerirle que quizás fuese él el problema y no sus perros ni su asistente. Una vez más empezó a evitarme: miraba a cualquier parte menos a mí, daba pataditas al suelo con el pie, consultaba casi constantemente el reloj. No quería oír lo que yo tenía que decirle. Él creía haber enviado a los perros a un taller de reparaciones en el que yo daría a sus asistentes unas instrucciones precisas que seguir y que, en caso de no ser respetadas, abrirían las puertas del infierno. Pero en aquella ocasión, a cada momento yo hacía una pausa y le preguntaba para detener su estrategia de evitación:

—No me está escuchando, ¿verdad?

Y él contestaba, obviamente molesto porque alguien se atreviera a desafiarlo de aquel modo:

—Sí, le estoy escuchando.

Luego yo seguía hablando pero poco después volvía a detenerme y le decía:

—Si no me presta atención, ¿cómo voy a poder comunicarme con usted?

El tipo empezaba a enfadarse:

—¡Le estoy escuchando! —me respondió.

—No. Está usted mirando para todas partes menos a mí, y necesito que preste atención a lo que le digo —le contesté con seguridad.

Al final, explotó:

—¡Maldito cabrón! —me espetó.

Viniendo de él era un halago, puesto que no solía rendirse ante nadie. De algún modo, al haberle plantado cara, me había ganado su respeto al menos de momento.

—Está bien —dijo—. Tengo cinco minutos.

—Bien. En cinco minutos podremos hacer un trabajo de calidad. Podemos conseguir mucho en cinco minutos, pero han de ser al cien por cien.

Cuando hablo con un cliente tengo la ventaja de poder abordar las cuestiones personales de un modo indirecto. Podemos empezar hablando de los perros para

luego atacar el verdadero meollo del problema: el factor humano. Así es como trabajé con el Magnate. Me fascinaba el modo en que había trasladado todas sus necesidades emocionales a los perros cuando no había miembro alguno de su familia o amigos en los que confiar. Poco a poco fue saliendo la historia. De muchacho, había superado su inseguridad y su miedo consiguiendo cosas de forma continua, y de ese modo se había concentrado en ser siempre el mejor. Y había funcionado. Así había alcanzado poder y fortuna, pero también se había ido quedando solo. Podía competir con otras personas o controlarlas, pero nunca estar cerca de ellas. Y esa historia se había ido repitiendo a lo largo de su vida una y otra vez. No me sorprendió que bajo aquel exterior tan intimidatorio hubiese un buen corazón, y era precisamente ese buen corazón lo que quería desesperadamente compartir con sus perros. Pero a los animales no se los puede engañar. La energía negativa que emanaba de él era más fuerte, y eso era lo que los desestabilizaba a ellos y a todos demás.

Por supuesto yo no soy psicólogo, pero en muchos casos no es necesario serlo porque incluso el más despistado de los humanos podría darse cuenta de que los problemas del dueño de un perro se reflejan perfectamente en su mascota. El Magnate, inconscientemente, favorecía siempre a uno en detrimento del otro: Kid. No podía creer que fuese Kid quien atacaba a Willy. Al igual que él, la vida de sus perros giraba en torno a la competición y no a la colaboración.

En un principio le costó escucharme. ¿Cómo podía estar diciéndole a un hombre que ganaba cientos de millones de dólares y que dirigía con éxito docenas de empresas, que estaba desequilibrado? ¿Cómo podía estar diciéndole que no era un buen líder, cuando lo único que hacía todo el día era precisamente dirigir? ¿Acaso hacer negocios y prosperar en el mundo de la economía internacional no es ejercer el liderazgo? ¿No es necesario también poseer instinto? Intenté explicarle que sí, que en el mundo humano era considerado un líder con un excepcional instinto para los negocios. Pero la estrategia y el instinto necesarios en el mundo de los negocios y la política no siempre son los de la Madre Naturaleza. Ella es implacable con los débiles, pero no cruel arbitrariamente ni negativa. La Madre Naturaleza reserva la agresión para situaciones extremas, y en su lugar, emplea la dominancia o el liderazgo firme para contribuir a que las cosas discurren con normalidad. La Madre Naturaleza no gobierna mediante el miedo y la ira, sino empleando una fuerza serena y firme.

Lo increíble sobre este hombre resultó ser que quería tanto a sus perros que por ellos estaba dispuesto a cambiar. Por fin conseguí que me escuchara. Estaba acostumbrado a ser él quien hablase, a dar órdenes, a reprender; pero no a escuchar. Y al escuchar, me mostró otro lado de sí mismo. Me enteré de que es un hombre tremendamente caritativo que tiene por costumbre enviar a niños pobres a campamentos, pero al que no le gusta compartir esa parte de sí mismo con la mayoría

de la gente con la que se relaciona. Quizás considera su lado, digamos, tierno como una debilidad, cuando para mí es una fortaleza.

He comenzado este libro con la historia del Magnate porque es el caso más extremo de cuantos me he encontrado, de cómo un ser humano desequilibrado puede crear un efecto dominó de disfunción en sus perros y en todos los humanos que lo rodean. También es un ejemplo significativo de cómo podemos recuperar el equilibrio cuando nos examinamos con sinceridad y, de este modo, crear un efecto dominó positivo en nuestro mundo. Es para mí una alegría poder decir que desde que trabajé con él y sus perros, el Magnate muestra al mundo con mucha más asiduidad su lado más benévolo. Según me ha contado Mary, ha cambiado con la gente más cercana a él. Me ha dicho que por primera vez ha sentido que la escuchaba de verdad y que ella siempre había sabido que había un ser humano bajo aquella armadura de caballero. Y ese ser humano era el que tenía que escuchar a todas esas personas para darse cuenta de lo mucho que influía en ellas, para sentir no sólo su temor y su gratitud, sino también el dolor que les causaba. Según su asistente, ha progresado mucho en ese sentido. Es una historia que me recuerda enormemente al *Cuento de Navidad* de Charles Dickens. El Magnate es ahora como Ebenezer Scrooge después de haber recibido la visita de los tres fantasmas la noche de Nochebuena, aunque él no había necesitado su intervención para llegar a ver algunas verdades sobre sí mismo... ¡para eso ya tenía a sus perros!

Además la historia tiene otro final feliz. No sólo les va fenomenal a los perros, sino que Mary por primera vez desde que trabajaba para el Magnate reunió el valor suficiente para decirle que iba a tomarse unas vacaciones. Y lo hizo desde una postura fuerte: se acercó a él y le preguntó en qué fechas prefería disfrutar de sus días de vacaciones. Caso cerrado. Eso es lo que una energía serena y firme puede hacer por tu vida: funcionar en muchos más ámbitos aparte de con tus perros. En capítulos posteriores encontrarás muchas más historias inspiradoras.

La moraleja es que no importa cuánto dinero o poder puedas acaparar, cuántos títulos universitarios o cuántas obras de arte de incalculable valor puedas poseer: a tus perros les importa un comino. A ellos lo que de verdad les interesa es la estabilidad que se desprende de ti, porque siendo animales gregarios como son, esa estabilidad les afecta de un modo directo. Ellos saben interpretar lo cómodo que te sientes contigo mismo, si eres feliz, si sientes miedo y qué es lo que te falta en el interior. No pueden decírtelo con palabras, pero saben exactamente quién eres. A una persona puedes preguntarle «¿Eres feliz?». Existen algunos, como mi amigo el Magnate, que te contestarán «¡Por supuesto!», bien escondiendo la realidad, bien por no darse cuenta de que en el fondo no lo son. Entonces miras a su perro. El animal no puede ocultar sus emociones, y puede mostrar con absoluta claridad que no es feliz. Al analizar a un perro se puede saber lo estable o inestable que es su compañero

humano.

Nuestros perros son el espejo en el que nos miramos. ¿Te has mirado últimamente en el tuyo? Si mi amigo el Magnate pudo verse en un espejo, enfrentarse a una historia cargada de demonios y cambiar a una vida mejor, no sólo para sus perros sino también para la gente que lo rodeaba, entonces cualquiera de nosotros puede hacerlo. Por eso digo que al mejorar nuestra energía firme y serena no sólo mejorará nuestro perro, sino nuestra vida. Nuestras mascotas pueden conducirnos al equilibrio con el que la naturaleza quiso dotarnos, pero sólo si estamos dispuestos a seguirlos.

PRIMERA PARTE

Equilibrar a nuestro perro

Para disfrutar verdaderamente de un perro no hay que intentar enseñarle a ser medio humano, sino abrirse a la posibilidad de que seamos nosotros quienes nos transformemos parcialmente en un perro».

EDWARD HOAGLAND

«Un perro no es un animal “casi humano”, y no conozco un insulto mayor para la raza canina que describirla como tal».

JOHN HOLMES

Como la historia del Magnate nos ha enseñado, nuestros perros son nuestro espejo, y para conseguir tener una vida equilibrada hemos de tratar nuestros propios problemas al mismo tiempo que los de ellos.

Este libro está dirigido tanto a tu perro como a ti, a su mal comportamiento y a tu propia impotencia, o permisividad o ira o frustración. Empecemos con la parte más sencilla de la ecuación a la que nos enfrentamos: tu perro y sus problemas. Porque seguramente, en este punto, estarás pensando que sus problemas no tienen nada que ver contigo.

Soy de la opinión de que el 99 por ciento de todos los perros son capaces de llevar una vida plena, feliz y equilibrada. Estos capítulos pretenden ofrecerte una mejor comprensión de la mente de tu perro, de sus necesidades y de lo que tú puedes hacer para satisfacerlas.

1

Identificar la inestabilidad

«Había algo que yo no le había dicho, que nadie le había dicho nunca, y quería que lo escuchara antes de irse. “Marley —le dije— eres un gran perro”».

JOHN GROGAN, *Marley & Me*

¿Cómo se puede saber que tu perro es inestable? Si te pareces a la mayoría de mis clientes, es algo que simplemente *se sabe*. Tu perro se vuelve agresivo con otros perros cuando lo sacas de paseo o lo llevas a un parque para perros. O aúlla durante horas cuando te vas de casa. O de pronto echa a correr y es incapaz de parar. Todo esto te aturde porque el perro que tenías en casa cuando eras pequeño era perfecto... o al menos así es como tú lo recuerdas. Bajo la tenue luz de tus recuerdos, tu amado Slackie era dulce, obediente y se contentaba siempre con permanecer en segundo plano. Era un perro social, y que siempre se llevaba bien con los desconocidos y otros perros. Corría tras las pelotas de tenis y las devolvía a tus manos, te acompañaba andando hasta la escuela y nunca se hacía sus cosas dentro de casa. ¿Por qué entonces tu perro de ahora hace agujeros en el jardín? ¿Por qué se esconde bajo la mesa cuando pasa el camión de la basura? ¿Qué diantres le pasa para volverse loco persiguiéndose el rabo cada vez que se pone nervioso? Por supuesto, y al igual que la mayoría de mis clientes con perros inestables, simplemente aceptas que tu perro ha nacido así, o bien que padece algún tipo de desorden mental. O si adoptaste al perro en un refugio, creas toda una historia sobre él, como que ha debido tener una experiencia tan traumática en el pasado que nunca podrá olvidar el terrible abuso de que fue objeto durante aquellos oscuros y solitarios años antes de conocerte, de modo que nunca será un animal estable; además tú no debes quejarte por ello, sino mostrarte tolerante y sentir lástima por él cuando se haga pis en el sofá cada vez que enciendas el televisor. ¿Cómo vas a poder criticarle cuando muerde a cualquiera que se acerca a su plato de comida, sabiendo lo que ha pasado en su corta y traumática vida? Vivir con un perro inestable exige un precio que estás dispuesto a pagar por compensarle de todo lo que le pasó antes. Se lo debes.

Todos son perros estupendos

La verdad acerca de los perros es que no se sienten mal por su pasado. De hecho, ellos no ahondan en sus malos recuerdos. La nuestra es la única especie que hace algo así. Los perros viven el momento. Si se sienten seguros y a salvo en un momento, cualquier comportamiento anterior condicionado puede cambiarse, siempre que les ofrezcamos nuestro tiempo, nuestra paciencia... y nuestra constancia. Los perros pasan página, a veces incluso demasiado rápido ya que, como todo lo demás en la Madre Naturaleza, tiende a recuperar el equilibrio. Con demasiada asiduidad somos nosotros, los humanos, quienes impedimos que se alcance ese balance.

Somos seres humanos y una de las características más hermosas de nuestra especie es la capacidad para la empatía. Cuando alguien por el que sentimos algo sufre, nos sentimos mal por él, tanto si son personas como si son animales. Sufrimos cuando el otro sufre. Pero en el mundo animal, el dolor es una energía débil. Sentir lástima es una energía débil. Lo mejor que podemos hacer por un animal que ha sufrido en el pasado es ayudarlo a pasar página y plantarse en el presente. En resumen: ese monstruo incontrolable y neurótico con el que vives está esperando a que le guíes por el camino de ser uno de los mejores perros del mundo.

‘Marley & Me’

El libro de John Grogan, *Marley & Me* («Marley y yo»), figuró en la lista de libros más vendidos en noviembre de 2005 y mientras escribo este libro sigue figurando entre los 10 títulos más vendidos. Es fácil comprender por qué: se trata de una obra divertida y conmovedora sobre un labrador fuera de control, Marley, y que podría identificarse fácilmente con la historia de los perros de muchos de mis clientes. Marley suele comportarse de modo destructivo, raras veces obedece, en ocasiones se muestra obsesivo y es siempre impredecible. Incluso se le describe en la solapa del libro como «maravillosamente neurótico». En mi opinión, unir las palabras «maravilloso» y «neurótico» forma parte de la razón de que haya tantos perros inestables. Muchas personas que quieren a sus perros piensan que los hábitos insanos de sus mascotas son sólo «rasgos de personalidad». Cuando Grogan publicó por primera vez su tributo a Marley, recientemente fallecido, en el *Philadelphia Inquirer*, en un primer momento pensó que su compañero era único en su clase: «el peor perro del mundo». No tardó en verse inundado de cartas y correos en los que le decían que en realidad simplemente había entrado a formar parte de un gigantesco «club de

perros malos».

«La bandeja de entrada de mi correo electrónico parecía uno de esos programas de televisión que bien podría titularse *Perros malos y la gente que los quiere*. Las víctimas de estos canes hacían cola ordenadamente para presumir no de lo maravilloso que era su perro, sino de todo lo contrario».

Como muchos de mis clientes, todas estas personas bienintencionadas y amantes de los perros probablemente no hayan comprendido que su perro no es feliz siendo «malo».

El año pasado fue una alegría para mí que la familia Grogan se pusiera en contacto conmigo a través de mi programa, en el canal National Geographic, *El encantador de perros*, y me invitaran a su casa de Pensilvania para que los ayudase con su perra Gracie, una preciosa labrador amarilla. Gracie padecía una dificultad completamente distinta a la de Marley (que se tratará en el capítulo 4). Pero, a pesar de las diferencias entre ambos perros, las dificultades que los dos padecían tenían su origen en la misma carencia *humana*: la falta de liderazgo. Cuando conocí a John Grogan y a su esposa, Jenny Vogt, la historia de Marley empezó a encajar. Son dos personas muy inteligentes y compasivas que ven el mundo a través de su prisma de periodistas: observan, analizan y describen..., pero no interfieren ni intentan cambiar nada. Habían dado por sentado que tendrían que aguantarse con Marley tal y como era, lo cual, en palabras del padre de John, era vivir con un animal «al que le falta un tornillo». De hecho, y tal y como ellos mismos me confesaron entre risas, de no haber sido por las manías de Marley no existiría un libro maravilloso con el que tanta gente se ha sentido identificada, capaz de llenar los ojos de lágrimas a muchos lectores. Ése es el truco, ¿verdad? No queremos cambiar a nuestros perros porque nos hacen reír, o sentirnos incondicionalmente queridos, o necesitados. Pero no solemos ponernos en el lugar del perro, ni imaginar cómo debe de sentirse él. Cuando un perro tiene miedo de algo —o una obsesión, o cualquier otro de los muchos problemas para los que se contratan mis servicios—, en la mayor parte de las ocasiones no hablamos de una «manía», sino de un animal que lleva una vida frustrante y a veces desgraciada.

Cuando terminé de secarme las lágrimas que humedecían mis ojos, dejé sobre la mesa el libro de Grogan, y lo primero que se me vino a la cabeza fue que Marley era perfectamente capaz de ser ese «perro genial». En el libro Jenny, la esposa de John, pasa por una depresión después de dar a luz a su segundo hijo. Desbordada por la frustración de tener que cuidar de dos bebés y un perro que destroza los muebles a diario, al final se derrumba y echa de la casa al incontrolable labrador. Previamente, Marley había sido expulsado de una clase de obediencia, pero John sabía que si no era capaz de conseguir que el perro siguiese algunas órdenes básicas y aprendiera a no saltar sobre la gente que iba a visitarlos, perdería a su mejor amigo, así que con decisión se pone manos a la obra y trabaja muy en serio para llegar a ser el líder de la

manada de su perro. Por fin consiguió que Marley se graduara en su clase de obediencia, aunque lo hizo en el puesto número siete en una clase de ocho. Con la ayuda de un amigo, John consigue hacer desaparecer en Marley la costumbre de echarse encima de la gente que llama a la puerta de su casa. La cuestión es que John era perfectamente capaz de ser su líder cuando no le quedaba más remedio, y Marley era también perfectamente capaz de comportarse como un perro obediente. Juntos se enfrentaron al reto e hicieron todo lo necesario para mantener a la manada unida. Sin embargo, en mi lectura del libro, una vez que Jenny se había recuperado de su depresión y todo volvió a ser más fácil en su casa, John dejó de ser el líder que Marley necesitaba, de modo que el animal no llegó muy lejos en su aprendizaje de cómo obedecer las normas de la casa y respetar los límites.

John y Jenny contaban con una ventaja sobre la mayoría de la gente que adopta perros de cierta edad o en un refugio: la oportunidad de condicionar a Marley para que fuese un buen perro desde cachorro. Una vez más, la visión de su perro a través de los ojos de un periodista, es decir, de un modo imparcial les impidió intervenir en lo que ellos pensaron que era la evolución natural de Marley. Todas sus manías les hacían reír. ¡Y además, era tan mono! La preciosa fotografía que aparece en la portada del libro lo dice todo: la cabeza ladeada, esos encantadores ojazos marrones... ¿Cómo alguien con corazón iba a querer corregir o impartir disciplina a un animalito tan adorable y con esas orejotas de perrito de peluche? John y Jenny cometieron el habitual error de considerar las manías destructivas de Marley en su etapa de cachorro como una prueba de su personalidad en desarrollo, de su «espíritu». Cuando se estudia a los perros en la naturaleza, se observa que desde los lobos, pasando por los perros salvajes, hasta llegar a los domésticos se educan los unos a los otros. Como suele ocurrir en las granjas, la disciplina y el orden se les inculcan desde sus primeros días sobre la tierra. Incluso los de mayor edad lo soportan prácticamente todo de sus cachorros: no coartan su innato deseo de jugar, sino que les dejan subirse en ellos, que les tiren del pelo, incluso que les muerdan. Pero todo con unos límites bien definidos. Cuando el tiempo de jugar se termina, el can de mayor edad se lo hace saber inmediatamente apretándolos contra la tierra con el hocico, con un suave mordisco, o incluso levantándolos en vilo por el pellejo si es necesario. A veces basta con un gruñido para hacerles comprender el mensaje. Si aparece un peligro inminente, el perro mayor se las arregla para que todos los cachorros se refugien en la seguridad de su guarida en un abrir y cerrar de ojos... para envidia del profesor de la escuela que a diario intenta conseguir que un grupo de niños de 5 años abandonen el patio de recreo para volver a entrar en clase. La cuestión es que los cachorros asimilan muy rápido el mensaje de que deben seguir las normas de la manada. Su «espíritu» juguetón no disminuye por ello, pero entienden en una edad temprana que hay un tiempo y un lugar para todo. La Madre Naturaleza sabe cómo poner límites de

un modo firme pero delicado. En cambio, cuando se trata de esas monadas de cachorros (y a veces de esas monadas de hijos), son muchas las personas que no pueden soportar tener que ponerles en el camino del buen comportamiento, especialmente cuando sus manías proporcionan a los adultos tan buenos y divertidos momentos. Pero cuando esos cachorros llegan a pesar cuarenta y cinco kilos, la diversión y los juegos, que tan graciosos nos parecían, se vuelven de pronto destructivos y a veces peligrosos.

John y Jenny tenían un compañero maravilloso en Marley. Con él compartían confianza, amor y lealtad. Sin embargo, lo que no consiguieron de él fue respeto, y el respeto es un ingrediente esencial en la estructura de cualquier manada saludable. Cuando los estudiantes no respetan al profesor, no se aprende en clase. Una unidad militar no puede funcionar a pleno rendimiento si los soldados no respetan a su comandante. Los padres no pueden guiar debidamente a sus hijos si éstos no los respetan. Del mismo modo, tu perro no se sentirá seguro, tranquilo y estable si no te respeta como líder de la manada.

En parte John y Jenny no consiguieron ganarse el respeto de su perro porque siempre se dirigían a Marley, a su personalidad. Para ellos él siempre era el viejo cascarrabias, algo bobalicón y leal Marley. Nunca se dirigían al animal que había en él, al perro que habitaba en Marley, ni siquiera a la raza de Marley, un labrador retriever.

Hay que tener siempre presente el siguiente concepto clave:

Cuando interactúas con tu perro (especialmente cuando estás intentando corregir un comportamiento descontrolado), *debes* siempre dirigirte a él teniendo en cuenta este orden:

1. animal,
2. especie: perro (*Canis familiaris*),
3. raza (labrador retriever),
4. nombre (Marley).

En primer lugar es importante dirigirse al animal que hay en tu perro, porque es lo que tienes en común con él: que ambos sois animales. Hablaremos más adelante de cómo proyectar la clase de energía que otro animal es capaz de reconocer. En segundo lugar, tu perro es un *perro*, no un bebé o una personita con pelo y rabo. Todos los perros tienen determinados rasgos en común y ciertas formas de comportamiento innatas. Aprender a reconocer lo que pertenece al perro y lo que pertenece a Marley es clave a la hora de distinguir un comportamiento inestable de

otro normal. A continuación viene la raza. Reconocer la raza es especialmente importante si, como en el caso de los Grogan, tienes un animal de pura raza. Los mismos genes que lo hacen «puro» también le aportan necesidades especiales que debes saber cómo satisfacer para asegurarle equilibrio y felicidad. Hablaremos más sobre cómo satisfacer las necesidades de la raza en el capítulo 4.

Tras el animal, el perro y la raza llega, finalmente, Marley: el nombre, la irreprimible «personalidad». En numerosas ocasiones, lo que consideramos como personalidad del perro es la historia que nosotros nos fabricamos sobre él, a menudo basada en cómo mira o actúa el animal, y en muchas ocasiones, lamento decirlo, en lo que nosotros consideramos personalidad se basa en realidad en las dificultades relacionadas con la inestabilidad.

De modo que ¿cómo distinguir entre la «personalidad» de tu perro y sus «dificultades»? ¿Y, en cualquier caso, qué son esas «dificultades»?

Cualquier clase de comportamiento que encaje en estas categorías *no puede atribuirse* a «la personalidad de tu perro». Es un *problema*.

Es importante no olvidar que cada dificultad descrita en el cuadro siguiente *puede* tener un componente médico. Una enfermedad o un parásito pueden empujar a tu perro a actuar de un modo inestable, como puede también causarlo un desorden neurológico congénito, aunque en la experiencia que acumulo con cientos de perros, los desórdenes neurológicos son responsables de un porcentaje muy pequeño de los problemas de comportamiento. Sin embargo, siempre es importante someter a tu perro a revisiones periódicas en la consulta de un veterinario, especialmente si experimenta un repentino cambio de comportamiento. Lo más probable es que cuando emplees los métodos de liderazgo que te describo en mis explicaciones, consigas ayudar a la rehabilitación de tu perro, pero aun así, asegúrate de contar antes con una opinión médica, sólo por descartar cualquier cuestión de salud. En mi caso, tengo varios veterinarios estupendos que trabajan conmigo y me gusta pensar que la medicina y la terapia del comportamiento pueden ir de la mano a la hora de crear un mundo lleno de perros felices y sanos.

Dificultades

— *Agresión*: dirigida a otros perros y/o personas. Incluye morder por miedo, gruñir por la comida, lanzarse a los desconocidos, ya sean perros o personas, y dominancia agresiva.

— *Energía hiperactiva*: incluye abalanzarse sobre las personas al conocerlas o cuando entran en la casa; dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo, temblores, actividades destructivas, como masticar objetos o hacer agujeros; jadeos sobreexcitados, etcétera. ¡No confundir la

sobreexcitación con la felicidad!

— *Ansiedad/ansiedad por la separación*: ladrar, gimotear, rascar con las uñas, etcétera, tanto si el dueño está como si se ha marchado; ir y venir por la casa compulsivamente; o destrozar objetos cuando se queda solo.

— *Obsesiones/fijaciones*: incluye una «adicción» o una preocupación inusual con cualquier cosa, desde un gato a una pelota de tenis, expresada mediante un lenguaje corporal tenso, ignorancia de las órdenes del dueño o de las recompensas en forma de comida, incluso ante el dolor físico.

— *Fobias*: un temor o incidente traumático que el perro no ha sido capaz de superar; cualquier cosa, ya sea un suelo brillante, los truenos o un camión de UPS.

— *Baja autoestima/timidez*: energía débil, terror irracional ante cualquier cosa, bloqueo total. Un grado extremo de temor.

Personalidad contra dificultades

¿Qué características se pueden atribuir al «espíritu» o la «personalidad» naturales en tu perro? En primer lugar, debes comprender que *personalidad* es un término con significados distintos si nos referimos a un perro o a un ser humano. Imaginemos que eres una persona a la que le gustaría salir con alguien que se complementara con tu personalidad y que decidieras poner un anuncio en la sección de contactos que dijera «me gusta trabajar en el gimnasio, pasear, correr al atardecer por la playa; me gustan también las películas de acción...». Todo eso indicaría que eres una persona activa y con grandes dosis de energía que busca a alguien que lo iguale. Si en tu anuncio se dijera: «me gusta tomar un buen chocolate caliente junto al fuego, quedarme en casa, alquilar una buena peli y hacer crucigramas», estarías indicando que eres una persona de bajo nivel de energía que quiere conocer a alguien de su mismo tipo. Nos describimos a nosotros mismos o a los demás como tranquilos, nerviosos, tímidos o extrovertidos. Como seres humanos, todas estas características componen nuestra *personalidad*.

La personalidad en un perro es algo similar, pero no se expresa con palabras ni se define en preferencias o rechazos, sino por el olor y la energía. Cuando dos perros de mi manada se hacen amigos, primero uno utiliza la nariz para olisquear los genitales del otro, lo cual le proporciona todo tipo de información sobre sexo, nivel de energía, rango, comida que ingiere, lugares en los que ha estado, etcétera. El nivel de energía es importante porque se llevará mejor con aquel can cuya energía sea compatible.

¿Alguna vez has visto jugar a dos perros con un nivel de energía diferente? Normalmente esto sucede cuando un perro mayor se encuentra con unos cachorros. Naturalmente el perro mayor posee menos energía, aunque fuera un perro muy energético en su juventud. El cachorro casi siempre tiene un nivel superior de energía y volverá loco al mayor al intentar convencerlo de que juegue con él cuando el pobre lo único que quiere es tumbarse y dormir. Esto suele ocurrir en diferente escala con los perros de mi manada: los animales buscan por instinto hacerse amigos de otros perros que puedan igualar su nivel de juego. Aunque todos los miembros de la manada se lleven bien, algunos individuos se acercarán a otros basándose en su nivel de energía y en el modo en que les gusta jugar. Un ejemplo magnífico de esta clase de atracción se materializó cuando estaba trabajando con Punkin, un lebrél africano que había desarrollado una peligrosa obsesión con las piedras. Mi objetivo era traerle al Centro para que pudiese aprender de otros miembros de la manada, perros equilibrados a los que las piedras les importaban un comino, pero que habían aprendido a jugar con una pelota de tenis de un modo disciplinado (lo que significa que el juego siempre tiene un principio y un final impuesto por mí, el jefe de la manada). Punkin era un perro ansioso y de alto nivel de energía, y cuando fuimos con él al parque canino, inmediatamente se sintió atraído por LaFitte, un caniche muy grande y con grandes dosis de energía. Fue lo que se dice un flechazo. Al instante se reconocieron el uno en el otro, por el olor y la energía, y descubrieron que ambos serían magníficos compañeros de juego, y que se lo pasarían de maravilla corriendo juntos. Hace poco he tenido en el Centro a un jack russell muy energético de nombre Jack, cuyo compañero de juegos favorito era un pitbull enorme, pero de un nivel de energía medio llamado Spike. Aunque Jack poseía la mitad de la masa corporal de Spike, los dos se llevaban de maravilla. Olor y energía combinados para crear la «personalidad» individual de un perro.

Los seres humanos poseemos una tendencia natural a crear símbolos y a nombrar las cosas, y somos proclives a asociar la personalidad con los nombres. Según dicen los científicos, somos la única especie que empezó a describir el mundo que le rodea con símbolos, obras de arte y, muy especialmente, con etiquetas y nombres. Hoy, el *Homo sapiens* emplea millones de lenguas diferentes y símbolos para comunicarse. Mira un instante a tu alrededor: tenemos a ese hombre y a esa mujer en miniatura que nos avisan en las puertas de los lavabos; el logotipo de No Fumar; incluso una bandera sirve para indicarnos dónde estamos y cómo debemos relacionarnos con nuestro entorno en un momento concreto. Tenemos millones de palabras y combinaciones diferentes en oraciones para describir cosas. Como seres humanos tendemos a organizar y personalizar casi todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Es nuestro modo de entender las cosas, de ver el mundo con nuestros ojos. Por ejemplo: damos nombre a los huracanes. Clasificamos flores y árboles.

Sin embargo, en el mundo canino, los árboles no tienen nombres, sino olor y un uso determinado en su entorno. «¿Es venenoso este árbol, o quizás mi estómago deje de molestarme si me como un trozo de su corteza? ¿Estará este árbol en una encrucijada para que pueda marcarlo con mi olor?». Así es como un perro considera al árbol: desde el punto de vista de la supervivencia. Los perros no utilizan nombres para comprender e identificarse entre ellos, sino que sólo se detienen a examinar la fotografía completa: la de su propia supervivencia y la del grupo. Tu personalidad, el «nombre» que le das a tu perro es cómo encajas en su vida. Tu nivel de energía, tu olor y tu papel en la manada es lo que de verdad importa para él.

Los perros no tienen nombre en la manada, sino una posición. Algunos estudiosos de los perros nombran los distintos rangos como alfa, beta, omega y demás. Otras etiquetas que hemos creado los definirían como número uno, número dos, número tres y número cuatro. Mucha gente me ha malinterpretado y me acusa de analizar a los perros de un modo simplista, como si todo girara en torno a la dominación. En realidad no se dan cuenta de que lo que yo creo es que todos los perros son importantes dentro de la manada. La dominación no significa que el perro alfa sea «mejor» que los demás. Posee capacidad de decisión, pero no es mejor. Cada perro desempeña una función en la manada: el que se queda el último suele ser el más sensible de todos y, a menudo, es el que mantiene a los demás alerta sobre posibles intrusos. El perro que va a la cabeza —el líder de la manada— se asegura de que todo el mundo coma, busca la comida y el agua, y los seguidores lo defienden de rivales u otros depredadores. No es una democracia, pero desde luego se pretende que el grupo sea siempre mejor que la suma de todas sus partes. Lo principal es el «nosotros».

Del «yo» al «nosotros»

Los humanos, al menos en la cultura occidental, tendemos a ver el mundo como un «yo contra tú». Especialmente en un mundo donde un individualismo despiadado es lo que la mayoría pretende y el todopoderoso «yo» es el centro del universo. En mi opinión, eso es lo que dificulta sobremanera las relaciones personales: un índice de divorcios superior al 50 por ciento, niños que se rebelan contra sus padres, personas que se pelean con sus jefes y dejan sus trabajos en un ataque de ira..., porque en el fondo de nuestras relaciones, todo se reduce a un yo contra tú. Pero si un perro pudiera expresarse con palabras, sus reflexiones sobre el mundo siempre se medirían con el empleo del «nosotros». Lo primero, la manada; el individuo, después. Quizás sea ésa la razón de que tantos de nosotros, humanos inseguros, nos acerquemos a los perros cuando tenemos dificultades con la gente. Cuando un perro llega a una casa,

trae siempre consigo la categoría del «nosotros», y eso nunca cambia. Está en la naturaleza del animal, y resulta verdaderamente reconfortante cuando nuestra relación con los otros siempre parece cargada de tensiones.

Con todo esto no pretendo decir que un perro no sea distinto de los demás. ¡Por supuesto que lo es! Pero ¿cómo distinguimos lo que pertenece al ámbito de la individualidad de nuestra mascota de lo que pueden ser o no sus «dificultades»? Existen determinadas características, que varían de un perro a otro, con las que los humanos medimos la «personalidad» de nuestro perro. Todos los perros muestran un cierto grado de curiosidad, y eso forma parte de su espíritu. Todos son alegres en su propia medida. Los perros viven el momento y cada día es para ellos la mañana de Reyes, aunque sean animales de poca energía o mayores. Todos los perros son juguetones en su propia medida, y cuánto les gusta jugar está determinado en parte por su raza y en parte por su energía. Todos los perros son leales en su propia medida, porque en la naturaleza la manada necesita lealtad para mantenerse unida y sobrevivir. Todos los perros son capaces de aprender, porque también es necesario para sobrevivir, y disfrutan con los retos. Todos ellos saben seguir las instrucciones y las normas del líder, y comprenden la importancia de tales normas. Todos los perros son cariñosos en su propia medida. A todos los perros les gusta y necesitan caminar con un líder en modo migratorio, y cuántos pasos den dependerá también de su raza y de su nivel de energía. Todos los perros necesitan sentirse útiles, trabajar para ganarse la comida y el agua, ser unos miembros de la manada productivos y solidarios. Los perros no son solitarios como muchas razas de gatos, sino carnívoros gregarios, y sus necesidades sociales están profundamente arraigadas en su cerebro. Ser social significa que *necesitan* a la manada para sentirse felices y satisfechos. Cuando domesticamos a los perros, pasamos a ser miembros de su manada por defecto, pero si nosotros no existiéramos, seguirían formando manadas. Durante la crisis del huracán Katrina, algunos perros que quedaron abandonados hicieron precisamente eso para sobrevivir. Pero llevamos siendo sus líderes desde hace diez mil años, y puede que incluso cientos de miles de años, de modo que, aunque son perfectamente conscientes de que no somos de su raza sino humanos, nos seguirán sin dudarlo siempre que les procuremos la dirección adecuada.

Ejercicio

En la página siguiente encontrarás dos columnas con adjetivos. Una describe las características o rasgos normales en un perro que podrían emplearse para definir su verdadera «personalidad». En la otra se enumeran rasgos que probablemente indiquen

dificultades de inestabilidad. Es una lista muy genérica, por supuesto, ya que muchos de estos rasgos varían en función de la raza, pero creo que es un buen análisis general. Lee la lista y anota los adjetivos que emplearías para describir a tu perro en el 75 por ciento del tiempo y después haz una valoración sincera de lo que tu perro y tú tenéis que trabajar más.

Una vez más, he de anunciarte una buena nueva: en el 99 por ciento de los casos en los que he trabajado, todas las dificultades que se enumeran a continuación pueden resolverse con mi fórmula en tres partes:

1. ejercicio (caminar),
2. disciplina (reglas y límites),
3. afecto.

¡Siempre en este orden!

[Tabla](#)

Cuando proporcionas a tu perro los tres elementos de mi fórmula, estás dando un paso fructífero para convertirte en un líder eficaz de la manada. Para ser un líder fuerte, has de comprender la importancia de mantenerte siempre sereno y firme, y no escurrir el bulto en las responsabilidades que tienes para con tu perro, del mismo modo que tampoco lo harías en tus responsabilidades para con tus hijos. He oído describir a los niños como «cámaras en miniatura que nunca dejan de grabar», y los perros son exactamente lo mismo. Viviendo como viven en el universo del «nosotros», te observan permanentemente y procesan todas tus señales para que les sirvan de pauta en su comportamiento. Cuando enviamos señales inconsistentes a nuestros perros, estamos creando la inestabilidad en ellos.

Una vez más volvemos a la parte de la fórmula en tres pasos que suele presentar más dificultad: la disciplina. La disciplina no consiste en enseñarle a nuestro perro quién es el jefe, sino en asumir la responsabilidad sobre una criatura que has incorporado a tu mundo. Muchos de mis clientes piensan que si ponen límites a sus perros, a los ojos de éstos van a pasar a ser los malos. Desde luego ése era el problema que tenían John Grogan y Jenny Vogt. Sin disciplina es imposible ganarse el respeto, y ellos eran incapaces de proporcionarle a Marley las reglas y los límites que necesitaba para llevar una vida pacífica y placentera, de modo que el bueno de Marley acabó lleno de lo que ellos consideraban «rasgos de su personalidad», pero que yo llamaría inestabilidad. Dándole a un perro reglas y límites no estamos «acabando con su espíritu», sino que le estamos proporcionando la estructura que necesita en su vida para encontrar la paz y que su verdadero espíritu florezca. Tu perro puede ser ese animal maravilloso que imaginas, pero ¡eres tú quien debe guiarlo para que lo consiga!

‘Tina Madden y NuNu, una historia de superación’

Si viste la primera temporada de *El encantador de perros*, seguramente recordarás a NuNu, el chihuahua de pelo corto cuya agresividad «de bolsillo» estaba haciendo que las vidas de su dueña, Tina, y Barclay, su compañera de piso, fueran insoportables. Tres años después, la vida de Tina Madden ha cambiado drásticamente desde que consiguió ser la líder de la manada. Ahora no sólo trabaja en mi Centro de Psicología Canina, sino que se dedica a la rehabilitación de perros. Pero lo que es aún más importante es lo que esta historia hizo por la propia Tina: ahora es un ser humano que se siente fuerte como mujer y como persona. A continuación leeréis su historia en sus propias palabras:

Antes de conocer a NuNu, yo era una mujer extremadamente insegura. No salía mucho, tenía dificultades para aceptar mi propia imagen, lo que la gente pensaba de mí y cómo me veían. Siempre me sentía insegura y ansiosa. Lloraba casi constantemente. Llegué a la conclusión de que prefería estar con perros que con personas, de modo que dejé mi trabajo de camarera y empecé a trabajar como asistente técnico en veterinaria.

En el trabajo me encontraba bien porque los animales me necesitaban, pero fuera del ámbito laboral, tenía miedo del mundo. Incluso ir al supermercado me asustaba. Seguía aislándome cada vez más, y las cosas empeoraban día a día. Mi vida era una espiral en descenso, y aunque no había tocado fondo aún, iba por ese camino.

NuNu llegó a casa en febrero y yo, con mi inseguridad, comencé a alimentar el mal comportamiento tanto en él como en mí, y pensé que tenía que hacer algo para ponerle remedio. Todo el mundo me decía: «Duérmelo. Es un animal horrible. Nunca podrá ser un buen perro. Tienes que dormirlo». Pero en el mes de abril apareció César, y cuando se marchó de mi casa, mi vida había cambiado. Traía consigo tanta energía positiva, transmitía esa sensación de «tú puedes hacerlo»..., quería que confiara más en mí misma y que mostrase más claramente el liderazgo, algo que para mí habría sido imposible imaginar antes de conocerlo. Pero César me dijo: «No te preocupes de lo demás. Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo». Y si no iba a hacerlo por mí, al menos tendría que intentarlo por mi perro, al que quería con locura.

En primer lugar, tenía que superar inmediatamente el miedo a salir. César me ordenó que saliera a pasear con NuNu a diario, y eso es lo que hice. Me dijo que cuarenta y cinco minutos, yo dije que una hora, así que al menos entre dos y dos horas y media al día, antes y después de ir a trabajar, siete

días a la semana, salíamos a caminar. Y en estos paseos la gente venía a NuNu, que es una monada, y querían acercarse a él, de con lo cual empecé a hacer amigos en el vecindario. De pronto me encontré con que tenía vida social. La gente empezaba a invitarme a su casa. Yo creé una especie de ritual personal. Cada día, antes de salir de paseo, me decía: «Este paseo va a ser maravilloso. Va a ser el paseo perfecto. Si nos encontramos algún obstáculo, lo superaré. Tengo el conocimiento y la presencia de ánimo necesarios para conseguirlo». A veces pasábamos delante de las verjas de algunas casas en las que había perros, e incluso nos encontrábamos con perros cara a cara, y yo lo pasaba fatal porque pensaba que iban a morder a NuNu. No me creía capaz de enfrentarme a una situación así, pero poco a poco me di cuenta de que sí que sabía cómo hacerlo. Y cuanto más numerosos eran estos encuentros, mejor parada salía de ellos y más crecía mi confianza.

NuNu no cambió de un día para otro. No se «arregló» de una semana para otra, ni de un mes para otro, pero a medida que cambiaba mi comportamiento con él, es decir, a medida que crecía mi confianza, empezó su verdadero cambio. Estoy muy orgullosa de él por ese cambio, pero en realidad, la transformación más profunda se obró en mí. Me potencié.

Desde entonces la confianza en mí misma ha crecido mucho, y no sólo en el ámbito de los perros. El modo en que conecto con otras personas ha cambiado completamente. Creo que una de las cosas más difíciles es interpretar al otro. ¿Es una buena persona?, ¿es malo?, ¿puedes confiar en él o ella? Pero, en el fondo, comprender a los demás empieza por comprenderse a uno mismo. Aprender a ser consciente de mi propia energía me ha facilitado mucho las cosas... y eso es algo que he aprendido de César y NuNu. Ya he dejado de sentirme una víctima. Tengo el control sobre mí misma en casi cualquier situación.

Conseguí «transformar» a mi perro, y luego transformé mi vida. Ahora soy una persona muy feliz. Y todo gracias a un perrito de apenas tres kilos y medio.

2

Disciplina, recompensas y castigos

«El hombre es el único animal que hace tratos. Ningún otro actúa de esa manera. Ningún perro cambia su hueso por el de otro».

ADAM SMITH

«Las leyes de la naturaleza constituyen su gobierno invisible sobre la tierra».

ALFRED MONTAPERT

Para llegar a ser los líderes de la manada de nuestros perros es imprescindible comprender el concepto de disciplina. Como hemos aprendido en el capítulo anterior, tu perro no puede estar equilibrado y alcanzar la verdadera paz en su vida sin reglas y límites, como parte de su rutina diaria. Para que existan esas reglas y esos límites alguien tiene que exigir su respeto, y esa función entra en la descripción del puesto de líder de la manada.

Muchos profesionales de los animales que dicen no estar de acuerdo con mis técnicas —o con lo que perciben de ellas— siguen el sistema de recompensas a la hora de entrenar a un perro... *entrenar* es la palabra clave. Recordad: yo *no entreno* perros. Cierto es que ésa era mi ambición original, pero enseguida me di cuenta de que podía utilizar mis habilidades de otro manera más provechosa. Me convencí de que los perros necesitaban algo más que saber sentarse, pararse, dar la pata, rodar por el suelo y traer el periódico para que sus vidas fuesen satisfactorias. Lo que yo hago es *rehabilitar*, aunque creo sin ninguna sombra de duda en las técnicas de refuerzo positivo para entrenar y rehabilitar a los perros siempre que es posible. Mi filosofía acerca de la disciplina y la corrección en cualquier animal y para cualquier fin es que siempre debe ser aplicada con la menor fuerza necesaria para conseguir el comportamiento que se requiere de él. Y yo utilizo el refuerzo positivo y las recompensas en forma de comida casi constantemente y siempre que la situación lo permite. Pero también creo que hay un momento y un lugar para cada técnica. El problema que tienen conmigo muchos de los integrantes de la escuela de

comportamiento, que emplea exclusivamente el refuerzo positivo, es que creen que debería usar golosinas y *clickers* para redirigir algunos comportamientos que yo decido corregir con energía, lenguaje corporal, contacto visual y contacto físico. Estoy convencido de que mis técnicas funcionan con los perros muy agresivos, obsesivos o ansiosos, porque son sencillas, de sentido común y se basan totalmente en la Madre Naturaleza.

Creo que existe una enorme diferencia entre la idea de *disciplina* y el concepto de *castigo*. Para mí, la disciplina forma parte del orden del universo: es la esencia de cómo la Madre Naturaleza trabaja para conseguir que el planeta funcione. La disciplina es el orden. La disciplina es la rotación de la tierra, los ciclos de la luna, la salida y la puesta del sol. Disciplina es el paso de las estaciones, un tiempo para sembrar y para crecer, y un tiempo para cosechar. En ese contexto más amplio, la disciplina es el camino para la supervivencia de todos los animales. Cada mañana, en el jardín de tu casa, las ardillas madrugan y comienzan con su recolección. Algunos pájaros acuden al comedero que les has puesto en el porche; otros rebuscan por la hierba. Si te tomas la molestia de observarlos a diario, verás que sus rutinas no varían demasiado, excepto cuando las dictan otros factores, como la crianza de los polluelos, la migración o los preparativos para pasar el invierno, si han de guarecerse de la lluvia o si deben buscar un árbol nuevo si el de siempre lo ha arrancado una tormenta. Ninguno de todos esos animales se toma un día libre o descansa los domingos. Exprimen al máximo cada segundo y todos esos momentos están guiados por la *disciplina*. Su instinto natural les dice lo que deben hacer para mantener el orden en sus vidas. Cuando hay alguna disputa por la comida, el territorio o la pareja, siguen respetando la disciplina y el entorno mantiene la suya entre todos ellos.

En el mundo salvaje del carnívoro social, la disciplina y el orden son increíblemente importantes. Hay dos modos de establecer esas reglas: mediante la programación de esos animales (su instinto de supervivencia), y por los demás integrantes del grupo. La cooperación es igual a la supervivencia. Los animales sociales confían en su lugar y su papel dentro del grupo para asegurar la supervivencia del conjunto. Si un perro no tiene clara la idea de cuál es su lugar en la manada, casi siempre mostrará algún síntoma de inestabilidad, generada en un lugar hondo y primitivo: la necesidad de garantizar la continuación del grupo, pase lo que pase con el individuo.

Frente a la disciplina que establece el mundo salvaje, el *castigo* es para mí un concepto muy humano. Castigar es lo que hago cuando envío a cualquiera de mis hijos, Calvin y André, a su habitación para que piensen en lo que han hecho. Existe una razón para que utilice esta clase de castigo y es la capacidad de Calvin y André para tomar decisiones reflexionadas y conscientes, y para establecer conexiones. Cuando enviamos a un hombre a la cárcel porque ha cometido un delito, asumimos

que distingue el bien del mal y que la prisión es la consecuencia de haber elegido mal. La cárcel está pensada para mantener al delincuente alejado de la sociedad y, en una sociedad ideal, darle tiempo para reflexionar sobre lo que ha hecho y que no vuelva a cometer el mismo error. Pero el castigo es en muchas ocasiones una elección nefasta para la resolución de un conflicto... cualquier consejero matrimonial te lo dirá. Si mi mujer y yo discutimos y decido «castigarla» durante una semana siendo sarcástico o grosero con ella, ¿estoy ayudando a solucionar el problema original? Por supuesto que no. Lo más probable es que ella acabe estando todavía más enfadada de lo que estaba en un principio. Ése es el peligro de identificar castigo con disciplina en el caso de los perros.

Los animales no tienen la capacidad de elegir conscientemente entre el bien y el mal, entre lo que se debe y no se debe hacer. El dar a tu perro tiempo para pensar después de que se haya comido tu mejor par de zapatos es la clase de castigo que podría funcionar con tus hijos, pero no con los perros porque no pueden hacer esa clase de conexión intelectual. Gritar o golpear a un perro cuando estamos enfadados sólo lo confunde y asusta. Cuando alguien adopta a un perro en un refugio y después lo devuelve porque es muy agresivo, el perro no tiene ni idea de por qué lo devuelven a una jaula. No posee la capacidad de reflexionar sobre cómo ha vuelto a perder la oportunidad de tener una casa y no puede arrepentirse, ni decidir hacerlo mejor en la siguiente ocasión. En el universo sencillo de la causa y el efecto que guía gran parte del comportamiento de un perro, estos castigos no consiguen dejarle claro qué comportamiento no es el que se espera de él y qué otro comportamiento se espera que sustituya al no deseado. Ellos mismos lo tienen que adivinar y a menudo ni ellos ni nosotros quedamos satisfechos con las soluciones que se les ocurren. Por eso yo personalmente prefiero las palabras *disciplina* y *corrección* en lugar de *castigo* cuando hablo de rehabilitar perros.

Matemáticas básicas: negativo y positivo

Cuando la segunda temporada de mi programa salió en antena, fue para mí un halago saber que la psicóloga clínica Alice Clearman, doctora en Medicina, utilizaba algunos capítulos de *El encantador de perros* para ayudar a ilustrar determinados principios del comportamiento *humano* a sus estudiantes de primer año de Psicología. Alice ha trabajado como terapeuta de toda clase de personas, desde pacientes con enfermedades mentales graves, pasando por niños con problemas de aprendizaje, hasta para la policía. La doctora Clearman me ha prestado su inestimable ayuda como persona que ha centrado su vida profesional en estudiar los mecanismos de

aprendizaje y el comportamiento, y me ha descubierto los principios de la recompensa y el castigo aplicados tanto a humanos como a animales.

Según la doctora, hay dos modos básicos de cambiar el comportamiento: el refuerzo positivo y el castigo. En psicología humana existe el castigo positivo y el refuerzo positivo, y ambos trabajan del mismo modo que las matemáticas básicas: si añades algo, es un positivo. Si lo sustraes, es un negativo. Un refuerzo positivo significa incorporar algo que me gusta para animarme a repetir una conducta determinada. Si imparto un seminario y al final recibo una gran ovación, reforzará mi experiencia y querré volver a hacerlo. El refuerzo negativo suele asimilarse al castigo, pero no tiene ningún parecido. El refuerzo negativo consiste en reforzar un comportamiento *eliminando* algo que *no te gusta*. La doctora Clearman utiliza el ejemplo de tomarse una aspirina para el dolor de cabeza. Si tienes dolor de cabeza, te tomas una aspirina y el dolor desaparece, por lo que la experiencia ha sido positiva. El medicamento ha eliminado el dolor de cabeza, es decir, lo que no le gustaba.

El castigo positivo, por otro lado, consiste en *añadir* algo que no me gusta para intentar evitar que repita el comportamiento no deseado. Si imparto un seminario y todo el mundo en la audiencia me silba, me abuchea y me lanza objetos, se trata de un castigo positivo. Lo más probable después de semejante experiencia es que intente cambiar mi enfoque para el próximo seminario con el fin de evitar una experiencia parecida. El castigo negativo consiste en restar algo que me gusta. Cuando le digo a André que no puede ver la televisión durante tres semanas, eso es un castigo negativo. No olvidemos que las palabras *positivo* y *negativo* no tienen nada que ver con si la consecuencia puede resultar agradable o desagradable. No se trata de un juicio, sino de pura matemática.

Basándonos en las explicaciones de la doctora Clearman, algunas de mis técnicas de trabajo con los perros problemáticos podrían denominarse «castigo positivo», pero puesto que la palabra castigo posee connotaciones humanas, yo prefiero referirme a esas técnicas como simples «correcciones». Por ejemplo, colocar mi mano en posición de garra para simular la mordedura de los dientes de una perra madre o de un perro dominante, y aplicada con firmeza al cuello del perro.

Hay que hacer una aclaración importante en este sentido: no se pretende ni golpear ni pellizcar al perro. Simplemente estoy imitando el comportamiento que entre los canes se emplea como correctivo de modo natural y que tiene un significado primario para ellos. Es una forma de contacto que posee un significado muy claro: «no estoy de acuerdo con tu comportamiento». Si un perro está fuera de control cuando va con la correa, puedo dar un pequeño tirón de la correa o de la cadena de ahogamiento (véase capítulo 3) hacia un lado, o un toque con el pie en sus cuartos traseros. De este modo conseguiría sacarlo de su fijación y comunicarle que «ese comportamiento no es aceptable en mi manada». Por supuesto no estoy hablando de

darle una patada, sino de un contacto. El mismo que emplearía para llamar la atención de un amigo cuando le doy una palmada en la espalda. La energía que hay detrás de ese contacto es esencial: no puede tratarse de una energía airada o frustrada, ni tentativa o temerosa, sino siempre serena y firme. No estoy corrigiendo al perro porque esté enfadado con él o porque haya perdido la paciencia, o porque me sienta avergonzado por su comportamiento, o aterrado por lo que se le ocurra hacer a continuación. Como líder de la manada, estoy siempre concentrado. Tengo una visión clara, en mi cabeza, de cómo debe comportarse la manada, y le estoy pidiendo que me preste atención mientras le comunico cuál debe ser su comportamiento. La recompensa por un comportamiento correcto puede ser golosinas, afecto, alabanzas y simplemente mi orgullo interior y silencioso, y la felicidad que me produce su logro. ¡Todo ello, en sí mismo, es el amor que sentimos por un perro! Muchos especialistas caninos en situaciones profesionales —cacerías, operaciones de búsqueda y rescate, misiones policiales, o incluso actuando en películas o en la televisión— no están tan cerca del perro como para poder reconocer su trabajo con golosinas, o tan siquiera con una palabra. Pero comunican al animal lo mucho que aprecian su gran trabajo con un leve asentimiento de cabeza, una señal con la mano y sobre todo su emoción pura, positiva y concentrada. No olvides que tu perro siempre va a ser capaz de leer tu energía y tus emociones... y de devolvértelas.

Cuando la gente visita mi Centro de Psicología Canina y se disponen a entrar a ver a mi manada de entre treinta y cuarenta perros por primera vez, aparte de decirles que «nada de hablar, ni de tocar, ni de establecer contacto visual», siempre les recuerdo que no dejen de avanzar, aunque un perro se les acerque o salte hacia ellos. Los perros no se lo toman de modo personal cuando los tocamos con firmeza, o cuando chocamos con ellos al caminar, siempre y cuando no lo hagamos con una energía desmedida u ofensiva. Si tu energía es firme y serena, un pequeño empujón es sólo pura comunicación. Los perros se comunican constantemente entre ellos y utilizan el contacto además de la energía. Se empujan, se desplazan los unos a los otros constantemente. Es una forma de reclamar su espacio personal, de mostrar interés o afecto, de estar o no de acuerdo con un determinado comportamiento de otro perro. De hecho, el primer modo de comunicación entre una madre y sus cachorros está basado en el contacto físico cuando sus pequeños la empujan para que les dé de comer, o cuando ella los empuja a ellos para apartarlos cuando ya está cansada ^[1]. Yo empleo en muchas ocasiones mi cuerpo para bloquear o redirigir a un perro que se está comportando de un modo con el que no estoy de acuerdo. En el mundo animal, es un modo muy sencillo y directo de hacer llegar un mensaje.

El refuerzo positivo es muy efectivo a la hora de cambiar el comportamiento tanto de humanos como de animales, y suele ser la forma de disciplina con la que la gente se siente más cómoda. El refuerzo positivo hace que tanto el objeto y el sujeto se

sientan bien, pero es importante aplicarlo dentro de unos límites. Analicemos el ejemplo que me proporcionó la doctora Clearman del mundo humano. Si su hijo vuelve del colegio con un dibujo, ella le dice: «Qué dibujo más bonito. Has hecho un buen trabajo con esas palmeras, que son muy difíciles de dibujar».

En ese caso, ha hecho un uso bueno y limitado del refuerzo positivo. Es una respuesta instantánea e intensa. Sin embargo, si cada vez que trae un dibujo exagera su respuesta ante él y le dice: «¡Qué maravilla! ¡Eres el mejor niño del mundo! ¡Un verdadero genio! ¡Fabuloso! ¡Todo lo que haces es perfecto!».

¿Qué impacto tendrán sus alabanzas cuando verdaderamente las necesite? ¿Cómo va a conseguir que se lo crea cuando intente animarlo tras un fracaso? Como siempre lo recompensa haga lo que haga ha perdido toda credibilidad. Demasiado refuerzo positivo puede dar la sensación de debilidad en aquel que se excede en las alabanzas, o las golosinas, o los aplausos... da lo mismo el tipo de recompensa.

He visto esta clase de reacción en perros que no respetan a sus amos al cien por cien y que aun así se ven constantemente recompensados por prácticamente todo lo que hacen. Sus dueños emplean las golosinas para condicionar al perro a sentarse y a permanecer quieto, pero también en situaciones en las que la relación causa-efecto no está clara para el animal. Si un perro gruñe a otro, el dueño intentará redirigir su comportamiento y utilizará unas golosinas. Si está mordiendo algo, le dará una golosina para que tenga otra cosa que morder. Si se ha subido al sofá, el dueño arrojará una golosina al suelo para conseguir que se baje. Se habrá conseguido corregir el comportamiento, pero sólo temporalmente, ya que no se habrá dirigido al estado mental que causó inicialmente la conducta. No se ha ganado el respeto del perro haciéndole saber a través de la energía y el lenguaje corporal que no, que no nos parece bien que se siente en ese sofá. Además, estará insensibilizando al perro ante el método de refuerzo positivo, de modo que resultará menos eficaz, además de estar alimentando, casi con toda probabilidad, el comportamiento equivocado del animal. No me sorprendería que muchos de estos perros volviesen a gruñir, morder o subirse al sofá en cuanto se hubiesen comido sus golosinas. Como las palabras de la madre que pierden efectividad porque alaba a su hijo constantemente, haga lo que haga, el significado de la golosina se disipa, ya que el perro no la vincula directamente con el comportamiento no deseado.

Es más: el refuerzo positivo puede resultar incluso peligroso si alimenta una conducta que no deseamos. En el mundo de los humanos, si un niño se hace daño y empieza a llorar, sus padres lo consolarán con caricias y le dirán: «no pasa nada; anda, no llores», y otras cosas por el estilo. Pero la mayoría de los padres saben que si van demasiado lejos en ese momento, si se dejan arrastrar por el pánico y se desbocan sus sentimientos, sólo conseguirán aumentar la angustia del pequeño. Aunque acariciar a un perro puede tener un efecto calmante, también indica afecto, y éste es

un refuerzo positivo de primer orden. No olvides que es positivo, lo cual significa que estás *añadiendo* energía. En *El encantador de perros* cité el ejemplo de Kane, un gran danés que tenía miedo de los suelos brillantes, después de haber resbalado en uno y acabar chocando con una puerta de cristal. Si su vida hubiera estado organizada de modo normal en el mundo natural, seguramente se habría recuperado por su cuenta. Probablemente habría sido más cauto en el futuro, pero no habría desarrollado ninguna fobia; pero, como su dueña montó un verdadero espectáculo a causa de la colisión, su trauma aumentó exponencialmente. Cada vez que ambos volvían al «escenario del crimen», la inseguridad de Kane se veía reforzada por las caricias, palmaditas y palabras de consuelo de su dueña. La doctora Clearman me dio otro ejemplo del mundo de los humanos: una estudiante está nerviosa porque tiene que enfrentarse a un examen final para que el no se siente bien preparada. Si su compañera de habitación le dice: «Ay, Dios. No me extraña que estés angustiada. Yo también he tenido a ese profesor y es una auténtica pesadilla. Es imposible prepararse lo suficientemente bien sus exámenes».

Obviamente su compañera está corroborando su comportamiento y compartiendo sus sentimientos, pero al mismo tiempo está reforzando su miedo. Del mismo modo, acariciar a un perro o darle golosinas cuando está asustado pueden conseguir distraerlo en ese momento, pero también pueden transmitirle que estás de acuerdo con su miedo.

El refuerzo positivo basado en las golosinas lleva empleándose desde que existen perros y humanos que quieren controlarlos. En todas las especies animales, un bocado sabroso de comida es un incentivo muy interesante para conseguir que un animal haga algo en particular —cualquier animal, desde los jerbos, pasando por los osos, hasta los niños—. El entrenamiento con *clicker* es un paso más sofisticado que el basado en golosinas. Lo desarrollaron hace más de treinta años los entrenadores de mamíferos marinos para que éstos realizasen determinadas piruetas y conductas. El *clicker*—o el silbato, en el caso de cetáceos y pinnípedos— sirve como puente entre la recompensa en forma de comida y el comportamiento. El *clicker* proporciona una respuesta instantánea y breve entre el animal y su entrenador, por tanto, en cuanto el animal alcanza su objetivo, el *clicker* emite una señal que anuncia la llegada de comida. En las fases tempranas del entrenamiento con *clicker*, una recompensa de comida sigue inmediatamente al sonido, una vez el animal ha realizado su tarea. Cuando ya se le ha condicionado debidamente y el entrenador se siente totalmente a gusto con el comportamiento que se espera de él, el *clicker* puede quedar reducido a un refuerzo positivo, puesto que se asocia con la recompensa y la promete. En situaciones controladas, el entrenamiento con esta técnica es increíblemente efectivo e incluso ha demostrado que puede acelerar el proceso de aprendizaje en muchas especies de animales. El *clicker* alcanza su mayor efectividad cuando añade

comportamientos, no cuando los elimina, aunque puede emplearse para eliminar conductas no deseadas dando forma y recompensando nuevas actitudes.

El refuerzo positivo, tanto el basado en golosinas como en *clicker*, son técnicas ideales para enseñar a un animal a hacer determinados trucos, para que busque, para que cace, para que vaya a buscar un objeto...; es decir, para cosas que básicamente ya es capaz de hacer de modo natural. También funciona para que perros ya equilibrados y de media a baja energía aprendan comportamientos y reglas de obediencia básicos. Pero muchos de los perros con los que yo trabajo son animales altamente inestables que no sienten la tentación de cambiar de comportamiento por mucho que se les ofrezca una golosina y por sabrosa que ésta pueda ser. Podrías poner un chuletón delante de un perro en zona roja —un perro que desee matar a otro perro— y ni siquiera se daría cuenta. ¿Te imaginas intentando ofrecerle a tu perro una golosina o pretendiendo que escuche la señal de un *clicker* mientras te peleas con él a brazo partido para que no ataque a alguien o a otro perro? Un cliente mío de Nueva York cuyo caso incluí en *El encantador de perros* tuvo que enfrentarse a una situación similar, excepto por el *clicker*. Pete estaba desesperado ya con Curly, un cruce de labrador y galgo inglés en zona roja, y había consultado ya a varios adiestradores. Uno de ellos le dijo que pusiera una golosina a los pies de Curly cada vez que éste pretendiera agredir a otro perro durante le paseo. Pete me dijo que Curly no tardó en darse cuenta de que si se comía rápido la golosina, era como tomarse un aperitivo antes de atacar al otro perro. Dos por el precio de uno.

Wilshire, el perro bombero

La historia de Wilshire, el perro bombero, es un gran ejemplo de lo que yo considero una perfecta combinación de refuerzo positivo y mi fórmula en tres pasos consistente en ejercicio, disciplina y afecto. Wilshire, un cachorro de dálmata, debía de rondar los 2 meses cuando apareció ante la puerta del parque de bomberos nº 29 de Los Ángeles. Sus dueños se lo habían comprado a un criador, sin duda por un capricho después de que sus hijos vieran la película *101 dálmatas*, pero no tardaron en llegar a la conclusión de que era un animal con demasiada energía para la familia. Pero cuando lo llevaron a un refugio les informaron de que si nadie lo adoptaba en veinticuatro horas, tendrían que dormirlo. Agobiados por la culpa, la familia pasaba en su coche ante el parque nº 29 cuando a uno de ellos se le ocurrió «¡dálmata = bombero!». Entraron con el precioso cachorrito en los brazos y se lo presentaron al capitán Gilbert Reyna, rogándole a él y al resto del cuerpo de bomberos que lo adoptasen. En un principio, el capitán dijo que ni hablar. ¿Cómo se iban a ocupar en

un parque tan extremadamente atareado como aquél de un dálmata hiperactivo, excitable y huérfano? Pero unos cuantos bomberos salieron a echarle un vistazo al perrito. Lo cogieron en brazos, jugaron con él, le dieron unas cuantas golosinas... en fin, ya sabéis lo que pasa: cuarenta y cinco corpulentos y recios bomberos más un adorable cachorrito, igual a amor a primera vista. ¿Cómo iban a poder rechazarlo?

Wilshire se ganó inmediatamente el corazón de cuarenta y cinco bomberos en su centro de trabajo, pero éstos no se ganaron el respeto del perrito. Al menos, al principio. De hecho, en su segundo día de estancia allí, se recorría el parque de arriba abajo: se subía a todas las mesas del comedor, comía en el plato de todo el mundo, mordía los abrigo, sombreros y las valiosas mangueras, cables y cabos. Iba a donde le daba la gana y hacía sus necesidades donde le parecía, lo que constituía una violación de las normas de seguridad de la ciudad. Los bomberos estaban de los nervios porque cada vez que tenían un aviso y debían sacar los camiones del garaje, Wilshire salía disparado por la puerta y se lanzaba por Wilshire Boulevard, una calle de seis carriles y tráfico denso. A veces incluso se plantaba ante la enorme rueda del camión de bomberos, justo en el punto ciego del conductor. Un día, un grupo de escolares fueron a visitar el parque, y Wilshire se puso tan nervioso que echó a correr pasillo adelante y se lanzó como un cohete sobre uno de los niños, al que golpeó en el pecho e incluso llegó a derribar. El fiscal de la ciudad le hizo una advertencia al capitán Reyna: o el perro se controlaba, o tendrían que llevárselo de allí. Por supuesto todos los bomberos le habían cogido mucho cariño al animal y no iban a permitir que eso ocurriera. ¡Wilshire tenía que ser rehabilitado!

Cuando los bomberos se pusieron en contacto conmigo, Wilshire tenía sólo 3 meses y ya era el rey. Los tenía a todos corriendo tras él, haciendo gestos con los brazos y gritando: «¡Dios mío, no, Wilshire! ¡Para, Wilshire! ¡Eso no!».

No tuve más remedio que echarme a reír. Aquellos hombres eran los mismos que a diario arriesgaban sus vidas para rescatar a la gente de los peores desastres imaginables, siempre manteniendo la calma y la compostura. Y un cachorrillo de dálmata los tenía aterrados. Cuando se lo dije, al principio se quedaron un poco avergonzados, pero luego se rieron conmigo.

Cuando sacáis a alguien de un edificio en llamas, les puse por ejemplo, le decís: «Dios mío, qué quemaduras. ¿Qué vamos a hacer?». ¡Por supuesto que no! Os mostráis seguros y firmes; demostráis vuestro liderazgo, ¿no es así? Ésa es exactamente la clase de energía que se necesita para ser el líder perfecto de la manada. Aquellos hombres poseían ya la habilidad necesaria para manejar a Wilshire; simplemente les faltaba la información adecuada para ponerla en práctica.

De hecho, aquel parque de bomberos era un ejemplo ideal de lo bien que puede funcionar una «manada» humana. El capitán fija las reglas pero sólo las recuerda cuando es necesario. Todo el mundo sabe cuál es su lugar y su trabajo. De hecho

estando allí se tiene la impresión de contemplar el trabajo eficaz y productivo de una colmena. El día empieza y termina con la misma rutina, pero las emergencias son su especialidad. Cuando hay una llamada, la actividad se desboca, pero los bomberos reaccionan de un modo totalmente organizado y disciplinado... algo muy parecido a lo que los lobos u otros carnívoros sociales hacen en equipo cuando salen de caza. Wilshire, como animal gregario, no podría haberse encontrado en un lugar más perfecto que aquél, pero necesitaba llegar a ser un miembro disciplinado de la manada... ¡y no aquel descontrolado líder menor de edad!

Mi trabajo consistiría en controlar la conducta de Wilshire y enseñar a los bomberos cómo seguir adelante cuando yo me marchara.

Como Wilshire era aún un cachorro, estaba ansioso de conocimientos, y casi pedía a gritos reglas y límites. Empecé condicionándolo con un contacto firme, usando mi mano en forma de garra, para mantenerlo alejado de la comida que había sobre la mesa en la cocina del parque. No tardó en mostrarse sumiso. Tras un par de contactos, lo único que tenía que hacer era levantar un dedo, acercarme a él y enviarle mi energía serena y firme. Siendo un cachorrito, no llevaba toda una vida con aquel comportamiento, y lo que yo le estaba pidiendo que hiciera —que se sometiera a las leyes de la manada— ya lo traía impreso en el cerebro. Con sólo un par de contactos, y más tarde únicamente con lenguaje corporal, pude crearle una frontera imaginaria en el garaje que no iba a poder traspasar. Aprendía muy deprisa. Y los bomberos, también.

Ésta es la maravillosa ventaja de tener un cachorro: que se dispone de la oportunidad perfecta para moldear su comportamiento. La capacidad y el deseo de cooperar y llevarse bien con los demás miembros del grupo —de encajar en un entorno social— está siempre ahí, programada en el cerebro de todos los perros. Cuando un animal adulto empuja o gruñe a los cachorros para hacerles saber que se están pasando con sus juegos, o que están rompiendo cualquier otra de las reglas del grupo, no hay negociaciones posibles, pero los cachorros no se lo toman como algo personal, ya que no se trata de un castigo, sino de disciplina. Los humanos podemos aprender mucho del modo en que los perros enseñan a sus cachorros. Si observamos a las crías de cualquier cánido, ya sean perros salvajes africanos, lobos o dingos, veremos que pocas veces se rebelan contra los adultos del grupo que les ponen las reglas. A pesar de que cuanto más dominante o mayor sea la energía que posee un cachorro, cuanto más desafiante pueda mostrarse, cuanto más pruebe sus límites, sabe instintivamente que su supervivencia depende de seguir las normas y rituales de la manada.

Otro aspecto de la rehabilitación de Wilshire fue encontrar el modo de poner su elevadísima energía bajo control. Los cachorros necesitan mucho ejercicio y Wilshire no era una excepción. Cuando los bomberos empezaban su trabajo en el parque, no

siempre había tiempo para que uno de ellos se lo llevase a dar un paseo a paso ligero por el vecindario. Afortunadamente, las propias reglas y disciplina de los bomberos les proporcionaron la solución perfecta. Es obligatorio para todos ellos correr en la cinta cuando llegan al trabajo, para lo cual disponen de dos cintas de correr, una junto a la otra. Primero lo enseñé a utilizarla sin hacerse daño, usando una recompensa de comida para mantenerlo interesado en ello durante los primeros minutos, hasta que comprendió de qué iba todo aquello. Después pasó a ser cosa de los bomberos. Durante las tres semanas que transcurrieron hasta que volví, decidieron asignarle una de las cintas sólo para él, de modo que cada vez que uno de ellos empezaba a correr, Wilshire lo seguía y le pedía que lo dejase subir a la suya. Wilshire tenía un montón de energía que quemar, y sus carreras diarias funcionaron a la perfección con el fin de hacerlo más controlable. No tardó en correr en su cinta sin correa, y que el animal corriera codo con codo con cada miembro del cuerpo creó un vínculo extraordinariamente fuerte entre todos ellos.

Cuando Wilshire llegó al parque, los capitanes Reyna y Richard McLaren pensaron hacer de él un ayudante formativo para que tuviera su propio trabajo en la unidad. Los bomberos de Los Ángeles suelen realizar presentaciones en los colegios y ante otros grupos de la comunidad sobre seguridad y supervivencia en un incendio. El capitán Reyna quería enseñar a Wilshire a pararse, a tumbarse en el suelo y a rodar sobre sí mismo, ya que el adorable Wilshire sería sin duda un atractivo irrefrenable para los niños, de modo que con él recordarían lo aprendido. Pero el comportamiento errático de Wilshire les hizo pensar que ni siquiera sería capaz de aprender a sentarse. Por eso resultó muy productivo que antes yo les enseñara a ellos cómo proporcionar a su mascota reglas, fronteras y límites, y que consiguiéramos hacer de él parte del equipo. Durante las tres semanas que yo tardé en volver, los bomberos resultaron ser los mejores estudiantes que había tenido en toda mi vida. Cada turno dejaba notas al siguiente para que todo el mundo supiera cómo se trataba a Wilshire. Le prepararon una rutina y por todo el parque se clavaron notas en las que se recordaba a todos los integrantes de la plantilla las órdenes de una sola palabra que había que darle. «Abajo» era la orden para que el cachorro no saltara sobre la gente. «Cama» servía para mandarle a su cama. Nadie podía darle comida en la cafetería. La firmeza es de gran importancia cuando un perro tiene más de un líder en su manada. Todo el mundo tiene que estar de acuerdo y nadie puede hacerse blando y romper las reglas, porque entonces todo el programa fallaría. Afortunadamente la supervivencia de un bombero se basa en la disciplina y el trabajo en equipo, y la firmeza aflora en su comportamiento en un 99 por ciento del tiempo. Cuando volví Wilshire seguía siendo una bola de energía, pero también era un cachorro bien educado y respetuoso, un verdadero miembro de la «manada» del parque nº 29. Era lo que yo llamo un excitado-sumiso. Por fin estaba listo para ser entrenado.

Fui acompañado de Clint Rowe, un magnífico entrenador que lleva más de treinta años trabajando con animales en Hollywood. Ha peleado contra alces, panteras, lobos y, por supuesto, perros, que son su especialidad. Llevaba consigo su *clicker*, además de algunas golosinas, y empezó a trabajar con Wilshire el pararse y jadear. Enseñar a un perro a hacer las cosas que se le piden puede ser un ejercicio largo para el que se requiere paciencia, buscar el momento adecuado y muchas repeticiones. Tampoco es bueno sobrecargar al animal con largas sesiones, sino ir poco a poco, en sesiones de diez minutos poco más o menos, dos o tres veces al día. Fue fantástico ver trabajar a Clint, y también presenciar cómo explicaba sus métodos a los bomberos.

Una diferencia entre César y yo es que él trabaja a «tiempo real», lo cual es impresionante. Sin embargo, cuando entrenas animales para trabajar en el cine, el único tiempo real que existe es el del escenario, el día de la grabación. La gente no se da cuenta de que la mayor parte de nuestro trabajo se desarrolla entre bambalinas, día tras día.

En mi trabajo, especialmente en las películas, pretendes que el animal disfrute con lo que hace; quieres que salga disparado al escenario a hacer lo que se espera de él. Con Wilshire, lo primero que tuve que averiguar fue lo que le gustaba. Cuál podía ser su motivación. Afortunadamente enseguida me di cuenta de que la comida era su motor.

*Empezamos por pararse y jadear. Le pusimos una manta para que se sintiera cómodo y pusimos en ella una marca para que supiera dónde debía colocarse para iniciar la secuencia de comportamiento. Utilizaba el *clicker* y luego lo recompensaba con comida en cada paso. Si se detenía en la marca, *click* y recompensa. «Abajo», *click* y recompensa. Al final, descartamos lo de la comida. El *clicker* proporciona un entorno natural, y funciona bien eliminar cualquier tensión que pueda sobrevenir de modo natural o artificial entre el animal y tú. Así el perro puede trabajar a su propio ritmo, respondiendo al entorno en su propia medida. Así el proceso de aprendizaje se relaja, y cuando se aprende de un modo relajado las lecciones se retienen rápida y fácilmente.*

*La clave para trabajar con el *clicker* es mantener tus emociones «neutras». César lo llama energía serena y firme, pero para mí es acceder a un plano no emocional. He visto a gente gritar a los animales, enfadarse con ellos, pero acabar sin conseguir lo que pretendían. Estoy de acuerdo con César en que el resultado lo determina la energía que le envías al perro, no la herramienta que utilices. Si me frustró, o me enfado, o me canso, no importa lo bien organizado que tenga el trabajo, o lo mucho que le gusten las golosinas que le ofrezco. Si me paso de la raya y le alabo en demasía, o le*

ofrezco demasiadas recompensas, el problema será el mismo. Hay que mantener las emociones, la energía, estables para alcanzar nuestro objetivo. La confianza y la seguridad del animal, tanto en él como en ti, se construyen y se basan en tu serenidad.

Cuatro semanas habían transcurrido ya desde que Clint fuera a trabajar con Wilshire. El equipo de *El encantador de perros*, más consciente que nunca del poco tiempo de que disponíamos para el programa, estaba allí para filmar la primera aparición de Wilshire en una escuela local. Clint también estaba allí. Fue un verdadero orgullo para mí contemplar a un larguirucho Wilshire realizar a la perfección la parada, tumbarse y rodar ante una clase de escolares que lo miraban encantados. Pero no olvidéis que todo empezó con reglas sencillas, límites y fronteras que los bomberos y yo establecimos en mi primera visita. Antes Wilshire era incapaz de prestar atención, de concentrarse, y lo más importante, los humanos le importaban un comino. Aunque es posible obligar a un perro desequilibrado a cambiar sus comportamientos y a aprender determinadas cosas —presencí algo así en un lugar en el que trabajé al llegar a Norteamérica—, es mucho más probable que se le olvide todo enseguida o que no responda adecuadamente a las órdenes. Como ya he mencionado antes, un perro «entrenado» no es necesariamente un perro equilibrado, del mismo modo que un graduado en la Universidad de Harvard no es necesariamente una persona equilibrada. El equilibrio se puede conseguir, pero requiere ejercicio, disciplina y afecto, además de un entrenamiento con la adecuada mezcla de refuerzo positivo y correcciones en el momento oportuno.

Clint me ha dicho que Wilshire ha resultado ser un gran estudiante y que ha decidido añadir trucos más difíciles a su rutina. Cuando filmamos el episodio de *El encantador de perros*, bien Clint, o bien el bombero al que aquel día le había tocado entrenar al perro tenía que estar cerca de él para que Wilshire se detuviera, se echara y rodara sobre sí mismo cuando se le pedía. Pero hace poco Wilshire hizo una aparición estelar en una populosa feria de adopción en la que la audiencia la componían cientos de personas. Su entrenador estaba al menos a tres metros de él, pero Wilshire ejecutó unos ejercicios perfectos. Clint y los bomberos le están enseñando ahora a «vestirse»; es decir, a ponerse él solo el collar, y también a arrastrarse sobre la panza, otra lección útil en caso de incendio. Wilshire es el ejemplo perfecto de cómo la fórmula de ejercicio, disciplina y afecto, liderazgo firme y sereno, y un condicionamiento de su conducta basado en las recompensas pueden crear un perro feliz, equilibrado y psicológicamente activo. De ser un cachorro cuya propia vida corría peligro, Wilshire promete ser un modelo de carne y hueso para todos los perros bomberos, además de toda una institución en Los Ángeles. El capitán Reyna dice que cuando aparece el camión de bomberos con Wilshire sentado en el

asiento delantero, la gente se levanta espontáneamente a aplaudirlo.

Una vez que un perro está estable, después de utilizar mi fórmula de ejercicio-disciplina-afecto; una vez que el líder humano de la manada se ha ganado su confianza y su respeto, sólo entonces el beneficio de un entrenamiento basado en la recompensa y el condicionamiento es inconmensurable. Los perros necesitan desafíos tanto físicos como psicológicos, y aprender comportamientos nuevos — especialmente aquellos que les hacen sentirse útiles u orgullosos de ellos mismos— forma parte de esos desafíos. Al igual que los humanos, los perros son animales gregarios que florecen cuando saben cuál es su trabajo para que la manada funcione a la perfección. Recientemente tanto etólogos como otros expertos que estudian a los animales salvajes en cautividad están defendiendo la noción amparada en el sentido común de que todos los animales necesitan una especie de «trabajo», de finalidad, para que puedan mantener sus mentes saludables, especialmente cuando viven en entornos artificiales creados por el hombre; es decir, detrás de un muro. El enriquecimiento etológico de animales es un nuevo campo en el que los expertos estudian qué herramientas, juegos y desafíos funcionan mejor para mantener activos y satisfechos con su entorno a los animales encerrados. Los que trabajamos con animales sabemos hace ya tiempo que un animal feliz es aquel que sabe que tiene un objetivo. Durante años el entrenador Clint Rowe trabajó con una manada de híbridos de lobo para que pudieran interpretar el papel de una verdadera manada de lobos en las películas. Los cruces de lobo son unos de los perros más difíciles de entrenar, puesto que genéticamente hablando están lo más cerca que se puede del lobo, y por tanto, retienen muchos de los instintos salvajes de supervivencia y la sensibilidad que los animales salvajes suelen conservar. Sin embargo, Clint dice que entrenar con esa manada fue una de las experiencias de conexión con los animales más profundas de cuantas ha tenido. «Trabajar con la manada de cruce de lobo y prepararlos para filmar una película, o simplemente para trabajar en un escenario fue como un ballet. Se anticipaban en todo momento a lo que iba a ocurrir a continuación y estaban totalmente en sintonía con su entorno, y por supuesto conmigo, que era su líder. Sabían lo que yo estaba pensando y lo que quería que hiciesen, y yo sabía que lo iban a hacer de maravilla. Estábamos tan conectados... había un campo de energía entre nosotros que nadie más podía ver, pero incluso la gente del rodaje se dio cuenta de que había algo muy intenso entre nosotros».

Un consejo sobre los cruces de lobo para aquellos lectores que pudieran estar interesados en estos magníficos animales: Clint dice que siempre los trató como si fuesen auténticos lobos, y no cruzados con perros, y hace hincapié en que esta raza de animales no debe ser manipulada por personas que no estén familiarizadas con los animales salvajes y peligrosos. Personas no profesionales han adoptado a estos hermosos animales por la excitación o el estatus que supone poseerlos y han

terminado contando experiencias terribles e incluso accidentes fatales. La mezcla genética única del cruce de lobo hace que permanezcan exclusivamente en el lado salvaje; incluso hay expertos que opinan que los cruces de lobo son tan potencialmente peligrosos porque combinan los instintos depredadores de los lobos —que son predominantemente agresivos— y los instintos agresivos de los perros —que no son predominantemente depredadores—. No os dejéis engañar por sus rasgos, tan parecidos a los de los canes domésticos: son animales que deben ser tratados con la misma cautela y el mismo respeto que cualquier animal salvaje.

Al igual que Clint y su manada de lobos híbridos, los perros terapéuticos, los que practican agilidad, los de caza, los de granja, los perros policía, los especializados en rescate, e incluso los perros de guerra suelen desarrollar ese increíble nexo de unión con sus entrenadores humanos. Darle trabajo a tu perro implica que tendrás que llegar a ser un líder aún más fuerte de lo que en general suele ser quien posee una mascota. Tú, su propietario, estás creando una finalidad y una estructura para tu perro que es lo más parecida posible a la clase de vida y funciones para las que los perros fueron diseñados.

Transformar lo negativo en positivo

El propósito de todo trabajo etológico con animales es terminar consiguiendo una experiencia positiva y un estatus de ganador a ganador tanto para el animal como para su manipulador. En la naturaleza, la disciplina, las reglas y los límites son algo positivo porque aseguran la supervivencia. Cuando un perro más dominante corrige a otro más sumiso, el resultado es que el segundo aprende a integrarse mejor en la manada. El perro dominante ayuda a crear un entorno menos conflictivo y a través de una corrección momentánea se alcanza un resultado positivo. Por eso digo siempre que cuando se trabaja con perros hay que visionar el resultado positivo que deseamos alcanzar, y es lo que nos permitirá transformar algo negativo en positivo.

Si una experiencia resulta positiva, es posible que incluso pueda llegar a anular el instinto natural de un perro, ayudarle a integrarse mejor en nuestro mundo humano. Por ejemplo, las tres leonas marinas del zoo de Central Park de Nueva York ejecutan docenas de variaciones en su comportamiento natural a la hora de alimentarse, tres veces al día. Pero los profesionales del zoológico también necesitan hacerles a diario un chequeo médico, y eso es algo a lo que los leones marinos no se someterían en la naturaleza. No hay que olvidar que en un entorno salvaje un animal enfermo o herido puede atraer depredadores, amenazar la seguridad del grupo o incluso convertirse en objetivo para sus congéneres, de modo que los animales no suelen «anunciar» que no

se encuentran bien. Excepto en los humanos, no encontrarás a ningún hipocondríaco en el reino animal. Por tanto, los cuidadores del zoo deben motivar a los animales a hacer cosas como abrir la boca de par en par para revisarles y limpiarles los dientes a cambio de refuerzos positivos y recompensas en forma de comida. Existe un alto grado de confianza y respeto entre las leonas marinas y sus cuidadores, ya que han conseguido transformar lo que en la naturaleza es un comportamiento negativo en uno positivo.

Cuando doy de comer a mi manada en el Centro de Psicología Canina, hago que todos esperen y primero doy de comer al más tranquilo y sumiso de todos. En la naturaleza sería precisamente todo lo contrario: el más sumiso comería el último. Al hacer esto animo al resto de la manada a imitar el comportamiento que ha sido recompensado con comida. Aunque soy de la opinión de que siempre se debe trabajar de acuerdo con la Madre Naturaleza, y nunca en su contra, en el ámbito de los perros también creo que trabajar con la parte de los instintos que dificultan la adaptación de un animal que debe sobrevivir en mitad de nuestro mundo humano no es una excepción a esa regla. En este caso, estamos manipulando instintos para mejorar su calidad de vida, y que pueda ser más estable y pacífico en nuestro entorno, a pesar de que nuestro mundo moderno sea sólo un pálido sustituto del lugar que la naturaleza habría escogido para él.

Democracia canina

Últimamente tengo la impresión de que en el clima reinante de lo «políticamente correcto», muchos de nosotros hemos llegado a la conclusión de que no está bien actuar como líderes de nuestras mascotas. Hemos pasado del extremo autoritario y caduco en el que los animales sólo existían para hacer lo que nosotros les mandásemos, a otro igualmente dañino en el que éstos son considerados nuestros iguales en cualquier ámbito de nuestra vida. Con esto no pretendo decir que seamos mejores que los animales en ningún aspecto o forma. ¡Por supuesto que no! Somos, simplemente, distintos. Pero hay una razón muy clara de por qué necesitamos controlar a nuestras mascotas y es porque somos nosotros quienes las hemos introducido en nuestro mundo, y no al revés. Los hemos incluido en un universo de peligros desconocidos para ellos: suelos de asfalto, vehículos móviles, cables eléctricos y grandes edificios. Todo en nuestro mundo les es extraño. Por supuesto que con nuestra guía pueden aprender a navegar en él sin correr riesgos; pueden acostumbrarse a esta clase de vida, e incluso vivir felices. Pero aun así, no es el modo en que la Madre Naturaleza pretendía que vivieran, y nunca lo será. Cuanto mejor

comprendamos el modo de pensar de nuestros perros, mejor podremos satisfacer sus necesidades, a pesar de que vivan en un mundo que les es extraño y, en un nivel más profundo, lo es también para el animal que nosotros llevamos dentro.

El hecho de decir que debemos ocupar el papel de líder en la vida de nuestros perros no equivale a afirmar que debemos ser unos dictadores implacables con ellos; y decir que nuestros perros deben mostrarse sumisos y tranquilos no significa que debamos menospreciarlos. Como todos los animales sociales, tanto humanos como perros, necesitamos una estructura y un liderazgo para que nuestras vidas no se disuelvan en el caos. Aunque la democracia sea el ideal más elevado al que deben de tender las sociedades humanas, incluso ellas necesitan de líderes. Y creedme cuando os digo que vuestro perro no desea vivir en democracia. Cada célula de su ser preferiría tener un marco social claramente definido, con un líder justo y consistente en quien poder confiar y respetar, más que disponer de un «voto de igualdad» en cómo debe organizarse su casa *humana*. Los seres humanos harían bien en perfeccionar el concepto de democracia entre ellos antes de intentar imponérselo a otras especies animales.

Castigo, abuso y emociones descontroladas

Mostrar a un animal un liderazgo enérgico e imponerle normas no es lo mismo que provocar miedo y castigarlo de modo abusivo. Un contacto rápido y firme no es lo mismo que un golpe. Crear respeto no es lo mismo que intimidar.

La primera vez que presencié cómo se abusaba de un animal vivía en Mazatlán, México, y aún era un niño. Me revolvía las entrañas ver a la gente tirar piedras y maldecir a los perros. Más adelante, ya de adulto, presencié de primera mano el efecto de los abusos en los perros. He visto animales que han sido golpeados y tratados a patadas, cachorros olvidados y atados a un árbol del jardín durante días, y perros a los que no se les daba comida ni agua. Un caso especial es el de Popeye, un pitbull. Popeye perdió un ojo en una pelea ilegal de perros y a consecuencia de ello sus dueños lo abandonaron. Con la visión disminuida, Popeye se sentía vulnerable y se volvió desconfiado y muy agresivo con otros perros con el fin de intimidarlos. Rosemary también participó en peleas ilegales de perros. Cuando perdió una especialmente importante, sus dueños la rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Una organización de rescate de animales le salvó la vida, pero aquella horrible experiencia la transformó en un animal agresivo y peligroso.

Afortunadamente conseguí rehabilitar a Popeye y a Rosemary y proporcionarles el liderazgo adecuado para que se sintieran a gusto y a salvo. Sin embargo, no todos

los perros tienen esta suerte. Por miedo, perros que han sufrido abusos pueden atacar y matar a otros perros, y en algunas ocasiones, incluso a personas. La sociedad suele sentenciarlos a muerte, a pesar del hecho de que fueron los humanos quienes sembraron en ellos esa peligrosa inestabilidad.

En mi opinión, la mayoría de los abusos perpetrados contra animales provienen del desequilibrio de nuestras propias emociones y de la energía negativa que reprimimos. Del mismo modo que no sirve de nada castigar a un niño cuando el padre está fuera de control, es inútil volcar la rabia o la infelicidad en un animal que es incapaz de comprender por qué estás enfadado. Y, por difícil que nos resulte asimilarlo a muchos de nosotros, el amor tampoco basta... ¡ni para animales ni para humanos! Yo siempre digo que si el amor fuese suficiente para cambiar todos los comportamientos no deseados en adecuados, no habría gente desequilibrada en el mundo. Del mismo modo, si el amor bastara para conseguir hacer de tu perro la mascota perfecta, pensaría: «tanto me quiere mi dueño que hoy no voy a perseguir a ese gato».

Disciplinar a nuestro perro: cosas básicas que se deben hacer o dejar de hacer

- ❖ SÍ establece en tu casa tus propias normas y límites entre los miembros humanos de la manada antes de traer un perro a casa.
- ❖ SÍ asegúrate de que todos los humanos estéis «en la misma página» en cuanto a lo que se le va a permitir y lo que no.
- ❖ SÍ compórtate siempre de un modo firme y claro con tu perro respecto a las normas.
- ❖ SÍ empieza a hacerle respetar las normas desde el mismo día en que llegue a tu casa. Tu perro no entenderá el concepto de «días especiales» o «vacaciones».
- ❖ SÍ concentra siempre tu energía firme y serena cuando vayas a corregir un comportamiento incorrecto.
- ❖ SÍ ofrécele a tu perro una alternativa frente al comportamiento prohibido.
- ❖ NO impongas reglas si te sientes frustrado, enfadado, emotivo o cansado. Espera a que puedas responder con serenidad ante el comportamiento de tu perro.
- ❖ NO grites ni golpees a tu perro enfadado. ¡Nunca!
- ❖ NO pretendas que tu perro te lea el pensamiento.
- ❖ NO esperes que tu perro siga normas que no han sido planteadas de un modo consistente.
- ❖ NO refuerces ni apoyes una actitud temerosa o agresiva.
- ❖ NO recompenses a tu perro con golosinas o caricias si no se

encuentra en una actitud serena y sumisa, o activa y sumisa.

Es obvio que tu perro no razona de ese modo. No es capaz de racionalizar o meditar sobre su propio comportamiento. Eso debería bastarnos para no permitir que un animal nos saque de nuestras casillas. Nunca debemos corregirle empujados por la ira o la frustración. Cuando intentas corregirle enfadado, sueles ser tú quien está más fuera de control que el perro, y es tu necesidad la que estás satisfaciendo, no la del animal, además de un modo muy poco saludable. Créeme si te digo que tu perro notará tu inestabilidad y en muchos casos repetirá con más insistencia el comportamiento no deseado.

No olvides nunca que tu perro es tu espejo, y su comportamiento será siempre, en cierto modo, reflejo del tuyo propio.

‘Bill Maryan y Lulú, un final feliz’

Encontramos a nuestra perrita Lulú en un albergue local. Cuando la trajimos a casa, se tiraba al suelo y se hacía pis cuando intentaba acariciarla. Sentía pánico de mí en particular, y normalmente se echaba al suelo patas arriba, con la cola metida entre las patas cada vez que yo entraba en la habitación en que estaba ella.

Cuando salíamos, era muy difícil de controlar con la correa; a base de tirones conseguía soltarse, atravesaba nuestro jardín, el/los de los vecinos y me hacía correr tras ella toda la manzana hasta alcanzarla.

Maryan y yo estábamos muy preocupados por nuestra incapacidad para controlarla, y que le interesaran más los gatos como comida —o aperitivo— que en tenerlos como amigos.

Ambos habíamos visto en la tele El encantador de perros y puesto que estábamos impresionados, decidimos intentar algunos de los métodos de César. Su filosofía de ejercicio, disciplina y afecto es tan sencilla que resulta difícil creer el cambio que se consigue.

Dos métodos en particular llamaron nuestra atención: el primero es el sonido, como si chistase, que hace en su programa. Siempre consigue llamar la atención del perro, y casi inmediatamente. El segundo fue el del uso de la correa tal y como él lo hace, justo detrás de las orejas, en lugar de más atrás, casi en la base del cuello.

Un tercer método, el de usar una cinta de correr para proporcionarle

ejercicio al perro cuando no puedes salir con él a pasear, nos pareció que podía funcionar ya que Maryan tiene problemas para caminar durante mucho tiempo, contando con que fuésemos capaces de conseguir que Lulú lo hiciera. Al principio se bajaba de la cinta, pero manteniéndola en ella con la correa empezó al fin a caminar. Ahora llama nuestra atención y se acerca a la cinta como si quisiera que la pusiéramos en marcha para ella. Ha sido una transformación increíble.

He de decir que en tan sólo unas pocas semanas estas tres técnicas aparentemente sin importancia han transformado nuestra vida con Lulú. Se ha vuelto mucho más confiada, tranquila y mucho menos conflictiva. Maryan ya puede salir con ella cuando va al buzón, ya que Lulú se comporta de un modo atento y tranquilo. Ya ha dejado de tirar, o de plantarse en un sitio y negarse a continuar. Ahora es una magnífica compañera para salir a dar un paseo.

Los gatos y ella han conseguido por fin hacerse amigos. Nuestra gata Precious y Lulú se han hecho tan buenas amigas que incluso duermen la una al lado de la otra de vez en cuando. Ahora como todos «una manada»... ¡Ojalá estos mismos métodos funcionasen con los gatos!

La filosofía general que conduce el trabajo de César, su idea del equilibrio, coincide mucho con la mía. Soy de la opinión de que, para alcanzar el equilibrio, hemos de vivir el presente. Es una creencia proclamada por muchas de las religiones orientales que, una vez analizada, te hace darte cuenta, al menos así me ocurrió a mí, que el «ahora» es lo único que tenemos. El pasado ha desaparecido ya y nada de lo que vaya a suceder en el futuro está garantizado; lo único que siempre vamos a tener es el momento en que vivimos, el momento en el que estamos.

3

La mejor herramienta del mundo

«Hemos llegado a aceptar que el término “entrenamiento” designa algo que realizamos a través de determinadas tareas y empleando ciertas herramientas. Esto es cierto, pero a veces las herramientas que empleamos no podemos verlas, ni saborearlas, ni oírlas, ni olerlas, ni tocarlas».

BRANDON CARPENTER, entrenador de caballos

En algunas ocasiones, al aparecer en público o al impartir algún seminario, hay personas que se me acercan porque quieren saber cuál es, a mi juicio, la herramienta indiscutible, la mejor, la más segura a la hora de entrenar o rehabilitar a un perro, y muchas veces se sorprenden cuando les digo que la mejor herramienta que se puede emplear para controlar a un perro es algo que ya poseen y que llevan consigo todos los días y donde quiera que vayan. Esa herramienta es su *energía*. De hecho, es la única herramienta que defenderé siempre.

Tú mismo, es decir, tu energía, tu entidad, resulta ser la herramienta más poderosa jamás creada. Tú, como ser humano, tienes una capacidad única en todo el reino animal. Sólo un ser humano, ningún otro animal, es capaz de poner varias especies juntas en un único sitio, especies que en la naturaleza se matarían las unas a las otras, e influir de tal modo su comportamiento que sean capaces de convivir. ¿Habéis visto la película *Ace Ventura: detective de mascotas*, o *Doctor Dolittle*, por ejemplo, donde hay un pollo, un cerdo, un caballo, un gato, un perro, una serpiente y una vaca todos juntos en una misma habitación? Por supuesto fue un ser humano quien creó la idea de filmar esa escena, quien desarrolló la estrategia que lo hizo posible, y fue su energía la que hizo posible que todo ello llegara a ocurrir. Todos esos animales reunidos en un mismo escenario tienen entrenadores humanos, como mi amigo Clint Rowe, que son capaces de controlar al animal a su cargo sin correa, collar o jaula, al menos durante el periodo de tiempo necesario para rodar la escena. Si uno de esos entrenadores se pone nervioso o se asusta, o por lo que sea esa mañana se ha levantado pensando «hoy no voy a poder controlar al cerdo», la escena no podría rodarse.

Aparte de la energía de cada cual, defino *herramienta* como un objeto que utilizamos para establecer una unión física con nuestros perros. Al igual que ocurre

con la energía, las herramientas pretenden comunicar nuestra intención y expectativas al perro, y la técnica que empleemos al utilizarlas nos ayudará a ser un líder de la manada más eficaz.

La cuerda de mi abuelo

Siempre digo que empresas como Petco o PetSmart nunca ganarían tanto dinero en el México rural como en Norteamérica. Y eso se debe a que en lugar de una preciosa correa utilizamos la cuerda de toda la vida una y otra vez, que llega a pasar incluso de una generación a la otra. «Oye, ve y tráeme la cuerda del abuelo que está en el cobertizo». Eso me decían. Por eso precisamente yo suelo utilizar una cuerda de treinta y cinco céntimos: para demostrar que no es la correa lo que controla al perro, si no la energía de quien la empuña. En *El encantador de perros*, comenté el hecho de que los vagabundos de Los Ángeles están entre los mejores líderes de la manada que yo he visto desde que llegué a este país. Conducen a sus perros sólo con su energía, sin correa ninguna, y sus perros los siguen. Estas personas tienen una misión muy sencilla: moverse constantemente y hacer lo que sea necesario para sobrevivir. Su energía se refleja en su misión, y al mismo tiempo en la misión de su perro. En muchas culturas primitivas los perros siguen deambulando libres por la aldea, buscando restos que comer entre las casas, y siguen a los humanos sin correa cuando salen de caza o a buscar alimento. Estos líderes humanos de la manada saben por instinto que la mejor herramienta que tienen para comunicarse con otra especie es su energía.

Antes de que la civilización comenzase a reducir los territorios animales, obligándolos a volverse más agresivos para sobrevivir, la mayoría de animales, incluso las bestias más temibles sobre la faz de la tierra, tenían por naturaleza miedo del hombre. Lobos, leopardos, leones y elefantes comprendían instintivamente que los humanos tenían algo de lo que ellos carecían: una combinación de energía poderosa, instintiva, psicológica e intelectual, lo cual suplía el hecho de que el *Homo sapiens* fuera más lento, más débil y careciera de dientes o garras con los que poder luchar. En la actualidad, los humanos modernos bajamos a la tienda y compramos unas correas y unos collares estupendos y muy especiales que creemos que nos aportarán más control sobre el animal, cuando en el fondo lo que ocurre es que la mayoría de nosotros hemos perdido la energía instintiva que la naturaleza nos concedió en un primer momento. Hemos olvidado lo que nuestros ancestros sabían sobre los animales: que el único modo inapelable de derrotarlos era utilizando la mente.

A lo largo de los años de civilización, el hombre ha inventado miles de herramientas para controlar o influir a distintos miembros del reino animal. Algunas de esas herramientas se consideran ahora inhumanas, y otras siguen en uso. Estoy seguro de que en el futuro seguirán desarrollándose todo tipo de herramientas, pero nunca existirá una mejor que la que ya tienes en tu interior. No hay obra de arte en el universo mejor que tú en ese sentido. Recuerda que formas parte de la Madre Naturaleza y que posees la habilidad de conectar con ella en cualquier momento. Tu identidad en el mundo animal es tu energía, y la energía no tiene límites. La clave está en aprender a descifrar el código y ponerte en contacto con el animal que llevas dentro de ti. Tu energía es la herramienta número uno que puedes emplear cuando desees controlar o influir en el comportamiento de tu perro.

Las herramientas sirven para capacitarnos

Una herramienta no se transforma en energía hasta que la tocamos. La rama de un árbol es sólo eso, una rama de un árbol, hasta que un chimpancé la arranca y la usa para sacar gusanos de un agujero. No posee una función especial hasta que el chimpancé la utiliza con intención. Un cuchillo para el queso puede estar sobre la tabla de partir, junto a un trozo de queso y un poco de pan tostado, pero si un hombre lo empuñase y pinchara a otro con él empujado por la ira, ese cuchillo pasaría a ser un arma, de nuevo sólo por la intención. ¿Es inhumano utilizar un cuchillo de cortar queso para cortar queso? ¡Por supuesto que no! ¿Es inhumano utilizar un cuchillo de cortar queso para atacar a alguien? ¡Sí! Con todo esto quiero decir que la herramienta que utilices con tu perro no fue inventada para hacerle daño, sino para capacitar a quien la maneja si no puede controlar al animal sólo con su energía. Si esa persona utiliza esa misma herramienta con una energía cargada de ansiedad, frustrada, airada o sintiéndose impotente, yo diría que la energía negativa de esa persona es mucho más inhumana hacia el perro que la mayoría de herramientas que pueda encontrar a su disposición. Si una herramienta no se utiliza correctamente y con una energía serena y firme, no sólo no funcionará, sino que podría llegar a ser un objeto que dañase al perro.

Existen muchos casos en los que el dueño de un perro no puede, con toda legitimidad, controlar al animal con energía o con una simple cuerda, y no hay que avergonzarse por ello. Al fin y al cabo, en todo el país existen leyes sobre tenencia y protección de animales. Incluso quienes han legislado en este sentido saben que un buen porcentaje de gente puede no ser capaz de controlar a un perro en caso de emergencia. Correas, collares y otras herramientas actúan como seguro. En algunos

casos, un perro puede ser demasiado fuerte físicamente para una determinada persona, como es el caso de mi cliente y amiga Kathleen. Kathleen adoptó a Nicky, un rottweiler de casi cuarenta y dos kilos que había sido objeto de abusos por parte de su anterior dueño, y sin su intervención qué duda cabe de que el animal habría sido sacrificado. Kathleen es una mujer menuda y delicada que además padece osteoporosis, y puesto que Nicky es un perro fuerte y de elevado nivel de energía, necesita caminar con regularidad. Kathleen no es lo bastante fuerte para detener a Nicky si se excita y decide abalanzarse contra otro perro estando en la calle, lo que la convierte en la clase de persona que necesita la herramienta adecuada para capacitarse y velar por la integridad de Nicky y otros perros.

Apliqué una estrategia en tres pasos para ayudar a Kathleen a capacitarse para ser una dueña responsable y maravillosa para Nicky. Primero me llevé al animal al Centro de Psicología Canina durante dos semanas para socializarlo con los miembros de su propia especie. Dado que su dueño anterior lo había mantenido atado a un poste literalmente durante años, era portador de una gran cantidad de energía contenida y frustración que el animal desahogaba con otros perros. Nicky resultó ser un tipo juguetón y muy sociable una vez experimentó el poder de la manada, ejercicio intenso y diario y una rutina equilibrada y predecible. Luego comencé el trabajo con Kathleen para conseguir que canalizase una energía firme y serena. Kathleen es una mujer fuerte y decidida, pero su delicado estado de salud la había vuelto algo insegura. Por otro lado, la lástima que sentía por Nicky y lo que le había ocurrido en el pasado dificultaba la situación. La ayudé a sacar a la luz su parte más fuerte y enérgica a la hora de tratar con Nicky, así como a olvidarse del pasado y aprender a vivir el momento con él. Por último, la enseñé a utilizar correctamente la herramienta que había elegido para Nicky, el collar de castigo, que la ayudó a corregirlo de modo más fuerte y rápido, algo que no habría podido hacer con sus propios recursos, especialmente teniendo en cuenta su osteoporosis. Por otro lado, saber que el collar podía ayudarla la hizo sentirse más capaz y más confiada al sacarlo a pasear. Al final fue la confianza de Kathleen en sí misma la que transformó a Nicky en un perro más obediente, Y no el collar. Una vez más se demostró que no era la herramienta, sino la energía de quien la manejaba lo más importante. ¿Habría sido más «humano» que Kathleen renunciara a Nicky, condenándole a una muerte segura? Creo que tomó la decisión correcta: buscar una herramienta que pudiera utilizar sin hacer daño al perro, aprender a utilizarla debidamente y capacitarse para ser una líder de la manada más eficaz a ojos de su perro. Pero no fue el collar en sí lo que transformó a Nicky; fue simplemente un paso más en el camino de Kathleen que la conduciría a reconocer su propia fuerza y potencial.

El arma de Dillinger y el periódico de la abuela

Es habitual que la gente no piense hasta qué punto el poder de la intención, la psicología y la energía contribuyen a la eficacia de una herramienta. Estas características se transformaron en leyenda encarnadas en el personaje de John Dillinger, convicto en la época de la Gran Depresión, que consiguió evadirse de la prisión a prueba de fugas en Crown Point, utilizando una pistola de madera pintada con betún. Si esta colorida historia es cierta, es seguro que fue la determinación, el carisma y la reputación de Dillinger las que de verdad lo sacaron de la cárcel y las que impidieron que sus carceleros examinasen detenidamente el arma que llevaba en la mano. Si tu abuela octogenaria tuvo perro, posiblemente tuviera siempre a mano un periódico enrollado. Era el modo que se utilizaba hace años para enseñar a un perro —muchos de mis clientes de más edad siguen utilizándolo—; yo desde luego no soy un defensor de este método, por razones prácticas que explicaré más adelante en este capítulo, pero ¿está mal? Si se abusa de él, por supuesto que lo está. Aun así, muchos de los clientes cuyos abuelos empleaban este método me han dicho que en la mayoría de casos ni siquiera llegaban a tocar al perro con el periódico. Sólo hacían el ademán de ir a cogerlo. Entonces el perro se daba cuenta de que la cosa iba en serio cuando ni siquiera había llegado a rozarlo. Pero el simple hecho de hacer el gesto de cogerlo capacitaba a la abuela ante sus propios ojos, y el perro notaba el cambio de energía en ella, por lo que modificaba su actitud inmediatamente. Una vez más era la energía y no el periódico la que provocaba el cambio. Si creías que una herramienta, sea la que fuere, podría hacer el trabajo por ti, ya puedes ir olvidándolo, porque no va a ser así. La energía serena y firme que apliques en su uso es mucho más importante que la herramienta en sí misma.

A mí cualquier herramienta puede servirme, pero eso no quiere decir que pueda ser la correcta para la persona a la que estoy intentando ayudar. Cuando voy a casa de un cliente, siempre le pregunto: «¿cuál es la herramienta con la que te sientes más cómodo?». Prefiero trabajar con la herramienta con la que ellos ya estén familiarizados, pero por supuesto enseñándoles la forma correcta de utilizarla, ya que de otro modo podría ser dañino para el perro. Si tengo la impresión de que le iría mejor con otro utensilio porque quizás no están en el nivel adecuado para dominar por completo el que están utilizando, les sugiero el método que me parece mejor para alcanzar el control y, lo más importante, la confianza que necesitan para que llegue a ser efectivo. Una vez más es la confianza, la energía serena y firme, la clave de todo el asunto. El objetivo a conseguir, y se trata de un objetivo que está al alcance de mucha gente, es recuperar la conexión primitiva entre el hombre y el perro para dominar la experiencia de conducir al perro sin correa. El sueño es ser capaces de utilizar la energía para conectar y comunicarnos con nuestro perro de tal modo que la

necesidad de usar alguna herramienta sea mínima.

Tomemos como ejemplo mi relación con mi pitbull Daddy. Aunque con él utilizo una sencilla cuerda de treinta y cinco céntimos cuando me obliga la ley o es necesario para garantizar su propia protección, básicamente la única herramienta que necesito para influir en él es mi mente, mi energía y mi relación con él, que se basa en el respeto y la confianza. Cuando Daddy y yo paseamos juntos, siento que no hay fronteras entre ambos. Lee mi energía y yo leo la suya, y ambos avanzamos como uno solo. Si pretendo hacer algo, casi siempre consigo comunicárselo con un gesto o un pensamiento. Para mí, ésta es la relación ideal entre un hombre y un perro: un objetivo al que todos podemos aspirar.

Aunque me he concentrado por ahora en este capítulo en la energía personal como herramienta para controlar el comportamiento de un perro, quiero aclarar que estoy a favor de la ley de tenencia y protección de animales. Crecí en un país sin leyes de ese tipo y creo que en la actualidad se hace exactamente lo que se debe al exigir a los dueños de perros que lleven a sus animales con correa en lugares públicos. Los perros son animales, y a los animales se los controla por el instinto, y no por la razón. Incluso el más diligente de los dueños podría encontrarse en la situación de que su perro se sintiera atraído por un niño que se está comiendo un pedazo de pollo, o un bebé en su sillita tomando su biberón, u otro perro que pueda estar al otro lado de la calle. El perro podría echar a correr y hacer daño a un niño o a otro perro, o podría cruzar la calle y ser atropellado por un coche. Tristemente la experiencia demuestra que muchos de los dueños tienen muy poco control sobre sus mascotas en tales situaciones. Otra ventaja de la correa es que ayuda a controlar la población de perros. Uno de los instintos naturales más fuertes de un perro es el de la procreación, y sin correas una hembra en celo puede quedar preñada en un abrir y cerrar de ojos. En resumen, la correa ayuda a enfrentarse a la realidad y a evitar accidentes, y yo apoyo sin reticencias esta importante medida de seguridad.

Ahora que ha quedado clara mi filosofía acerca de las herramientas —no es la herramienta en sí lo que importa, sino la energía que hay tras ella— revisemos algunas de las herramientas más comunes que se emplean para corregir a los perros, sus pros y sus contras y las situaciones en las que pueden ser adecuadas o inadecuadas.

La cuerda o correa sencilla

Del ramal que usaba mi abuelo en México a la cuerda de nailon de treinta y cinco céntimos que puedes comprar en cualquier tienda de animales, la correa puede ser

cualquier cosa con que puedas rodear al perro por el cuello para asegurarte de que te sigue. El propósito de la correa es establecer una comunicación muy básica entre tu perro y tú, de modo que puedas decirle de la manera más sencilla que confíe en ti y que te siga, o que avance en la misma dirección que lo haces tú.

Una correa sencilla es un modo básico de asegurarte de que el animal no va a escapar de tu lado, lo cual suele redundar en su propio bien. Recuerdo experiencias en la granja de mi abuelo cuando una vaca o un caballo se caían en una zanja. El animal, presa del pánico, se revolvía haciendo cosas que obviamente iban a hacerle daño. Mi abuelo iba a por un ramal, se lo ataba al cuello y utilizando su energía serena y firme conseguía que el animal se tranquilizara para después, empleando ese ramal conducir al animal a terreno seguro. La cuerda conseguía transmitir confianza, respeto y liderazgo, y permitía a mi abuelo comunicarse directamente con el animal y transmitirle en qué dirección debía ir para salir de una situación peligrosa.

Una sencilla correa es la herramienta que elijo para salir con mi manada a la carretera. Cuando salgo a pasear con Coco, el chihuahua, Louis, el chino crestado, y Sid, el bulldog francés, en una ciudad desconocida, les paso al cuello mi fina cuerda de nailon y «emigramos» unas cuantas manzanas. Me gusta que la correa les quede en la parte alta del cuello, lo que me proporciona mayor control sobre la cabeza del animal y evita que se muevan de acá para allá o se despisten olfateando el suelo. Al igual que con Daddy, Coco, Louis y yo establecemos una conexión perfecta a través de la correa, podría llevarlos siguiéndome sin ella por lugares en los que pasear de ese modo fuese legal. Sin embargo, Sid es harina de otro costal. Hace pocos meses que lo hemos adoptado y desgraciadamente le queda mucho por aprender en cuanto al significado de los límites y las fronteras. Sid trabajó como perro de exposición; de hecho, ganó varios premios. Su experiencia de la vida hasta hace bien poco se reducía a la pista de exhibiciones. Nunca antes había paseado en zonas abiertas ni había pasado tiempo al aire libre, de modo que si una ardilla aparece en su campo de visión, es un evento de capital importancia para él. Sid todavía no comprende que cuando está fuera no puede salir corriendo en la dirección que se le antoje. Hasta que él y yo no hayamos pasado más tiempo juntos y repetido una y otra vez los ejercicios que lo ayuden a comprender el concepto de fronteras invisibles, lo único que puede comunicarle esos límites es la correa, y la correa le salvará la vida.

El collar

La siguiente herramienta básica para influir en nuestro perro es el collar de cadena o de cuero, del que colgamos sus chapas. La mayoría de collares que se

pueden comprar llevan incorporada una anilla en la que sujetar una correa, con lo que se crea una combinación de correa y collar. Si un animal no está domesticado, se resistirá a un collar que sea demasiado restrictivo, pero un perro medio no tendrá problemas con él. Es un paso más en la simple cuerda de nailon que yo uso, pero a la mayoría de dueños les proporciona mayor seguridad. Además los collares pueden ser de mil formas y estilos diferentes, y pueden costar desde menos de un dólar hasta miles de ellos. Algunos collares llevan tachuelas que pueden evitar que otro animal hiera el cuello de tu perro si llega el caso de ser atacado, pero la mayoría son sólo a efectos estéticos. Cuando Daddy y yo estuvimos presentes en los premios Emmy a las Artes Creativas, le puse su collar más elegante para la ocasión. ¿Notó él la diferencia? Por supuesto que no. Pero ¡los paparazzi lo encontraron muy fotogénico cuando avanzábamos por la alfombra roja!

Una cosa muy importante que no hay que olvidar cuando usemos una correa o un collar es que *nunca* debes ponérselo tú, sino que debes invitar al perro a venir a la herramienta. Puedes hacer que para él sea una experiencia positiva utilizando una golosina o tu propia energía. Perseguir a un perro para obligarle a llevar algo extraño en el cuello no conseguirá franquearte su confianza o su respeto. El perro creerá que estás jugando con él o llegará a temer esa herramienta. Nunca permitas que una herramienta quede asociada en la cabeza del perro con algo negativo.

La correa extensible

Las correas extensibles fueron creadas para animales que debían seguir rastros. Antes de que se ideara este tipo de herramienta, quienes tenían a su cargo perros de rastro tenían que llevar seis, nueve e incluso doce metros de cuerda para permitir al perro seguir un rastro, y después tenían que pasar por la tediosa tarea de recoger todos esos metros de cuerda. La correa extensible fue la solución perfecta, porque de ese modo podía ordenarse al perro seguir un rastro, y una vez había localizado su objetivo, la persona a su cargo sólo tenía que seguir la correa hasta donde el animal le esperaba, y recoger a la vez que caminaba. Desde su invención, la correa extensible se ha hecho muy popular entre los dueños de perros por una razón que para mí es un mito: que el perro necesita «libertad» cuando sale de paseo.

Sí, el perro necesita libertad. Todos los animales la necesitan. Pero el término *libertad* puede tener distintas definiciones. La finalidad de un paseo con el líder de la manada no es dejar que el perro camine a su antojo, sino proporcionarle una experiencia intensa, primitiva, estructurada y de vinculación afectiva entre un hombre y un perro. La mayoría de la gente no comprende que el paseo estructurado en sí

mismo es una experiencia verdaderamente «liberadora» para un perro. Normalmente el dueño que se siente tan preocupado por la «libertad» de su perro alberga un sentimiento de culpa por haber dejado al perro solo en casa todo el día mientras él se iba a trabajar. De algún modo, permitir que su perro la lleve casi arrastras por todo el barrio en nombre de la «libertad» apacigua su sentimiento de culpa.

Cuando un perro al que están paseando con una correa extensible tira delante de su dueño, es el animal quien está al mando. No es que esté siguiendo un rastro, lo cual sería una actividad estructurada y controlada, sino que anda olfateando de acá para allá. Muchos dueños consideran este comportamiento adecuado porque creen que su perro, digamos, «está leyendo el periódico», o lo que algunos llaman el «pis-riódico». Así es, el perro se entera de las noticias olfateándolo todo: el suelo, los arbustos, los árboles, las bocas de riego y todo mobiliario urbano. De este modo averigua quién ha pasado por allí recientemente, si ese congénere tenía algún problemilla de salud y el resto de cotilleos caninos que el animal recoge de los olores y de lo que le rodea. Sin embargo, hay un modo correcto y otro incorrecto de permitir que tu perro se ponga al día en las noticias locales. En primer lugar, tu perro puede obtener esa misma información si camina a tu lado o detrás de ti. No tiene por qué ir tirando de ti, actuando como si él fuese el líder de la manada. En segundo lugar, yo siempre recomiendo que el líder humano conceda a su perro un pequeño esparcimiento o dos en mitad del paseo para que pueda darse una vuelta, explorar, oler y orinar. La diferencia estriba en que es el dueño quien controla el comportamiento, es decir, quien le da permiso diciéndole dónde y cuándo puede hacerlo, y luego es el dueño también quien decide cuándo seguir adelante. De este modo, podrás mantener tu estatus de líder al comienzo y al final del paseo, mientras con ello habrás recompensado también a tu mascota.

Cadena estranguladora

La cadena estranguladora, la herramienta de trabajo con el peor nombre del mundo, partió de la misma idea básica de pasar un lazo por el cuello de un animal para controlar sus movimientos. Volvemos al concepto del ramal de mi abuelo. Cuando se usa correctamente, esta herramienta no va a causar el «ahogamiento» del perro, ni siquiera debe causarle una incomodidad momentánea. La idea es que la presión de la cadena en su cuello le envíe un mensaje de corrección, y al soltarla le transmitamos que la corrección ha sido ejecutada. Por supuesto, si ese tipo de cadena se usa de modo incorrecto, tirando del cuello del animal hacia arriba con demasiada fuerza, puede causar la sensación de ahogamiento. Su uso debido debe limitarse a un

tirón firme, pero no fuerte y que dure apenas un segundo para que transmita la idea de que el animal debe dejar de hacer lo que está haciendo y prestar atención. Ojalá le hubieran dado a esta herramienta otro nombre —collar de cadena, vuelta de cadena, cadena de control...— y no un nombre que implica causar dolor al animal. Pero parece ser que hemos de quedarnos con el de «cadena estranguladora», de modo que así será como me refiera a ella.

Un estrangulador ni siquiera tiene que ser de cadena para servir a sus propósitos. Aunque la cadena estranguladora está hecha de aros de metal, hay personas que piensan que los collares hechos de hilo de algodón o aros entrelazados de nailon grueso son más humanos para el perro. La cadena estranguladora que se utiliza en las exhibiciones caninas está hecha de pequeñas láminas de metal imbricadas, como en la piel de una serpiente, tan juntas entre sí que parecen una línea continua. Este tipo de cadena tiene la misma finalidad que las otras más gruesas. Cuanto más gruesa es la cadena menos probable es que el perro la rompa mordiéndola o que pueda quitársela tirando. Lógicamente cuanto más fuerte es el perro más gruesa será la cadena que quieras utilizar con él. El concepto de la cadena estranguladora fue desarrollado en un principio para perros muy fuertes, animales que podían herir a una persona, a otro perro o a ellos mismos si se escapaban.

Como siempre es importante no olvidar que cuando elegimos una herramienta algo más avanzada como la que nos ocupa, el propietario siempre debe dejarse aconsejar por un experto, o al menos por la persona que le vende la cadena, sobre el modo correcto de utilizarla. Y sobre todo, la energía que hay detrás de esa cadena debe ser siempre serena y firme, no tensa, furiosa o ansiosa. Si alguien tira de la correa de un perro sintiéndose furioso o frustrado, esta herramienta útil e inocente puede de verdad llegar a ahogar... y convertirse en el instrumento de crueldad que su desafortunado nombre implica.

Nota sobre las cadenas en general

Mi Centro de Psicología Canina al sur de Los Ángeles está situado en el corazón del territorio de las bandas organizadas. A lo largo de la historia, los hombres más agresivos han tendido siempre a rodearse de perros grandes y fuertes para que les hicieran parecer más poderosos. En nuestra era, los pitbull suelen ser la elección de los miembros de las bandas, los traficantes de drogas y otros tipos antisociales. En los últimos quince años, la cultura sumergida y brutal de las peleas de perros se ha transformado en una fuente de ingresos para los miembros de las bandas y otros delincuentes. Muchos de los perros que han acabado en mi centro son supervivientes

de esa brutalidad, y si visitas los refugios o las perreras de Los Ángeles, las encontrarás habitadas en su mayoría por pitbull que seguramente perderán la vida porque tuvieron la desgracia de pertenecer a gente de esa cultura. Me opongo frontalmente a esa clase de vida, que no es sólo inhumana para los animales, sino para muchos de los que asisten a esas peleas y que llevan incluso a sus hijos a presenciarlas, con lo que se está creando una nueva generación totalmente insensible a la crueldad con los animales. Asimismo se está creando un clima de prejuicios hacia los pitbull y otras razas consideradas como «potencialmente peligrosas», peligro que no es culpa de la raza, sino del dueño del animal.

Las cadenas parecen formar parte de esta práctica tan destructiva. Los miembros de las bandas suelen llevar a sus animales con gruesas y pesadas cadenas al cuello con la intención de hacerles parecer más fieros, o porque creen que así se hacen más fuertes para poder participar después en las peleas. Es un error pensar que poner peso al cuello de un perro le hace mejor luchador. Si el cuello es fuerte pero el cuerpo es delgado, el animal nunca será un buen luchador. De hecho, esas gruesas cadenas pueden causarle al animal problemas en la cabeza y el cuello. Las cadenas también se emplean para encadenarlos en el jardín, bien con fines de guarda o sólo para quitarse al animal de en medio durante cierto tiempo, práctica habitual de los delincuentes y de la gente que es inmune a la crueldad animal, o que desconoce su alcance. Esta práctica es muy peligrosa y cruel porque cuanto más atado está un perro, cuanto menos puede moverse, más energía concentrada tendrá y más agresivo se volverá. Un perro frustrado atado a una cadena se transforma en un arma, y es tres veces más probable que ataque a una persona que a un perro que se cuele accidentalmente en el jardín ^[1]. Muchos activistas en Los Ángeles están trabajando para que se dicten leyes contra esta práctica, y yo suscribo sus esfuerzos.

Antes de empezar a trabajar rehabilitando perros, entrenaba animales de ataque y guarda. Como te dirá cualquier entrenador de perros policía, un perro que ha sido condicionado para ser agresivo contra el hombre es muy difícil que cambie de actitud. La gente que trabaja con estos animales son preparadores muy expertos y se han especializado en controlar esa clase de perros. Como ya dije en *El encantador de perros*, hay que pensar larga y detenidamente antes de decidirse a utilizar un perro como arma.

Collar martingala

El collar martingala fue diseñado para que el animal se sintiera más cómodo llevando la correa. Tiene una sección más larga y más ancha para la que se emplean

materiales como el cuero, la cadena o el nailon, que quedan unidos por dos lazadas, la más grande alrededor del cuello del animal pero suelta y la más pequeña unida a la correa. Si el perro tira de la correa, la tensión cierra el lazo pequeño lo cual hace que el más grande apriete el cuello del animal, pero gracias a su sección más ancha evita por un lado que el collar llegue a apretar tanto que pueda cortarle la respiración al perro, y por otro que se le enrede en el pelo. En mi experiencia, las martingalas son una buena alternativa para los perros de buen carácter que no necesitan mucha corrección y para los perros que se portan bien prácticamente siempre, y apenas necesitan algún que otro recordatorio ocasional.

El collar Ilusión

Hace unos cuantos años mi mujer, Ilusión, me sugirió que inventase una correa que ayudase al dueño a sujetar el cuello del animal erguido durante el paseo, tal y como yo lo hacía en nuestro programa de televisión, y yo le sugerí que aceptase ella misma el reto. Con la ayuda del diseñador Jaci Rohr, Ilusión perfeccionó su idea del collar, cuya finalidad es utilizar la arquitectura natural del cuello del animal a favor del dueño.

En términos de uso de una correa, el cuello de un perro posee tres partes: superior, media y baja.

La parte más baja es la más fuerte y sobre la que el perro ejerce mayor control. Intentar controlar a un perro inestable con una correa en este punto puede provocarle ahogamiento, además de que el animal reaccionará tirando y resistiéndose, y lo más probable es que tú seas el perdedor del combate de lucha libre. Pero cuando la correa está sujeta en la parte más alta del cuello, ejerces presión en la parte más sensible, y por tanto requiere muy poco esfuerzo comunicarse, guiar y corregir al perro llevando la correa en esa posición. Es más natural para el perro claudicar, y de ese modo convertirlo en una experiencia de aprendizaje positiva. También contribuye a que aparte el hocico del suelo y a que no se distraiga con lo que le rodea. El collar Ilusión está diseñado para utilizar la parte baja del cuello como apoyo y al mismo tiempo la parte superior para comunicarse con él y controlarle.

Asimismo le ayuda a conseguir una posición corporal en la que parece más orgulloso, y creo que ésa es la razón de que los dueños de los perros de concurso lleven las correas en la parte alta del cuello: para mantener la cabeza del animal erguida y mostrar a los jueces y a la audiencia que el perro es un concursante orgulloso y confiado. Cuando un perro mantiene la cabeza erguida y mira hacia delante, todo su lenguaje corporal cambia. El rabo y el pecho suelen seguir la línea

erguida de la cabeza, y una vez cambia ese lenguaje, la energía también. Cuando un perro mantiene alta la cabeza está comunicando que se siente orgulloso de sí mismo.

El decir que un perro se siente orgulloso ¿es un modo de proyectar un sentimiento humano en él? Yo creo que no. En el reino animal, hay muestras de lenguaje corporal que comunican ese orgullo. Todos hemos oído el dicho de «orgulloso como un pavo real». Cuando un macho de esta especie abre su abanico multicolor, saca pecho y se pavonea, pretende atraer a la hembra. Para mí esa actitud es una versión animal del orgullo; un orgullo que en el mundo animal se traduce en confianza, autoestima, nivel de energía, firmeza e incluso dominancia, una dominancia que también puede mostrarse en animales de talante más sumiso, porque con la clase de orgullo y autoestima que estoy describiendo se mezcla también el espíritu lúdico. No es una dominancia pura, que requiere sumisión de los demás, es simplemente un perro que se siente orgulloso de serlo.

Ahora que lo pienso, lo que acabo de describir no difiere mucho de lo que llamamos *orgullo* en el mundo humano. Creo que sentirse orgulloso de uno mismo es un estado natural que comparte todo el reino animal. Y la autoestima. Y el lenguaje corporal que indica ambas cosas no varía mucho entre animales, ni siquiera de animal a humano.

El arnés

Hace poco estuve en el Central Park de Nueva York observando a los miles de perros que por allí paseaban y a sus dueños. ¡Los neoyorquinos son geniales! Ellos saben intuir, mucho mejor que los habitantes de Los Ángeles con sus enormes jardines particulares, que los perros tienen que caminar. Es obvio que si un perro se pasa el día en un pequeño apartamento, necesita caminar, y por otro lado los neoyorquinos son grandes caminantes. Sin embargo, sólo un pequeño porcentaje de los perros que vi en el parque paseaban del modo correcto. La mayoría de ellos eran los que paseaban a sus respectivos dueños. También me di cuenta de que los arneses se han hecho muy populares.

No hemos de olvidar que los arneses se inventaron con el fin de que un perro tirase de algo o para el rastreo, y no para controlar al animal. Los huskies utilizaron el arnés antes que ninguna otra raza para tirar de los trineos sobre la nieve en los climas fríos. Los perros que tiraban de los carros, como el perro suizo de montaña y el pastor alemán, utilizaban arneses para llevar cargamentos. El arnés permite que el perro utilice todo el peso de su cuerpo para realizar la tarea. Obviamente la carga va siempre detrás de él, incluso aunque esa carga sea su dueño.

En el rastreo el arnés permite al perro llevar el morro en contacto con el suelo, mientras que un collar o una correa no le permiten emplear libremente el hocico, esencial a la hora de rastrear.

En mi opinión, quienes no saben utilizar bien la correa o el collar pueden hacer que su perro tosa y temen que se pueda ahogar. Desde luego algunos perros son más delicados que otros en ese sentido, o bien padecen alguna enfermedad..., o simplemente no han sido debidamente condicionados para aceptar la correa. Muchos de los dueños de tales perros eligen el arnés como herramienta primaria, lo cual puede ser una elección adecuada siempre y cuando se establezca la debida etiqueta para el paseo, con el perro caminando al lado del amo. Un perro despreocupado y tranquilo, sin problemas de obediencia, podrá llevar un arnés sin problemas, pero la dificultad estriba en que en muchos animales el arnés puede desencadenar el reflejo de tirar. ¡Yo diría que a muchos dueños les gusta que sus perros tiren de ellos! Esto puede ser divertido, una versión del esquí acuático, pero no servirá para ganarte el respeto de tu perro.

Si nos fijamos un poco, se ve a mucha gente —especialmente a hombres en la playa—, cuyos perros van delante de ellos, tirando; normalmente perros de razas poderosas. Y es como si dijeran: «Mírame. Soy un tipo duro porque llevo un perro duro». El perro se transforma de este modo en un símbolo de estatus de macho, como si fuera una moto o un Ferrari, y me gustaría recordarle a quien encaje en esta descripción que su perro es un ser vivo que tiene necesidades propias y que no se puede comparar con el último aparato electrónico de moda. Y si por otro lado, tu perro no te respeta, ¿a qué queda reducida tu imagen de macho?

El arnés antiarrastre

Hay distintas marcas y estilos de arneses antiarrastres en el mercado. Están diseñados para ser más humanos y que el animal los sienta de un modo más natural en su cuerpo (incluso están disponibles para a cerdos, gatos, conejos, etcétera). Esta clase de arnés aprieta suavemente el pecho del perro cuando éste empieza a tirar, con lo que crea una sensación de incomodidad que evita que siga tirando. Muchos dueños están encantados con esta herramienta, pero, como todas las demás, puede tener su lado negativo. He visto a muchos perros en Central Park con esta clase de arnés y que no tenían el menor problema para arrastrar tras de sí a sus dueños, para lo cual se contorsionaban extrañamente y tiraban hacia un lado. No recomendaría esta herramienta para animales de muy alto o alto nivel de energía. Aunque ofrecen más control que un arnés normal, especialmente para un paseo no demasiado largo, no son

los ideales para animales a los que cueste mucho trabajo controlar.

El collar halti

Conducir a un animal por la cabeza en lugar de hacerlo por el cuello no es un concepto novedoso. Llevamos haciéndolo así miles de años. De hecho, es el modo primario de controlar a los caballos, animales mucho más grandes y fuertes que nosotros. El collar halti, o collar de cabeza, se presenta en distintas formas y recibe muchos nombres. Como cualquier otra herramienta, el halti funciona cuando se utiliza debidamente, imprimiendo la energía adecuada, y funciona mejor con perros de una fisiología determinada, particularmente los que tienen el morro largo. Hay quienes tienen fe ciega en él y afirman que es la mejor herramienta para controlar a un perro, pero en manos inadecuadas puede resultar tan poco efectiva como cualquier otra, y a veces resultar incómoda para el perro.

Un aspecto positivo del halti es que si no eres lo bastante fuerte para utilizar un collar de entrenamiento normal en un perro difícil de controlar, un halti puede ayudarte a evitar que tire de ti. El halti está diseñado para ponerse en el morro del perro y funciona siguiendo el mismo principio que cualquier otro dispositivo que te permita aplicar al perro un correctivo cuando se comporte de modo inadecuado. Cuando el perro tira, el halti le oprime la boca, cuando se relaja, el halti automáticamente se afloja. La corrección causa-efecto pretende mantener al perro en la posición en la que el dueño quiere que esté.

Una característica negativa de este collar es que algunos perros se sienten incómodos llevándolo, ya que no es natural para ellos llevar algo que les rodea la boca, y es fácil que se resistan, que intenten quitárselo con las patas delanteras o que sacudan la cabeza e intenten desembarazarse de él. El mejor remedio para esto es asegurarse de que asocien sus primeras experiencias con este collar a recompensas muy positivas, como comida o un masaje. Como siempre, recomiendo que un entrenador profesional o un etólogo, un veterinario, o al menos una tienda de mascotas de probada reputación, se asegure de que le colocas el halti correctamente a tu perro para que no haya posibilidad de que le haga daño físico o le produzcas una tensión innecesaria. Y quien elija esta herramienta debe asegurarse de trabajar antes su capacidad de liderazgo para que el perro no llegue a sentir dependencia del halti para mostrar un buen comportamiento.

El bozal

Llevar bozal no es algo natural para un perro. A diferencia del halti, impide por completo que el animal utilice la boca y puede ser muy incómodo al principio. El bozal fue creado específicamente para prevenir que un perro pudiese morder a una persona o a otro animal, y yo sólo recomiendo su uso, como una especie de tiritita temporal, mientras se trabaja con el animal para conseguir su rehabilitación total. Si el único modo de poder salir con tu perro es poniéndole un bozal, probablemente tienes un problema mayor que el que pueda suponer emplear la herramienta más adecuada.

Puesto que naturalmente el perro va a resistirse a que se le ponga un bozal, es imperativo acostumbrarle a él con calma y hacer de su uso una experiencia agradable en la medida de lo posible. Recomiendo ejercitar al animal con un paseo vigoroso o una carrera antes de presentarle un objeto nuevo, como puede ser una herramienta de entrenamiento. El perro no debe estar sobreexcitado ni tener sed, además de haber hecho una buena sesión de ejercicio y estar, por tanto, relajado. Después armado con alguna golosina exótica, como por ejemplo una salchicha, una hamburguesa o pollo cocinado, preséntale el bozal dejándole que lo huelga y lo explore. Luego recompénsalo con comida.

Luego pónselo en la cabeza, pero no en la cara. Puede que al principio se muestre incómodo, pero no se lo quites hasta que se tranquilice y luego recompénsalo con comida, pero sólo cuando esté relajado. El objetivo es que asocie el bozal con algo placentero —la comida— y con la relajación. El siguiente paso será poner la comida dentro del bozal para de este modo colocárselo mientras esté comiendo. Déjase un ratito hasta que esté totalmente relajado y después quítaselo. Volverás a intentarlo más tarde. No esperes que tu perro acepte el bozal y que pueda salir inmediatamente de paseo con él puesto. Un par de horas más tarde vuelve a iniciar todo el proceso. Una vez que tengas el bozal cerrado y el perro camine con él puesto, recompénsalo con comida cada vez que se lo quites. Muchos perros se resistirán a cualquier cosa que les pongas en el cuerpo, aunque sea por su propio bien. Depende de ti, de que estés dispuesto a invertir el tiempo y la paciencia necesarios para que el animal asocie que cualquier herramienta que emplees con él le acarreará una recompensa positiva.

Guía básica para el uso del bozal

- 🐾 Intenta ponérselo después de que haya hecho ejercicio
- 🐾 Empieza cuando el perro esté relajado
- 🐾 Termina cuando su mente también esté relajada

- 🐾 Recompénsale tras la experiencia
- 🐾 Nunca aceleres el proceso

El collar de castigo

El collar de castigo, también conocido por su otro nombre más negativo, el collar de pinchos, es otra herramienta que puede ser de un valor inconmensurable cuando se utiliza correctamente, o potencialmente perjudicial si se usa de modo incorrecto. Kathleen y Nicky, en el ejemplo que he señalado anteriormente en este mismo capítulo, eran los candidatos ideales para el collar de castigo. Esta clase de collar no es necesaria para un animal tranquilo, ni para uno pequeño de menos de quince kilos, y muy especialmente tampoco es adecuado para quienes desconozcan el modo de manejarlo. En otros casos, como por ejemplo el de Kathleen, puede significar la diferencia entre una actitud responsable, como dueño de un perro, y la posibilidad constante de que ocurra un accidente; entre salvar a un animal inestable o verse obligado a devolverlo a un refugio donde su única salida será la muerte.

El collar de castigo fue diseñado para imitar el mordisco de una perra a su cachorro o de un perro dominante, muy parecido a la mano en forma de garra que yo utilizo como método natural de rehabilitación. Muchos carnívoros, incluso aquellos con garras poderosas utilizan los dientes como herramienta disciplinaria básica. Enseñan los dientes, como advertencia, y muerden sólo marcando o mordiendo de verdad, para mostrar su desagrado con otro animal. Las osas, las tigresas y las perras muerden el cuello de sus cachorros para decirles: «¡Basta ya!»; no es un mordisco que les marque la piel o que les cause dolor, pero sí que consigue hacerles comprender el mensaje. Utilizado correctamente creo que el collar de castigo puede desencadenar una reacción instantánea mucho más rápidamente que muchas otras herramientas simplemente porque está basado en la naturaleza.

El collar básico de castigo está hecho de eslabones abiertos cuyas puntas están en contacto con la piel suelta que el animal tiene alrededor del cuello. Cuando el dueño tensa el collar, el animal recibe una inmediata y rápida corrección similar a un mordisco, y si se utiliza debidamente, no debería ser doloroso. De hecho, una corrección ideal con esta herramienta debe ser como una presión y no como un pinchazo, de modo que suscite relajación. Imagínate a un fisioterapeuta que te hundiese los pulgares en los músculos cansados del cuello. Primero sientes presión, seguida de una inmediata relajación. Quien utiliza debidamente esta herramienta puede aportar relajación a un animal tenso, pero un uso incorrecto puede crear más

tensión y empujar al perro a la pelea.

Una vez más, una corrección hecha empleando una energía inadecuada —frustración o ira— o a deshora —de modo intermitente, y no cuando ocurre el comportamiento no deseado—, va a hacer daño al perro. Si el dueño del perro hace la misma corrección una y otra vez porque el perro no responde, es posible que el perro se vuelva insensible a la corrección. Un collar de castigo que esté demasiado suelto puede quedar descolocado, y tirones violentos y repetidos de un collar de castigo pueden pinchar verdaderamente al animal, sobre todo si el collar no está debidamente ajustado. El objetivo es hacer presión, no causar dolor. Afortunadamente los collares de castigo con púas de plástico y tapones de goma para los pinchos existen, de modo que el perro ni siquiera tiene que sentir el metal, sino goma o plástico suave.

En general los propietarios que poseen un perro que reacciona de un modo violento por cuestiones territoriales o de dominancia debería ser aleccionado por un profesional en el uso de un collar de castigo, puesto que en mi opinión puede transmitir la idea del mordisco a un animal que ya está alterado.

Como todas las herramientas, su uso ideal es el de profundizar en la relación entre el humano y el perro hasta llegar al punto en el que el animal comprenda qué comportamiento es aceptado por su dueño y cuál no. El objetivo es conseguir que el perro respete al humano como líder de su manada, de modo que el dueño pueda confiar en su propio nivel de energía y sus capacidades para comunicarse con el perro más que en cualquier herramienta.

El collar electrónico

Es posible que ninguna de las herramientas inventadas por el hombre haya sido más vilipendiada que el collar electrónico, o como sus detractores lo llaman, el collar de electroshocks. Yo estoy totalmente de acuerdo con quienes afirman que esta herramienta, usada incorrectamente o en manos equivocadas, no sólo puede traumatizar al perro, sino dañar irrevocablemente la confianza que deseas fomentar en él. Sin embargo, cuando se usa de forma adecuada y en las circunstancias debidas, creo que esta herramienta puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte de un perro.

El collar electrónico en su origen fue creado con fines cinegéticos. La primera patente de este tipo de collar está fechada nada menos que en 1935 [\[2\]](#). Se pretendía poder corregir a un perro que estuviese siguiendo un rastro equivocado y que se hallara, digamos, a quinientos metros de distancia. ¿Cómo alcanzarlo y hacerle saber que se ha equivocado de objetivo cuando ni siquiera puedes verlo? Por otro lado, las

razas de perros cazadores tienen un olfato hiperdesarrollado y una vez han encontrado un rastro es prácticamente imposible redirigirlos ni siquiera de cerca, cuando menos si están lejos de nuestro alcance. En estos casos, no sólo la pieza a cazar sino el mismo perro pueden estar en peligro. Puede perderse, o hacerse matar: los riesgos para un perro que se haya obsesionado con un rastro equivocado son muchos y el collar electrónico solucionaba ese problema ofreciendo un modo de comunicarse con el perro a distancia y conseguir hacerle olvidar el rastro equivocado.

Muchas personas que desconocen el uso correcto de esta herramienta piensan equivocadamente que el collar causa dolor al animal. El mito es que un perro experimenta algo parecido a lo que debió de ser el electroshock en sus inicios. Puesto que el uso de estos collares se remonta ya varias décadas, los modelos más antiguos no podían variar ni su alcance ni la intensidad del estímulo que se enviaba al perro, y desde luego eran mucho menos considerados con el animal que los que hay hoy día en el mercado. La tecnología ha cambiado y con ella nuestras herramientas. La verdad es que la intensidad de la corriente eléctrica que producen los collares electrónicos de calidad es más comparable al tipo de estímulo que produce un TENS al que voluntariamente nos sometemos en fisioterapia. Mi coautora recibe estimulación intramuscular con un TENS dos veces a la semana durante veinte minutos cuando acude a la consulta del quiropráctico, y describe la sensación como si la rozaran con alfileres.

Otro aspecto que no hay que olvidar al corregir con un collar electrónico de calidad —accionado por un dueño educado y responsable— es la duración de la pulsación. Una corrección efectiva debería durar sólo un cuarto de segundo, es decir, menos de lo que se tarda en chasquear los dedos. Como ya se ha mencionado antes en este capítulo, las correcciones eficaces de cualquier tipo deben ser así de rápidas dado que los perros viven el momento, de modo que una corrección tiene que efectuarse en la décima de segundo en que ocurre el comportamiento no deseado. Es el único modo de que el perro sume dos y dos y resulte condicionado para cambiar de comportamiento en el futuro.

Es decir: si un collar electrónico se usa de un modo correcto, ¿por qué vemos saltar, revolverse, incluso quejarse a un perro cuando se pulsa el dispositivo? Parece imposible que no estemos haciendo daño de alguna manera al perro, algo que por supuesto todos queremos evitar. La respuesta proviene de la diferencia más básica entre el animal y el hombre: la capacidad de razonar. La mayoría de los humanos aprendemos en qué consiste la electricidad cuando somos aún pequeños. Nos cuentan la historia de Ben Franklin volando su cometa en una tormenta y la de Thomas Edison y su bombilla. Aprendemos a no meter los dedos en los enchufes y a no utilizar aparatos eléctricos mientras nos damos un baño, y no llevamos nunca un paraguas metálico si hay una tormenta con relámpagos. En otras palabras: tenemos el

conocimiento de las causas y los efectos de la electricidad del que carecen nuestros perros. La sensación de una descarga eléctrica suave, como cuando restregamos los pies en la alfombra, o cuando una unidad TENS nos relaja los músculos en la consulta del quiropráctico no nos es desconocida del todo. En el caso del TENS incluso sabemos que aunque al principio puede que nos sintamos un poco raros, al final servirá para mejorar nuestra salud. Sin embargo, para un ser primitivo que vive alejado de nuestra civilización le produciría la misma sensación incómoda e inquietante que un collar electrónico produce en un perro. Afortunadamente en los collares electrónicos se puede graduar la estimulación a nuestro gusto, empezando por un nivel que el perro apenas nota. Ese nivel es el que debe emplearse para empezar a familiarizar a cualquier perro con el collar.

Otra advertencia importante para aquellos que elijan esta herramienta es que nunca permitan que el control del collar caiga en manos equivocadas. El miembro o miembros de la familia responsables del uso del collar han de tener el mando siempre consigo o conservarlo en lugar seguro, para evitar que los niños y otros que puedan no comprender su uso lo encuentren.

Como ya hemos hablado en el capítulo 3, el castigo positivo puede ser un método efectivo de entrenamiento, pero también puede ser un método muy destructivo si se usa de un modo incorrecto o inconsciente. Cuando el perro siente la descarga del collar electrónico, inmediatamente lo relaciona con el objeto o el comportamiento que tiene en ese instante. El uso indebido del collar puede dañar la confianza entre tú y tu perro. Por tanto, recomiendo a quienes quieran utilizar esta herramienta para modificar el comportamiento de su perro que consulten con un entrenador experimentado, que sepa minimizar el castigo. También creo que este tipo de collar no debe utilizarse con ningún perro durante un espacio de tiempo prolongado. Cuando se usa convenientemente y está en manos de un usuario informado, puede salvar la vida del animal, pero como siempre, nuestro objetivo ha de ser reemplazarlo por un liderazgo sereno y firme.

Molly y la cosechadora

Voy a poner un ejemplo de un caso reciente que estudiamos en la tercera temporada de *El encantador de perros*. Molly, una perra pastor australiano de 1 año y medio, propiedad de los Egger de Omaha, Nebraska, era una perra de granja perfecta, de no ser por un problema. Estaba obsesionada con las ruedas, con toda clase de ruedas, desde las pequeñas de la camioneta de su dueño a las gigantes de más de dos metros de altura de la cosechadora. Cuando yo aparecí en su corta vida, Molly había

conseguido hincarle el diente a un neumático en movimiento, lo que le había costado un ojo y estropeado la mandíbula inferior. Pero la obsesión de Molly continuaba, dominando lo que debería haber sido su sentido común. Sus propietarios, Mark y Lesha, estaban muy angustiados. Molly se había ganado un lugar muy especial en sus corazones y en sus vidas, pero sabían que era sólo cuestión de tiempo que un buen día clavara los dientes en una rueda y no sobreviviera.

Cuando acudí a la granja de los Egger, supe que Mark y Lesha habían probado un collar electrónico con Molly el año anterior. Durante un tiempo había funcionado, pero no habían concluido todo el proceso. El collar era demasiado grande para el cuello de Molly, de modo que las correcciones que recibía no eran consistentes. Sus dueños tampoco lo eran a la hora de ponérselo todos los días, y no se habían asegurado de que lo llevase al menos diez horas al día, que era el tiempo que se había establecido. Luego había llegado la época de la siembra y la cosecha, y puesto que los Egger se ganaban la vida con la granja, tenían que anteponer su modo de vida a la educación de Molly, de modo que la idea del collar quedó abandonada... y no pasó mucho tiempo antes de que Molly sufriera otro accidente.

Compré un Dogtra que era del tamaño perfecto para el delgado cuello de Molly, y nos aseguramos de que se sintiera totalmente a gusto con él antes de empezar con los ejercicios de corrección. Primero empezamos con los neumáticos de la camioneta. En cuanto Molly hacía ademán de ir hacia ellos, yo pulsaba el botón al nivel 40. Sin tan siquiera darnos tiempo a pestañear, Molly dio media vuelta y se alejó. A continuación se acercó al objeto más peligroso de la granja: la cosechadora. Enseñé a Mark y Lesha a reconocer el instante en el que Molly empezaba a fijarse en el neumático y les dije que era en ese instante cuando debían apretar el botón. Una vez más, Molly volvió a alejarse, sin expresión de dolor ni de incomodidad: sólo un movimiento rápido para alejarse del objeto que estaba empezando a identificar con el estímulo. Ése es el poder de un collar electrónico utilizado adecuadamente. Al final del día, Mark y Lesha no tenían más que pulsar el botón seleccionando la mínima intensidad de descarga para que Molly se diera por enterada. Antes de que yo me marchara pude pasar junto a la perra con la cosechadora mientras ella permanecía tumbada tan tranquila. Era la primera vez.

Pedí a los Egger que le dejaran puesto el collar durante diez horas cada día y a lo largo de tres meses, y que siguieran empleándolo en el nivel más bajo de corrección siempre que fuera necesario —en su caso, una mera vibración— cuando Molly comenzara a obsesionarse con los neumáticos. Tres meses más tarde, su obsesión había desaparecido, del mismo modo que la necesidad de utilizar el collar. Tras una mínima incomodidad, Molly puede ahora esperar la vida larga y productiva de un perro ganadero, y su familia puede mirar confiada a un futuro de amor por ella.

Rocco y la serpiente de cascabel

Un collar electrónico también puede utilizarse durante muy cortos periodos de tiempo si se pretende conseguir un condicionamiento negativo en situaciones de vida o muerte. Hace poco, mi amiga Jada Pinkett Smith perdió a su querido Rocco tras ser atacado éste por una serpiente de cascabel en su finca del desierto. La Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad de California ha calculado que 150.000 animales domésticos sufren mordeduras de serpientes venenosas cada año. Esta estadística me sorprende enormemente porque en México todos los perros parecían saber instintivamente que debían mantenerse alejados de serpientes y escorpiones. Dado que suelo llevar a mi manada a caminar por las sendas de la propiedad de Jada y por otras partes del sur de California, donde abundan las serpientes, quería saber si también ellos podrían ser vulnerables a sus ataques. En un experimento realizado en el Centro, llevé una serpiente de cascabel en una jaula y se la mostré a la manada. Me sorprendió descubrir que de no haber estado encerrada, la serpiente habría acabado al menos con cinco de mis perros en un par de minutos. Ello se debe a que, como son perros de ciudad, la mayoría de ellos ha perdido el instinto natural que les aconseja ser cautos ante las serpientes; lo que sentían era curiosidad. En los segundos que transcurrieron entre su curiosidad inicial y el instante en que el instinto les dijo que la serpiente podía herirlos, la cascabel habría podido acabar con la vida de varios de ellos del mismo modo que ocurrió con Rocco. Jada y yo decidimos contratar a un profesional cuya especialidad es condicionar a los perros para que eviten a las serpientes, y le hicimos trabajar con cada uno de los miembros de nuestra manada.

Bob Kettle era un hombre de carácter fuerte y la herramienta que utilizaba era el collar electrónico. Utiliza a más de una serpiente para asegurarse de que la asociación del perro con las serpientes no es demasiado específica, puesto que cada serpiente emana un olor diferente. Me pidió que saliera con los perros al campo y me acercara a la jaula de la serpiente. Daddy fue el primero que llevé junto a la jaula: en cuanto reparara en ella, Bob gritaría «fuera» y en ese mismo instante pulsaría el collar para que yo apartara al perro. Lo repetimos durante unos diez minutos y al final lo último que Daddy deseaba hacer en su vida era acercarse a una serpiente. Pasó la prueba con un diez, y luego estuvo jugando tan feliz conmigo durante una hora. Una semana más tarde, llevé otra serpiente enjaulada al centro para que Daddy pasase su examen final. El pobre ni siquiera necesitó ver a la serpiente para retroceder un paso y ponerse detrás de mí. El condicionamiento nos llevó diez minutos, pero valió por toda una vida de tranquilidad para mí cada vez que paseara con Daddy y el resto de la manada en las montañas de Santa Mónica, infestadas de serpientes. En estos dos ejemplos creo que el uso del collar electrónico fue la elección adecuada. En casos de vida o muerte como éstos, si alguien me preguntase si me parece bien el empleo de un collar

electrónico contestaría que sí.

Peligros del uso del collar electrónico

Como ya he mencionado anteriormente, en las manos inadecuadas y utilizado incorrectamente, el uso del collar electrónico puede tener consecuencias negativas. Sin embargo, y gracias a los avances realizados en esta herramienta, una estimulación de baja intensidad usada correctamente puede resultar útil entrenando y modificando la conducta en determinadas situaciones. Este collar debe presentarse al perro de modo que entienda lo que significa el estímulo, y ha de encontrarse el nivel en el que el perro apenas lo sienta. No debe preocuparle ni asustarle, sino ser una sensación nueva y distinta a la que responde, como si fuera una correa nueva. Sin una introducción paulatina que tenga por fin su comprensión puede estropear vuestra relación y dañar la confianza, esencial entre ambos. Vuelvo a hacer hincapié en que el uso de cualquier herramienta requiere que seamos líderes serenos y firmes. La confianza y el respeto son las piedras angulares sobre las que edificar la relación hombre-perro. Si no existen, no se puede tener una relación equilibrada entre mascota y amo.

Un uso compulsivo lo inutiliza, y sin embargo, hay personas que lo emplean así. ¿Por qué? Porque en muchas ocasiones se obtienen resultados más rápidos, aunque también más superficiales y de duración limitada.

Cuando trabajaba adiestrando perros de defensa y ataque, muchos de estos métodos que ahora considero peligrosos y negativos se empleaban a diario. La empresa ganaba una considerable suma de dinero por que los perros aprendieran a responder a las órdenes en dos semanas, de modo que al personal se le decía que hiciera lo que fuese necesario para obtener ese resultado en esas dos semanas. Ésa fue una de las razones por las que empecé a cambiar mi opinión de los perros y su adiestramiento, y a desarrollar mi propio concepto de rehabilitación. Carece de sentido intentar que un perro inseguro aprenda obediencia en el plazo de dos semanas. Cada perro necesita su propio tiempo para aprender y resultar equilibrado; no es algo que se pueda acelerar, ni que se pueda pagar para que otros lo hagan. Como ya he dicho, los perros no son aparatos. Es cierto que obtener obediencia de un perro es algo que requiere paciencia, capacidad de liderazgo y respeto del propietario o la persona que lo tiene a su cargo. Y aunque el collar electrónico puede proporcionar resultados rápidos, a menos que la situación sea de vida o muerte, es una herramienta que fácilmente puede conducir a un mal uso y a la explotación. Si la energía que late detrás del collar es una energía colérica, frustrada o empapada de

cualquier otra emoción negativa, la posibilidad de que se alcance un resultado a largo plazo es prácticamente nula.

Como siempre creo que la elección de herramienta, o cualquier elección que tenga que ver con los animales que tienes a tu cuidado, es una cuestión de conciencia, de espiritualidad, de la clase de relación que tengas con el poder superior en el que creas. Si un collar electrónico te sigue pareciendo una herramienta inadecuada, afortunadamente hay muchas otras opciones posibles. Tanto si eliges utilizarlo como si no, te recomiendo que cuentes con un profesional cuyos métodos y filosofía te parezcan adecuados, y que dispongas de las instrucciones pertinentes antes de lanzarte a modificar el comportamiento de tu perro.

El collar electrónico contra el ladrido

El collar electrónico puede utilizarse también para corregir el ladrido obsesivo de un perro, y sí, puede funcionar para tal fin, pero he de decir que, en mi opinión, un ladrador obsesivo es casi siempre un perro que se siente frustrado, que pasa demasiado tiempo entre cuatro paredes y que no hace el suficiente ejercicio, en concreto, que camina poco y forma manada con su dueño. A veces el dueño del animal quiere encontrar el camino más rápido, de modo que cuando se marcha a trabajar espera a estar fuera de la casa para activar el control remoto, que envía un estímulo al perro cuando éste ladra dentro. El collar está programado para enviar un estímulo cada vez que el perro ladra durante el día, tanto si el dueño está como si no.

Algunos de los collares podrían activarse al percibir otro sonido que no fuera el ladrido del perro. Podría ser otro animal que esté ladrando en la casa de al lado, un eco en el interior de la casa, o incluso una reacción si el perro se acerca demasiado al metal. De pronto el perro empieza a recibir estímulos no sólo cuando ladra, sino por razones aleatorias e impredecibles, y es incapaz de establecer la conexión entre causa y efecto, que es crucial en cualquier caso de condicionamiento. Los perros viven en un universo simple de causa y efecto, y saben por instinto que acción equivale a reacción. Un castigo aleatorio e impredecible es lo peor que le puede pasar, ya que puede desembocar en que el animal tenga miedo de todo, o que esté permanentemente ansioso o nervioso, o incluso agresivo, cuando antes no lo era. Nunca utilices un collar que se active sólo por un micrófono. Afortunadamente los collares actuales poseen unos sensores de vibración que sólo se activan con el ladrido del perro. Aun así sigo creyendo que hay otras opciones más naturales para ayudar a un perro en esa circunstancia, pero que requieren una inversión mayor de tiempo y trabajo por parte del propietario del animal, y la primera de esas medidas es, como ya

te habrás imaginado, paseos regulares intensos y diarios a tu lado, de una hora de duración.

El collar de citronella

Otra opción para aquellos que no se sientan cómodos con un collar electrónico para solucionar el problema de un ladrido excesivo es el collar de citronella. Un estudio realizado por la Universidad de Veterinaria del Cornell's College descubrió que este método, que descarga citronella natural —la misma sustancia extraída de las plantas que se emplea para hacer las velas anti-mosquitos que compramos en verano para el jardín— bajo la barbilla del perro, resulta más eficaz que los collares electrónicos para los casos de «ladrido excesivo» [\[3\]](#). Un micrófono instalado en el collar activa la sustancia, que consigue sorprender al perro porque se trata de un olor extraño y desconocido que irrita la pituitaria del animal, tan sensible a los olores. Es esa incomodidad lo que envía al cerebro del animal la señal de que debe dejar de ladrar y limitarse a respirar si quieres deshacerse de una sensación tan incómoda. Como el collar electrónico, se trata de una corrección física basada en un olor irritante en lugar de una descarga irritante.

Basándonos en la misma filosofía de llevar un collar electrónico durante diez horas al día, tanto si está activado como si no, un collar de citronella puede reemplazarse por un collar falso una vez el perro comience a responder a su estímulo con regularidad. Pero al igual que ocurría con los electrónicos más antiguos, el micrófono de los de citronella puede resultar activado por otros sonidos, incluido el ladrido de otros perros, pero sólo si ese ruido se produce a menos de cinco centímetros del micrófono. Si te decides a emplear esta herramienta, asegúrate de que un profesional ajuste el micrófono, no vaya a ser que estés corrigiendo a tu perro por algo que no ha hecho.

El objetivo final tanto del collar electrónico como del de citronella para tratar el ladrido exagerado es que éstos se empleen sólo como medida temporal, pero en los dos casos el perro puede resultar ser muy listo y darse cuenta de cuándo tiene puesto el collar y cuándo no, y si es así, hacer lo que le dé la gana. Por eso la firmeza es vital en ambos casos.

El pastor eléctrico

En algunos lugares de Estados Unidos sigue vigente la ley que prohíbe vallar una propiedad. Por otro lado, construirlas puede costar miles de dólares y algunos dueños de perros no pueden permitírselo. Un pastor eléctrico puede crear una frontera artificial de modo que el perro aprenda cuál es el límite de su territorio, ya que cada vez que se acerca a ese límite recibe una descarga.

Los pastores eléctricos funcionan muy bien en muchos casos, y puede decirse de ellos que imitan el comportamiento de la Madre Naturaleza, que marca límites constantemente. Cuando un perro en estado salvaje ve un despeñadero, sabe que si va demasiado lejos puede hacerse daño. Si hay un arbusto con pinchos, puede que se acerque hasta que se pinche y aprenda que esa zona no es buena para él. Los perros aprenden muy rápidamente de su entorno, y ése es el principio en el que se basa el pastor eléctrico, y en mi opinión, puede salvar muchas vidas. Pero los dueños necesitan aprender a condicionar a su perro del modo correcto cuando lo instalan. No sería buena idea, por ejemplo, lanzarle una pelota al animal hacia el pastor para que le dé una descarga cuando se acerque a buscarla, porque no queremos que asocie la descarga con nosotros. Para presentar de un modo correcto el pastor eléctrico a nuestro perro debemos asegurarnos primero de que está cansado o en un momento de baja intensidad energética, porque un animal en un momento de elevada energía puede no darse cuenta siquiera de la descarga por la excitación. Los perros excitados o con alguna fijación momentánea son imposibles de condicionar. Primero haz que se canse y déjale que explore por su cuenta las nuevas fronteras. Es probable que sólo dispongas de una oportunidad para hacerlo bien, y puede ser cuestión de vida o muerte para tu perro.

Alfombrilla eléctrica ('scat mat')

Este tipo de herramienta se basa en la misma filosofía que el pastor eléctrico: intentar imitar los avisos que la Madre Naturaleza envía a los animales para que se mantengan alejados de determinadas cosas. Estaba dirigida inicialmente a los gatos, que tienen la costumbre de subirse a los muebles, la encimera, las librerías... cualquier parte de la casa, y consiste en una alfombrilla de plástico cuyo interior alberga una red de cables a los que proporciona electricidad una pila de 9 voltios. Emite un pulso de tres segundos, muy parecido al que los humanos experimentaríamos en una alfombra cargada de electricidad estática. La descarga hace que el gato se baje de donde se haya subido y normalmente, tras un par o tres de experiencias, no vuelve a hacerlo. Obviamente la finalidad es la misma con los perros.

Al igual que con el pastor eléctrico —pero en una intensidad menor—, el *scat mat* funciona porque el animal asocia la consecuencia con su entorno. Como todos los aparatos basados en la electricidad, es importante que el dueño se asegure de que el producto está en buenas condiciones; es decir, que no haya cables sueltos o quemados o cualquier otra cosa que pueda suponer un peligro para los animales o los niños.

Otras herramientas para modificar el comportamiento de los perros

El periódico de la abuela

Nuestros abuelos aseguraban que un periódico enrollado con el que golpear al perro en el morro era la única herramienta que se necesitaba para enseñarlo. El periódico constituye una forma de disciplina anticuada, de bajo coste y que no conlleva tecnología alguna. Y puede que de verdad le funcionase a la abuela. Como ya he mencionado, el acto de empuñar el periódico confería a la abuela un gran poder, y seguramente, en la mente del perro quedaba asociado con algo que no debía hacer. «Pero cualquier clase de disciplina que se imponga al golpear con las manos puede causar complicaciones muy negativas para el animal». No es natural para el perro que alguien lo golpee, ya que entre ellos la disciplina no se impone de ese modo, y por tanto, el ser golpeados no se relaciona en su mente con transgredir las normas, y provoca una reacción instintiva de temor que les puede causar timidez, desconfianza y otras emociones negativas. Una mano que se cierne sobre ellos es una experiencia totalmente desconocida para su instinto, de modo que pueden llegar a desconfiar de todas las manos, no sólo de las que portan periódicos. Temer a una mano puede tener dos consecuencias: que las eviten o que intenten morderlas.

Asustar y otras herramientas relacionadas con el sonido

Un uso más beneficioso del periódico, como método de disciplina, es simplemente enrollarlo y golpear con él tu otra mano para asustar al perro. Los perros tienen un oído muy sensible, de hecho, siempre están alerta, y los ruidos extraños y fuertes los sobresaltan con facilidad. Ésta es la filosofía que se oculta tras un

subgrupo de herramientas de aprendizaje, como las bolsas de guisantes o el lanzamiento de objetos. Estos elementos se usaban con asiduidad cuando el animal se acercaba a un determinado punto para aliviarse: el dueño lanzaba un objeto con el fin de asustarlo. El problema es que el animal nunca pensará que ese objeto proviene del espacio exterior, ya que poseen un buen sentido de causa y efecto, y también un buen sentido de la dirección. Una vez el animal haya asociado ese objeto desconocido contigo habrás empezado a romper su lazo de confianza, porque para él el que tú le lances un objeto no tiene sentido. Puede que se asuste lo suficiente como para que no vuelva a repetir el comportamiento no deseado, pero no vas a conseguir que te respete o que muestre su sumisión con serenidad.

Acércate al zoo y pásate el día observando cualquier sociedad de primates. Verás que lo de lanzar cualquier objeto para llamar la atención de otro miembro del clan es una «cosa de primates» [\[4\]](#), algo que también podrás encontrar en el recreo de cualquier escuela infantil. Es una actividad natural e innata para un primate, pero ¡no para un perro! Creo firmemente en la utilidad de las técnicas que remedan en la medida de lo posible lo que un can haría con otro, o el aprendizaje que tiene lugar en la naturaleza. Para que esta técnica sea efectiva, primero tendrás que conseguir sorprender al perro. Segundo, tendrás que actuar con sigilo, como los cazadores, para que cuando lances el objeto el perro no sepa de dónde ha partido. Tercero, tendrás que llevar algún objeto siempre contigo; y cuarto, tu precisión temporal tendrá que ser absoluta a la hora de hacer la corrección. Es una técnica que requiere paciencia, precisión y un cierto grado de incomodidad, y aunque en teoría funciona y en opinión de la mayoría es muy humana, en mi opinión nueve de cada diez personas que lo intenten fallarán... o abandonarán presas de la frustración.

Pulverizador

El pulverizador está considerado por muchos como otro de los métodos más humanos de modificar el comportamiento inadecuado de un perro, pero es por definición una herramienta de confrontación. Como cualquiera de las demás herramientas basadas en la sorpresa, su eficacia depende por completo de la firmeza y la ocasión, lo que significa que el dueño del perro debe llevar siempre consigo el pulverizador. Mi experiencia me enseña que este método es eficaz sólo en un 40 por ciento, y únicamente en determinados comportamientos. Por otro lado, no es un método totalmente seguro. Los perros sufren irritaciones de ojos, oído y nariz, infecciones y otros problemas menores de salud debido al uso incorrecto del pulverizador. En mi opinión, como cualquier otra cosa que se emplee para golpear o lanzar al perro, no es un método de disciplina que sea natural para ellos. Y no

olvidemos que el animal no puede evitar asociarnos con el pulverizador, de modo que mostrarse firmes y serenos es imprescindible.

Cómo reducir la necesidad de utilizar herramientas

La finalidad de este capítulo era presentarte algunas de las herramientas básicas empleadas para modificar el comportamiento de los perros y ayudarte a mejorar tu relación con ellos. Aunque no definiendo su uso del mismo modo que tampoco definiendo el del resto, como he querido dejar claro en mis anteriores descripciones, creo que algunas funcionan mejor que otras en determinadas situaciones y con cierto tipo de perros. Hay quien pueda estar en desacuerdo con tales opiniones, incluso quien disponga de pruebas o experiencias que respalden sus creencias; yo te animo a investigar personalmente el asunto y a informarte todo lo posible sobre ellas.

Mi conclusión es que el uso de herramientas o cuál de ellas elegir es un asunto muy personal. Cada perro es diferente; cada uno presenta sus particulares dificultades, y cada dueño es un mundo. Si decides emplear alguna de las herramientas más modernas, como el collar electrónico, el de castigo, el bozal, etcétera, insisto en que debes informarte con un especialista sobre su manejo. Si necesitas una herramienta avanzada para manejar a tu perro, nadie ni nada puede sustituir el consejo profesional, aunque sea sólo una charla con el vendedor de la tienda de animales que más merezca tu confianza. También hay miles de etólogos y entrenadores caninos cualificados que esperan tu llamada, y merece la pena hacer una pequeña inversión y que uno de ellos te visite durante una hora, te muestre el uso correcto del aparato y responda a tus preguntas. Con cada adiestrador, al igual que con las herramientas, has de encontrar al profesional que mejor se adapte a tu filosofía y a tus valores, y antes de hacer nada definitivo debes pedir referencias y tener una conversación con él o ella sobre sus puntos de vista y métodos antes de imponérselo a tu perro. Hay un dicho que reza así: «si existe algo en lo que dos profesionales de los animales pueden ponerse de acuerdo es que un tercer profesional lo está haciendo todo mal». Confía en mí: hay montones de puntos de vista, métodos y filosofías, y entre todas ellas encontrarás una que te parecerá la mejor. Con nuestras mascotas siempre debemos encontrar el punto justo entre el corazón y la razón. Un buen profesional debe ser capaz de combinar ambas cosas para formar un lazo fuerte y saludable con tu perro.

Como colofón he de decir que cualquier herramienta que elijas debería ser sólo un paso más del camino que te conduzca a la herramienta mejor y de mayor confianza de todas: tu energía. En una situación ideal, lo que debería ocurrir es que empezases con

una herramienta, como el collar de castigo, te ganases la confianza de tu perro, establecieras un lazo de confianza y respeto con él y volvieses después a una correa sencilla de nailon. En cuestión de un año, podrás usar una simple cuerda, y un año más tarde podrás disfrutar de algunos momentos maravillosos con tu perro y sin ninguna clase de correa. ¿Deberías sentirte mal si después de tres años sigues usando alguna herramienta avanzada para controlar a tu perro? Por supuesto que no. ¿Significa que debes renunciar a trabajar tus dotes de liderazgo para intentar ser un mejor líder de la manada? ¡No! En nuestra naturaleza humana está el impulso que nos empuja a luchar para superarnos a nosotros mismos y mejorar nuestro mundo. Creo que soy un buen padre para mis hijos, pero estoy convencido de que podría hacerlo aún mejor. Con mis clientes he descubierto que a medida que su confianza crece, su relación con sus perros mejora y de un modo natural empiezan a olvidarse de las herramientas y aprenden a comunicar reglas y límites a través de su energía. Nada puede sustituir ni a la energía ni a ese lazo —nada que el dinero pueda comprar— y casi no existe en la tierra experiencia similar a la unión espiritual que se alcanza cuando tu perro y tú estáis en verdadera sintonía.

Lo que se debe y no se debe hacer cuando decidas emplear una herramienta

1. Investiga a fondo sobre la herramienta que estás pensando utilizar. No confíes en las habladurías y contrasta al menos tres fuentes distintas.
2. Ponte en contacto con un profesional si no estás familiarizado con la herramienta que vas a utilizar.
3. Recuerda que una herramienta es sólo una extensión de ti mismo y de tu energía.
4. Trabaja para reducir tu necesidad de emplear herramientas, especialmente las más avanzadas.
5. Sigue trabajando tu energía serena y firme y tus habilidades de líder, independientemente de la herramienta que utilices.
6. No uses ninguna herramienta si te sientes tenso, ansioso, enfadado o frustrado.
7. No pienses en las herramientas como métodos de castigo.
8. No confíes en herramientas muy avanzadas, como collares electrónicos, como solución permanente.
9. No emplees ninguna herramienta hasta que no te sientas al cien por cien cómodo con su uso, tanto intelectual, moral o espiritualmente, y diga lo que diga el experto.

4

Satisfacer la raza

«Un perro verdaderamente sociable e indispensable es un accidente de la naturaleza que no puede obtenerse mediante la selección de una raza, ni se puede comprar con dinero».

E. B. WHITE

«Tenemos amigos cazadores», me dijo en voz baja John Grogan, autor de *Marley & Me*. «Cuando vienen por aquí y ven a Gracie suelen decirme: “Qué lástima que alguien como tú al que no le gusta la caza tenga una perra tan magnífica como ésta”. Todos opinan que tiene ese instinto».

Corría el verano de 2006 y Marley, el querido labrador golden retriever que se había ganado el corazón de la gente de medio mundo, había muerto y yo había viajado hasta un tranquilo rincón de la Pensilvania rural para ver a John y Jenny Grogan, los devotos dueños de Marley, por su nueva labrador retriever, Gracie. Y aunque la preciosa Gracie era de la misma raza que Marley, sus dificultades eran totalmente distintas ¿O lo eran sus dueños?

Los Grogan, Gracie y yo

Cuando dejaron de llorar a su adorado Marley, los Grogan se dieron cuenta, al igual que muchos de nosotros, de que su casa no volvería a ser un verdadero hogar sin un perro. Nueve meses después de su pérdida, Jenny acudió a un criador y eligió a una adorable labrador, que se parecía a su amigo perdido. Dado que Marley había sido un animal de tanta energía y tan revoltoso, Jenny se sintió atraída por la aparente calma de aquella cachorra y se la llevó a casa pensando que tras trece años de Marley, lo más probable era que les tocara el perro «perfecto» aquella vez. Le pusieron por nombre Gracie.

Tal y como Jenny esperaba, Gracie creció y resultó ser una perra mucho más tranquila y pacífica que Marley. A diferencia de su predecesor, no devoraba los muebles, ni la ropa, ni se hacía daño intentando hacer agujeros en las paredes para escapar cada vez que estallaba una tormenta. Gracie no tenía el miedo de Marley a

los ruidos, ni su energía hiperactiva, ni su imperiosa necesidad de lanzarse sobre cualquier desconocido que aparecía en su domicilio. Gracie era pacífica y obediente dentro de casa, aunque a veces actuaba de manera distante y hacía lo que le daba la gana, lo que contrastaba vivamente con Marley, que siempre quería estar en el centro de cualquier actividad familiar. Pero cuando salían Gracie se transformaba en un verdadero problema para los Grogan.

John y Jenny son dueños de una propiedad de casi una hectárea, rodeada de colinas, árboles, regatos y lagos, ardillas, conejos y otros animales salvajes..., un oasis de paz e intimidad, el paraíso perfecto para cualquier perro. Instalaron una valla invisible y subterránea para crear límites a su perra, y la dejaban ir y venir libremente todo el día. Como tantos de mis clientes, habían cometido el error de dar por sentado que Gracie haría suficiente ejercicio por su cuenta y que no era necesario salir con ella. Pero una vez salía de la casa, se transformaba en otro perro. Se negaba a volver cuando la llamaban y el único modo en que Jenny conseguía hacerla entrar de nuevo en la casa era sobornándola con salchichas. «Funciona de maravilla... hasta que te quedas sin salchichas», me confesó con tristeza. El otro problema —que los Grogan consideraban totalmente aislado de la desobediencia de Gracie— era su obsesión con la caza. Se pasaba el día acosando y devorando a cualquier animal pequeño o ave que se cruzara con ella. La familia tenía varias gallinas que la proveían de huevos y éstas además podían recorrer a sus anchas por la propiedad mientras comían gusanos y otros parásitos del jardín. Por supuesto, John y Jenny se habían encariñado con ellas y las trataban como mascotas. Desgraciadamente dos gallinas fueron a reunirse con el Creador cuando Gracie les echó la vista encima. «Se comió a Liberace», me contó Jenny disgustada. «Ves a tu perro de un modo distinto cuando se ha comido a otro de tus animales». Los Grogan desplazaron la valla invisible para que el corral en el que estaban las gallinas quedase un par de metros alejado de la frontera que Gracie no podía traspasar, pero aun así las acosaba de modo obsesivo y tuvieron que renunciar a dejarlas picotear libremente. Y por supuesto, cuando Gracie estaba totalmente imbuida por su modo depredador, ni siquiera con salchichas conseguían sus dueños hacerla obedecer.

En mi opinión, el problema estaba claro: su dificultad con la obediencia y la obsesión con la caza estaban totalmente relacionados. Los Grogan habían comprado un retriever de pura sangre, de la mejor línea, y cuando se llevaron a Gracie a casa, también se llevaron su impronta genética. Aunque Gracie era un animal confiado, leal y sociable, los Grogan no estaban satisfaciendo sus necesidades de perro-animal como yo las llamo, es decir, ejercicio estructurado, reglas y límites claros. Debido a esta carencia, se estaban enfrentando constantemente a su *raza*, que era lo que se apoderaba de Gracie y la empujaba a deshacerse de todo su exceso de energía y frustración. «Cuanto más pura es la sangre de un perro, más intensas son las

necesidades de la raza». La genética de Gracie, su raza, la estaban transformando en una cazadora excepcional, decidida y de voluntad inquebrantable, pero no en una mascota respetuosa.

La importancia de la raza

Para satisfacer las necesidades de tu perro y que él a su vez satisfaga encantado las tuyas es fundamental empezar por dirigirte al *animal* que hay en tu perro. Todos los animales necesitan trabajar para ganarse la comida y el agua, y todos ellos se comunican con los demás por medio de su energía. El siguiente nivel de comunicación consiste en dirigirte al *perro* que hay en tu mascota. Un perro, un carnívoro social, desea de manera innata pertenecer a una manada. Los perros luchan por ver su mundo en perfecto orden, con reglas muy definidas por las que regirse para vivir y una jerarquía establecida para el trabajo y la posición dentro de la manada. Los perros ven el mundo primero a través de su nariz, en segundo lugar, con los ojos y en tercero, con las orejas. Lo creas o no, dirigiéndote y satisfaciendo las necesidades de tu mascota, primero como animal y luego como perro, podrás aprender a evitar o conquistar muchos de los problemas a los que puedes enfrentarte con tu perro.

Sin embargo, el siguiente nivel en la psicología de tu perro, es su *raza*. Del mismo modo que recibe «señales» de su lado animal y de su lado canino, cuanto más pura sea su raza más receptiva será a las señales que provengan de ese lado y más inducida se sentirá a obedecerlas.

La raza no es el destino

No estoy de acuerdo con la idea comúnmente admitida de que la raza de un perro dicta toda su vida, sobre todo si se le considera primero como un animal-perro. Cuando la gente me dice «tengo pánico a los pitbull; son todos asesinos», yo les presento a Daddy, el pitbull estrella de mi manada, que es el animal más dulce, dócil, sociable y despreocupado que puedes encontrarte. Daddy es un pitbull por su raza, y con su cabezota y su enorme cuello puede parecer el más agresivo de los pitbull. Pero quienes conocemos a Daddy lo vemos como un maravilloso y adorable animal-perro, con la apariencia externa de un pitbull. Siempre que yo dirija y satisfaga todas sus necesidades de animal-perro en primer lugar, su parte de pitbull no aflorará de modo negativo. Pero cuando esas necesidades no se encuentran satisfechas en un perro, la

raza puede ser, y a veces es, un factor en sus respuestas físicas y psicológicas ante el estrés de la vida, así como la energía contenida que suele acompañarlo.

El ADN de la raza de un perro contiene parte de lo que podríamos llamar su manual de instrucciones. La raza de tu perro está hecha para lo que está hecha, de modo que cuanto más pura sea su sangre más probable será que muestre las características específicas de su raza cuando libere el exceso de energía y la frustración.

Empecé a trabajar con Daddy cuando tenía 4 meses. Si no le hubiera proporcionado sesiones de ejercicio vigoroso cuando era joven; si no me hubiera mostrado claro y contundente en las normas y los límites desde que era un cachorro, y si no me hubiera mostrado como el líder indiscutible de su manada el cien por cien del tiempo, los genes de pitbull que hay en su interior podrían haberle empujado a ser un animal destructivo. Pero la cuestión es que con un liderazgo firme lo liberé de tener que ser lo que el estereotipo de sus genes podría haberle empujado a ser. Ni siquiera la otra media docena de pitbull que hay en mi manada y que eran todos agresivos con los humanos o con los otros perros antes de ser rehabilitados están ya condenados a interpretar para siempre el papel de «pitbull asesino». Al satisfacer sus necesidades más básicas, puedo quitarles el disfraz de pitbull y permitirles disfrutar de la vida siendo, simplemente, un perro más entre otros perros.

Es importante no olvidar que los humanos somos quienes creamos las razas en primera instancia: fuimos nosotros quienes diseñamos el anteproyecto o manual de instrucciones por el que nuestros perros tienen un aspecto determinado o predominan en ellos determinadas habilidades. Es alucinante pensar en todos los procesos y generaciones que han sido necesarios para crear los cientos de razas que conocemos hoy. Miles de años antes de que el monje Gregor Mendel descubriera los principios de la genética moderna, los humanos habíamos llegado a la conclusión de que si cruzábamos una perra veloz con un perro que también lo sea, terminaríamos casi con toda probabilidad teniendo al menos unos cuantos cachorros rápidos como el viento entre la camada. O si cruzábamos a un perro y una perra buenos cazadores, lo más probable era que su camada incluyera algunos excelentes cazadores. Como los humanos y los canes hemos evolucionado juntos, la gente comenzó a decirse: vaya, este perro podría ayudarme en la granja. Y este otro podría vigilar la finca. Y éste podría ir a traerme las cosas que hay en el agua. Nuestros ancestros empezaron a prestar atención y a reflexionar sobre cada habilidad particular que cada perro parecía traer al mundo, y cómo adaptar esa habilidad en su beneficio. A veces simplemente tomábamos prestado su talento natural, por ejemplo, para la caza y los condicionábamos de modo que hicieran ese trabajo por nosotros. En otros casos, tomábamos sus aptitudes innatas y las adaptábamos para que los perros hicieran por nosotros tareas que son humanas y que no son del todo instintivas en ellos. Por

ejemplo, pastorear ganado forma parte del comportamiento natural de algunos perros cazadores, pero el hombre ha bloqueado el instinto de causar la muerte a la presa. Ir a buscar es también un acto humano que los canes sienten de modo innato. Y finalmente, algunos trabajos que hemos creado y que son exclusivos de los humanos, como transportar. Elegimos a los perros específicamente por sus tamaños y formas y los criamos para que lleven a cabo determinadas tareas por nosotros.

En este proceso, los humanos hemos creado generaciones enteras de perros que nacían con habilidades específicas para hacer el trabajo para el que se les había «diseñado», y un instinto muy marcado que acompañaba a esas habilidades. El problema es que, en nuestro mundo moderno, muchos perros no tienen la posibilidad de realizar ese trabajo o utilizar sus habilidades innatas, aunque ese instinto sigue presente en sus genes.

No olvidemos que la parte de la raza presente en tu perro es mucho menos primitiva que la parte animal-perro. Como en el caso de Daddy, es perfectamente posible bloquear el cerebro para que no escuche a la raza. ¿Cómo se hace? Pues agotando las reservas de energía del animal. Ejercicio, actividad física y retos psicológicos constituyen tres modos de agotar la energía de cualquier perro. Nada puede desbancar al paseo, ejecutado del modo correcto, como ejercicio primordial para agotar la energía. Si caminas durante un largo periodo de tiempo o a paso ligero, el perro tiene que utilizar su energía para soportarlo, de modo que le queda menos para actividades relacionadas con su raza. Uno de mis ejemplos favoritos de un liderazgo eficaz es el que ejercen algunos de los sin techo de Los Ángeles. Es habitual ver a pitbull de aspecto feroz siguiendo a esta gente por las calles, caminando tras ellos deliberadamente, concentrados y obedientes. No tiran ni empujan ni se pelean. No se dejan distraer por gatos, ardillas, coches o niños. Como caminan durante largos periodos de tiempo y lo hacen con una intención, toda la energía que poseen como animales, perros y raza se canaliza de modo constructivo. Es importante reparar en que estos animales no caminan hasta la esquina de la manzana para hacer pis, sino que lo hacen con una intención. Sienten de un modo primitivo que están empleando sus habilidades para sobrevivir. Esta predisposición es la que yo trato de crear en mi manada cuando salimos a caminar durante un buen rato por el campo, o cuando vienen corriendo a mi lado mientras yo patino durante una hora. Una experiencia orientada y primitiva con el líder de la manada les sirve para quemar energía, despejar la mente y saciar la sed del alma hasta al perro de sangre más pura.

Pero seamos realistas: la mayor parte de la gente no puede pasarse el día caminando con su perro. Puede que su mascota ocupe una gran parte de su vida, pero también tienen que trabajar, ocuparse de sus familias y atender los muchos y variados detalles que configuran nuestra existencia en este mundo, tan complicado y moderno.

La mayoría de mis clientes encajan en esta descripción, de modo que intento ayudarlos a crear una combinación de desafíos físicos y psíquicos para que con ellos puedan ayudar a sus perros a satisfacer su naturaleza animal, canina y de raza, siempre en ese orden.

El American Kennel Club (AKC) ha dividido las distintas razas en categorías generales, en general, teniendo en cuenta las tareas que acometían para sus dueños. Analicemos esas categorías y hablemos de lo que se puede añadir a la rutina diaria del paseo: desde actividades organizadas hasta cosas muy sencillas que puedes hacer en el jardín de tu casa o en el salón para ayudarte a satisfacer las necesidades específicas que la raza de tu perro pueda poseer.

El grupo de los deportistas

Los perros a los que definimos con el adjetivo «deportivo» son la descendencia de los perros que trabajaban con los cazadores humanos en señalar, localizar y cobrar la pieza, especialmente pájaros. Los pointer y setter son los perros que localizan y «señalan», los spaniel son los que levantan las piezas y los retriever son los que cobran la pieza y se la llevan al dueño una vez ha sido abatida. No olvides que se le llama grupo «deportivo», porque no mata. A lo largo del tiempo el hombre ha adaptado a estos descendientes de los lobos y ha transformado su magnífico instinto depredador para que nunca lleguen a matar. Para el animal, la caza es un deporte; el único depredador que existe en este proceso es el hombre.

No estoy del todo de acuerdo con muchas guías de perros que dicen que todos los perros de la misma raza poseen el mismo nivel de energía. Del mismo modo que en una familia humana puede haber niños con grandes dosis de energía y otros todo lo contrario, podemos encontrar toda una variedad de distintos niveles de energía en cada raza e incluso en cada camada. Que un perro posea un linaje de sangre azul no significa necesariamente que vaya a ser el estandarte de todas las características ideales de la raza. Si unimos a dos setter campeones de su raza, lo más probable es que en su camada haya dos cachorros llenos de energía y con el potencial para ser campeones; otro de mediana energía que se canse o se aburra tras una hora de andar cazando; y otro cachorrito dulce y perezoso que no quiera salir de su casa y al que le encante tumbarse delante de la chimenea. En mi opinión, al igual que ocurre con los humanos, el nivel de energía es algo con lo que nacemos. Como ya dijimos en el capítulo 1, la energía forma parte de la identidad y de lo que conocemos por personalidad. No hay un nivel de energía mejor o peor que otro, aunque ciertos niveles de energía funcionan mejor con según qué actividades. Necesitarás un ser

humano con un bajo nivel de energía para que se pase todo el día sentado ante el ordenador, y por supuesto necesitarás a una persona de elevado nivel de energía para que pueda ser profesor de aeróbic. Lo mismo ocurre con los perros. Sin embargo, el hombre descubrió hace miles de años que, para obtener un buen perro de caza, es necesario que posea un elevado nivel de energía, de modo que fueron seleccionando ejemplares para asegurarse ese nivel de energía en un elevado tanto por ciento de su prole. Para que sea un buen deportista, un animal requiere resistencia. La caza es un deporte que puede llevar horas y horas combinando una intensa actividad física y una atenta espera; requiere mucha paciencia y concentración. Hay que tomar la dirección adecuada y saber seguir un rastro. Por eso cabe decir que las razas deportivas suelen estar integradas por perros de altos niveles energéticos. Cuanto más pura es su sangre más intensamente se manifestarán las características de su raza.

Gracie y Marley: las dos caras de una misma moneda

Gracie y Marley son los dos labrador retriever; pertenecen al grupo de los deportistas, criados para localizar, seguir y recuperar las piezas de caza. Sin embargo, por similares que puedan parecer en su aspecto externo son un magnífico ejemplo del amplio abanico de distintos temperamentos que pueden encontrarse en la misma raza. Aunque los criadores de Marley decían que era de pura sangre, sin duda era producto de perros de ciudad y había sido criado en un entorno urbano, sin todos los factores medioambientales que podían desencadenar sus instintos ocultos. De hecho, parecía que Marley apenas tuviera algunos restos de su pasado deportista, pero eso sí, albergaba toda la energía contenida que los acompaña. John Grogan describe en su libro lo mucho que disfrutaba Marley de larguísima paseos que sólo conseguían desafiar mínimamente su alto nivel de energía. Cuando jugaban con él en el jardín, los Grogan se sentían frustrados al comprobar que Marley era incapaz de comprender el concepto de devolver. Es decir, que Marley no comprendía que ir a buscar la pelota no significaba quedarse con ella, sino devolverla también. La energía del animal y su instinto lo inundaba todo, y el modo en que canalizaba ambas cosas era destruyendo. Cuando los Grogan se trasladaron a su retiro rural de Pensilvania, Marley comenzó a relajarse en un entorno nuevo para él, que en un nivel muy primario debía resultarle más familiar.

Gracie, por otro lado, era hija de padres que se habían criado en el campo, al igual que muchas generaciones de antepasados. Era una perra magnífica, número uno en genes cazadores y nivel de energía. Y cuando hablamos de un perro de ese calibre, desde una edad bien temprana se puede notar la grandeza de las generaciones que la

habían precedido. Desde muy jóvenes, cachorros como ella pueden perseguir el plumero de la casa, o a los pájaros del jardín, o quedarse como congelados y en pose de señalar cualquier pájaro o pequeño animal que pase cerca. Son perros que tienen muy claro cuál va a ser su propósito en la vida. Si una perra como Gracie viviera en la ciudad con la misma lánguida estructura que estaba experimentando en aquel momento, habría desarrollado sin duda tendencias neuróticas, obsesivas, posesivas o destructivas. Pero puesto que vivía en el paraíso campestre disponía de montones de cauces por los que verter sus frustraciones. Y, como los Grogan me dijeron, cuando en los ojos le aparecía esa mirada sedienta de sangre era como si ellos no existieran. Se había transformado en una perra completamente distinta, una perra con un solo amo: su instinto. Los dueños de tales perros han de aprender a canalizar, desde una edad temprana, la energía y el comportamiento de sus compañeros si no quieren que sean ellos mismos quienes se encarguen de hacerlo.

Los Grogan me dijeron que Gracie se mostraba tranquila y serena dentro de la casa, lo cual encaja perfectamente. La energía de Gracie no se malgastaba saltando por todas partes como le ocurría a Marley, sino que la conservaba cuidadosamente para las grandes cantidades de energía que los perros de caza deben consumir para localizar y levantar la pieza. Sus genes le decían al oído: «No malgastes tus recursos aquí dentro. ¡Guárdalos para luego! ¡En el jardín hay pollos esperándote!». No iba a derrochar mordiendo los sofás y derribando mesas como hacía Marley porque ella sabía bien qué debía hacer con las habilidades con las que había nacido. Esa finalidad le aguardaba fuera de la casa con todas sus tentaciones.

Tanto Gracie como Marley eran en el fondo perros frustrados. Aunque ninguno de los dos carecía del cariño de su familia, ambos padecían la falta de liderazgo, reglas, fronteras y límites, así como la ausencia de desafíos físicos y psicológicos. Pero en el caso de Gracie la pureza de sus genes había determinado una forma muy específica de liberar su frustración. El *animal* que había en ella no se sentía satisfecho porque no desarrollaba la suficiente actividad física para poder simular que tenía que trabajar para conseguir comida y agua. El *perro* que había en su interior no se sentía realizado porque carecía de reglas y límites. Pero era la *raza* la que le decía: «Ésta es la actividad que desarrollamos para liberar nuestro exceso de energía». Por eso aconsejé a los Grogan que considerásemos primero la *raza* de Gracie a la hora de reducir la magnitud de sus necesidades. Y el modo en que íbamos a reducir la intensidad y a canalizar ese exceso de energía era guiarla en lo mismo que ella estaba haciendo por su cuenta, pero desde un punto de vista deportivo, y no cazador. Era obvio que necesitábamos hacernos con el control de ese lado suyo para poder reducir la frustración también en otras áreas.

Satisfacer a los perros deportivos

Si tienes un perro de una raza deportiva con un impulso genético tan fuerte como el de Gracie, no podrás ser un verdadero líder de la manada a menos que tengas control sobre las actividades que nacen de ese impulso. Cuando en el cerebro de John Grogan se encendió esa idea, creó una metáfora brillante que yo voy a tomarle prestada aquí. ¿Y si un padre y una madre que son muy prácticos, ambas personas con mente científica y matemática, tuvieran un hijo que naciese con el don y el impulso de ser artista? Ese niño florecería si los padres lo guiasen en ese sentido, dándole papel y lápices, mostrándole libros de arte y animándolo a asistir a clases de arte en el colegio. Pero ¿y si los padres ignorasen por completo ese talento de su hijo y su necesidad de expresarlo? El niño, de modo natural, intentaría encontrar el modo de expresarlo por él mismo. Si no recibiese el apoyo en forma de clases, podría crear elaborados garabatos en su cuaderno escolar en lugar de escuchar al profesor, de modo que su rendimiento escolar se vería afectado. O se dedicaría a llenar las paredes de grafitis para ejercitar su pasión, lo que le causaría problemas con las autoridades. En el primero de ambos casos, los padres son parte de la experiencia y pueden enseñar al niño cómo incorporar su don a una vida estable y equilibrada. En el segundo, el propio niño crearía una vida basada en su talento, pero *fuera* del mundo de sus padres. Por tanto, no habría ni reglas ni límites ni fronteras. Además el niño se distanciaría de sus padres y les perdería el respeto porque ellos no lo respetan y son incapaces de ver la persona que es en realidad. Ahora apliquemos esta metáfora a la relación con tu perro. Si satisfaces sus tres aspectos básicos —animal, perro y raza—, estarás creando un lazo con él basado en la confianza y en el respeto mutuo. Si dejas que tu perro se las arregle solo para alimentar sus necesidades, ¿cómo va a aprender a respetarte?

Las necesidades de la raza en el grupo de los perros deportistas pueden satisfacerse de muchos modos distintos. Por supuesto es imprescindible quemar la energía animal-perro antes, y en el caso de canes con elevado nivel de energía significa paseos rápidos y largos al menos dos veces al día para cualquier tipo de raza. Las herramientas y las técnicas pueden ayudarte a reducir el tiempo y la distancia que recorras, o simplemente proporcionar a tu perro una experiencia que suponga un reto para él, como por ejemplo, si tú vas montado en bicicleta, con patines, en monopatín o poniéndole una mochila a tu mascota durante el paseo. Hay algunos perros que simplemente necesitan correr o hacer más intenso su ejercicio, y la bici, el monopatín y los patines pueden ayudarte a conseguirlo, pero sólo si posees un buen sentido físico del equilibrio. La mochila aporta peso extra para que el paseo resulte más vigoroso, además de crear un desafío psicológico por el hecho de estar transportando algo. Todas estas actividades pueden ayudar de manera sorprendente a la hora de establecer tu posición como líder de la manada en la mente de tu perro.

El uso de la mochila para quemar energía

— El veterinario deberá realizar un examen concienzudo al perro para que determine si padece o no algún problema de espalda que pudiera impedir el uso de la mochila y para que pueda decirte cuánto peso puede llevar sin que le resulte perjudicial y durante cuánto tiempo.

— Utiliza una mochila especialmente diseñada para perros. Podrás encontrarla en las grandes tiendas de animales o en Internet. Utiliza un buscador para localizar *mochilas para perro*.

— Asegúrate de que la mochila sea del tamaño adecuado para tu perro basándote en su estatura, su peso o su raza.

— Añade peso a la mochila en función del trabajo que el animal necesite realizar. Yo te aconsejo que oscile entre el 10 y el 20 por ciento del peso corporal total de tu perro. Algunas traen ya los pesos incluidos y otras no. Puedes añadir cualquier cosa que necesites que tu perro te transporte: agua, paquetes, libros, etcétera.

— Sujeta firmemente la mochila al cuerpo de tu perro y disfruta del paseo.

Una vez hayas conseguido la tarea primaria de quemar energía durante el paseo, puedes añadir actividades específicas para ayudar a tu perro a conectar con la raza que lleva dentro. Para perros deportivos, como los pointer, te recomiendo juegos estructurados que puedes poner en práctica en tu jardín o en el parque: le presentarás un objeto con un olor familiar para tu perro, luego lo esconderás y después lo guiarás mientras él lo busca y lo señala. Recompénsale sólo cuando lo haya mostrado de modo que el juego no se convierta en una especie de caza. Para las razas deportivas tipo spaniel puede utilizarse el mismo ejercicio, pero permitiendo que el perro encuentre el objeto o la persona que se ha escondido. Y para los perros de cobro el objetivo será enseñarles a encontrar el objeto, recogerlo y devolverlo al dueño sin haberse hecho ningún daño. Jugar lanzándole un disco y otros juegos al aire libre son excelentes, pero no olvides que si le lanzas el disco quinientas veces mientras está encerrado tras una valla y sin haber dado antes un buen paseo, sólo conseguirás crear excitación y no eliminarla. Muchos perros de cobro fueron creados para ser perros de agua, como por ejemplo el labrador retriever, el water spaniel irlandés, el water spaniel americano, el perro cobrador de patos de Nueva Escocia, los retriever de capa dura y de capa larga y los chesapeake bay retriever. Nadar, bucear y cobrar objetos en el agua son, obviamente, juegos de raza para ellos.

Los perros deportistas suelen destacar en las actividades de búsqueda y rescate.

Por tanto, una variación que recomiendo a mis clientes es el ejercicio de «buscar a la familia», o lo que los entrenadores de búsqueda y rescate llaman «runaway». Cada miembro de la familia se esconde en un sitio diferente, y luego se le da a olfatear al perro una prenda con el olor de uno de ellos; el perro debe localizar al propietario de la prenda. Creo que esta actividad, tanto si el perro intenta rastrear objetos o personas, crea un lazo más profundo entre el perro y el resto de su manada humana. Puesto que eres tú quien controla el ejercicio, tu valor como líder de la manada crece en la mente de tu mascota.

Si tu perro es un cazador de primera línea como Gracie, satisfacer las necesidades de su raza es un ejercicio en el que puedes requerir la ayuda de un profesional y no cualquier profesional. Existen entrenadores especializados en las necesidades particulares de cada raza, y pueden ofrecerte todo un nuevo mundo de información y actividades para que explores y consigas conocer mejor a tu perro en cuanto a los genes de su raza.

Gracia para Gracie

Cuando llegué a casa de los Grogan me di cuenta inmediatamente de que Gracie necesitaba a alguien de su propio mundo. Trabajé con ellos durante un día entero en la granja, enseñándoles cómo ser el líder y dueño de las gallinas y que así Gracie comprendiera mejor que estas aves estaban fuera de lo permitido. Les di un curso de iniciación al cultivo de la energía serena y firme, pero también les dejé la complicada tarea de encontrar un entrenador profesional que pudiera enseñarle a Gracie y a ellos mismos a canalizar la energía cazadora innata en Gracie en actividades inocuas.

Yo siempre animo a mis clientes a que no se den por vencidos con sus perros; ni con sus perros, ni con ellos mismos, aunque los demás les digan que se olviden. Los Grogan no se rindieron. Jenny me dijo más tarde que había contactado con nueve adiestradores profesionales de caza y obediencia, y que todos ellos la habían rechazado. «No se puede hacer», les habían dicho porque los Grogan no quería enseñar a Gracie a cazar con un arma; sólo querían redirigir su instinto cazador. ¡Nueve de cada diez personas le habían dicho a Jenny que era imposible! Pero ella perseveró hasta que encontró a Missy Lemoi, una entrenadora de obediencia y cobro de Hope Lock Kennels en Easton, Pensilvania. Missy posee amplia experiencia en entrenar perros para participar en competiciones y pruebas a campo abierto y de caza, además de ser una de mis personas favoritas: esa gente para la que no hay límites y que considera que un desafío es siempre una posibilidad. Acudió en ayuda de los Grogan enseñándoles a desarrollar las habilidades innatas de un perro para que pudiera llegar a ser el mejor perro posible.

Una de las primeras advertencias que les hizo Missy fue que iban a necesitar mucho trabajo y un serio compromiso para transformar a Gracie en el perro que ellos querían que fuese. Mucha gente no tiene el tiempo o la energía necesarias para invertir tanto trabajo en su perro, pero los Grogan, y muy especialmente Jenny, estaban dispuestos a salir a la palestra y enfrentarse al reto.

Missy comenzó con los mismos ejercicios que yo: intentar que Gracie perdiera su obsesión por sus amigas plumíferas y demás aves de corral..., pero el problema fue que cambió a las gallinas por los patos, así que seguimos intentando insensibilizarla lentamente empleando órdenes de obediencia hasta que por fin ignoró al pato. El objetivo se logró porque Jenny estaba trabajando a un tiempo con ella en la obediencia básica, unas órdenes que pretendían comunicarle al perro *tienes que escucharme, y aceptar mis órdenes*.

La segunda parte del trabajo de Missy tenía que ver con su instinto cazador. «Tenemos que sobreponernos a la desventaja de Gracie», me explicó, «ya que ha nacido con todos los instintos pero no ha sido educada para cazar de un modo disciplinado desde sus primeras semanas, como hago yo con mis perros. Tenemos que encontrar algo que la motive, y he elegido a su familia porque eso la motiva. Adora a su familia. Así que empleando las técnicas de salvamento y rescate creamos un juego del escondite en el que los miembros de su familia se escondían y Gracie tenía que encontrarlos. Cuando lo conseguía, alabábamos mucho su éxito y le ofrecíamos una golosina».

Según Jenny, desde el primer día de trabajo con Missy, Gracie se había vuelto mucho más obediente con todos los miembros de la familia. Estaba claro que Gracie era un perro con habilidades especiales que se morían porque las canalizaran en la dirección correcta.

Tras cinco semanas de trabajo con Missy, los Grogan me invitaron para que les hiciera una visita de seguimiento y pudiera ver los progresos que habían conseguido juntos. Gracie tenía mucho camino por recorrer (Missy la había calificado con un 2 o un 3 en una escala de 10), pero se había obrado un cambio significativo en ella. Aunque su instinto de cobrador seguía motivando su comportamiento, estaba empezando a comprender y respetar el concepto de los límites. Pero el día que acudí a casa de los Grogan, Missy Lemoi tenía una sorpresa especial para todos nosotros... ¡y especialmente para Gracie! Había traído consigo a Hawkeye, su labrador retriever, un campeón que nos deleitó con una increíble demostración de cómo se hace una búsqueda ciega. Missy escondió una defensa en un punto alejado de la propiedad y luego, usando sólo señales con las manos y su energía, fue dirigiendo a Hawkeye para que pudiese encontrar el objeto. Nos quedamos todos boquiabiertos por el modo en que Missy y su perro se comunicaban, sin que se hubiera emitido un solo sonido. Había entre ellos un elevadísimo nivel de respeto y confianza. Ambos estaban en

perfecta sintonía, del mismo modo que yo lo estoy con mi manada. Missy estaba satisfaciendo las tres dimensiones de Hawkeye (animal, perro y labrador retriever) y Hawkeye le daba las gracias con su entusiasmo y obediencia.

Por supuesto yo creo en el poder de la manada, es decir, que los perros aprenden de otros perros mucho mejor y más rápido que de un humano. Por eso, durante el ejercicio, animaba a Gracie a observar a Hawkeye. La perra estaba, desde luego, fascinada. Algo en su interior estaba respondiendo a la comunicación que se establecía entre Missy y Hawkeye. Gracie estaba recibiendo una increíble lección tanto de los humanos como de los perros aquel día. Estuvo a cargo de dos cuidadores, Missy y yo, que la comprendían y le ofrecían una situación en la que podía sentirse serena y firme. Pero el mejor profesor estaba siendo Hawkeye. Gracie estaba presenciando y disfrutando de lo que era el producto final de la colaboración entre humanos y perros; y los Grogan también.

Seis meses después de haber empezado con el entrenamiento de campo y el trabajo de obediencia, Jenny y Gracie habían completado el ciclo intermedio y Missy las había invitado a continuar a un nivel más avanzado. Y en cuanto a sus ataques contra pequeños animales Gracie se ha vuelto un ángel cuando los Grogan están presentes. Empleando las técnicas que les enseñé, le hacen apartar su atención del objeto que ha acaparado su atención. El siguiente objetivo de Jenny es trabajar con Missy para que Gracie reciba la autorización para trabajar como perro de terapia en hospitales humanos.

Los Grogan se están dando cuenta ahora de los muchos errores que cometieron con Marley, e intentan no repetirlos con Gracie. Por supuesto y gracias al libro de John, toda Norteamérica y buena parte del mundo adora y aprecia a Marley por quien era, inestabilidades incluidas. Pero ahora le toca el turno a Gracie, quien llegó a su casa para llenar un vacío pero que ahora está allí, según ellos mismos han reconocido, para darles la oportunidad de romper un ciclo. Aprendiendo a ser unos buenos líderes de la manada, los Grogan podrán tener al perro de sus sueños y Gracie podrá ser comprendida y satisfecha como la magnífica labrador que nació para ser.

El grupo de los rastreadores

Los perros de rastro o *hound* conforman el grupo más antiguo de razas caninas que cooperan con el hombre. Esqueletos de perros parecidos a los basenji se han encontrado en enterramientos antiguos junto a humanos primitivos y dibujos de canes que se parecen a los greyhound o los hound de los faraones cubren las paredes de las tumbas del antiguo Egipto. Los rastreadores son cazadores y persiguen a su presa,

que a diferencia de las de los canes deportivos, son mamíferos y no pájaros, utilizando la vista, el olfato o una combinación de ambas cosas. Sin embargo y a diferencia del grupo de deportivos, estos chicos no suelen esperar a los humanos, más lentos que ellos: corren siempre por delante del cazador.

La nariz sabe

En la familia de los perros de rastro figura el basset hound, el beagle, el coonhound, el bloodhound, el dachshund, el foxhound americano e inglés, el harrier y el otterhound. Como ya hemos hablado, el olfato es el sentido más importante para un perro, pero la nariz lo es todo para estos chicos... y los humanos que comenzaron su crianza se esforzaron porque este rasgo primase en su biología. En perros como los bloodhound, se dice que las arrugas que tienen en la cara sirven para retener durante más tiempo el rastro que están siguiendo, y las orejas largas y caídas sirven para que no se distraigan por cualquier sonido cuando estén siguiendo un rastro. Algunos de ellos, como el dachshund y el beagle, se criaron seleccionando patas más cortas para que estuvieran más cerca del terreno. Suelen preferir cazar en grupo, y si tienes la oportunidad de ver a una manada de hounds siguiendo un rastro podrás observar el poder de una de las mejores manadas. Cada perro está absolutamente concentrado en la persecución de la presa y la cooperación entre la manada es la clave para alcanzar el objetivo. Es esta clase de coordinación y cooperación lo que ha ayudado a la familia canina a adaptarse y sobrevivir a lo largo de los siglos. Si tu perro es un rastreador pura raza, de un modo u otro tendrás que satisfacer su necesidad de emplear su poderoso olfato para un fin.

La llegada de Banjo

Uno de los casos más intensos y conmovedores que he tenido en la tercera temporada de *El encantador de perros* fue el de Banjo, de Omaha, Nebraska. Beverly y Bruce Lachney, dos de las personas más generosas que conozco en este país, acogen temporalmente perros abandonados hasta que se les encuentra una familia que los adopte. Cuando Beverly trabajaba en la Nebraska Humane Society, se tropezó con la jaula de un coonhound negro y fuego en cuyo expediente se decía que iba a ser sacrificado porque «tenía demasiado miedo de la gente» y no se podía adaptar a ninguna casa. Beverly se enamoró al instante de los ojos tristes de Banjo y sus enormes y suaves orejotas, de modo que se decidió a estudiar su historia. Resultó que Banjo había pasado toda su vida como perro de laboratorio en unas instalaciones de

investigación donde se le había sometido a experimentos con medicamentos. Había permanecido en una jaula estéril de metal junto a otros animales a su vez en jaulas similares a la suya, sin contacto ni calor de otro ser vivo. La única interacción que había tenido con los humanos era cada vez que una persona de bata blanca se acercaba con una jeringuilla a sacarle sangre. Los trabajadores del laboratorio tenían instrucciones precisas para no interactuar ni desarrollar ninguna conexión emocional con los animales que utilizaban para sus experimentos, de modo que Banjo no había conocido el cariño, el respeto o el reconocimiento de su dignidad básica como ser vivo. No era de extrañar que no confiase en la gente.

Beverly adoptó a Banjo y se lo llevó a su casa, convencida de que todo lo que necesitaría sería tiempo, consuelo y amor incondicional, y que el animal llegaría a confiar en ella. Pero habían pasado cuatro años y Banjo seguía teniendo miedo a todo el mundo, incluso a ella. Parecía pasarlo bien jugando con los demás perros de acogida del jardín de los Lachney, pero no quería saber nada de las personas. Agotada ya, Beverly lo llevó al veterinario para asegurarse de que el animal no tenía ningún problema neuronal o físico que pudiera causarle aquel miedo extremo; allí le dijeron que Banjo estaba bien, pero su experiencia en el laboratorio había cortado su crecimiento emocional. El veterinario le sugirió que lo mejor que podía hacer por Banjo era sacarle de su miseria y dormirlo para siempre, pero para Beverly la palabra *rendición* no figura en el diccionario, sobre todo cuando se refiere a uno de sus animales. Así que decidió llamarme.

Muchos de los casos con los que trabajo tienen que ver con perros que quieren y confían en sus dueños, pero que no los respetan, como en el caso de Gracie y Marley. Sin embargo en el caso de Banjo ni siquiera había una base de confianza en la que trabajar. Parte del problema era que Beverly había intentado mimar y consolar a Banjo, lo cual había alimentado su inestabilidad. Podía darle afecto, por supuesto, pero antes tenía que ayudarlo a salir de su estado por sus propias patas.

Cuando llegué a Omaha, pasé varias horas trabajando con Banjo, dejándole tiempo para que me fuese conociendo y desarrollando el inicio de lo que podía ser para él confiar en un ser humano. Con un animal temeroso hay que emplear infinitas dosis de paciencia. Hay que dejar que el animal utilice su propia iniciativa para acercarse a ti y conocerte; de ningún modo podemos imponerle nuestra presencia.

El siguiente paso consistía en enseñar a los Lachney cómo sacar a pasear a Banjo con la manada. Puesto que ya tenía cierto nivel de confianza con los demás perros, si los dueños se establecían como líderes de todo el grupo la confianza que tenía en ellos se extendería de modo natural. Ser el líder de la manada significa ser respetado y digno de confianza, y una cosa no puede ser sin la otra.

Estos ejercicios ayudaron a que Banjo satisficiera su instinto como animal-perro, lo cual tuvo un efecto inmediato en su comportamiento. Enseñé a los Lachney a

satisfacer a Banjo como animal con el paseo y la estructura, y los demás perros de la casa le dieron identidad como can. Pero ¿qué hacer con la raza de Banjo? Algo en lo que había reparado nada más conocerle era que aunque estaba claro que era un pura raza coonhound, nunca le veía utilizar el olfato para nada. No me olfateaba para aprender a reconocer mi olor. No olfateaba su entorno para conocerlo. ¿Cómo podía tener conciencia de su identidad, o sentir autoestima si ni siquiera sabía lo que significaba ser perro de rastro?

Era un día de calor sofocante del mes de julio cuando le pedí a Christina, una de nuestras productoras, que me buscara un frasco de orina de mapache. Sí... ¡Orina de mapache! Seguramente era lo más raro que le había pedido nunca, pero yo sabía que los cazadores la empleaban y en la zona de Omaha la caza es un deporte muy practicado. Cuando aquella apestosa orina llegó por fin, tracé con ella una línea sobre la hierba que conducía a un árbol. Luego trajimos a Banjo. Aquella vez parecía ya mucho más relajado entre nosotros, aunque seguía caminando como de puntillas, como si temiera que el cielo fuese a caérsele sobre la cabeza en cualquier momento. De pronto la curiosidad afloró a sus ojos. Agachó la cabeza, pegó el hocico al suelo y olfateando siguió el rastro que yo había dejado hasta que de pronto se volvió a mirarnos sorprendido. Los Lachney saltaron de alegría. En cuatro años que llevaba con ellos no le habían visto utilizar la nariz para nada, ni siquiera para oler la comida. Y yo no podía sentirme más orgulloso de él. Aunque siguió el rastro sólo unos segundos, había pasado la prueba: había dado el primer paso para despertar al coonhound que llevaba dentro.

Mi trabajo con Banjo sólo duró un día, pero conseguí lo que me había propuesto: abrirle una nueva forma de vida y darle la base que necesitaba para empezar a confiar en los humanos y volver a aprender lo que era ser un perro. En los meses siguientes todo quedó en manos de los Lachney, que me fueron informando de que, felizmente, había continuado su milagrosa recuperación. Ya no tenía la cola permanentemente metida entre las patas, caminaba confiado con el resto de la manada y, lo mejor de todo: confiaba y mostraba su afecto a Beverly y Bruce. Para que Banjo se recuperase de las privaciones de sus dos primeros años de vida necesitaba satisfacer las tres dimensiones de sí mismo: animal, perro y raza. Al hacer ejercicios relacionados con su raza, Banjo podía empezar a sentirse satisfecho de sí mismo como perro de rastro. El olor de la orina del mapache despertó su memoria genética y de pronto reconoció su propia utilidad; el valor del perro que había nacido para ser. Su respuesta a la sensación de tener una vida con un sentido no es diferente a la de cualquier otro animal, ya sea rata, perro o humano. Todos necesitamos sentir que tenemos una función para ser verdaderamente felices y sentirnos realizados en esta tierra.

Terapia dachshund

Cuando un perro ha perdido su identidad como miembro de una raza, otro perro que muestre en abundancia las características específicas de esa raza puede ser el mejor terapeuta. Hace poco me ocupé del caso de un dachshund llamado Lotus. Sus dueños, Julie Tolentino y Chari Birnhlotz, lo habían mimado en exceso y lo trataban como a un niño. Aprovechando que la pareja iba a realizar un viaje largo, me traje a Lotus al Centro durante cuatro semanas. Allí me di cuenta de que no se sentía cómodo con su naturaleza de perro. Poco a poco fue adaptándose a la manada, pero no actuaba como un verdadero dachshund.

Hay un proverbio budista que dice: «cuando el estudiante está preparado, aparecerá el maestro». El maestro de Lotus se me apareció cuando estaba trabajando con una magnífica organización de rescate llamada United Hope for Animals, que se ocupa de recoger animales perdidos en Los Ángeles, así como evitarles la inhumana muerte por electrocución en México. Cuando vi a Molly durante una exhibición de esta organización pensé en Lotus. Molly era el yin y Lotus el yang: una pura raza dachshund que había tenido una vida llena de privaciones, pero que había conseguido mantener vivo su lado dachshund. Hacía todas las cosas características de su raza: excavar la tierra, esconder cosas, utilizar la nariz constantemente mientras caminaba... Decidí adoptarla inmediatamente y hacerla miembro de mi manada, además de «modelo de raza» para Lotus.

Cuando Molly llegó, Lotus mostró una gran curiosidad por ella pero manteniéndose reservado. Poco a poco fue pegándose a ella, siguiéndola por todas partes mientras ella excavaba en el jardín... ¡agujeros tan hondos que casi era imposible encontrarla! Apenas habían pasado un par de días y Lotus excavaba también: ¡habían formado un equipo! No suelo permitir que los perros destruyan el paisaje, pero en este caso era por el bien de la terapia de Lotus. Juntos los dos corrían por los túneles, escondiéndose bajo montones de tierra y dejando que su olfato los llevase a todas partes. Lotus no había hecho ninguna de aquellas cosas antes de que Molly llegase a nuestras vidas. Ella consiguió hacer lo que ningún humano había logrado: extraer del malcriado Lotus el dachshund que llevaba dentro.

Satisfacer las necesidades olfativas de los perros de rastro

Es obvio que los perros de rastro necesitan utilizar su olfato. Es más: ¡lo harán quieras tú o no quieras! Tras cumplir con el ritual de ejercicio y disciplina, el juego del fugitivo que utilizamos con Gracie es un ejercicio ideal para proporcionar un reto a su raza. En lugar de dejarles olisquear cada poste que se encuentran en el vecindario cuando salen a pasear, llévate prendas de vestir de los miembros de tu familia y

déjaselas oler. Luego escóndelas en distintos lugares de tu recorrido habitual y recompénsale cada vez que encuentre una de las prendas. Encontrar un rastro y desestimar todos los demás requiere una gran concentración, y cuanto más se concentra tu perro en algo que tú le has pedido que haga, más energía quemará. Los animales de alto nivel energético pueden hacer este mismo ejercicio añadiéndoles una mochila para hacerlo todavía más difícil.

Satisfacer las necesidades visuales de los lebreles

El grupo de los lebreles incluye al galgo afgano, basenji, borzoi, greyhound, podenco ibicenco, wolfhound irlandés, saluki, deerhound escocés y al whippet. A diferencia de los sabuesos, que fueron criados para seguir el rastro a una presa en zonas de sotobosque o arboladas, los ancestros de los lebreles debían cazar en zonas más abiertas como desiertos, planicies y sabanas, donde se podían dominar grandes extensiones con la vista. Los lebreles conforman un grupo muy antiguo y durante miles de años los criadores han intentado refinar su velocidad y capacidad de perseguir y capturar a la presa. Son increíbles atletas y el más rápido de todos ellos, el greyhound, puede alcanzar velocidades de más de setenta kilómetros por hora. Puesto que su instinto perseguidor es tan fuerte, puede resultar difícil hacer que un lebrél vuelva a casa si durante el paseo se ha escapado para perseguir una ardilla o un gato, aunque es el movimiento del animal que huye y no el olor a sangre lo que le atrae. Durante siglos han sido criados para cazar en grupo, de modo que tienden a ser sociables con otros perros.

Es obvio que todos los grandes cazadores necesitan disponer de energía a grandes dosis, y la mayoría de los lebreles necesitan a diario poder correr libremente. Los patines y la bici pueden ayudarte en este sentido, aunque la mayoría de estas razas son grandes velocistas y no corredores de fondo, de modo que lo que más les gusta es correr a toda velocidad durante un corto espacio de tiempo y luego volver a caminar a paso normal. Algunos perros que han sido rescatados de las pistas de competición padecen lesiones graves y repetitivas, y es imperativo que un veterinario los examine con detenimiento antes de retomar cualquier programa de ejercicio.

Aunque para los lebreles es natural correr tras objetos móviles, históricamente las carreras profesionales de greyhound no han sido precisamente una diversión para los perros. Muchos de los participantes en estos eventos se pasan la vida encerrados en jaulas o corrales sin apenas interacción con los humanos y sin calefacción o refrigeración. Un greyhound debidamente cuidado puede vivir trece años o más, pero si tiene la mala suerte de haber nacido para las carreras lo más probable es que

pongan fin a su vida, a veces del modo más cruento, en cuanto cumple los 3 o los 4 años para dejar lugar a «perros frescos». Afortunadamente los activistas en pro de los animales han conseguido convencer a algunos de los participantes en la industria de las carreras de perros de que creen unas condiciones más humanas para sus corredores, como por ejemplo «planes de pensiones» para cuando llegue la hora del retiro del animal, y santuarios para estos jubilados. Es sólo un comienzo, pero es también un paso en la dirección adecuada.

Sin embargo, los amantes de los lebreles pueden utilizar el instinto cazador de sus perros para satisfacer las necesidades de su raza de un modo divertido para el perro, como por ejemplo la persecución de liebres eléctricas. Las carreras no profesionales pueden emplear cualquier clase de cosa como señuelo, desde piel sintética a bolsas de basura blancas y accionarlas mediante poleas o tracción. Quienes sean dados a la mecánica pueden preparar algún señuelo en su propio jardín, o quienes quieran participar en el deporte de modo oficial pueden ponerse en contacto con la American Sighthound Field Association (ASFA) o con el American Kennel Club (AKC) para obtener la dirección de un club en su zona.

Con los lebreles es importante no olvidar que el instinto cazador puede ser muy fuerte, y lo que atañe al dueño es que debe ser siempre el líder de la manada quien lo regule. En la naturaleza ningún perro de una manada sale tras un rastro cuando le place. La caza es un esfuerzo coordinado, con un comienzo y un final bien definido, de modo que cualquier actividad relacionada con la raza que acometamos con nuestro lebel debe seguir los mismos patrones y reglas que tan bien le han funcionado a la Madre Naturaleza durante miles de años. Eso significa que tú, el líder de la manada, estarás siempre al mando.

Perros de trabajo

A medida que los humanos fuimos dejando de ser cazadores recolectores y comenzamos a criar animales domésticos y a vivir en comunidades, empezamos a buscar perros que nos ayudaran de otro modo aparte de cazando y rastreando. De ahí el grupo de perros criados para guardar, tirar y rescatar. Algunas razas sólo para unos de estos fines; otras, para dos o tres. Los humanos que crearon estas razas seleccionaron a los canes por el tamaño, la forma, la fuerza, la perseverancia y, en algunas ocasiones, su agresividad, en el caso de los perros de guarda.

En Norteamérica hace cientos de años que el perro se incorporó a la vida del hombre para cazar grandes piezas, pelear contra otros perros o atacar hombres y animales. Sin embargo, algunas de las razas más populares tienen habilidades ocultas.

Akita, malamute de Alaska, gran danés, y Cubas eran todas razas creadas para cazar piezas grandes, además de llevar a cabo funciones de guarda. El mastín y el mastín napolitano echaron raíces como perros de guerra y guerreros que combatieron a hombres, leones, tigres e incluso elefantes en el circo romano. La guarda y la seguridad, incluso en usos militares, están impresas en los genes del terrier ruso negro, doberman y rottweiler. Todo el mundo sabe que estos perros se emplean a menudo como protección personal, pero los rottweiler también eran conocidos como el «perro del carnicero», ya que su trabajo dirigiendo y guardando el ganado era excelente. El rottweiler se hizo tan indispensable para los carniceros que se decía que guardaban los beneficios de la carnicería en una bolsa que colgaban al cuello de sus perros cuando entraban en el bar, sabiendo que así estaría a salvo. Cuanto más pura sea la sangre del animal, más probable es que las cualidades específicas de la raza afloren si tú, como líder de la manada, no satisfaces al animal y al perro. Y teniendo en cuenta su tamaño, estos perros pueden hacer mucho más daño que un beagle o un greyhound cuando su energía contenida entra en erupción.

Satisfacer a una raza de trabajo

Como ocurre con todos los perros, agotar su energía física es vital para poder vivir felices con una raza de trabajo; puede que incluso sea más importante en este caso, dado que son animales creados por su fuerza y/o su ferocidad. Por ahí es por donde deben empezar las actividades orientadas hacia su raza. Puesto que muchos de ellos eran animales de tiro, llevar un carro o cualquier otra tarea por el estilo suelen ser actividades en las que sobresalen con facilidad.

En Dallas, Texas, el equipo de *El encantador de perros* y yo visitamos a Rob Robertson y Diane Starke, que se habían llevado a casa a Kane, un cachorro de gran boyero suizo. Seguramente fruto de la relación con el mastiff o incluso con el rottweiler, el gran boyero suizo fue hace tiempo un gran perro de tiro, perro de granja y guardián. Desgraciadamente Kane, apenas con un año de edad, había desarrollado una agresividad posesiva peligrosa con su cacharro de la comida. Tras trabajar con Rob y Diane los principios de un liderazgo firme y sereno en el momento de darle de comer, les ayudé a crear una actividad específica para la raza de Kane que le ayudara a quemar su exceso de energía echando mano de su herencia de perro de tiro. Utilizando la base de un carro, nuestro equipo de producción diseñó un improvisado carro del que Kane pudiese tirar. En un principio se mostró un poco nervioso, pero cuando se acostumbró al ruido que hacía el carro tras él, se lanzó entusiasmado a disfrutar del placer de su forma de vida ancestral. Se habría pasado horas tirando del carro si le hubiéramos dejado. Aunque los urbanitas solemos echarnos atrás ante la

idea de hacer de nuestros perros «bestias de carga», la verdad es que las razas de trabajo como los boyeros suizos, rottweilers, samoyedos y huskies siberianos florecen cuando se les ofrece esta clase de desafío físico y psicológico. Para ellos no es una tarea tirar de un carro, sino una especie de desafío que les hace sentirse útiles y que saca de ellos lo mejor de sí mismos. Rob y Diane quieren formar una familia pronto, y están seguros de que Kane va a ser el perro más famoso del vecindario cuando salga a pasear tirando del carro en el vayan su hijo y todos sus amiguitos.

Ejercicios Schutzhund

Un fantástico modo de canalizar los fuertes impulsos de las razas de trabajo es el entrenamiento Schutzhund. En sus orígenes fue desarrollado específicamente para el pastor alemán. La palabra Schutzhund es el término alemán que significa *perro de protección* y ha evolucionado para convertirse en un deporte serio y de competición que pone a prueba y valora el rastreo, la obediencia y las habilidades como guardianes de los canes. Para perros como el pastor, el doberman, rottweiler, malinois, bóxer y otros perros de trabajo ágiles como éstos y con el impulso genético de lucha, el Schutzhund desafía tanto al perro como al adiestrador con un entrenamiento físico y psicológico. Es errónea la creencia de que el Schutzhund crea perros asesinos incontrolables. De hecho, los animales no pueden pasar las varias y rigurosas pruebas a menos que estén perfectamente equilibrados y tendrán que interrumpir inmediatamente cualquier comportamiento agresivo a la orden de su adiestrador. Hechos con rigor, estos ejercicios no son sólo un excelente modo de canalizar la agresividad relacionada con la raza, sino que contribuyen a forjar un lazo aún más fuerte entre el perro y su entrenador.

Para poder participar en el Schuntzhund, el perro debe someterse a una prueba de temperamento para asegurarse de que es un animal mentalmente estable, sereno y sumiso. Las dos primeras partes del trabajo se concentran en el seguimiento y la obediencia. Durante las dos primeras fases, se pide que el perro responda inmediatamente a las órdenes y que logre pasar elaboradas pruebas, a pesar de ciertas distracciones que incluyen otros perros, gente desconocida ¡e incluso disparos! Durante la tercera fase, la de protección, el perro debe localizar a un señuelo humano oculto e intentar protegerlo hasta que el entrenador se acerque. Si el señuelo intenta escapar o atacar, el perro debe perseguirlo y retener al «intruso» (que lleva el brazo con una protección) hasta que su líder humano de la manada llegue y le ordene que lo deje, a lo que el perro debe responder inmediatamente.

La tercera fase de este entrenamiento es el mismo que la policía, las fuerzas de seguridad y el ejército utiliza con sus perros, y si un perro de trabajo se ejercita

debidamente y en casa recibe el entrenamiento en reglas, fronteras y límites, el Schutzhund no podrá transformarlo en un asesino. Estas actividades, en una situación ideal, están destinadas a proporcionar una vía de escape a muchos de los impulsos naturales de los perros, y ayudan a crear un animal mucho más razonable, equilibrado y obediente. Ejercicios de esta misma naturaleza se utilizan para entrenar a perros de búsqueda y rescate, y a perros de trabajo. Los «juegos» Schutzhund también son aplicables a otras razas con un fuerte instinto cazador, aunque sin el impulso de defensa no podrán competir oficialmente. Aun así, los ejercicios constituyen un desafío divertido y capaz de quemar toda su energía, y a modo general, muchas partes del Shutzhund pueden adaptarse de modo creativo y divertido para desafiar a cualquier perro [\[1\]](#).

El grupo de los pastores

El instinto que empuja a un perro a controlar los movimientos de otros animales proviene de su pulso depredador, firmemente anclado en la naturaleza lobuna de los canes domésticos. Si observamos a cualquiera de los integrantes de una manada en pleno trabajo, veremos cómo coordinan sus posiciones para seleccionar a los miembros más débiles del grupo al que están acosando y con qué facilidad apartan al animal que persiguen, lo acorralan y lo preparan para atacarlo y matarlo. A lo largo de los siglos, la humanidad ha aprovechado esa habilidad innata para crear perros que completasen todas estas acciones hasta casi el momento final, ya que los perros pastores no matan a los animales que acorralan. Simplemente los mantienen agrupados en beneficio nuestro, siguiendo su propio juicio y las órdenes de su amo. Algunos muerden las patas del ganado para mantenerlo ordenado, otros ladran, otros acechan y miran, y otros simplemente utilizan su movimiento y su energía. Los pastores más populares son los pastores alemanes (a los que en ocasiones se considera tanto pastor como perro de trabajo), el ovejero de las Shetland (o sheltie), las razas corgi de patas cortas, bobtail, pastor australiano, blue heeler, el collie y border collie, perro ganadero australiano y el bouvier de Flandes.

Hace falta mucha energía para proteger y dirigir al ganado, de modo que los perros de pastor debían ser muy briosos. Si es el caso de tu perro, caminar, patinar o montar en bici de entre treinta a sesenta minutos al menos una vez al día, y al menos una segunda salida aunque ésta pueda ser algo más corta, son absolutamente necesarias para liberar esa energía y para conseguir el equilibrio. Estos animales no deben permanecer en el jardín a su libre albedrío y sin nada que hacer. No olvides que ser pastor es un trabajo y ese concepto está profundamente arraigado en los genes del

perro, que se siente totalmente realizado y feliz cuando puede utilizar su energía con un fin. Proporcionarle alguna labor que suponga para él un desafío es lo mejor que puedes hacer para evitar o solventar problemas de comportamiento que causan el aburrimiento o la energía contenida.

Una vez has completado el paseo o la carrera diaria, hay motones de actividades distintas con las que disfrutan los perros pastores. Por supuesto la mayoría de nosotros no podemos tener vacas, cabras u ovejas en el jardín de casa, pero podemos encontrarles un sustituto. Gracias a su paciencia y a su agilidad, los perros de pastor suelen jugar magníficamente bien al disco o *frisbee*, que es deporte oficial desde 1974. Por supuesto todo tipo de perros pueden jugar a esto (de hecho, algunos de los campeones mundiales eran mestizos o perros adoptados en un albergue), pero los perros pastores se han distinguido en este deporte. El campeón mundial de 2006 es Captain Jack, un perro australiano de ganado conocido por ser el perro más duro de todos los que participan en este deporte. Si estás verdaderamente interesado, la [International Disc Dog Handler's Association](#) podrá ayudarte a localizar un club en tu zona, pero lo mejor de practicar este deporte es que todo lo que necesitas es una zona llana de hierba y un disco de plástico que puedes comprar en cualquier tienda de deportes o supermercado grande por mucho menos de diez dólares. Pero aunque sólo estés jugando en el jardín de tu casa, es importante que conviertas el juego en un desafío para tu perro. No se trata de que tengas que enseñarle saltos y piruetas en el aire, pero en lugar de limitarte a lanzárselo una y otra vez, hazle esperar entre lanzamientos. Haz que cumpla una serie de normas sencillas que deba realizar antes de que le lances el disco, tales como sentarse, tumbarse o pedirte que se lo lances. La cuestión es crear un desafío psicológico además de físico. Al fin y al cabo, eso es precisamente guiar un rebaño: un ejercicio psicológico y físico.

Puesto que esta clase de perros debían realizar complicadas «danzas» para mover grandes grupos de ganado, suelen ser buenos también en las competiciones de agilidad. Al igual que con el Schutzhund, las competiciones de agilidad y los ejercicios están creciendo en popularidad y son actividades estupendas tanto para redirigir la energía del perro como para reforzar los lazos de unión entre los humanos y los perros. Los canes aprenden a saltar vallas, a correr por túneles y anillos, a encontrar el modo de salir de un laberinto y a completar carreras de obstáculos a contrarreloj cada vez más difíciles, animados y dirigidos por su cuidador. En Norteamérica, la [Unites States Dog Agility Association](#), con base en Richardson, Texas, dispone de toda la información que puedas necesitar para empezar en este deporte, pero no tienes por qué tomar la vía competitiva. Yo suelo ayudar a mis clientes a crear juegos digamos informales en el jardín de su casa que puedan poner a prueba la obediencia y la agilidad de su perro sin la presión de competir. Un neumático viejo, algunos aros, un poste bajo y una plancha apoyada sobre unos

cuantos ladrillos, además de una sabrosa recompensa para el final pueden crear la clase de desafío, que incluso el más energético de los perros puede encontrar estimulante. Y tú, su dueño, encontrarás que cuanto más guíes a tu perro en estas actividades, más unidos os sentiréis y ello te ayudará a descubrir el líder de la manada que llevas dentro.

Flyball es otro deporte canino que funciona fantásticamente bien para muchas razas, pero que es especialmente popular entre las razas de pastor. En Estados Unidos y Canadá, la sección oficial del deporte está dirigida por la [North American Flyball Association](#). Es un deporte de equipo para perros, básicamente una carrera de relevos para perros en cuyo recorrido se levantan varios obstáculos y en la que al final el perro tiene que sacar una pelota de una caja dispuesta al término del recorrido y que debe llevar a su dueño. Al igual que en las carreras de relevos humanas, el siguiente perro del equipo no puede empezar hasta que el anterior ha vuelto, de modo que se requiere mucha concentración, disciplina y respeto por el dueño. También se requiere velocidad, intención y firmeza, todos los factores presentes a la hora de dirigir el ganado. Si en casa tienes un perro pastor de alto nivel de energía, no tienes por qué soportar que desahogue su frustración en los muebles, en el gato o lo que es aún peor: en el resto de perros del vecindario. Hay muchos modos de liberar la energía extra que sus genes de pastor le proporcionan.

Gus, el boyero de Flandes botador

Participar en deportes creados por el hombre es un modo estupendo de reforzar los lazos que te unen con tu perro al tiempo que le ayudas a entrar en contacto con sus raíces, pero hay otra cosa aún mejor: ¡dejarle experimentar lo que se siente dirigiendo ganado de verdad! En la primera temporada de *El encantador de perros*, visité a Tedd Rosenfeld y Shellie Yaseen, dos atareados profesionales que trabajan en televisión. Su boyero de Flandes de 1 año, Gus, tenía la costumbre de... bueno, de botar. Por supuesto, siendo como era un perro corpulento con mucha fuerza y energía, su manía de saltar estaba causando cada vez más problemas a medida que crecía, hasta el punto de que llegaba a tirar al suelo a los invitados e incluso a su dueña, Shellie, una mujer muy menuda. La pareja no había establecido una rutina para el paseo diario, de modo que no sabían cómo llevar debidamente a Gus por el vecindario, mostrándole que ellos eran los líderes de la manada. De hecho, Shellie se sentía un tanto intimidada por la fuerza y la energía de su perro.

Trabajé con la pareja las bases del paseo e intenté mejorar sus capacidades como líderes, pero tras nuestra primera sesión programé otra para llevarlos al All Breeding Ferding en Long Beach, California, a cargo de mi amigo Jerome Stewart, miembro

del American Kennel Club (AKC), y la American Herding Breed Association (AHBA), juez y jurado en competiciones de pastoreo y un verdadero experto en lo referente a perros de pastor. Ted y Shellie se mostraron un poco reticentes al principio cuando vieron por primera vez el rebaño de ovejas que Jerry tenía en el rancho, y estoy seguro de que se preguntaban cómo diablos un perro de ciudad iba a saber lo que tenía que hacer con ellas. Pero como Jerry les aseguró, la biología y la genética habían implantado el programa de pastoreo en el cerebro de Gus, y sería sólo cuestión de paciencia, práctica y un poco de ayuda profesional que ese instinto aflorara.

Ver a Gus acercarse al rebaño por primera vez fue contemplar uno de los milagros de la naturaleza. Primero Gus salió corriendo tras ellas de un modo errático, incapaz de decidirse entre escuchar a su instinto depredador que le decía «mata a la oveja», y su otro instinto de pastor que le decía «organízalas». Con un par de leves correcciones por parte de Jerry, superó la fase depredadora en un instante y de pronto comenzó a describir círculos amplios para guiar a las ovejas más lentas y que se habían separado del rebaño al centro de éste. Fue increíble ver a este muchacho de ciudad volver a sus antiguas raíces de ranchero, lo que me empujó a saltar de alegría y a gritar de júbilo. Tedd estaba verdaderamente conmovido al final del día: «Creo que no le había visto nunca tan feliz ni tan relajado», dijo después. Tedd y Shellie siguen llevando a Gus a sus clases de pastoreo, y de ese modo han dado un paso de gigante para controlar su inagotable energía.

Por toda Norteamérica hay clubes de pastoreo dirigidos por personas volcadas en ellos como Jerry, en donde se proporciona esta clase de actividad a muchas razas distintas de perros de trabajo, y el [American Kennel Club \(AKC\)](#) puede ponerte en contacto con instalaciones de tu zona. Recientemente incluso he conseguido ayudar a un rottweiler antisocial llevándolo a las clases de pastoreo de Jerry. Jerry utiliza una frase que creo que resume la fuerza primigenia de la experiencia pastoril de cualquier perro pastor: «Un animal con instinto de pastor y sin ningún entrenamiento puede dar trabajo a nueve hombres. Un perro pastor entrenado puede hacer el trabajo de nueve hombres. Eres tú quien decide con cuál de los dos prefieres vivir».

El grupo de los terrier

La palabra *terrier* tiene su origen en el vocablo latín *terra*, que significa tierra, y ésa es una descripción válida para las funciones que desempeñaban inicialmente las razas de este grupo. Los terrier son magníficos persiguiendo y matando roedores, alimañas y pequeños mamíferos, para lo que llegan incluso a excavar en la tierra para atraparlos. Más adelante, terrier más musculosos como los staffordshire terrier

americano, el staffordshire bull terrier y el pitbull terrier americano fueron criados para pelear entre ellos. Gracias quizás a su tamaño reducido y a su especial belleza, los terrier son perros muy populares en Norteamérica.

Aunque su tamaño es más pequeño, es importante no olvidar que tienen el instinto cazador y de trabajo en la sangre, de modo que suelen ser animales que poseen mucha energía, e incluso hay algunos como el jack russell que pueden tener no sólo mucha, sino muchísima energía. Si tienes la oportunidad de criar uno de ellos desde edad muy temprana, socializarlos y familiarizarlos con otros perros y pequeños animales es fundamental. Con perros de más edad o de rescate, el hábito de agresión hacia otros animales suele haber empezado ya, de modo que además de tus cualidades de liderazgo firmes y serenas, puede que necesites la ayuda de un profesional para interrumpir esa tendencia. No cometas el error en el que caen tantos de mis clientes que consiste en pensar «bueno, no le gustan los otros perros. Es su personalidad». Los perros son animales gregarios por naturaleza.

He descubierto que mucha gente piensa que porque un perro es pequeño de tamaño le bastará con darse unos paseos por la casa o, como suelen hacer los terrier, perseguir ardillas o hacer agujeros en la tierra. Ya hemos visto que cuanto más energía tiene un perro, más ejercicio primario necesita para satisfacer su mundo interior como animal, perro y raza. A pesar de sus patas cortas, el terrier suele necesitar mucho ejercicio primario, o de otro modo comenzará a mostrar comportamientos obsesivos o neuróticos. Tengo clientes que necesitan añadir casi constantemente desafíos mentales a los paseos de sus terrier, especialmente cuando no pueden caminar entre tres cuartos y una hora el día, y suelo aconsejarles que añadan mochilas, patines, bicicletas o monopatines para ayudar a agotar el exceso de energía de sus canes.

Muchas de las actividades y ejercicios recomendados para los perros de pastor (disco, *flyball* y juegos de agilidad) funcionan además fantásticamente bien para los terrier de mucha energía. Y no es casualidad que muchas de las estrellas caninas de la pantalla pertenezcan a este grupo. ¿Recuerdas a Eddie, el jack russell terrier de la comedia *Frasier*? Lo interpretaba el recientemente fallecido Moose, y ahora Enzo, su hijo, sigue la carrera de actor de su padre. Wishbone, la estrella de la PBS, es también un jack russell. Skippy, un fox terrier, fue una de las estrellas más solicitadas en Hollywood durante los años treinta. Participó junto a Cary Grant, Katharine Hepburn y un leopardo de nombre Nissa en *La fiera de mi niña*, interpretó a Asta en la famosa serie de detectives titulada *Thin Man*, y a Mr. Smith en *La pícaro puritana*. El famoso Spuds MacKenzie de Budweiser's era un bull terrier, y el adorado Petey de *La pandilla*, era un staffordshire terrier americano. Una vez se ha ejercitado convenientemente a estos animales, enseñarles trucos y a obedecer órdenes utilizando una técnica de refuerzo positivo como un *clicker* o/y recompensas en forma de

comida es un modo satisfactorio tanto para el dueño como para el perro de redirigir el comportamiento de la raza.

Un detalle más que es posible que desconozcas sobre los pitbull y otras razas fuertes de terrier, cuyo exceso de energía puede desembocar a veces en saltos o agresividad, es que el trabajo de tiro puede resultar ser una maravillosa vía de escape para ellos, ya que son razas de trabajo. Los delincuentes que crían y entrenan pitbulls para pelear y acabar matándose unos a los otros en peleas ilegales suelen emplear esta clase de ejercicios para poner en forma a sus animales para el cuadrilátero, pero esa misma actividad puede emplearse de un modo positivo. Cuando Daddy era más joven, solía desafiarle constantemente haciéndole tirar de troncos, ruedas y otros pesos cuando paseábamos colina arriba por las montañas de Santa Mónica. Me gusta recordarle subiendo por aquellas laderas con una expresión decidida en el rostro y un brillo de satisfacción en sus ojos verdes. Estaba en la gloria con un trabajo tan importante que hacer y son ejercicios como ése los que le ayudaron a ser el perro satisfecho y feliz que es hoy.

Perros de compañía

En un antiguo enterramiento situado cerca de Bonn, en Alemania, los arqueólogos descubrieron los esqueletos de un hombre primitivo y su perro enterrados juntos. El enterramiento databa de hace catorce mil años. En Israel el esqueleto de una mujer de doce mil años de antigüedad fue encontrado con lo que parecía ser una mascota en brazos. Y en Alabama, entre restos humanos arcaicos de unos ocho mil años de antigüedad se encontraron enterramientos de perros que eran, en palabras del arqueólogo Carl F. Millar «mucho más delicados que los de los humanos». Por todo el mundo y a lo largo de la historia de la humanidad, los perros han desempeñado un papel no sólo de trabajo para el hombre, sino puramente emocional.

Los perros del grupo de compañía son la evidencia de hasta qué punto estamos conectados con nuestros perros. Mientras que algunas razas de compañía o *toy* sirven para cazar pequeñas alimañas o pájaros entre los arbustos, muchos de ellos han sido criados a lo largo de los siglos sólo para satisfacer las necesidades emocionales del hombre, como compañeros y accesorios. No llevaban a cabo ninguna función importante para ayudar a sobrevivir a los humanos, sino que, simplemente, los queríamos. Muchas de estas razas son versiones en miniatura de sus parientes más voluminosos, pero el origen de otros se remonta a un pasado tan remoto que ha quedado ya olvidado.

Los perros de compañía tienen un pasado genético muy variado, de modo que no

se puede generalizar sobre su comportamiento. Algunos fueron en sus orígenes perros cazadores de pájaros, como los spaniel King Charles e inglés, el toy Manchester, toy tox, Yorkshire y silky terrier, el papillón, maltés, pomerania, toy poodle, y el pinscher miniatura. Todos estos perros fueron seleccionados por su elevado nivel de energía, y esa característica se aprecia en sus descendientes. Los perros de compañía puros como los chihuahua, pekinés, pug y shih tzu fueron seleccionados por su aspecto, su tamaño y, por supuesto, su belleza.

Desgraciadamente la belleza es el factor en el que suelen comenzar la mayor parte de problemas con las razas pequeñas. Los seres humanos somos adictos a la belleza; de hecho, los antropólogos dicen que se trata de una característica grabada en nuestro sistema para asegurarnos de que cuidaremos a nuestros bebés. Dado que las razas toy son tan adorables, tendemos a dejar que se salgan con la suya en cosas que nunca toleraríamos en razas más grandes. Por ejemplo: la mayor parte de la gente no permite que sus perros ladren durante mucho tiempo, simplemente porque es un ruido demasiado fuerte que nos molesta. Además, cuando ladra un perro grande, nos lo tomamos más en serio. Sin embargo, cuando ladra un perro pequeño para alertarnos de algo, o simplemente para llamar nuestra atención, en muchas ocasiones le dejamos que siga y siga ladrando cuanto quiera. En un principio nos hace mucha gracia: «Es que me está diciendo que quiere su hueso», de modo que se lo damos. O «es que me está diciendo que quiere jugar». Después de un tiempo, su comportamiento empieza a resultar molesto, pero para entonces ya nos hemos convencido de que es la personalidad del perro o su raza, de modo que no hacemos nada al respecto. Un comportamiento todavía peor es el de morder. Nunca permitiríamos que un rottweiler utilizase sus dientes para manipularnos o controlarnos, pero cuando se trata del mordisco de un perro pequeño es eso exactamente lo que intenta hacer. Cuanto más permitamos estos comportamientos, más firmemente estaremos enseñando a nuestro toy que ése es el modo de conseguir lo que quiere. Al final estos perros se vuelven tan inestables que su comportamiento puede escalar hasta atacar a otros animales o a personas.

La clave consiste en recordar que detrás de esa bolita de pelo o de esa carita tan dulce, el toy es ante todo un animal-perro. Si no olvidamos esto, y la fórmula de ejercicio, disciplina y afecto, satisfacer las necesidades de los perros más pequeños no será distinto de satisfacer la de aquellos más grandes. Los perros de compañía también necesitan vigorosos paseos, aunque como consumen más energía no suelen necesitar una caminata larga. Los juegos deben realizarse de un modo controlado, con inicio y fin marcados. El secreto es no dejar que los perros pequeños almacenen demasiada energía. Cuando acaban siendo mascadores compulsivos, mordedores, ladradores o animales antisociales, es porque han descubierto que esas actividades negativas son un modo de liberar energía. No importa lo pequeño que sea tu perro:

siempre necesitará reemplazar comportamientos destructivos con otras alternativas, desafíos físicos y psicológicos que varían desde un juego con una pelota de tenis a pistas de agilidad y *flyball* para los más energéticos. Además pueden disfrutar también con una serie de ejercicios de obediencia con recompensa.

El grupo de los no deportivos

En este grupo figuran básicamente el resto de las razas que no encajan en ninguna de las otras categorías, aunque muchos de ellos figuren entre los más populares del país. Entre ellos se incluyen perros de trabajo, perros de pastor, terrier y miniaturas. Según el American Kennel Club (AKC), las diez razas más populares que figuraban en su lista de 2006 son el poodle o caniche, bulldog, boston terrier, bichon frisé, bulldog francés, lhasa apso, shar-pei, chow chow, shiba inu y el dálmata. Dependiendo de la raza, cualquiera de las muchas actividades y ejercicios de los que ya hemos hablado pueden utilizarse como añadido al paseo.

La raza es sólo el traje

Después de todo lo que hemos dicho y hecho, los muchos puntos fuertes y débiles de este último grupo sirven para resaltar lo principal: que cuando se trata de un perro, la raza es sólo el traje. En otras palabras: cuanto más pura sea la sangre del perro, más «pulso» genético tendrá en su comportamiento las características de sus ancestros. Sin embargo, satisfaciéndolo como animal-perro con el paseo (la conexión primaria entre el hombre y el perro) y con la fórmula en tres pasos, habrás avanzado enormemente en la prevención de cualquier dificultad en su comportamiento relacionada con la raza. Es importante ser consciente de las necesidades y tendencias de determinadas razas, pero es incluso más importante comprender la psicología básica de todos los perros, y apreciar su unión directa con el resto del reino animal. He reparado en el hecho de que los dueños de mestizos suelen tratar a sus perros más genéricamente como perros, y los canes a veces disfrutaban de una vida mucho mejor, independientemente de cuál pueda ser su herencia ancestral.

Cuando la gente pone demasiado énfasis en la raza de un perro, aparece lo que yo suelo llamar *prejuicio de raza*. Por eso cuando fui presentador de la gala de los premios Emmy a las Artes Creativas en 2006 me tomé la molestia de salir al escenario del Shrine Auditorium patinando y con seis pitbull que habían padecido

agresiones. Y allí se quedaron, bajo las luces brillantes de los focos y ante casi dos mil quinientas personas, perfectamente tranquilos y bien educados: los embajadores ideales de toda su raza. Y por supuesto, Daddy tuvo que ser la estrella invitada. Fue él quien, sin necesidad de correa, me trajo el sobre en el que venía el hombre del ganador en la categoría de montaje de televisión. No olvidéis que Daddy no es un perro adiestrado, sino un perro equilibrado. Mi comunicación con él no se basa en órdenes ni en recompensas, sino en un lazo a largo plazo de total confianza y respeto.

Los pitbull han sido las últimas víctimas del prejuicio de raza en este país. Defino *prejuicio de raza* del mismo modo que prejuicio racial, ya que ambos se basan en el miedo y la ignorancia. La historia de Norteamérica nos enseña que los nativos norteamericanos, irlandeses e italianos fueron algunos de los primeros grupos a los que los poderosos demonizaron y culparon de los problemas, la pobreza y la delincuencia. Luego fueron los afroamericanos, y ahora, los latinos. Por supuesto que la gente que piensa sabe que no es cuestión de raza, ya que en todas ellas hay gente maravillosa. Ni todos los italianos son mafiosos, ni todos los irlandeses borrachos, ni todos los afroamericanos delincuentes, ni todos los latinos unos vagos. Pero cada periodo de diez años hacen responsable de la infelicidad de la gente a un nuevo grupo. Lo mismo ocurre con las razas de perros. En los setenta, era el pastor alemán. En los ochenta, los doberman. En los noventa, todo el mundo temía a los rottweiler, y desde los noventa en adelante, los culpables de todo son los pitbull. Cuanto más educada esté la gente y cuanto más en serio se tomen sus responsabilidades los dueños de pitbull y rotis, menos probable será que culpemos a los perros.

Por eso los canes son un modelo tan magnífico para nosotros: porque no discriminan en función de la raza. Sí, a veces gravitan hacia su propia raza cuando se trata de determinados comportamientos o de jugar, como en el ejemplo de Lotus y Molly. Pero la energía juega un papel primordial en la atracción. Los perros son sólo perros a los ojos de otros canes. Cuando el huracán Katrina azotó el país y los perros abandonados de Nueva Orleans comenzaron a salir de sus casas, automáticamente comenzaron a formar manadas para sobrevivir. En una de las fotos que se tomaron de esas manadas vi a un viejo y gran rottweiler, un pastor alemán y otros perros grandes. Pero ¡era un beagle quien los dirigía! ¿Por qué decidieron seguirle? Pues porque el beagle tiene un mejor sentido de la dirección. Por eso. Y obviamente poseía la energía que se necesita para el liderazgo. Los animales saben cuándo otro animal muestra determinación y asume el mando con firmeza; entonces deciden seguirlo. No dicen «oye, que tú eres un beagle y yo un rottweiler. Yo no sigo a los beagles. Va contra mi religión». El rottweiler se dio cuenta de que el beagle estaba en un estado de firmeza serena, y eso era lo que él andaba buscando en un líder. Los perros tienen un gran sentido común y carecen de prejuicios contra otras razas. Tampoco nosotros deberíamos tenerlos.

SEGUNDA PARTE

En busca del equilibrio

«¿Qué es el hombre sin las bestias? Si todas ellas desaparecieran, el hombre moriría de una profunda soledad de espíritu. Porque lo que le ocurre a las bestias, también le ocurre al hombre».

CHIEF SEATTLE

Sabías que en algún momento llegaríamos a este punto, ¿verdad? Todas las personas de las que he hablado en la primera parte necesitaban información práctica para vencer sus problemas caninos. Pero al igual que ocurrió con mi amigo, el Magnate de una empresa de facturación millonaria, todos ellos llegaron a darse cuenta de que sus perros no eran los únicos responsables del problema. Es hora ya de que abramos los ojos al modo en que nuestros propios problemas influyen sobre el comportamiento de nuestros perros, y a cómo solventar la parte humana de la ecuación.

5

Disfunción coyuntural

«Si un perro no acude a ti después de haberte mirado a los ojos, deberías irte a casa y reflexionar cuidadosamente».

WOODROW WILSON

Ya estaba otra vez aquel ruido. Aquel horrible siseo, un ruido metálico e irritante. Provenía del garaje, como siempre, y Lori sabía exactamente lo que iba a ocurrir, de modo que se dispuso a esperar.

Como se imaginaba, Genoa, su golden retriever de 9 años, salió a toda velocidad del dormitorio donde se estaba echando una siesta. Aquel animal normalmente dulce y dócil empezó a ir y venir aterrada por la habitación para intentar esconderse detrás de los muebles y gimotear. Lori acudió a consolarla. «No soportas ese compresor, ¿verdad?», le susurró en voz baja intentando calmarla. Pero las caricias de Lori no surtieron efecto alguno, así que suspiró moviendo la cabeza. Genoa estaba teniendo otro de sus «ataques de pánico», que era como los llamaba su marido.

Amos inestables, perros inestables

Cuando el matrimonio formado por Lori y Dan decidió adoptar a Genoa descubrieron que era una perra tan perfecta como se pudiera esperar. Era la clásica golden retriever con una capa de pelo digno de una estrella de Hollywood y una amorosa lealtad que ni el mismo Lassie habría podido superar. Genoa era afectuosa al extremo y obediente. Incluso salía por las mañanas hasta la esquina de la calle para traerles el periódico. Lori y Dan tenían al perro de sus sueños y no podían imaginarse a su familia sin ella. Pero había un pequeño problema.

Durante los últimos nueve años, cuando ya sus hijos se habían hecho mayores, Dan había ido desarrollando una afición que practicaba al volver del trabajo. Se cambiaba de ropa y se metía en el garaje a trabajar en sus coches y sus motos. Para esta clase de trabajo solía necesitar la ayuda de un compresor de aire, pero resultó que Genoa cada vez se asustaba más al oír el ruido del motor. Empezaba a correr en círculos, a gimotear, y entraba a todo correr en el baño y se escondía en la bañera.

Lori terminaba a lo mejor detrás de un mueble intentando consolar a aquella magnífica perra que había pasado de ser una compañera dulce y buena a un manojito tembloroso de nervios con la facilidad con la que se acciona un interruptor.

Lori y Dan enviaron un vídeo con el comportamiento de Genoa a nuestro programa de *El encantador de perros*. Nos pareció que era un comportamiento verdaderamente extremo. Los productores se entrevistaron con Lori y le hicieron las preguntas habituales respecto a la salud de la perra. ¿Habían llevado a Genoa al veterinario para asegurarse de que no padecía problemas físicos o neurológicos que pudieran explicar su comportamiento? Cuando supieron que la perra se encontraba en un estado de salud excelente, pensaron que se trataba de un caso de fobia clásica, pero tanto ellos como sus propietarios se llevaron una buena sorpresa.

El espejo de cuatro patas nunca miente

Como ya hablamos en el caso de mi amigo el Magnate, no hay espejo más acertado en el que poder mirar las interioridades de nuestra vida que nuestros perros. Como no viven en un mundo de pensamientos, lógica, arrepentimiento o preocupación por el mañana, los perros interactúan entre ellos y con nosotros en el ahora, y en un nivel puramente instintivo. Su interés por nosotros se centra en cómo nuestro comportamiento personal y nuestra energía van a afectar al resto de la manada, y si algo en nuestro interior amenaza con perturbar la estabilidad de la manada, nuestros perros lo reflejarán de inmediato, a veces sutilmente, a veces dramáticamente.

En capítulos anteriores de este libro y en *El encantador de perros* analizamos las diferentes dificultades que pueden desarrollar nuestros perros y examinamos varios modos de enfrentarnos a ellas. Lo que aún no hemos analizado es el hecho de que, en el 95 por ciento de las ocasiones en las que se requieren mis servicios para tratar a un perro inestable hay un humano inestable detrás. No se puede ni siquiera intentar corregir el comportamiento de nuestro perro si no corregimos antes el nuestro, y para hacerlo hemos de estar dispuestos y ser capaces de ver lo que necesita de nuestra intervención. Tenemos enormes puntos ciegos en nuestra existencia que se acomodan en nuestro lóbulo frontal y que se autodenominan «racionalizaciones». ¡Ahí es cuando intervienen nuestros perros para salvarnos! Si tienes un problema con tu perro lo más probable es que haya algo en tu propia vida que esté desequilibrado. A diferencia de los humanos, los perros no piensan únicamente y ante todo en sus necesidades. No anteponen a todo la protección de su propio ego. Los perros piensan en el bien de la manada, y si el humano con el que conviven no tiene las cosas claras,

el perro descubrirá que vive en una manada inestable... y actuará de acuerdo con ello.

Nuestro perro siente nuestro estado emocional de muchas maneras distintas. Una de ellas es a través de su increíble sentido del olfato. Su nariz salva vidas en las operaciones de búsqueda y rescate, e incluso ayuda en la actualidad a los científicos a descubrir toda clase de cosas, desde especies raras de animales y plantas en peligro de extinción... ¡hasta excrementos de ballena en mitad del océano! ^[1]. Hoy nuestros perros tienen trabajos nuevos: detectan el cáncer, la diabetes y otras graves enfermedades en las personas ^[2]. Son capaces de sentir cambios casi invisibles en el cuerpo humano y en la composición química de nuestro organismo. En el trascendental trabajo del doctor Bruce Fogle, *Conozca a su perro*, un clásico ya en la materia, se citan estudios realizados en los años setenta en los que se demostraba que los perros pueden detectar el ácido butírico, uno de los componentes del sudor humano, en una concentración un millón de veces menor que la que el olfato humano puede detectarlo ^[3]. ¿Cómo funcionan los detectores de mentiras de la policía? Midiendo electrónicamente el incremento de sudoración humano. Éste es sólo uno de los medios que tu perro emplea para trabajar como un «detector de mentiras de cuatro patas».

En *Inteligencia emocional*, Daniel Goleman nos recuerda que el 90 por ciento o más de los mensajes emocionales son no verbales ^[4]. Constantemente estamos transmitiendo señales a través del lenguaje corporal, de nuestro rostro y la química de nuestro cuerpo, señales que nuestros perros leen sin dificultad. Aunque los humanos valoramos por encima de todo lo demás lo que decimos con palabras, todos los animales se comunican utilizando pautas no verbales. Muchos de estos mensajes se envían de un modo automático, es decir, que ni siquiera sabemos que los estamos enviando. Y según Allan y Barbara Pease, en *El lenguaje del cuerpo*, el lenguaje corporal humano es casi imposible de manipular ya que el observador (animal o humano) enseguida se daría cuenta de que los gestos no son congruentes, especialmente con lo que el sujeto pretende estar comunicando. «Por ejemplo, abrir las manos se asocia con la sinceridad, pero cuando alguien abre las manos y te sonrío mientras te está diciendo una mentira, sus microgestos pueden delatarle: las pupilas se contraen, puede arquear las cejas o temblarle la comisura de los labios, y todos estos signos contradicen el de la apertura de las manos y la sonrisa de aparente sinceridad. El resultado es que el destinatario de todos esos gestos, especialmente si se trata de mujeres, no suelen creer lo que oyen» ^[5]. Si no somos capaces de engañar a otra persona alterando nuestro lenguaje corporal, ¿cómo vamos a poder engañar a un animal?

Es curioso que los animales, en ocasiones, consigan engañarse los unos a los otros. Ser capaz de engañar a otro animal es un rasgo que ha sido seleccionado por muchas especies por su capacidad de mejorar el índice de supervivencia. El etólogo

de Harvard Marcus D. Hauser ofrece muchos ejemplos de engaños de este tipo presentes en el reino animal en su libro *Mentes salvajes: ¿qué piensan los animales?*, como por ejemplo algunos pájaros en los bosques pluviales de Perú que usan una «falsa señal de alarma» para distraer a la competencia y que no se acerque a una fuente de comida; el cangrejo mantis que finge tener un caparazón duro durante el vulnerable periodo de la muda; el chorlito en época de cría que finge estar herido para atraer a los depredadores sobre sí mismo y alejarlos del nido ^[6]. Los perros, especialmente los pequeños y más alborotadores, se echan faroles los unos a los otros fingiendo agresividad cuando lo que en realidad sienten es miedo. La cuestión es: ¿mienten intencionadamente, o se trata sólo de técnicas de supervivencia? Hauser dice que la naturaleza ha desarrollado una especie de «política de sinceridad» en el reino animal mediante la que lo que ves, en la mayoría de ocasiones, es lo que hay. Pero los animales saben leer muy bien bajo la superficie. En su libro sobre lenguaje corporal, los Pease describen un experimento en el que los investigadores intentaron engañar a un pájaro dominante haciéndole creer que otro sumiso era también dominante: en muchas especies de aves, cuanto más dominante es el individuo, más oscuro es su plumaje. Los que poseen un plumaje más oscuro son los primeros en cuanto a emparejarse y apropiarse de la comida. Para el experimento tiñeron el plumaje de pájaros más sumisos para intentar engañar visualmente a los verdaderos dominantes. No lo consiguieron porque los falsos seguían desplegando una energía y un lenguaje corporal débil y sumiso. En una segunda prueba, inyectaron testosterona al «falso dominante», lo cual imprimió dominancia a su cuerpo y sus actos. Esta vez consiguieron engañar por completo al pájaro dominante.

Aunque la mayoría de mis clientes no pretenden engañar deliberadamente ni a sus perros ni a las demás personas con quienes comparten su vida, sí es cierto que en muchas ocasiones viven sin darse cuenta de cuál es su estado emocional. Porque los humanos tenemos la increíble capacidad de racionalizar, de encontrar excusas para todo tipo de comportamientos que serían inaceptables en el mundo natural. El milagro de los perros es que son espejos de cuatro patas, y en lo que se refiere a nosotros nunca mienten. Intento enseñarles a mis clientes cómo ver su propia disfunción en el espejo que es el comportamiento de sus perros.

La pesadilla de Genoa

Lori y Dan resultaron ser una pareja estupenda. Debían de tener ambos en torno a los 40 años, pero su aspecto era muy joven. Cuando llegué a su casa, nos sentamos en el jardín y Genoa se tumbó a mis pies. Cuando me describieron su comportamiento

extremo y lo que ellos creían que era una fobia, presentí que algo no cuadraba. La energía de Genoa era muy tranquila y relajada; es más: me parecía un animal totalmente equilibrado. La inestabilidad debía provenir de otra parte, pero ¿de dónde?

Identifiqué su origen cuando los dos me hablaron del momento en que tenía lugar el comportamiento. Dan dijo: «es sólo cuando pongo en marcha el compresor». En ese momento la expresión de Lori cambió. Fue algo muy breve, un movimiento rápido de los ojos, una bajada de las comisuras de sus labios. Sólo eso. ¡El lenguaje corporal nunca miente! «Incluso basta con que entre en el garaje. ¡Y últimamente pasa mucho tiempo allí!». La forma en que dijo *mucho tiempo* me hizo reír. En mi opinión, ésa era una conversación que Lori intentaba tener con su marido. La conversación era interna, pero para mí resultaba clara como el cristal. Para mí estaba diciéndole «llevo mucho, pero mucho tiempo intentando decírtelo. ¡Me pone enferma que pases tanto tiempo en el garaje!». Evidentemente yo no soy psicólogo humano, pero gran parte de mi trabajo debe comenzar por los humanos para acabar en el perro. Con toda la delicadeza que me fue posible le pregunté a Lori qué sentía cuando Dan se encerraba en el garaje. Ella dudó, porque no podía esquivar el asunto. Ya tenía que ser sincera. Al final admitió que sí, que se enfadaba cuando después de estar fuera todo el día trabajando, Dan llegaba a casa y se pasaba más tiempo en el garaje que con ella.

Vaya... todo resumido en un par de frases. Lori estaba muy enfadada porque su marido se metía en el garaje todas las noches a trabajar. Así de sencillo. Su marido, que no había captado las señales, se echó a reír con nerviosismo. Pero Lori lo cazó al vuelo. «¿Me estás diciendo que la perra lo hace por mi culpa?», me preguntó. «Exacto», le contesté. Era una clásica situación triangular. La esposa estaba ocultando su resentimiento, su frustración y su ira, el marido la ignoraba para irse a trabajar en la dichosa moto, y cada vez que Lori escuchaba el compresor, sus sentimientos crecían. El garaje y el compresor se habían convertido en rivales de Lori, acaparando la atención de Dan, y cada vez que su marido entraba en el garaje ella mantenía una conversación consigo misma... y Genoa «oía» esa conversación. Lori habría terminado explotando, pero durante nueve años había conseguido guardarse para sí misma esos sentimientos. Pero la perra, que sólo sabía ser sincera, había explotado mucho antes. El compresor era el pistoletazo de salida para Genoa, el detonante... lo que marcaba el momento en que todas aquellas emociones negativas y tensas aparecerían en la casa. Y como un niño cuyos padres están siempre discutiendo, la pobre Genoa estaba tan desbordada por los sentimientos tóxicos de Lori que tenía que salir corriendo y esconderse.

Una vez hubimos ido así al meollo de la cuestión, solucionar el problema de Genoa fue sencillo. Entramos al garaje y Dan puso en marcha el compresor. Utilizando mantequilla de cacahuete para calmar a Genoa, hablé con Lori de cosas

agradables para evitar que se dejara llevar por el resentimiento que el compresor y las actividades de Dan en el garaje le provocaban. Intenté cambiar su opinión sobre lo del garaje. Aunque la conversación verbal estaba teniendo lugar entre Lori y yo, el cambio de energía de ella fue a parar directamente a Genoa. Mientras hablábamos, sentía cómo su tensión empezaba a desaparecer. Por fin se había quitado del pecho su secreto, su marido la había escuchado y era obvio que se sentía muy aliviada. Y en el momento en que Lori cambió sus sentimientos sobre el garaje, Genoa cambió también..., un espejo perfecto. Todo el ejercicio duró dieciséis minutos, al final de los cuales Genoa estaba completamente relajada. Entonces los tres hablamos del modo en que Dan podía incorporar a Lori en sus actividades del garaje para convertirlo en un lugar en el que pudieran disfrutar los dos.

Humanos y perros

La historia de Lori, Dan y Genoa es un ejemplo clásico de cómo nuestras emociones afectan a nuestros animales, y cómo ellos se convierten en su espejo. Tendría que decir en este punto que, de un modo u otro, la mayoría de mis casos tienen algo que ver con este principio. Aunque la gente con la que trabajo adora a sus perros y quieren de verdad lo mejor para ellos, una y otra vez terminan culpando a sus canes por dificultades que ellos tratan de evitar en su propia vida, o cuestiones que desconocen. Es como un jefe que culpa constantemente a sus empleados de mostrarse inseguros cuando al mismo tiempo no hace más que sacarles defectos. Como en el caso de Lori y Dan, todo lo que necesitamos es mirar en nuestro interior antes de intentar solucionar la inestabilidad de nuestro perro. Y no podremos hacer nada en absoluto hasta que no admitamos que existe un problema.

La negación de Danger

En cuanto Danger vio a Onyx al otro lado del parque, el pelo de la nuca se le erizó, desnudó los dientes y tiró de la correa con tanta fuerza que desplazó a Danny, su dueño, al menos metro y medio [\[*\]](#). Aunque Onyx estaba al menos a veinte metros de distancia, Danger siguió tirando de la correa, intentando alcanzarle. Onyx, que se había portado estupendamente durante la última hora, no tardó en devolver la energía agresiva que estaba recibiendo. Luego, ocurrió. Danger dirigió su agresividad hacia el ser humano que tenía más cerca: uno de sus dueños. Se volvió y clavó los dientes en

el brazo de la esposa de Danny, Heather, una delicada pelirroja que rayaba los 30 años. Gritó, se agarró el brazo y comenzó a llorar.

Hacía un día frío pero soleado en Los Ángeles y yo estaba en un parque para perros ayudando a una cliente, Barbara, con la agresividad de Onyx, su cruce de labrador, cuando Danger, un enorme rottweiler de 2 años, irrumpió en nuestras vidas. Yo llevaba ya varias horas trabajando con Barbara y Onyx, y ya habían hecho muchos progresos. Pero Danger era el archienemigo de Onyx. Los dos perros se odiaban de tal modo que Barbara y Danny, el dueño de Danger, siempre se ponían de acuerdo para no estar en el parque al mismo tiempo.

Barbara había perdido la noción del tiempo con nuestra sesión y se había olvidado de que Danny, Heather y Danger iban a llegar. Barbara me había hablado ya de Danger, pero estaba más preocupada por controlar el comportamiento de su perro y saber cómo contribuir a cambiarlo. En ese sentido, Barbara era una cliente excepcional. Sí, había hecho muchas cosas mal con Onyx, pero estaba dispuesta a analizar sus propias dificultades y decidida a corregirse. No todos los dueños de un perro están dispuestos a admitir que su perro tiene un problema, y mucho menos que el problema lo tienen ellos. Y mientras que sigan negándolo, yo no puedo ayudar a sus animales.

Los propietarios de Danger entraban en esta segunda categoría. Por supuesto Danny, Heather y Danger no eran clientes míos, y no habían tomado la decisión de buscar ayuda, lo cual es un paso vital, pero cuando vi a Danger reconducir su agresividad hacia Heather me acerqué corriendo por ver si podía ayudar. Afortunadamente Heather llevaba una chaqueta gruesa y el mordisco de Danger, aunque feroz, no le había dañado la piel. Con lágrimas en los ojos, me dijo: «No pasa nada. Ya estoy acostumbrada. No es la primera vez». ¿Qué? Un rottweiler agresivo de unos cincuenta y cinco kilos se atrevía a morder a su dueña, ¿y ella estaba *acostumbrada*? Pero lo peor era que Danny, en lugar de preocuparse por su mujer, tenía la cabeza de Danger sobre las piernas y le acariciaba diciendo: «No pasa nada, chicarrón. Yo sé que eres bueno. No querías hacerlo, ¿a que no?». Y luego me aseguró, tan tranquilo, que Danger era un encanto en casa.

Mi preocupación fue inmediata. Danger era un perro grande y agresivo de una de las razas más poderosas que existen y era evidente que sus dueños no podían controlarlo. ¡Si hasta su nombre, Danger («peligro»), lo decía todo! ¡Y siendo como eran conscientes de su comportamiento, allí estaban, en un parque para perros, en el que exponían a los demás animales al suyo, claramente fuera de control! Danny, un hombre carismático de treinta y tantos años con una brillante carrera como agente, estaba muy unido a Danger, pero con su afecto reafirmaba dos cosas: primero, que Danger fuera agresivo con otros perros, y segundo, que llegara incluso a morder a su esposa. Después de charlar con Heather un rato, supe que Danger había sido

expulsado de otros dos parques para perros de la localidad por su comportamiento agresivo, y que no sólo la había mordido a ella, sino a la persona encargada de pasearlo y a otros perros. Danny aceptó mi ayuda, aunque estaba claro que en el fondo no quería escucharme. Heather estaba un poco más abierta, pero acataba lo que Danny dijera. Él me mostró cómo paseaba a Danger y era obvio que el perro era quien dominaba la situación. Para mí era evidente que había algo en el ego de Danny que le empujaba a creer que podía controlar a aquel poderoso animal, aunque en realidad no tenía ni idea de cómo hacerlo, y aunque pude darles algunos consejos antes de que los tres se marcharan, estaba claro que Danny seguía negando en su fuero interno tener un problema, de modo que me quedé con un mal presentimiento. Tenía la impresión de que iban de cabeza al desastre... o a los tribunales.

La negación es una fuerza poderosa en los humanos. Para algunos de nosotros, nuestros perros son una proyección de nuestro propio ego, y los vemos a ellos tal como queremos vernos a nosotros, pero hasta que no consigamos vernos a nosotros mismos como somos en realidad, no podremos ayudarlos a ellos.

Mimando a Bandit

En *El encantador de perros* no me encontré con ningún caso en el que me creyera incapaz de ayudar a un perro, pero sí unos cuantos en los que creí no poder ayudar al dueño del perro. Como ya hemos visto, una de las cosas más difíciles de hacer para cualquier ser humano es admitir sus errores y cambiar. En el caso de Lori y Bandit, estuve a punto de tirar la toalla.

Lori había comprado a Bandit para su hijo Tyler, un muchacho de 14 años que nunca había tenido un perro. Tyler quería un chihuahua y eligió a Bandit a través de Internet porque el pelo le dibujaba una simpática máscara sobre los ojos, lo que le hacía parecerse mucho a El Zorro. Pero una vez llegó a casa, madre e hijo no tardaron en descubrir que en lugar de provenir de un criador autorizado, como decía en su publicidad, Bandit era producto de una fábrica de cachorros. Las fábricas de cachorros —contra las que la Humane Society of the United States lleva luchando desde principios de los años ochenta ^[7]— son instalaciones de cría que producen camadas y camadas de cachorros «en serie», para venderlas posteriormente a tiendas de mascotas o a través de Internet. Debido al número excesivo de fecundaciones y a la elevada endogamia, los cachorros de estas fábricas suelen sufrir enfermedades de transmisión genética que, en el caso de seguir reproduciéndose, se transfieren a las generaciones siguientes. Bandit era uno de esos cachorros, y poco después de llegar a casa de Lori y Tyler tuvo que someterse a un cuidado intensivo del veterinario que

costó miles de dólares.

Durante esas dos primeras semanas, Lori creó un fuerte lazo con Bandit, pero Tyler no tuvo esa oportunidad. Bandit empezó a atacar a todo el mundo, y muy especialmente a él. Le mordió los dedos, el brazo, una pierna, la mejilla, la oreja y la boca. Incluso estuvo a punto de morderle un ojo. Pero la agresividad de Bandit se extendía también al mundo exterior: atacó al marido de Lori, a la familia política, a los vecinos, a los amigos. Era imposible invitar a nadie a ir a su casa. Un perro de apenas medio kilo, en palabras de Lori, «asusta a hombres hechos y derechos». A cambio, Tyler lo detestaba. «Lo único que mi hijo ha aprendido de este perro es a no confiar en los perros. Ha aprendido ira, amargura y celos. Es una verdadera pena».

El problema era que la propia Lori estaba contribuyendo a crear esa pesadilla, pero no se daba cuenta. Había empezado sintiendo lástima por Bandit, de modo que su energía con él era siempre débil, y él era el dominante, su protector. Ella era la única persona que podía estar con Bandit porque nunca lo corregía cuando atacaba a alguien, sino que lo recompensaba con afecto.

Me senté con Lori en el sofá mientras ella tenía a su perro en el regazo. Quería observar su reacción cuando Bandit actuase, algo que ocurrió inmediatamente: el animal me enseñó los dientes y arremetió contra mí. Sin gran esfuerzo (al fin y al cabo, Bandit apenas pesaba un kilo empapado de agua) empujé al perro con el mismo codo en el que él clavaba sus dientes, y se quedó totalmente descolocado al ver que alguien a quien mordía no retrocedía ante él. Confuso y frustrado, gruñó, aulló y acabó bajándose del sofá. Lori estaba muy angustiada.

—Me ha mordido y tengo que evitarlo —le expliqué—. No le he dado una patada, ni le he pegado. Sólo lo he tocado.

—Pero ¡ha aullado! —contestó.

—Claro. ¿Quieres que yo también grite para que estemos empatados?

Para Lori que Bandit mordiese o atacase a alguien carecía de importancia, porque los demás eran siempre más grandes que su perro y podían simplemente apartarse. No se daba cuenta de que cada vez que obligaba a alguien a apartarse tras ser atacado por su perro, Bandit aumentaba su poder. Había creado un monstruo... y no quería cambiar para solventar el problema. Miró a Bandit, que deambulaba por la habitación, hecho un lío y evitando mirarme a la cara.

—¡Ahora el pobre no sabe qué hacer!

—Pero eso es bueno —le contesté.

Bandit iba a tener que encontrar otro modo de salirse con la suya que no fuera la agresión. Pero Lori se echó a llorar. No podía soportar ver sufrir a su perro ni por un instante.

—Esto no va a funcionar —dije.

De pronto todo el mundo enmudeció. El equipo de *El encantador de perros* se

había quedado atónito. Nunca me habían oído decir algo así. Y yo también estaba algo sorprendido, la verdad. En el pasado siempre me había resultado más fácil renunciar a los humanos que a los perros, pero si ella no aceptaba la responsabilidad por sus errores, yo no iba a poder ayudar a ninguna de las dos especies. Lori había depositado todo su instinto de protección en aquel perrillo, hasta tal punto que lo anteponía ante su propio hijo y esa parte de su comportamiento yo no podía aceptarla. Decir que quiero a mis perros (a todos los perros) sería simplificar tremendamente las cosas, pero ¡yo nunca, jamás, antepondría a cualquiera de ellos ante mis hijos! Nunca permitiría que un animal o un humano hiciese daño a mis hijos, ni siquiera por accidente, sin interponerme y corregir el mal comportamiento. Por supuesto Bandit no había adoptado ese comportamiento premeditadamente, de modo que no se le podía culpar por sus actos, pero la protección y los mimos constantes de Lori lo estaban tolerando, incluso alentando. Estaba sobreprotegiendo a Bandit, e incluso estaba permitiendo que su hijo sufriera por ello. Y eso era inaceptable para mí.

Eternos bebés

En numerosas ocasiones solicitan mi ayuda clientes, tanto hombres como mujeres, que no son capaces de darse cuenta de que sus perros no van a ser bebés eternamente. Como en el caso de Bandit, convertimos a perros que podrían ser animales felices y equilibrados en las peores criaturas malcriadas del mundo. A lo largo de la historia los perros nos han parecido animales muy «monos» y en parte los queremos por ello. El término *neotenia* se emplea para describir animales que mantienen la apariencia física y el comportamiento de la niñez hasta la edad adulta. Pues bien: en muchos sentidos, los perros son lobos neotenizados, puesto que durante toda su vida mantienen las ganas de jugar de los lobeznos ^[8]. De todos los animales, los humanos somos los más susceptibles a la neotenia en otros animales, quizás porque cuidamos de nuestros propios cachorros durante muchísimo tiempo. El etólogo James Serpell llama a este fenómeno «la respuesta ante la belleza», lo que permite a los animales más «monos» y de aspecto más infantil tener mejores probabilidades de sobrevivir. En *If You Tame Me* («Si me domesticas»), la socióloga Leslie Irvine escribe que en el refugio en el que pasa trescientas sesenta horas monitorizando la interacción de humanos y animales, a los animales que parecen más jóvenes y guapos les cuesta mucho menos encontrar un hogar que aquellos que parecen mayores ^[9]. Creo que hay muchas personas atrapadas en la creencia de que sus perros son eternamente unos bebés. He observado un patrón entre mis clientes, tanto hombres como mujeres: cuando el nido empieza a quedarse vacío, cuando los

hijos empiezan a marcharse de casa o cuando llegan a la adolescencia, como en el caso de Lori y Tyler, y necesitan menos cuidados directos de sus padres, los dueños de un perro suelen redirigir su instinto de protección hacia su perro. Puede que esto sea una buena terapia para los humanos, y a menudo nos empuja a ocuparnos de los animales necesitados, pero ni siquiera los chihuahua son bebés para siempre. Pensémoslo de este modo: si tratásemos siempre a un adulto atendiendo absolutamente a todas sus necesidades como si fuera un bebé, ¿crees que estaríamos creando un ser humano con un comportamiento social sano?

Lori tenía que renunciar a la idea de que Bandit era su hijo o su bebé. No tenía que ser de un modo inmediato, pero sí que tenía que reordenar su mundo, aclarar sus prioridades y ver las cosas como eran en realidad. Simplemente era incapaz de decirle a Bandit que no. Hasta tenía miedo de herir sus sentimientos. Ya que su hijo Tyler era un joven maduro y de buenas maneras, le pregunté si lo había criado así, a lo que me contestó que no, que con Tyler había sido consciente de que tenía que decirle cosas que no le gustaba oír porque eran «por su propio bien». Pero no era capaz de hacer la misma conexión en el caso de Bandit. Consciente o inconscientemente, estaba eligiendo a Bandit antes que a su propio hijo.

Cuando ya le había dicho a todo el mundo que aquel caso no iba a funcionar porque la dueña no estaba dispuesta a cambiar, Lori me confesó que estaba muy muy preocupada. El último veterinario de Bandit le había dicho que si saltaba desde algún lugar algo más alto y se hacía daño en una pata, tendría que dormirlo, y Lori admitió que lo trataba como si fuera de cristal. Le agradecí que fuera tan sincera conmigo y que hubiera admitido delante de mí sus temores, pero le pedí que, al menos por un día, renunciase a custodiar de aquel modo a su perro. Le pedí que se relajara, que me cediese el control, y para sorpresa mía, Lori suspiró y dijo:

—De acuerdo.

Quería intentarlo de verdad. Al menos tenía una oportunidad.

Lori resultó ser una estudiante magnífica, capaz de discernir entre la energía débil que había utilizado hasta entonces para corregir a su perro y la energía firme y serena que me veía emplear a mí, y comenzó a demostrarme que podía corregir a Bandit sin recurrir a los sentimientos. Una vez hubo practicado cómo ser el líder de la manada con Bandit y vio a su perro responder, busqué a Tyler. El muchacho albergaba un gran resentimiento hacia el perro; al fin y al cabo, le había mordido al menos una docena de veces. Le expliqué que Bandit no le mordía con premeditación, sino que se trataba sólo de reacciones basadas en la posición que él creía ocupar en la manada de la casa. Tyler aceptó mi desafío de transformar el resentimiento que sentía hacia Bandit en energía firme y serena. Y el cambio le aportó una gran satisfacción. Estaba deseando poder querer a Bandit, quien al fin y al cabo, era su perro.

El caso al que estuve a punto de renunciar resultó tener el final más feliz

imaginable. Hoy, un año después, Lori y Tyler dicen que las cosas con Bandit van cada vez mejor. El 30 de noviembre de 2006 Lori dio a luz a un niño al que puso por nombre John Jr. Cuando el bebé llegó a casa, Bandit sólo necesitó una corrección antes de admitir que John Jr. era un nuevo líder de la manada. Bandit se lleva de maravilla con Tyler, quien es ahora el encargado de imponer disciplina al animal y ocuparse de él. Lori ha dejado de tratarle como a un bebé, y el animal ya no muestra aquellos comportamientos y cuando intenta poner a prueba los límites, basta con que Tyler diga «¡chisst!» para redirigir su atención. A Bandit le encanta salir a pasear y ha aprendido a relacionarse de un modo distinto con la gente. Me siento muy orgulloso de Lori y Tyler. Lori, ahora eres la viva imagen de la energía serena y firme, y me alegro de que ninguno de los dos nos rindiéramos.

Corregirnos a nosotros mismos

No podemos crear equilibrio sin conocernos a nosotros mismos, y no podemos alcanzar el liderazgo sin equilibrio. Y ahí es donde nuestros perros son un regalo del cielo, ya que pueden enseñarnos muchas cosas sobre nosotros mismos que de otro modo seríamos incapaces de apreciar.

Los humanos a veces dramatizamos las cosas para complicarnos la vida. Un animal equilibrado sabe de por sí que la vida ya nos proporciona suficientes dramas. Si tienes dificultades con tu perro, lo primero que tienes que hacer es echar un buen vistazo en tu interior provisto de toda sinceridad. Los humanos tenemos nuestros puntos ciegos, y a veces necesitamos de un observador ajeno a nosotros mismos que nos ayude a identificar cuál es la característica que necesita corrección. ¿Es tu caso como el de Lori, la dueña de Genoa, y albergas un resentimiento en tu interior que tu perro sí detecta? ¿Eres quizás como Danny, el dueño de Danger, que proyecta su propio ego en su perro, utilizándole como símbolo de estatus o para que represente el papel del «chico duro» que te gustaría ser? O como la dueña de Bandit, Lori, ¿estás llenando la necesidad que sientes en tu interior sin darte cuenta de que la protección que derrochas en tu animal, tu modo de tratarlo como a un bebé, no sólo está dañando a tu perro sino a toda tu «manada»? Todos estos hechos no son fáciles de admitir, pero he de decir que ninguno de los clientes que se han decidido a cambiar su vida por su perro lo ha lamentado. Sin excepciones. Es más: en la mayoría de los casos ese cambio ha mejorado su vida en general... ¡y no sólo en lo referido a su mascota!

Pero una vez hemos asumido nuestra responsabilidad en la disfunción de nuestro perro, ¿qué hacer para corregirla? Sobre todo si lo que estás haciendo mal es algo tan sutil como en el caso de los dueños de Genoa. La respuesta es que necesitas aprender

a cultivar la *energía serena y firme*. Es la fuerza que hay en nuestro interior lo que puede transformarnos no sólo en el líder de la manada para nuestros perros, sino también el líder de la manada de nuestro propio destino.

‘Kina, Whitey, Max y Barkley, una historia de éxito’

Cuando llegó Navidad, le compré a mi marido el libro El encantador de perros. Nunca había visto a Whitey leerse un libro tan deprisa, y un día y medio después de haberlo concluido tomó la decisión de «dominar el arte del paseo». Dominar el paseo supone ser capaz de pasear a tu perro con una correa sin permitir que el animal camine delante de ti o tire de la correa. Si conocierais a Barkley sabrías que esa es una tarea imposible. Aunque es un perro encantador, amable y dulce, también es el demonio en persona. Sí, sí: Satán. Tira tan fuerte de la correa que te hace polvo la mano. Hace polvo a quienquiera que lo lleve y también su propia garganta, tanto que a veces tiene tales ataques de tos que tememos volver a sacarlo.

Whitey anunció que a la mañana siguiente iba a sacar a pasear a los perros. En cuanto nos despertamos, mi marido se puso manos a la obra: preparó las correas y me comunicó las reglas. Debemos estar todos tranquilos antes de dejarles salir. Debemos salir nosotros antes y los perros después. No debemos permitir que los perros caminen delante de nosotros.

Debemos estar locos.

(Vale, esta última no era una regla en realidad, pero es lo que pensé cuando terminó de contarme todas aquellas reglas).

Y sin embargo, tenía razón.

Nunca jamás había sido capaz de sacar a pasear a Max, nuestro rottweiler, con tanta facilidad. Al pobre sólo le faltó rogarme educadamente que lo guiase de vuelta a casa. Y Barkeley, que siempre ha sido un perro muy difícil, tuvo un comportamiento tan radicalmente distinto que Whitey lo declaró «curado».

Ahora empezamos el día sacando a pasear a los perros. Antes de nada (no desayunamos, ni tomamos café, ni hacemos la cama), nuestros perros salen a pasear con la correa y caminamos al menos durante cuatro kilómetros. Qué cambio tan increíble hemos visto.

Hoy Max y yo hemos caminado cinco kilómetros largos por los barrios del noroeste de la ciudad. Ha sido increíble. Se sienta cada vez que nos paramos para cruzar, ignora a los demás perros y camina a mi lado. Incluso

cuando un enorme san Bernardo se ha lanzado contra la verja de su casa, que casi quedaba junto a nuestros pies, él ha seguido caminando como si tal cosa.

Mi Max es uno de los mejores perros que conozco, ahora que entiendo lo que hay en su cabeza. Los perros son animales gregarios, y ser su «mamá», que era lo que antes hacía, no le estaba reportando ningún bien, ni a él ni a mí. Ahora que soy el líder de su manada es afectuoso, sumiso y uno de los mejores perros que conozco.

Y en cuanto a Barkley, es un animal muy especial y tremendamente testarudo. Antes tiraba con tanta fuerza de la correa que yo era físicamente incapaz de sacarlo a pasear. Se hacía tanto daño en el cuello que llegué a pensar que era una crueldad sacarlo a pasear. Probamos todas las correas imaginables: arnés, halti y correas tradicionales. Nada funcionaba. El cambio en él ha sido increíble. No le permitimos que vaya delante, ni que tire de la correa, y cada vez que su comportamiento no es el deseado le hacemos sentarse y esperamos a que se muestre sereno y sumiso. Después el paseo continúa.

Barkley tiene tanta energía que no hay modo de quemarla sólo con un paseo, así que hemos decidido enseñarle a caminar en la cinta de correr. Yo pensé que no iba a funcionar porque se resistía a ello cada vez que lo intentábamos. Sin embargo sólo fue cuestión de tres días, unas cuantas veces cada día, conseguir que se adaptase a trotar a un paso cómodo para él. Después de dos semanas Barkley hace ahora un par de kilómetros en la cinta y es un perro mucho más tranquilo y estable.

Estoy muy muy orgullosa de mis chicos.

6

Energía en actos

«La energía de la mente es la esencia de la vida».

ARISTÓTELES

Tras la publicación de *El encantador de perros* creo que el capítulo que suscitó más preguntas entre los lectores fue el del lenguaje universal de la energía. En el libro explicaba que la energía es el modo en que todos los animales se comunican los unos con los otros, constantemente, y que proyectar la clase de energía a la que llamo energía «serena y firme» es la clave para poder llegar a ser un mejor dueño de tu perro y el líder de la manada. Más adelante en este libro explicaré cómo el poder de la energía serena y firme puede, además, mejorar otros aspectos de tu vida. Algunos críticos han aducido que este concepto es demasiado vago y propio de la *New Age* como para que pueda servir de algo a quien tiene un perro. Muchos lectores querían, simplemente, intentar comprender mejor lo que yo intentaba decir y saber cómo poder poner en práctica en su vida el concepto de energía serena y firme. Ciertamente comprender qué clase de energía proyectamos es la piedra angular sobre la que se cimentan nuestras relaciones, tanto con los animales como entre nosotros. Es la energía que compartimos con nuestros perros la que hace funcionar o revienta nuestra eficacia como líderes de su manada. Ninguna otra cosa nos será útil si nuestra energía no es la de un líder de la manada, es decir, una energía serena y firme.

Nivel de energía contra energía: dos conceptos distintos

¿Y qué es la energía? En *El encantador de perros* hablaba de la energía en dos vertientes diferentes. *Merriam-Webster's Collegiate Dictionary* ofrece varias definiciones del término, pero empecemos centrándonos en el significado más sencillo:

Energía. 1. 'Cualidad dinámica'. *Energía* narrativa. 2. 'La capacidad de actuar o ser activo', *energía* intelectual.

Estas definiciones describen la clase de energía a la que me refiero en el capítulo

2, cuando hablo del nivel de energía con que nacen todos los animales. Tomemos el ejemplo humano. Una familia tiene dos hijos. Desde una edad temprana, uno es como el conejito de Duracell, que se pasa el día yendo y viniendo por toda la casa y destrozando cosas. El otro es más tranquilo y le gusta jugar solo. Más adelante, el primero se volverá loco por todos los deportes, mientras que el segundo seguirá muy centrado y le gustará leer y jugar a juegos de palabras. Describiríamos al primero como un muchacho que ha nacido con elevado nivel de energía. Al segundo lo describiríamos como una persona de bajo nivel de energía. ¿Es mejor un nivel que otro? Por supuesto que no. Simplemente son distintos. Como hablamos en el capítulo 2, incluimos el nivel de energía en lo que llamamos personalidad. En el mundo canino, la energía es *personalidad*. Creo que todos los perros nacen con una cantidad fija de esa energía, y sus posibilidades son:

- energía muy alta,
- energía alta,
- energía media,
- energía baja.

Cómo se traduce la personalidad en energía

Analicemos a algunos seres humanos conocidos y traduzcamos sus personalidades humanas en personalidades «caninas». Deepak Chopra es un pacifista. Si Deepak Chopra fuese un perro, sería un animal de energía media, pero un animal dominante, porque nunca deja de avanzar y de crear por sí mismo. No es un seguidor, pero puesto que se trata de un pacifista y de un hombre muy espiritual, comprende cómo se es un seguidor y el concepto de rendición. En el mundo animal no sería considerado un líder espiritual o un autor de superventas, sino un animal de media energía con la capacidad de ser tanto un líder como un seguidor. Y qué duda cabe, Oprah Winfrey es siempre mi mejor ejemplo de energía serena y firme. Yo la considero como una mujer de alto nivel de energía y claramente dominante si decide ser quien es en la televisión. Y Anthony Robbins sería un perro dominante de un muy alto nivel de energía. A mí mismo me considero como una persona dominante y de elevado nivel de energía, aunque con mi manada en casa puedo transformarme en un seguidor y actuar sumiso y tranquilo ante mi esposa.

Cuando se ha de elegir a un perro, siempre sugiero que se intente elegir a un animal cuyo nivel de energía sea menor, o al menos igual, al propio. Dado que la gente malinterpreta la excitación de un perro y la toma por «felicidad», de modo que cuando va a algún albergue a veces se enamora de un perro que «se alegra» de verles,

sin darse cuenta de que se trata de un animal de muy elevada energía y excitabilidad que puede no encajar con la propia.

Otra clase de energía

Consideremos otras definiciones que el *Webster's* hace del término *energía*: 1. 'Fuerza espiritual, generalmente positiva' *la energía que fluye en todas las personas*. 2. 'Ejercicio vigoroso de una fuerza', esfuerzo, *invertir tiempo y energía*. 3. 'Entidad fundamental de la naturaleza transferida entre partes de un sistema en la producción de un cambio físico dentro del sistema y normalmente considerada como la capacidad de ejecutar un trabajo'. 4. 'Fuerza utilizable, como el calor o la electricidad'; 'las fuentes para producir tal fuerza'.

Químicos, especialistas en física cuántica, electricistas, nutricionistas, médicos y atletas usan todas distintas partes de estas definiciones, o poseen su propia acepción para el término. En *El encantador de perros*, yo definí energía como un lenguaje de emociones, el modo en que todos los animales leen los sentimientos y la predisposición de los otros animales. En leer la energía de los demás reside la supervivencia. Reside la comprensión y la experimentación de las señales que el entorno envía a los animales en un *momento determinado*. En el reino animal, la supervivencia no es algo que se pueda tomar a la ligera. Los animales nunca se dicen «es posible que este león sea un depredador, pero estoy cansado, así que me voy a ir a dormir y ya pensaré en ello mañana». Si dos perros se encuentran y uno de ellos le enseña los dientes al otro y adopta una posición de ataque, el otro no se dice «se diría que tiene intención de matarme, pero no sé, a mí me parece un tipo majo. A lo mejor sólo ha tenido un mal día». La supervivencia para los animales es algo que tiene que ver con el momento presente, con una reacción instantánea. ¿Es ésta una situación segura? ¿Es este otro animal amigo o enemigo? ¿Debo luchar, huir, evitar la confrontación o rendirme?

Lo que nosotros olvidamos como humanos es que también proyectamos todas estas señales, del mismo modo que las leemos constantemente en otros animales — incluidos los demás humanos—, pero puesto que muchos de nosotros hemos perdido nuestro lado instintivo —o al menos hemos dejado de prestarle atención—, no siempre comprendemos las señales que nuestro cuerpo envía o recibe. Gavin de Becker es un especialista en seguridad que trabaja principalmente para el gobierno, empresas y celebridades. En su magnífico libro *El valor del miedo: señales de alarma que nos protegen de la violencia* describe todos los procesos instantáneos que tienen lugar en nuestro cerebro y en nuestro cuerpo *antes* de que sintamos la

advertencia real; ese presentimiento, esa corazonada a la que normalmente no prestamos atención. De Becker explica que todos esos mensajes que recibimos —y casi siempre ignoramos— son lo que llamamos *intuición*. «La intuición nos pone en contacto con el mundo natural y con nuestra propia naturaleza, pero como *seres civilizados* que somos decidimos ignorarla, con el riesgo que esto conlleva. La intuición es algo que nosotros, seres occidentales racionales, despreciamos... pero no es sólo una impresión, sino un proceso más extraordinario, ya la postre más lógico en el orden natural, que el cálculo más fantástico de cualquier ordenador. Es nuestro proceso cognitivo más complejo y, al mismo tiempo, el más simple» ^[1].

Leer la energía presente en las emociones y tomar decisiones de vida o muerte basándonos en los mensajes que percibimos a través de ellas no es algo inverosímil ni propio de la *New Age*, sino que es una característica que traemos impresa en nuestra biología. Podemos llamarlo «sexto sentido», pero en realidad se basa en lo que percibimos con todos nuestros otros cinco sentidos juntos. Nuestro cerebro recibe constantemente enormes cantidades de información que no procesamos de un modo consciente. En su libro de éxito mundial *Inteligencia emocional*, Daniel Goleman escribe «en términos de diseño biológico del circuito neuronal básico de la emoción, lo que traemos a este mundo al nacer es lo que mejor le ha funcionado a las últimas cincuenta mil generaciones de humanos; los últimos diez mil años, a pesar de haber presenciado el rápido crecimiento de la civilización humana han dejado escasa impronta en nuestra plantilla humana para la vida emocional» ^[2]. En otras palabras: somos los mismos animales primitivos que fueron nuestros ancestros, con la única diferencia de que ahora tenemos teléfonos móviles o iPods para distraernos de todos los signos de peligro que ayudaron a nuestros antepasados a mantenerse vivos.

«El cerebro es un buen tramoyista», escribe Diane Ackerman en *Una historia natural de los sentidos*. «Él sigue ocupándose de su trabajo mientras nosotros interpretamos la escena» ^[3]. Como ejemplo del modo en que nuestros sentidos trabajan constantemente, cuando envían mensajes al cerebro con detalles de lo que nos rodea y de los que no somos conscientes. Gavin de Becker describe una experiencia sobrecogedora que vivió un hombre llamado Robert Thompson, piloto de profesión. Thompson entró en un supermercado a comprar unas revistas y sin saber cómo de pronto sintió miedo, dio media vuelta y salió a toda prisa.

«No sé qué fue lo que me impulsó a marcharme, pero aquel mismo día un poco más tarde me enteré del tiroteo». Thompson atribuyó su supervivencia a una intuición, a un sexto sentido. Pero cuando De Becker le insistió pidiéndole detalles, las razones por las que huyó afloraron a la superficie. Más allá de su percepción consciente, Thompson recordó más tarde que el dependiente de la tienda estaba mirando a un cliente que llevaba puesta una gruesa chaqueta, a pesar de que hacía mucho calor. También reparó en otros dos hombres que aguardaban en el interior de

una furgoneta, en el aparcamiento, con el motor en marcha. Sus sentidos estaban concentrados procesando toda aquella información para enviarla al cerebro, aunque aparentemente no había percibido ninguno de los detalles que después le salvarían la vida. «Lo que Robert Thompson y muchos otros quieren despreciar como una mera coincidencia o como una intuición es de hecho un proceso cognitivo, más rápido de lo que somos capaces de reconocer y muy distinto del modo de pensar paso-a-paso en el que tanto confiamos. Creemos que el pensamiento consciente es mejor cuando, de hecho, nuestra intuición es como el planeo de un ave, mientras que la lógica es un caminar lento y pesado», explica De Becker. «La intuición es el viaje de la A a la X sin detenerse en ninguna otra letra por el camino. Es saber sin saber por qué» [\[4\]](#). Los animales, observadores pertinaces de cuanto hay a su alrededor, procesan constantemente muchas de esas señales ocultas. Han de hacerlo para sobrevivir.

Normalmente pensamos que los sentimientos son cosas que ocurren en nuestro «corazón», es decir, cosas que no están conectadas con el mundo físico, pero lo cierto es que hay cambios químicos y físicos evidentes en nuestro cuerpo y nuestro cerebro cuando cambian nuestras emociones. Cuando nos enfadamos, el latido del corazón se acelera y tanto el cuerpo como el cerebro se llenan de hormonas, como la adrenalina, que nos proporciona una energía extra para que podamos luchar. Cuando sentimos miedo, la sangre se concentra en los músculos más grandes del cuerpo, como en los de las piernas, para que podamos huir mientras que otras hormonas ponen en alerta nuestro organismo y lo preparan para la acción. El amor crea la respuesta opuesta al miedo y la ira, y hace que nos sintamos serenos, contentos, seguros y relajados. Cuando estamos tristes, el metabolismo se ralentiza de modo que preservamos la energía que nos pueda sanar, tanto física como psicológicamente. Y finalmente la felicidad aumenta la actividad cerebral, bloquea los sentimientos negativos y nos permite acceder con más facilidad a la energía disponible [\[5\]](#). En este sentido, sentimos y reaccionamos ante las emociones exactamente del mismo modo que nuestro perro. Con todos estos complejos cambios biológicos que suceden en nuestro interior cada vez que tenemos un sentimiento, ¿es de extrañar que otros animales puedan saber lo que sentimos en un momento determinado? «La verdad es que cada pensamiento está precedido por una percepción, cada impulso por un pensamiento, cada acción por un impulso», escribe Gavin de Becker, «y el hombre no es un ser tan impenetrable como para que su comportamiento pase desapercibido, o sus hábitos indetectables» [\[6\]](#).

¿Qué energía estás proyectando en este momento?

Mi objetivo es siempre ayudar a la gente a reconocer y a controlar la energía que proyecta en un momento determinado. Al fin y al cabo estamos entre las pocas especies del planeta que poseemos el increíble don de la conciencia de nosotros mismos, ¿no es así? Pero pensemos en ello un momento. ¿Cuántas personas, de entre las que están leyendo este libro, son verdaderamente conscientes de lo que piensan y sienten cuando interactúan con otros seres, particularmente con su perro? Cuando hablamos o escribimos sobre la energía, no siempre reflejamos el modo en que la empleamos en la vida diaria. Por eso los perros tienen un verdadero e increíble don. Como en el caso de mi amigo el Magnate del que hablaba al principio de este libro, nuestro perro es siempre un espejo de nuestras emociones. Si no podemos identificar cómo nos sentimos o la clase de energía que proyectamos en un momento determinado, lo único que tenemos que hacer es mirar a nuestro perro para averiguarlo. En muchas ocasiones, ellos nos entienden mucho mejor de lo que nos entendemos nosotros mismos.

Cuando vienen visitas a mi Centro de Psicología Canina, siempre observo atentamente la energía que proyectan porque en muchos casos las personas lo ignoran por completo. Pero con una manada de cuarenta perros cualquier energía, buena o mala, se verá reflejada y multiplicada por cuarenta. Tengo que evaluar a la gente antes de que entre en mi Centro. Hay personas que obviamente se sienten desbordadas, y otras muy ansiosas, y a estas últimas no las invito a entrar hasta que no están más relajadas, ya que cuando un ser humano se siente inestable, su energía puede desencadenar un marcaje, un mordisco, un ladrado o una huida, y cualesquiera de esas reacciones va a ser dañina para el perro o el humano. Cuando un perro huye de nosotros solemos pensar que no hemos hecho nada para provocar ese miedo, y nos equivocamos porque sí que lo hemos hecho, aunque sin darnos cuenta. Algo en nuestra energía hace huir al perro. Lo mismo ocurre cuando un perro marca a alguien. Por alguna razón, el perro siente la necesidad de decir: «Oye, que éste es mi territorio. Aquí soy yo quien dirige el catarro y tienes que respetar mis reglas».

Es importante aprender a detectar y leer la energía y el lenguaje corporal de tu perro. Si esperas a oírlo gruñir, ladrar o gemir para saber cómo se siente, ya habrás pasado por alto la parte más importante de la comunicación que está intentando establecer. La paradoja es que antes de que puedas comunicarte a fondo con tu perro usando energía, debes aprender a comprender qué clase de energía proyectas tú.

Un buen ejemplo de alguien que comprendía intelectualmente el concepto de la proyección de energía y emociones, pero que no siempre era capaz de reflejar ese conocimiento en su vida es mi coautora Melissa. Durante el verano en que escribimos *El encantador de perros*, tenía que conducir desde el Valle hasta el sur de Los Ángeles; esa carretera registra siempre un tráfico muy intenso, y normalmente llegaba al Centro muy tensa. Cuando tenía que atravesar la zona en que reside mi

manada de cuarenta perros para llegar hasta la oficina donde trabajábamos, se mostraba firme pero tensa, y los perros reaccionaban arremolinándose en torno a ella y empujándola. No iban a hacerle daño, pero resultaba obvio que su tensión no les hacía gracia y se lo estaban haciendo saber con su cuerpo y la propia tensión que emanaba de ellos. Uno pensaría que después de tres años de trabajar conmigo en el programa de televisión y de escribir juntos, debería haberlo comprendido ya, ¿no? Pues no era así. Aunque Melissa comprendía perfectamente el concepto y a veces podía medir atinadamente la energía de otras personas y de los perros, no siempre era consciente de la energía que proyectaba ella. Y un año después, cuando comenzamos este segundo libro, ¡seguía ocurriendo lo mismo! Pues bien, un día de calor insoportable del pasado verano, llegó al Centro de Psicología Canina hecha un manojo de nervios después de haberse tragado un tremendo atasco, cargada con sus cuadernos y un montón de libros de consulta con los que teníamos que trabajar. Su energía rebotaba en las paredes y decidí que ya era hora de que aprendiese una importante lección sobre lo instintivo y lo emocional, y no sólo lo intelectual. Pero dejaré que sea ella quien describa la experiencia:

La temperatura debía de rondar los cuarenta grados y llevaba más de una hora de humo y caravana para llegar al centro de Los Ángeles. Llegaba tarde, y eso me ponía de los nervios porque César rodaba cuatro días a la semana y tenía seminarios los fines de semana, de modo que nos quedaba muy poco tiempo para trabajar juntos en nuestro libro. Los perros son capaces de vivir el momento, pero la gente tiene fechas de entrega que cumplir, y la nuestra me estaba agobiando en extremo. Cuando por fin llegué al Centro iba sudando como un pollo, tenía una sed tremenda y traía el pulso acelerado. Abrí la puerta de la entrada —el lugar en el que César siempre dice a las visitas nuevas «no lo olvides: no toques a ningún perro, no les hables y no los mires a los ojos»—, y sin más comencé a gritar y a darle explicaciones sobre el tráfico y todo lo demás que me traía de cabeza. Por supuesto, los perros comenzaron a ladrar. Parecía que iban a volverse locos. Todos acudieron corriendo hasta la verja sin dejar de ladrar, y cuando entré en su zona, la cosa empeoró. Y allí vi a César, sentado en medio de todos ellos, como si fuera un Buda con una sombrilla. «Tranquilízate», me dijo. «Respira hondo. Tómate un minuto y relájate». Narices... su comentario me dejó clavada en el sitio. Respiré hondo un par de veces, tomé un trago de agua fresca y me centré. Intenté recuperar el control de la respiración y cerré los ojos. Sentí el calor reconfortante del sol en la cara y escuché el vaivén relajante del agua de la piscina, en la que jugaban un par de perros. Cuando volví a abrir los ojos apenas un par de segundos después, los perros habían

dejado de ladrarme y se ocupaban tranquilamente de sus asuntos. «¿Lo ves?», me preguntó César. «¿Te das cuenta de cómo han cambiado?». Llevaba ya tiempo escribiendo con César sobre todo aquello, pero hasta aquel momento no se me encendió la lucecita. Fue algo milagroso. Los perros cambiaron en cuanto yo cambié. El efecto onda sobre cuarenta perros fue inmediato. «Vaya...», fue todo lo que pude decir. César se limitó a asentir. «Ahora comprenderás por qué siempre le digo a la gente que debe preguntarse qué clase de energía proyecta en un momento determinado». Por fin lo había comprendido.

Los caballos también leen nuestra energía

Monty Roberts, el famoso «encantador de caballos», describió el uso de la energía para domar y controlar el comportamiento de los caballos salvajes. Trabajar a través de la energía lleva décadas aceptado en la comunidad dedicada a los équidos. Brandon Carpenter, un entrenador de caballos heredero de una dinastía de entrenadores, describe las técnicas que su abuelo le enseñó a su padre y él a su hijo:

—En muchas ocasiones veo que la gente tiene problemas con su caballo durante las sesiones de clínica o de aprendizaje, y en esos casos suelo preguntarles qué es lo que sienten sobre la relación que tienen con su caballo. Enseguida solemos llegar al meollo del problema, y a menudo descubro que esa persona tiene miedo de su caballo, o teme poner a su animal en determinadas situaciones. Otros incluso llegan a decirme que como no les gusta el comportamiento de su caballo, incluso han empezado a cogerle manía al animal. Lo que esas respuestas tan sinceras revelan es un estado emocional del jinete que les predispone de un cierto modo antes incluso de acercarse al caballo. *Imaginan* cuál va a ser su reacción. Ese pensamiento suele materializarse casi cada vez que piensan en el caballo, de modo que llega a dominarles de tal forma que el caballo hace exactamente lo que su jinete, a través de su comunicación emocional, le ha dicho que haga [\[7\]](#).

Estos jinetes inseguros hacen exactamente lo mismo que tantos de mis clientes, y probablemente al igual que ellos desconocen que lo están haciendo. Están comunicando a través de la energía lo que no quieren que haga su perro..., pero no envían nunca el mensaje de lo que desean conseguir.

Energía serena y firme

Los animales en general respetan una cierta energía y se relajan en presencia de lo que yo llamo una *energía serena y firme*. Están programados para confiar en ella y para respetarla. Por eso creo que la Madre Naturaleza es perfecta, porque todos los animales, excepto los humanos, se sienten atraídos por determinadas frecuencias y establecen determinadas conexiones que los ayudan a sobrevivir. Sólo nosotros nos dejamos engañar por la «máscara» de una determinada energía, o podemos sentirnos atraídos por una energía que no es la adecuada, o que incluso es negativa o perjudicial para nuestra supervivencia.

Si te despiertas por la mañana sintiéndote deprimido, la energía que proyectas se considera débil en el reino animal y no vas a poder alcanzar todo tu potencial. Cada vez que te sientes negativo o que dudas de ti mismo, aunque no te des cuenta, sigues proyectando energía negativa. Pero también puedes despertarte sintiéndote muy feliz y proyectar una energía positiva y estimulante. Tu estado de ánimo crea esa energía. Cualquier animal —tu perro, tu gato o tu pájaro— va a sentir que estás en un momento de baja energía y te van a responder de acuerdo con ello. Nunca tendrás que decirle a tu perro que te sientes triste, feliz, enfadado o relajado. Él ya lo sabe... y casi siempre, mucho antes que tú. En *El valor del miedo*, Gavin de Becker relata una historia que ilustra a la perfección este punto. De Becker tenía un amigo que estaba entrevistando a contratistas y rechazó a uno de ellos porque su perra, Ginger, gruñó al verlo. De Becker le comentaba a su amigo que «la ironía del asunto es que resulta mucho más probable que Ginger haya reaccionado ante tus señales a que tú hayas tomado la decisión basándote en las de ella. Ginger descifra tus señales a la perfección, y tú eres un experto descifrando las de otras personas. Tu perra, a pesar de lo lista que es, no sabe nada de los métodos que un constructor utiliza para inflar los costes en su propio beneficio, o si es o no honrado». «El problema», sugiere De Becker, «es el sentido extraordinario que tú tienes y del que el perro carece, que es el juicio, y que se interpone en la capacidad de tu percepción y tu intuición. A tu juicio lo acompaña la capacidad de desdeñar tu intuición a menos que puedas explicarla a través de la lógica, el afán por juzgar y condenar tus sentimientos en lugar de honrarlos. Ginger no se deja distraer por cómo podrían ser las cosas, cómo eran antes o cómo deberían de ser. Ella sólo percibe lo que es» [\[8\]](#).

Energía negativa: el poder oscuro

Cuando la puerta del ascensor se abrió en una de las plantas más altas de aquel edificio de apartamentos, construido en una barriada exclusiva de Atlanta, experimenté una sensación extraña e incómoda. Cuando Warren, un guapo y elegante

hombre de negocios, y su prometida Tessa me abrieron la puerta de su casa, supe que algo iba mal, muy mal, pero aún no podía identificar el qué [1]. Al trabajar con animales, soy muy consciente de mis sentimientos instintivos y suelo respetarlos siempre. Con animales agresivos, ese sexto sentido junto con una intuición bien desarrollada pueden salvarte la vida, de modo que ¿qué era lo que mis «instintos animales» estaban intentando decirme en aquel momento?

Normalmente prefiero no tener demasiada información previa a la consulta de un caso a menos que sea absolutamente necesario. Cuando acudo a casa de un cliente para una consulta, mi esposa Ilusión y, en los casos que utilizamos para el programa de televisión, los productores, ya se han entrevistado y han recopilado toda la información necesaria, de modo que ya saben si he de llevar conmigo un monopatín, la bici, algunos de los perros más equilibrados de mi manada u otras herramientas especiales que el caso pueda requerir. También se aseguran de antemano de que el perro haya pasado un exhaustivo chequeo veterinario para que no padezca ninguna dolencia física que pueda ser la causa del mal comportamiento. A veces me proporcionan información general, si por ejemplo se trata de un caso de algún animal extremadamente agresivo que ya haya mordido a alguien. Aun así, yo sigo prefiriendo ir con la mente abierta y confiar en mis propias observaciones, experiencia e instinto. A lo largo de estos veinte años de trabajo con perros, mi instinto ha demostrado dar en el blanco casi en el cien por cien de los casos.

La consulta es una parte importante de mi trabajo; es el momento en que me siento con los dueños del perro y les comunico cuál creo yo que es el problema. Mi papel en la consulta es escuchar en silencio, no emitir juicios. A menudo durante la consulta salen a la luz dificultades que los dueños ni siquiera sabían que existían y que en muchas ocasiones son distintas a lo que ellos percibían. En aquella ocasión, no hubo tiempo para analizar mis presentimientos... pero en cuanto nos sentamos y empezamos a hablar, todo quedó claro como el agua: había una gran cantidad de energía negativa en la habitación, y provenía directamente de Warren.

¿Cómo se describe la energía «negativa» sin parecer supersticioso o simplemente impreciso? En el fondo, todos hemos reconocido energías negativas en algún momento de nuestra vida. Estoy convencido de que cualquiera tiene algún ejemplo que dar de su vida diaria. Tanto si se trata de un profesor que tuviste en el colegio, o el empleado de banca que rechazó tu solicitud de un préstamo, o el revisor que te pide el billete todas las mañanas en el tren que tomas para ir a trabajar, hay algo en esa persona que te empuja a alejarte de él o de ella. Y a veces somos nosotros quienes resultamos ser esa persona negativa. El problema de enfrentarse a una energía altamente negativa es que no importa lo positivo o lo firme y sereno que puedas mostrarte: las sensaciones y emociones que hay detrás de esa persona, ya se trate de ira, ansiedad, frustración, disgusto, escarnio o engaño, lo que sea..., son tan intensas

que a veces pueden apagar a la persona más alegre del mundo. ¿Por qué es tan poderosa la energía negativa? No he encontrado a nadie que pueda contestarme a esa pregunta, aunque sé que la energía negativa tiende a estar relacionada con el miedo y la ira, las dos emociones de «pelea y huye» que tan conectadas están con la supervivencia. Puede que sea precisamente ese aspecto de la energía negativa lo que le confiere su extraordinaria fuerza, y puede que ésa sea la razón por la que aquellos que cultivamos la energía positiva y la presencia de personas positivas en nuestra vida reaccionemos tan rápidamente ante ella, casi como si se tratara de una alergia. Dado que la negatividad es tan fuerte, hay algunas personas cuya energía oscura puede paralizar incluso a los seres más seguros, al menos mientras estamos en su presencia.

Warren resultó ser una de esas personas.

Durante la consulta Warren no se comportó demasiado mal; simplemente no era respetuoso. Cuando voy a casa de alguien, lo hago por dos razones: una, para ayudar al perro, y otra, para fortalecer a los dueños. Normalmente la gente se muestra al menos relativamente abierta a asimilar la información que comparto con ellos, aunque esté diciéndoles algo que preferirían no oír. Como muchas otras personas negativas, Warren sabía cómo fingir estar «abierto» en la superficie y cómo decir las palabras adecuadas, pero quedaba claro por pequeños deslices en su discurso y por su lenguaje corporal que en realidad no respetaba lo que yo estaba intentando hacer. Se suponía que yo estaba allí para ayudar a la pareja con su perra ovejera de 4 años, Rory, que tenía un problema de ladrido compulsivo y agresividad hacia otros perros. A lo largo de nuestra conversación, sin embargo, Warren elevaba al cielo los ojos, hacía comentarios en voz baja a Tessa —que era más la «seguidora» en su relación y que parecía contagiarse por su energía negativa siempre que estaba cerca de él—, y se reía por el mal comportamiento de Rory y sus ladridos constantes. Yo soy una persona a la que le gusta reír y que siempre intenta encontrar el lado humorístico a todas las situaciones. Al fin y al cabo, la risa es una de las alegrías más grandes que un perro aporta a nuestra vida. Pero aquélla era la clase de risa burlona de dos críos que se pasan notitas en la clase sobre el profesor. Warren no me miraba a los ojos, sino que dejaba vagar la mirada por toda la habitación. Se mostraba ansioso, tenso, enfadado y proyectaba una energía incluso más oscura que aquel traje de marca y negro que llevaba.

Una vez que salimos el lado oscuro de Warren tomó los mandos. Rory ladraba compulsivamente, tiraba de la correa e intentaba abalanzarse sobre otros perros del vecindario. Mientras que Tessa se había relajado notablemente y parecía dispuesta a aprender, Warren estaba aún más tenso y empezó a discutir conmigo prácticamente sobre cualquier cosa: que Rory no aceptaría la correa que yo utilizaba y que terminaría ahogándose, que su perra nunca se lanzaba contra otros perros, que aunque

consiguiéramos controlar a Rory nunca podríamos controlar al resto de perros que podían querer atacarla a ella. Rory era «su» perra, y quería tener un control absoluto sobre ella, a pesar del hecho de que había sido él quien había recabado mi ayuda precisamente porque se sentía incapaz de controlarla. Cuando mirándole a los ojos le dije que creía que estábamos haciendo lo mejor que se podía hacer por Rory, apartó la mirada, se encogió de hombros y me dijo: «Vale. Está bien. Lo que tú digas». Pero por supuesto, su actitud era pasiva-agresiva. No había hablado con sinceridad. Y lo peor era que su perra lo sabía.

Warren era lo que Daniel Goleman denomina en su libro *Inteligencia emocional*, un «represor» o un «imperturbable», es decir, una persona que es capaz de bloquear con eficacia y continuidad todas sus perturbaciones emocionales de su conocimiento consciente ^[9]. Esta estrategia resulta muy eficaz si eres una persona muy estresada que necesita parecer tranquila ante otras. Pero como acabo de referir, con los animales no funciona. ¿Por qué? Goleman cita un estudio realizado por Daniel Weinberger en la Case Western University, en el que se sometía a los «represores» a una serie de cuestionarios en los que se proponían situaciones estresantes. Las respuestas que daban en el papel indicaban que todo estaba bien, pero su respuesta fisiológica denotaba signos de estrés y ansiedad tales como un rápido ritmo cardiaco, sudor en la palma de las manos y elevada presión arterial ^[10]. De todo ello se puede extraer una lección: por hábiles que nos creamos los humanos a la hora de esconder nuestras emociones, nuestro cuerpo y nuestra energía nos delatarán prácticamente siempre ante aquellos que verdaderamente nos tienen cogida la medida, es decir, nuestras mascotas.

Un ejemplo de todo esto ocurrió cuando comencé con un ejercicio en el cual yo caminaba con Rory junto a uno de los perros del vecindario con el que había tenido problemas. El ejercicio iba bien hasta que Warren se puso a caminar a mi lado, pero demasiado cerca de mí, transgrediendo lo que normalmente llamamos la frontera del «espacio personal». En cuanto Warren comenzó a dar voz a sus dudas —¿y si el perro ataca?, ¿y si pierdes el control?, ¿y si Rory pega un tirón de la correa?—, la perra comenzó a tener miedo de nuevo. Intenté decirle a Warren que era su energía la que creaba la tensión, y él con una sonrisa de plástico me contestó: «Ya, comprendo». Y siguió haciendo lo mismo.

La verdad es que empecé a tener la sensación de que toda mi energía positiva, serena y firme empezaba a irse por el agujero negro que era la ansiedad de Warren. Por mucho que lo intentara, no conseguía que se tranquilizara y se limitara a observar y aprender. Al final le pedí a Tessa que se llevara a Rory, y el animal se calmó... ¡inmediatamente! Warren se enfadó del tal modo que incluso comenzó a gritar: «¡Es mi perra! ¡Soy yo quien tiene que llevarla!». Le contesté que Tessa estaba más serena que él en aquel momento. «¡Yo estoy tan sereno como pueda estarlo ella!», se quejó.

«¡La perra hace lo mismo con ella que conmigo!». Me volví y mirándole a los ojos con firmeza le dije: «Pero no en este momento».

Tuve que mostrarme algo más contundente con Warren de lo que suelo mostrarme con mis clientes, e insistí en que no interviniera hasta que yo hubiera paseado un rato con Tessa, Rory y el perro «enemigo». Apenas habíamos caminado una decena de metros y la energía había vuelto ya a la normalidad. Tessa, los dos perros y yo caminamos alrededor de la manzana en paz, charlando tranquilamente. Tessa se quedó maravillada. Se había dejado influir de tal modo por la energía negativa de Warren que hasta aquel momento no se había dado cuenta de que existía una realidad mucho mejor y a su alcance. Cuando volvimos, Warren también se había calmado un poco. Estaba empezando a reconocer cómo su preocupación y su negatividad estaban teniendo un efecto tóxico en la perra. Sin embargo, no puedo estar seguro de cuál será en la actualidad la situación del trío. Como suele ocurrir con muchas personalidades negativas, estaba claro que Warren llevaba en su interior mucho dolor y mucha rabia contenida, pero el problema no radicaba en sus experiencias pasadas, sino en su falta de voluntad o su incapacidad de verse a sí mismo objetivamente en el momento presente.

Energía y realidad

La energía de Warren era oscura; oscura y contagiosa. No es que fuera un mal tipo. De hecho creo que ignoraba completamente el modo tan sutil en que estaba sabotando los progresos de Rory y los suyos propios. Hay un chiste de psicólogos que dice así: «La negación comienza porque ni siquiera yo sé que me estoy mintiendo». Los seres humanos somos los únicos animales que nos mentimos a nosotros mismos sobre lo que ocurre de verdad en nuestro entorno, y lo hacemos tan tranquilamente. Esas mentiras pueden protegernos de cosas que podrían dañar un ego tan sensible como el que tenemos, pero también pueden hacernos vulnerables ante terribles peligros, especialmente aquellos que provienen de los miembros de nuestra propia especie y que serían obvios para otros animales. Somos los únicos seres del planeta que tras recibir acuciantes señales de alarma de la naturaleza sobre situaciones que amenazan su propia supervivencia, nos decimos «No importa. Seguro que no es nada». Pero según ha demostrado la ciencia, también somos la única especie con la posibilidad de cambiar nuestro estado mental o emocional por voluntad propia. No me refiero a que seamos capaces de adoptar una postura de valentía cuando en realidad temblamos por dentro, sino al trabajo que se hace desde dentro hacia fuera para cambiar cómo nos sentimos en un momento determinado.

Poder hacer algo así nos confiere un poder extraordinario sobre el mundo que nos rodea, un poder que no explotamos con bastante asiduidad.

Las religiones orientales comparten desde hace mucho tiempo el supuesto de que nosotros mismos somos los creadores de nuestra propia realidad; que lo que ocurre en nuestra mente termina manifestándose en nuestras vidas. En la actualidad, reputados científicos que trabajan especialmente en el campo de la física cuántica están llegando a la misma conclusión que alcanzaron los místicos hace miles de años. Vivimos nuestra existencia bajo la ilusión de que no tenemos control sobre ella, pero el modelo de la física cuántica defiende que lo que ocurre dentro de nosotros se refleja en lo que sucede fuera. ¿Qué significa todo esto y qué relación tiene con la psicología canina y con ser mejor líder de la manada? Pues significa que nosotros, con una consciencia más fuerte de nosotros mismos, podemos hacer algo que un perro no puede. Nosotros tenemos la capacidad de controlar nuestra propia realidad, y con ella, la energía que proyectamos, de un modo que probablemente ni siquiera nos parece posible.

«La mente domina a la materia» no es ya sólo un dicho. En la Cornell University los psicólogos sociales David Dunning y Emily Balcetis querían averiguar si una quimera podría influir sobre lo que la mente percibe en realidad. Le dijeron a un grupo de voluntarios que un ordenador les asignaría una letra o un número por el que se determinaría si se les iba a servir un vaso de deliciosa zumo de naranja, o por el contrario, un asqueroso brebaje. Cuando el ordenador ofreció una imagen que bien podía ser la letra B, o el número 13, los voluntarios a los que se les había dicho que las letras les valdrían el zumo de naranja, vieron en aquella imagen una B mayúscula. Aquellos a los que se les había dicho que si aparecía un número en la pantalla recibirían el premio, vieron un 13. Es decir, que mayoritariamente los voluntarios vieron lo que deseaban ver. Dunning dice que «incluso antes de haber visto el mundo, nuestro cerebro ya ha interpretado ese mundo de modo que case con lo que nosotros queremos ver y que evite lo que nos incomoda» [\[11\]](#). Yo no soy un científico ni de lejos, pero desde luego me parece una explicación perfecta para la negación. Tomemos a Warren como ejemplo. Estaba tan metido en la idea de que Rory no podría comportarse de otro modo, que eso era lo único que podía ver, a pesar de que todo lo contrario estaba ocurriendo ante sus ojos.

Como humanos poseemos la capacidad de darle la vuelta a nuestras percepciones y utilizarlas en nuestro propio beneficio. En lugar de ver las cosas negativas que estamos acostumbrados a observar, podemos elegir ver algo distinto. Los investigadores han descubierto que el cerebro no puede distinguir entre lo que es real y lo que es imaginado porque en ambos casos se utiliza el mismo camino neuronal, tanto si estamos viendo físicamente un árbol como si se nos pide que lo visualicemos. El proceso cerebral en ambos casos es el mismo [\[12\]](#). Cuando a una persona que tiene

miedo de las serpientes le enseñamos una foto de una de ellas, un sensor aplicado a su piel detectará que hay sudoración y otros síntomas de ansiedad, aunque en el experimento el sujeto no admita sentir miedo. El sistema límbico del cerebro se deja embaucar y cree que la serpiente es real, aunque la mente consciente sepa que no es así. Deepak Chopra describe otro experimento realizado en el que se pide a los sujetos que imaginen que se llevan a la boca una rodaja de limón, que la muerden y que el jugo les llena la boca. «Si eres como la mayoría de la gente», escribe Chopra, «ese pensamiento bastará para que la boca se te llene de saliva, que es el modo en que tu cuerpo te dirá que se cree lo que la mente le dice» [\[13\]](#). Siglos antes de que la ciencia dispusiera de los hechos que respaldan esos hallazgos, los hombres santos de la India utilizaban el poder de la mente para caminar sobre carbones encendidos sin sufrir daño alguno. El poder de la concentración conseguía protegerles los pies cuando otro hombre cualquiera se los hubiera abrasado.

El poder de la intención

Para conseguir un estado mental firme y sereno, nuestras emociones e intenciones han de alinearse armónicamente. Pero si decidimos actuar, y por dentro seguimos sintiendo miedo, nuestros perros lo notarán inmediatamente. Puede que a nuestros jefes les pase desapercibido, pero nuestros perros lo sabrán. Cuando nuestro interior y nuestro exterior colisionan, estamos indefensos en el mundo natural. Sin embargo, la mente humana es una herramienta verdaderamente portentosa, y con el poder de la intención podemos cambiar nuestros sentimientos, no sólo en la superficie, sino también en el interior. Si eres capaz de proyectar la idea que deseas alcanzar a través de una fuerza y una sinceridad verdaderas, tu perro reaccionará instantáneamente ante esa energía firme y serena.

Como animales que somos no podemos cambiar nuestros instintos del mismo modo que nuestros perros tampoco pueden hacerlo. Según hemos visto, nuestras emociones tienen una finalidad: ayudarnos a reaccionar ante lo que nos rodea y mantenernos vivos. Pero como seres humanos, sí que podemos cambiar nuestros pensamientos. Ahí es donde interviene el *poder de la intención*. La primera vez que leí sobre este concepto fue hace muchos años en el libro escrito por el doctor Wayne W. Dyer, *El poder de la intención*. En esta obra, Dyer define *intención* como la fuerza en el universo que permite el acto de la creación; no es algo que haga cada individuo, sino un campo de energía de la que todos formamos parte. Me resulta difícil decir hasta qué punto este concepto cambió para mejor mi vida y me ayudó a poner en marcha mi sueño de ayudar a los perros desequilibrados. Algunas de las cosas que

Dyer dice en el libro me conmovieron y al mismo tiempo confirmaron muchas de las observaciones que yo había hecho en México antes de tener acceso a libros como éste. Recientemente Deepak Chopra ha explorado este mismo ámbito.

«La determinación orquesta toda la creatividad del universo. Y nosotros, como seres humanos, somos capaces de crear cambios positivos en nuestra vida gracias a esa determinación» [\[14\]](#). La determinación trabaja del mismo modo que la oración, según ambos autores. «La clave», dice el experto, «es que estemos dispuestos a desprendernos de nuestro ego, el “yo” que intenta supervisar y conformar el proceso desde un punto de vista egoísta». Si alguien que pretende caminar sobre brasas ardientes dejase que la parte racional de su mente le dijera: «Esto desafía las leyes de la física... ¿y si no funciona y resulto herido?», esa racionalidad sabotearía su determinación y terminaría quemándose los pies.

No pretendo enseñar a nadie a caminar sobre brasas, o a encontrar la respuesta a las preguntas del universo cuántico, pero espero poderte ayudar a reconocer cuál es la clase de energía que estás proyectando en cada momento, y que seas capaz de usar el poder de esa energía para comunicar un liderazgo firme y sereno a tu perro. Eso es algo que muchos de mis clientes han hecho ya, y algo que tú aprenderás a hacer en el capítulo siguiente.

7

Liderazgo ante los perros... y ante los humanos

«Cuando el líder eficaz ha dado por terminado su trabajo, la gente dice que todo ocurrió de un modo natural».

LAO TSE

El salón estaba elegantemente amueblado, la luz era suave y los invitados charlaban en voz baja. Ni mi esposa ni yo podíamos creer que hubiéramos sido invitados a un lugar semejante. Incluso teníamos que pellizcarnos para asegurarnos de que no estábamos soñando. Dondequiera que mirásemos había un titular, una portada para la revista *Time*, una noticia de apertura para el telediario de la noche. Sentados junto al fuego, el presidente electo de un país de Oriente Medio hablaba animadamente con un oficial de alto rango retirado ya del Gobierno de los Estados Unidos. Un poco más allá, el presidente de una de las empresas más grandes del mundo estaba tomándose una copa con el presidente de la compañía aérea norteamericana de más rápido crecimiento. Y allí, mirando por la ventana, perdido en sus pensamientos, estaba el hombre que seguramente era el más rico y poderoso de los medios de comunicación de todo el mundo. Por el resto de la habitación estaban dispersos políticos de ámbito nacional e internacional, celebridades, gigantes de los medios y magnates de los negocios. Rectores universitarios y fundadores de *think tanks* o «fábricas de ideas». Millonarios y multimillonarios. Había aviones privados y Rolls-Royces. En aquella sala estaban los líderes más capaces del mundo humano.

Y yo había sido contratado para hablarle a aquel grupo escogido de seres humanos sobre perros y liderazgo sereno y firme. ¿Quién, yo? ¿Hablar a aquella gente de liderazgo? ¿Qué iba a poder ofrecer yo, un trabajador de México, a toda aquella gente? Pues para mi sorpresa, resultó que tenía mucho que ofrecer, porque entre todos aquellos líderes internacionales, ¡ni uno solo era capaz de controlar a su perro!

¡Presenten armas... al perro!

Si alguna vez te has preguntado de dónde han sacado los norteamericanos la idea de que el perro debe ir delante de su dueño durante el paseo, no tienes más que echar un vistazo a cualquier grabación, vídeo o fotografía de los presidentes de los Estados Unidos al subir al *Air Force One*. ¿Quién es el primero en subir a bordo? ¿Quién es el primero en entrar a la Casa Blanca? Ronald Reagan, Bill Clinton, George W. Bush... todos ellos van tras sus perros por el césped de la Casa Blanca. En el mundo animal, la posición tiene un gran significado. Y en todas estas imágenes, son los perros quienes van delante. Aún no he visto nunca un perro de una raza poderosa en la Casa Blanca. He visto labradores, muchos terrier... en resumen, muchas razas blandas. Pero ¿un rottweiler? ¿Un pitbull? Desde JFK no se ha vuelto a ver un pastor alemán en la Casa Blanca, ni un lebel africano, ni un pastor belga malinois, ni un mastín inglés. Si el presidente poseyera un ejemplar de alguna de las razas más poderosas, nadie podría reunirse con él. ¿Por qué? Pues porque si los presidentes no son capaces de controlar a sus terrier, o a sus despreocupados labradores, ¿cómo iban a ser capaces de controlar a un ejemplar de una raza poderosa? Necesitarían diez agentes secretos para manejar a un perro, porque sería un can sin líder en su manada. Hubo una idea que aplaudieron largamente en el seminario: sugerí que todos escribieran cartas al Congreso en las que se propusiera que antes de jurar su cargo, quien quisiera ser presidente aprendiera a pasear a un perro de una de las razas poderosas. ¡Puede que incluso a una manada! Debería ser una prueba que todos debieran pasar. Los líderes de todos los países deberían ser capaces de hacerlo porque así, todos los líderes de la humanidad tendrían que trabajar su energía firme y serena, porque ésa es la única clase de energía que los perros siguen por naturaleza. Habría mucha más gente equilibrada rigiendo los destinos del mundo.

Los animales no siguen a líderes inestables; sólo los humanos promovemos, seguimos y alabamos la inestabilidad. Sólo los humanos tenemos líderes que mienten y salen indemnes de ello. La mayoría de líderes a los que se sigue en la actualidad en todo el planeta no son estables. Puede que sus seguidores no lo sepan, pero la Madre Naturaleza es demasiado honrada para dejarse engañar por energías cargadas de ira, frustradas, celosas, competitivas, testarudas o simplemente negativas, aunque estén enmascaradas tras la sonrisa de un político. Y eso es porque todos los animales pueden evaluar y discernir la energía equilibrada. Un perro no puede evaluar lo inteligente que es un ser humano, ni el estado de su cuenta bancaria, ni lo poderoso o lo popular que pueda ser. A un perro no le importa lo más mínimo que su dueño tenga un doctorado por Harvard, o que sea un cinco estrellas en el ámbito que sea. Pero lo que sí puede distinguir sin sombra de duda es un ser humano estable de otro inestable. Los humanos continuamos siguiendo la energía inestable de nuestros líderes, y ésa es la razón de que no vivamos en un mundo pacífico y equilibrado.

Desgraciadamente no hay mucha gente que haya nacido para ser líder humano en

el mundo. Pero todos podemos serlo en el mundo animal. Tenemos que serlo porque, nos guste o no, la especie humana ha tomado las riendas del planeta y hemos trasladado a muchos animales a nuestro mundo civilizado. Los animales domesticados ya no pueden elegir porque viven con nosotros, y normalmente, tras nuestros muros. Que lleguemos a ser líderes de la manada de nuestros perros es especialmente importante cuando los metemos en entornos con peligros que no comprenden, como por ejemplo el tráfico, la electricidad y los productos químicos tóxicos. ¿Cómo podemos esperar que naveguen por el mar proceloso de esos peligros sin nuestra guía? Tenemos que guiarlos por su propio bienestar y seguridad, además de por el bien de otros humanos. No olvidemos que los perros son depredadores; además de animales sociales, son carnívoros sociales, e impreso en su ADN va el lobo que quiere cazar y matar a su presa. Debemos controlar esos instintos si queremos vivir en armonía con otras especies animales y el resto de humanos.

Instintos del Tercer Mundo

Los líderes mundiales y jefes de la industria con los que hablé aquel día eran todos seres inteligentes. Todos poseían una fiera determinación, ambición y la capacidad de ser los líderes de otras personas. Muchos de ellos proyectaban una energía muy dura y muy agresiva. Pero carecían de instinto. No les hizo mucha gracia que les dijera que para la Madre Naturaleza, la gente pobre del Tercer Mundo eran mejores líderes para sus perros que ellos. En Norteamérica, la cultura condiciona a la gente obligándola a ser intelectual y emocional, mientras que en los países del Tercer Mundo mucha gente está condicionada culturalmente para ser instintiva y espiritual. La gente con ingresos bajos y sin medios (es decir, la mayoría) que vive en los países del Tercer Mundo puede controlar a un perro sin tan siquiera pensarlo. Hablo de chiquillos de 3 años a quienes sus perros siguen y obedecen ciegamente. Si le dijeras a un crío de 3 años que vive en una granja en cualquier parte del mundo, que vaya a coger un caballo, irá y cogerá al caballo. Y el animal lo seguirá sin más. Mi coautora me contó una historia de cuando trabajaba con un equipo de cine que estaba filmando en un oasis en mitad del desierto egipcio. Algunos miembros del equipo, entre los que se contaba ella, estaban pasando junto a una manada de camellos cuando de pronto una camella preñada comenzó a parir. La camella estaba de pie y el bebé salía de ella todo cascós y patas. Daba la impresión de que el bebé estaba atascado y la situación no podía ser muy cómoda para la madre. Mientras los norteamericanos debatían entre ellos lo que se debía hacer o no, un crío de 6 o 7 años que vivía en una granja cercana corrió hasta llegar junto a la camella y, sin dudar, agarró al bebé por

las patas y comenzó a tirar. En un momento, el recién nacido salió al mundo. La madre se tumbó y le limpió a lametazos mientras el niño se lavaba las manos y volvía a su casa, y el equipo de filmación contemplaba la escena boquiabierto. Ellos habían presenciado un milagro, pero el pequeño (y la camella) habían tenido un día ordinario con una circunstancia habitual en el mundo de la Madre Naturaleza.

En un país del Tercer Mundo o en una granja en cualquier parte, es más probable que te veas obligado a confiar en tu lado instintivo para sobrevivir. A diario te relacionas con la Madre Naturaleza de un modo muy similar al de nuestros ancestros. Te ves forzado a mostrarte sereno y firme porque has de conectar con la Madre Naturaleza en sus propios términos si quieres sobrevivir.

En el sur de California hay muchos emigrantes mexicanos, legales e ilegales. Muchos de ellos provienen de entornos rurales o pobres y tuvieron la misma clase de crianza instintiva-espiritual que tuve yo. Los norteamericanos acaudalados los contratan como jardineros, ama de llaves y para tareas de mantenimiento. Esta misma gente es la que me contrata a mí para que les ayude con su perro. Si veo a gente de mi país trabajando en el jardín, suelo preguntarles qué opinan sobre lo que de verdad le ocurre al perro, y nueve veces de cada diez me contestan: «Es que el dueño de la casa no le dice lo que tiene que hacer. Lo trata como si fuera un bebé». Sencillamente. Van directos al grano. Y de las personas que los han empleado me dicen: «Cuando se marchan, le digo al perro lo que tiene que hacer y el animal me escucha. Pero cuando ellos están en casa, no me dejan decirle nada porque temen que pueda herir sus sentimientos». Estos trabajadores no son personas que vayan a hacerle daño al perro, sino más bien al contrario. Rápidamente se ve que el animal se siente a gusto, que confía en ellos. A veces incluso parece que el animal prefiere estar con ellos que con su dueño. Cuando éste vuelve a casa es cuando la inestabilidad y la ansiedad del perro afloran de nuevo.

Hay una cuestión que quiero comentar: aunque soy de la opinión de que en general la gente del Tercer Mundo es más instintiva y está más en sintonía con la Madre Naturaleza que los norteamericanos, con ello no quiero decir que en los países del Tercer Mundo se trate mejor a los animales que la gente de las naciones industrializadas. Más bien al contrario: en los países tercermundistas se suele tratar muy mal a los animales. Yo, por ejemplo, estoy en Estados Unidos en parte por la poca importancia que se da a los perros en México, exceptuando quizás a los más ricos de sus habitantes. La carrera con la que yo soñaba no existe allí. Dado que muchas de las personas de países tercermundistas no ejercitan su lado intelectual-emocional, no siempre se sienten mal cuando un animal está herido, y no leen libros sobre psicología canina en un intento de saber qué es lo que motiva a su perro. Es más: en muchos países como México a las mujeres se las trata peor que a los perros y a los gatos en Norteamérica. Hasta que la gente de los países tercermundistas aprenda

a valorar a las mujeres, ¿cómo podemos esperar que aprecien la más mínima dignidad en un animal? Sin embargo, no tienen dificultades a la hora de comunicarse con ellos, y eso es porque viven de un modo interpedendiente con los animales. En la Norteamérica urbana no necesitamos la participación de los animales en nuestra vida diaria para garantizar nuestra supervivencia. Nos hemos alejado cada vez más de nuestra naturaleza animal y hemos bloqueado las conexiones con ilusiones de superioridad intelectual o emocional.

Dominancia y sumisión: dos nuevas definiciones

Los habitantes del Tercer Mundo, los sin techo y los granjeros se relacionan con los animales en términos de supervivencia. Tampoco temen mostrar su dominancia sobre los animales. En entornos rurales el concepto de dominancia no es políticamente incorrecto. En una granja de Estados Unidos, el granjero sabe que sólo él puede crear armonía entre todos los animales, y que para conseguirlo, alguien debe llevar el bastón de mando. El animal con el cerebro más grande, el que puede estudiar y comprender la psicología de todos los demás se quedará con ese bastón. En una granja, a pesar de que todos los animales estén domesticados, han de trabajar para conseguir comida y agua. Y viven todos juntos en armonía. El granjero es quien crea esa armonía con la energía serena y firme de su liderazgo. El liderazgo por definición significa cierto grado de autoridad, o de influencia, o de dominación.

Desgraciadamente el término *dominación* se ha transformado en un vocablo de significado oscuro en Estados Unidos. Cuando empleo esta palabra para hacer referencia a nuestra relación con los perros, tengo la sensación de que la gente se siente muy incómoda y mal consigo misma, como si les estuviera pidiendo que se comportaran con sus perros como un dictador de república bananera. El hecho es que la dominación es un fenómeno natural que trasciende las especies gregarias. La Madre Naturaleza la inventó para ayudar a organizar a los animales en grupos sociales jerarquizados, y para asegurar su supervivencia. ¡No significa que un animal se vuelva un tirano contra otro! En la naturaleza, la dominación no es un estado «emocional». No hay coerción, ni culpa, ni sentimientos heridos. Cualquier animal que se gana la posición dominante en una manada de perros debe ganarse su puesto en lo más alto de la jerarquía, y al igual que en ocasiones ser líder de una comunidad humana es un trabajo ingrato, estudios recientes parecen apuntar a que ser el líder de la manada en la naturaleza tampoco es un camino de rosas.

En lobos y muchos otros miembros de la familia de los cánidos las hembras no reproductoras cooperan en la crianza de los cachorros de la hembra alfa, aunque es la

pareja dominante la que se encarga de la mayoría o de la totalidad de la reproducción. En 2001 un estudio llevado a cabo por endocrinos pretendía averiguar si ser un miembro subordinado en una manada con esta clase de cooperación en la crianza causaba más estrés a los no dominantes. Al fin y al cabo, son los que pierden en los conflictos y no pueden elegir pareja. Pero estudios de las hormonas del estrés en perros salvajes africanos y mangostas enanas —ambos carnívoros sociales— arrojaron resultados sorprendentes: ¡eran los *dominantes* los que soportaban un nivel mucho más elevado de la hormona del estrés! Tomando por correctas las conclusiones de estos estudios, el investigador Scout Creel de la Montana State University escribió que «ser dominante» puede no ser «tan beneficioso como parece a simple vista. Un coste psicológico oculto podría acompañar al acceso a la pareja y a los recursos de que disfrutaban los individuos dominantes. Esto explicaría por qué los subordinados aceptan su posición en la manada con tan sorprendente buena disposición» [\[1\]](#). En otras palabras: los animales dominantes no aceptan el papel del líder ni por dinero ni por las compensaciones. Simplemente han nacido con la energía necesaria para liderar, y aceptan el bastón de mando de un modo natural. Con los perros es el bien de la manada lo que prevalece. Es la misma razón que el dueño de un perro necesita aprender para ser el líder de su manada... y sí, ello implica dominación.

Ser el líder de la manada no es sinónimo de enseñarle a tu perro «quién es el jefe». Se trata de establecer una estructura segura y consistente en la vida de tu perro. Los líderes naturales no controlan a sus subordinados inspirándoles temor. A veces han de desafiarlos o de mostrar su autoridad, pero la mayor parte del tiempo son líderes tranquilos y benévolo. En *Los lobos también lloran*, el famoso relato del naturalista Farley Mowat del tiempo que vivió entre lobos grises en Alaska, hablaba de George, el macho dominante al que observó durante dos años: «George tenía presencia. Su dignidad era imbatible y sin embargo no resultaba distante. Concienzudo al extremo, preocupado por los demás y afectuoso dentro de unos límites razonables, era la clase de padre cuya imagen idealizada aparece en muchos libros melancólicos de reminiscencias familiares, pero cuyo prototipo real prácticamente nunca ha hollado la faz de la tierra sobre dos piernas. George era, en resumen, la clase de padre que todo hijo desea» [\[2\]](#). Por supuesto Mowat está humanizando al lobo, y fue precisamente esa tendencia lo que hizo de él un escritor popular, pero si dudas aún de si ser o no el líder de tu perro, deberías leer de nuevo esa bella descripción de George. Medítala. ¿No te encantaría que tu perro te viese de ese modo?

Ya hemos establecido que los perros no desean vivir en una democracia. Tampoco asimilan sumisión a debilidad. Un animal sumiso está abierto y se muestra deseoso de seguir las directrices que le marca otro más dominante. En los humanos, este rasgo

crea la predisposición y la posibilidad de aprender y asimilar información nueva.

Solemos estar en una disposición serena y sumisa mientras leemos un libro o mientras permanecemos sentados y en silencio viendo un concierto o una película. ¿Te consideras «servil» cuando te encuentras en este estado? ¡Por supuesto que no! Sin embargo sí que estás relajado y receptivo. Cuando imparto algún seminario, la mayoría de la audiencia está serena y sumisa. Han venido con la mente abierta, para escuchar y aprender cosas nuevas. Si vas a la iglesia podrás encontrar todas las razas (blanca, latina, negra, asiática) sentada tranquilamente la una al lado de la otra y sumida en el espíritu de la oración. El líder de la manada es el líder religioso, o Dios, y todo el mundo está sereno y sumiso. Si la congregación se reúne después para tomar un café, todo el mundo está de buen humor y puede relacionarse con los demás. Cuando traspasan el umbral del templo es cuando todas las dificultades de siempre, las diferencias y los prejuicios vuelven a asediarlos. Queremos crear para nuestros perros un mundo que les sirva de refugio como la iglesia, para que se sientan seguros, relajados y libres para relacionarse con los demás. Y para producir ese entorno, debemos dominar el arte de proyectar una energía serena y firme.

Los secretos del liderazgo básico

El liderazgo sereno y firme es el único que funciona en el mundo animal. En nuestro propio mundo, los seres humanos hemos seguido a líderes que nos han coartado, nos han intimidado, han sido agresivos con nosotros y nos han inspirado temor para poder controlarnos. Pero incluso entre los humanos los estudios han demostrado que un liderazgo sereno y firme, el liderazgo esencial, es el mejor modo de avanzar. Daniel Goleman, autor de *Inteligencia emocional*, Richard Boyatzis y Annie McKee han pasado décadas investigando el papel del cerebro humano en la creación del liderazgo más poderoso y eficaz. Basándose en todo lo que sabemos sobre cómo funciona la energía en el reino animal, lo que ellos descubrieron y contaron en su libro *El líder resonante crea más* no debería sorprendernos: «El mejor liderazgo trabaja a través de las emociones» ^[3]. Según ellos, esto se debe a que la razón de nuestras emociones, el sistema límbico del cerebro, es un sistema de bucle abierto, es decir, que depende de fuentes externas al cuerpo para funcionar. «En otras palabras: confiamos en las conexiones con otras personas para alcanzar nuestra propia estabilidad emocional». En este sentido, somos exactamente iguales que otros animales sociales, especialmente los perros. Reflejamos las señales emocionales de los demás «hasta tal punto que una persona puede transmitir señales que pueden alterar los niveles hormonales, la función cardiovascular, el ritmo del sueño e incluso

la función inmunológica en el cuerpo de otra» [4].

¿Te acuerdas de Warren, el cliente que tenía una energía negativa tan intensa que afectaba a su perro, a su prometida y a mí? Esa energía que sentíamos los demás no era imaginaria. No sólo la energía negativa o el estado de ánimo que la acompaña pueden afectarnos; las hormonas del estrés que se secretan cuando nos enfadamos tardan horas en ser reabsorbidas por nuestro sistema y desaparecer. Por eso tardé horas en recuperarme de mi encuentro con Warren [5]. De acuerdo con los autores de *El líder resonante crea más* «los investigadores han constatado una y otra vez cómo las emociones se diseminan irreparablemente en este sentido cuando las personas están cerca las unas de las otras, incluso cuando el contacto es totalmente no verbal. Por ejemplo, cuando tres extraños se sientan unos frente a otros en silencio durante un par de minutos, el que sea más emocionalmente expresivo transmitirá su estado de ánimo a los otros dos sin haber pronunciado una sola palabra» [6]. Los resultados de una energía negativa pueden acarrear consecuencias literalmente letales: los pacientes ingresados en unidades de enfermedades cardíacas atendidas por enfermeras que presentaban un estado de ánimo deprimido y malhumorado padecían un índice de mortalidad cuatro veces superior a aquellos ingresados en unidades atendidas por enfermeras cuyo estado de ánimo estaba más equilibrado [7].

Como hemos visto ya, los animales están más en sintonía con esas energías emocionales que nosotros. Se le llama «contagio emocional» y son la razón de que la rehabilitación que yo practico empleando el «poder de la manada» funcione tan bien para casos «imposibles» de perros en los que la intervención humana no ha servido de nada. Puesto que los perros se comunican entre ellos sin palabras, empleando sólo energía y lenguaje corporal, invitar a un perro desequilibrado a integrarse en una manada equilibrada puede recuperarle de un modo casi inmediato, siempre y cuando se encuentre en un estado sumiso y sereno, lo cual significa abierto también, de modo que esté dispuesto a aprender y absorber la nueva energía. En una manada de perros, la inestabilidad no está permitida. Es más: en caso de detectarse, el grupo en su conjunto toma algún tipo de acción, que a menudo consiste en un ataque. Páginas atrás hablé ya de cómo mi coautora experimentó el modo en que la onda del contagio emocional pasó por toda mi manada en cuestión de décimas de segundo, prácticamente en el momento mismo en que ella cambió de predisposición y pensamiento. Si alguna vez has presenciado cualquier manada en acción, tanto en persona como en un documental de vida salvaje, es uno de los ejemplos más dramáticos y visuales de cómo las emociones y la energía se alían para regular todas las especies sociales del reino animal.

En sus estudios, Goleman, Boyatzis y McKee han definido dos tipos de liderazgo. Al primero lo llamaron *liderazgo disonante*, y en los centros de trabajo norteamericanos es responsable del 42 por ciento de las denuncias de los trabajadores

por gritos, abuso verbal y otros comportamientos no deseables. «El liderazgo disonante produce grupos que se sienten emocionalmente discordantes, en los cuales la gente tiene la sensación de estar continuamente desentonada» [8]. Muchos peces gordos confían ciegamente en esta forma de liderazgo, ya que opinan que de ese modo consiguen mantener a la gente «alerta». La película documental *Enron: el chico más listo de la sala* contaba la historia de una empresa en la que el liderazgo disonante era la norma. Imaginemos una empresa de Wall Street en la que los agentes compiten entre ellos constantemente, gritándose, con la presión arterial y el temperamento echando humo; todo el mundo está agotado y frenético al final del día, preguntándose si habrán conseguido suficientes beneficios como para mantener su trabajo... eso es el liderazgo disonante.

Desgraciadamente, ésta es la clase de liderazgo que algunos de mis clientes muestran con sus perros. Son emocionales, fácilmente irritables y frustrados, temerosos, débiles o airados. También se muestran inconsistentes en los mensajes que envían, de modo que sus perros no saben qué esperar. ¿Es mi dueño el líder de la manada? ¿Lo soy yo? Un perro confuso es un perro infeliz. Aunque puede que siga siendo la norma en Wall Street, el liderazgo disonante no sirve en el reino animal.

El otro tipo de liderazgo que describe el autor es el *liderazgo resonante*: «Un signo de este tipo de liderazgo es un grupo de seguidores vibrando con la energía entusiasta y positiva. Un dictamen fundamental de este liderazgo básico es que la resonancia amplía y prolonga el impacto emocional del liderazgo» [9]. Éste es en suma el tipo de liderazgo que yo llamo *sereno y firme*, y que por supuesto emana de una energía serena y firme.

Crear una energía serena y firme

Una cosa es comprender lo que la energía serena y firme es, y otra distinta es saber cómo crearla y cómo mantenerla, tanto si estamos con nuestros perros, nuestra familia, nuestro jefe o nuestros compañeros de trabajo. En *Inteligencia emocional*, Daniel Goleman cuenta una historia fascinante acerca de un combate entre las tropas norteamericanas y vietnamitas al principio del conflicto de Vietnam. De pronto, en mitad de un tiroteo, una fila de seis monjes apareció y comenzó a caminar por el margen de los campos de arroz que separaban a ambos bandos, directamente hacia la línea de fuego. Uno de los soldados norteamericanos, David Bush, describió del siguiente modo el incidente: «No miraron ni a derecha ni a izquierda. Simplemente cruzaron. Fue algo muy raro porque nadie los disparó. Y de pronto yo me quedé sin ganas de combatir. Tuve la sensación de que no quería seguir con aquello, al menos

durante aquel día. Debió de ocurrirle algo parecido a todo el mundo porque todos dejamos de disparar. Así, sin más» [\[10\]](#).

¿Qué hicieron los monjes para crear aquel hecho maravilloso? Pues enviar intensas señales emocionales, señales de paz que al parecer resultaron más fuertes que las de odio que partían de los soldados inmersos en la lucha. Aunque este ejemplo sea muy extremo, podrá darnos una idea de cómo la fuerza y la intención de la energía que proyectamos puede afectar intensamente y cambiar a quienes nos rodean. Goleman lo describe como «establecer el tono emocional de una interacción», que es «un signo de dominancia en un nivel profundo e íntimo; significa conducir el estado emocional de otra persona» [\[11\]](#). Lo que en realidad hace una persona fuerte para controlar la energía de otro es «sincronizar» su ritmo biológico para que trabajen juntos y no separados: «La persona que posee la expresividad más convincente, o la más enérgica, es típicamente la que marca la pauta de esa sincronía... la sincronía emocional es la clave de la influencia».

Para conseguir este don de la influencia emocional y llegar a ser un líder resonante, una persona debe dominar los cuatro aspectos de la inteligencia emocional. Las primeras dos implican el dominio del *autoconocimiento* y del *autocontrol*. Estas capacidades es lo que permiten a todos los humanos poder llegar a ser líderes de una manada en el mundo natural si es que lo desean. «Los líderes que se conocen a sí mismos están siempre en sintonía con sus señales internas. Reconocen, por ejemplo, cómo les afectan sus sentimientos tanto a sí mismos como a sus resultados profesionales. En lugar de permitir que la ira termine desbordándose y explote, la localizan a medida que crece y son capaces de ver tanto su causa como su posible solución» [\[12\]](#). Esto constituye una ventaja que tienes sobre tu perro, porque los seres humanos somos la única especie viva en el planeta que es capaz de llevar a cabo este proceso. Tu perro no puede reflexionar sobre cómo le hacen sentirse sus sentimientos. Sólo puede reaccionar. Pero tú, por el contrario, puedes reconocer una emoción y redirigirla antes de que se transforme en la energía que estás enviando a los demás. La parte de esta ecuación que corresponde al autocontrol significa que puedes controlar tus emociones antes de actuar.

Los otros dos ámbitos de la inteligencia emocional como los describe Daniel Goleman son funciones sociales que tu perro pone en práctica casi constantemente. Yo lo llamo *instinto*. La *consciencia social* o *empatía* significa estar en sintonía con las emociones y la energía de los animales que tienes a tu alrededor. La *gestión de relaciones* comporta las herramientas del liderazgo en sí mismo: gestionar las emociones e interacciones de tus seguidores. Cuando un perro dominante establece contacto visual con otro perro que se está acercando al plato de comida y ese otro perro se detiene y da media vuelta, eso es gestión de relaciones. Cuando un perro sumiso responde ante una muestra de dominancia tumbándose panza arriba, eso es

gestión de relaciones. Sólo los humanos usamos con frecuencia estas herramientas para manipular o herir a los demás. Con los perros, la gestión de relaciones está siempre encaminada al bien de la manada: se busca preservar la armonía social, reducir los conflictos y asegurar la supervivencia.

Comprender y perfeccionar las habilidades en estos cuatro ámbitos es clave para crear la clase de energía adecuada que hay que proyectar sobre nuestros perros.

Técnicas

Llegar a ser un líder de la manada sereno y firme no es un estado que se alcance de la noche a la mañana. Muchos de nosotros hemos sido condicionados desde una temprana edad para dudar de nosotros mismos, para que nuestra autoestima sea baja o para creer que ser firme es lo mismo que ser agresivo. En muchas ocasiones nos dejamos conducir por nuestras emociones o simplemente no somos conscientes de nuestro estado de ánimo o de nuestros sentimientos. Mis clientes siguen sus propias rutas para alimentar esta energía en su interior, y no hay un camino que seguir paso a paso y que yo pueda explicar. La energía serena y firme proviene del interior hacia el exterior, y ésa es la razón de que las siguientes técnicas puedan resultar útiles para cultivarla.

En las centurias que precedieron al siglo XIX, la mayoría de las interpretaciones teatrales eran algo muy «externo». Los distintos estilos de interpretación eran llamativos, sentimentales y grandilocuentes. Los actores alzaban mucho la voz, lo cual era necesario para proyectar el sonido en auditorios y grandes teatros. La mayor parte de las obras estaban escritas en un lenguaje exagerado o encopetado. Pero en la Rusia del siglo XX, el actor y director de escena Konstantin Stanislavski propuso un nuevo método de interpretación. Su idea revolucionaria consistía en que los actores buscaran en su interior y actuaran desde dentro hacia fuera. Actuar sería entonces una experiencia psicológica y emocional, basada en experiencias verdaderas, y el objetivo de un actor sería resultar creíble. Stanislavski y más tarde el norteamericano Lee Strasberg nos enseñaron que el poder de la imaginación se puede emplear para alterar la consciencia de un actor. Se entrenaban actores para que supieran relajarse, concentrarse y se les enseñaba a emplear técnicas de memoria sensorial que les permitieran recordar emociones personales del pasado para poder así dar vida a sus personajes. El Método, que es como ahora se le conoce, es algo más que un simple fingimiento de sentimientos, como la ira, la felicidad o la pena; se trata de aprender a recuperar recuerdos enterrados, llenos de verdadera emoción y aplicarlos a la escena dramática que se está interpretando. Cuando ves en escena a un gran actor, te sientes contagiado de la energía de la emoción que está interpretando.

Ésta es la razón por la que cuando intento transmitir a mis clientes cómo controlar el poder de la energía serena y firme muchas veces sugiero que empleen las técnicas de interpretación. Mucho antes de que conociese a algún actor o supiera lo que era el Método, le pedía a la gente que intentase recordar un momento en su vida en que se hubiera sentido muy poderoso y que mantuvieran esa sensación en la cabeza cuando sacaran a pasear al perro. Cuando llegué a Los Ángeles, aprendí que lo que yo sugería era una forma muy sencilla de aprendizaje que siguen la mayoría de actores profesionales. Muchos de ellos basan los personajes de ficción que interpretan en personas reales que conocen. En *El encantador de perros* recomendaba a mis clientes que se imaginasen como a una persona o un personaje que encarnase el espíritu del liderazgo. Para Sharon, una actriz avezada en el uso de la imaginación con este fin, era el personaje de Cleopatra el que le proporcionaba esa confianza y la ayudaba a sentirse al mando cuando salía a pasear con Julius, un animal bastante asustadizo. Con otros clientes hemos pasado por todo tipo de personajes, desde Superman a Bruce Springsteen, pasando por Oprah Winfrey... ¡y hasta por la propia madre! De hecho, yo mismo, cada vez que hago el ruido ¡chisst! lo hago recordando a la mía. No es un ruido que tenga nada de mágico; es simplemente que tiene un significado especial para mí, porque era el modo en que ella nos pedía que nos comportáramos cuando éramos niños.

Si quieres saber más acerca de estas técnicas hay muchos libros en los que se habla de las bases del Método; incluso podrías tomar algunas clases de interpretación, o si conoces a algún actor, invítale a un café y pregúntale por los trucos que usa cuando tiene que dar vida a un personaje. No es que tengas que aprender a interpretar a Shakespeare. ¡Tu perro no es un crítico de teatro, pero sí se tiene que creer tu interpretación!

Al igual que los ejercicios de interpretación, las *técnicas de visualización* constituyen otro comportamiento que sugiero a mis clientes cuando tienen dificultades con el concepto del liderazgo firme y sereno. Aunque hay quien puede encontrar este sistema algo simplista, miles de atletas, altos cargos, líderes mundiales, estudiantes, militares, periodistas y muchos más nunca empiezan a trabajar o ni siquiera salen de su casa por la mañana sin haber dedicado un momento a su visualización. A veces implica tomarse un momento para recrear en la imaginación el evento al que hemos de enfrentarnos y enfocarlo de un modo positivo, escribiendo mentalmente una historia con un final feliz. Si se trata de un cliente que tiene problemas a la hora de pasear a su perro, una vez corregidas sus técnicas físicas, le pido que se trace un «guión mental» del paseo. Como nos decía Tina Madden, la dueña de NuNu, en su historia del capítulo 1, cuando estaba en pleno proceso de transformación de NuNu —y de su vida—, para ella era muy importante imaginarse a sí misma pasando sin inmutarse ante perros que le ladraban. Hay quien lleva esta

visualización a su extremo, que es la autohipnosis. Psicólogos, psiquiatras y gurús de autoayuda han escrito mucho acerca de la visualización y la autohipnosis, y todos te dirán que la visualización necesita práctica para ser verdaderamente eficaz. Seguramente no conseguirás nada la primera vez que lo intentes, pero la mente va ganando en fuerza cada vez que haces esos ejercicios.

El *monólogo interior* es otra técnica eficaz que puede mejorar drásticamente la comunicación entre tu perro y tú. Muchos de mis clientes hablan constantemente con sus perros. Utilizan frases completas sobre asuntos que van desde lo que el perro quiere para cenar hasta el estado de la política internacional. Esta terapia es buena para los humanos, por supuesto, pero no suele ser un modo fructífero de mejorar el comportamiento de tu mejor amigo. Muchas veces, cuando le pides al perro que haga algo usando palabras, en realidad deberías dirigirte a ti mismo. Por ejemplo Brian y Henry, los dueños de Elmer, un beagle con un problema crónico de aullidos, estaban predispuesto a tener problemas incluso antes de salir de casa para dar su paseo diario. Elmer estaba ya excitado y nervioso antes de que tan siquiera le hubieran puesto la correa, y luego siempre intentaba salir de casa delante de ellos. Como ambos habían visto mi programa, sabían que se supone que el dueño debe salir antes que el perro, así que ¿qué hicieron? Pues ¡hablar con Elmer! «No, Elmer. Nosotros primero. ¡Nosotros primero!». Por supuesto Elmer no entendía ni una palabra, pero sí podía percibir que la energía que latía detrás de ellas era débil, frustrada, incapaz e insegura. El monólogo interior de sus dueños era éste: «Ay, Dios; ¡Elmer va a volver a salir delante y no vamos a poder demostrarle que somos sus líderes! ¡Hay que impedirlo!». ¿Quién estaba al mando de la situación? Elmer, por supuesto. Su energía y su intención era mucho más fuerte que la de ellos, aunque intelectualmente sus dueños supieran que *debían* ser ellos quienes precedieran al perro.

Cuando evocamos al líder de la manada sereno y firme que llevamos en nuestro interior, algunas personas son más emotivas, otras más visuales y otras más verbales. Las más verbales prefieren utilizar primero las palabras, antes de poder acceder a los sentimientos o los sentidos. Por eso sugiero a estos clientes que tengan una conversación consigo mismos cada vez que se encuentren con deseos de mantener una conversación verbal con su perro. Habitualmente los perros responden mejor cuanto menos ruido haya su alrededor y quien les manda refuerza su energía recogiendo sobre sí mismo. Cuando se trata por ejemplo de declarar la posesión de un mueble, céntrate y di en silencio: «éste es *mi* sofá». Utiliza tu propio cuerpo para indicar que es de tu propiedad y repítete una y otra vez esa idea. Hablándote a ti mismo estás cambiando gradualmente tu mente, tu cuerpo, tus emociones, y al final, tu energía. Es tu energía lo que le va a hablar al perro. En otras palabras: hablarte a ti mismo es un modo mucho más rápido de comunicar tu energía al perro que intentar usar lenguaje humano para razonar con él, por persuasivo que puedas ser, por fuerte

que grites o por educadamente que se lo pidas.

Hay otros métodos también muy eficaces que los triunfadores de los muchos paseos de la vida utilizan para reforzar su confianza y su fuerza. Algunos escuchan grabaciones de motivación como las de Anthony Robins. Otros repiten *afirmaciones positivas*, o las escriben en pequeñas notas y las dejan por toda la casa, como en el espejo del cuarto de baño, en la puerta del frigorífico... o encima de la percha en la que cuelgan la correa del perro. Otros leen *citas inspiradoras* y libros con *inspiraciones diarias*. La música es una de las fuentes capaces de desencadenar las más intensas respuestas emocionales. Mi coautora hace distintas compilaciones de música en su iPod en función de su estado de ánimo: algunas las escucha antes de una reunión de trabajo o en situaciones estresantes como ayuda para su motivación; otras para calmarse cuando se siente ansiosa, o para alegrarse cuando está triste. Otros clientes me han dicho que practican yoga, meditación y tai chi, y que leen textos espirituales como la Biblia para conectar con su lado más espiritual y convocar su fuerza interior intuitiva. Por mi parte yo, cuando a la edad de 8 años empecé a sentirme frustrado y a volverme agresivo en casa, viviendo ya en Mazatlán, mis padres tuvieron la excelente idea de enviarme a aprender artes marciales, que es donde aprendí por primera vez a concentrar mi energía y a transformar lo negativo en positivo. Brandon Carpenter, el reputado entrenador de caballos con una visión similar a la mía respecto a la conexión hombre-animal, también estudió artes marciales y fue así como aprendió a controlar emociones, energía y cuerpo todo al mismo tiempo.

Y rezar, por supuesto, es la fuerza más poderosa de diálogo interior y de intención. Incluso la ciencia moderna se está abriendo paulatinamente a la idea de que el rezo, la meditación y la fe pueden influir en las cosas de un modo nunca imaginado por los más apegados a la realidad.

Algunas técnicas para alcanzar una energía serena y firme:

- Intención clara y positiva,
- técnicas del método de interpretación,
- visualización,
- autohipnosis,
- diálogo interior,
- grabaciones estimulantes,
- afirmaciones positivas, escritas o verbales,
- citas o lecturas estimulantes,
- música,
- yoga, tai chi,

- artes marciales,
- meditación u oración.

Todos estos son medios diferentes para acceder a tu lado sereno y firme, al líder que llevas dentro. Con una energía serena y firme en tu vida, no sólo tendrás la capacidad de cambiar la vida de tu perro, sino también la tuya si lo deseas. En cuanto a los peces gordos a los que me dirigía en la conferencia, algunos aprenderán a ser líderes serenos y firmes con sus perros. Puede que ello les inspire a compartir más energía serena y firme con la gente que trabaja para ellos y el resto del mundo. Otros, por supuesto, seguirán haciendo las cosas como venían haciéndolas hasta este momento. El presidente Theodore Roosevelt dijo una vez: «La gente me pregunta cuál es la diferencia entre un líder y un jefe..., el líder trabaja abiertamente, mientras que el jefe lo hace encubiertamente. El líder lidera, el jefe conduce». Si pretendes que tu perro te siga, no puedes ser sólo un jefe. Debes ser un guía, su inspiración, un verdadero líder desde dentro hacia fuera.

‘CJ y Signal Bear, una historia con final feliz’

Trabajaba como contratista en el mantenimiento de un jardín vallado — casi del tamaño de una manzana de edificios— cuando un supervisor vino a nuestra oficina y nos dijo: «Podemos acompañarles al coche ahora que llega la hora de comer. Es que hay una chow chow preñada que anda suelta por aquí y que está aterrorizando a todo el mundo. Acabamos de llamar a los de Control de Animales para que vengan a buscarla». Yo pensé: «Vaya por Dios: ¿una chow preñada y salvaje? La dormirán, seguro». Tal era la política de los trabajadores del Control de Animales cuando se encontraban con un perro agresivo, y yo me sentí obligada a echarle un vistazo a aquella pobre futura víctima de la pena de muerte. Sin embargo, cuando llegué al aparcamiento me encontré con un perro macho muertecito de miedo. Estaba aterrorizado, ladraba, gruñía, enseñaba los dientes y corría de un lado para otro. Como directora de seguridad medioambiental y salud laboral con treinta y cinco años de experiencia, mi primer pensamiento fue «¿puedo ayudar a este animal sin ponerme en peligro a mí misma, a los demás trabajadores e incluso al propio perro? ¿Y si se escapa de este jardín, que es un lugar seguro, y sale a la calle?».

Había estado viendo el programa de El encantador de perros en la

televisión, de César Millán. Yo había trabajado toda la vida con perros de rescate y exposición, de modo que pensé que sería capaz de poner a prueba algunas técnicas de las que él había hablado en su programa sin correr grandes riesgos. Recordaba en particular dos cosas que César había dicho: «depresión y agresividad suelen ser, en el fondo, frustración», y «primero hay que descargarle de energía; hay que dejar que el perro se canse». Y eso es lo que el perro hizo al final: terminó por esconderse entre la caseta de almacén y la pared de cemento, cambiando su energía agresiva por una retirada temerosa. Luego seguí los pasos que le había visto dar a César en sus casos de perros en zona roja, aunque sé que en el programa dicen que no se deben intentar en casa. Tomar control del espacio. Bloqueé la salida del perro sentándome en la entrada. Me adueñé del espacio. «Ni tocar ni hablar ni mirar a los ojos». Estuve sentada de lado a él, bloqueándole el paso, durante dos horas a casi 40 grados de temperatura. Al final el perro acabó acercándose. Yo le ignoré. Me empujó con el hocico: su energía había pasado a ser serena, firme, tranquila y equilibrada. Sin mirarle, estiré el brazo, le acaricié el hombro y al final le atraje hacia mí. Luego lo llevé en coche a casa y le presenté mi manada de cuatro perros. Lo hice tal y como lo hacía el encantador de perros.

Signal Bear, que es como lo llamé, fue el primer perro de mi manada educado al estilo del encantador de perros desde el primer momento que pasó conmigo. Me había sorprendido lo fácil que puede resultar trabajar con un perro empleando las técnicas de César; había humanizado al resto de mis perros durante diez años. Desde aquel momento, he rescatado, rehabilitado y colocado a cuatro perros más (¡por ahora!) que estaban a punto de recibir una inyección letal por supuestos e incurables problemas de comportamiento, pero que cambiaron con la aplicación firme de la fórmula de César «reglas, fronteras y límites».

La filosofía y técnicas de César no sólo nos han proporcionado una vida mejor con nuestros perros, sino que nos han ayudado a mi marido y a mí en nuestro puesto de trabajo. Tenía un cliente que llevaba años comportándose como un tirano. Hacía poco que me había estado culpando de algo injustamente y decidí cambiar de sistema con él. En lugar de sentirme y actuar como una víctima, me olvidé mentalmente de mi larga historia con él y de mi reacción habitual ante él, emotiva y temerosa. Respiré hondo para calmarme y utilicé una técnica de dispersión que había visto utilizar a César cuando paseaba a sus perros. Aunque no podía decirle a un cliente ¡chisst!, utilicé la misma energía que usa César y simplemente pronuncié su nombre mientras apoyaba la mano en su brazo. Él se quedó clavado en el sitio, su

rabia se quedó en suspenso, y me miró de verdad. Luego me limité a continuar explicándole nuestros proyectos. El cliente simplemente me siguió sin protestar. ¡Había conseguido que volviese a formar parte del equipo!

8

Sanadores de cuatro patas

«Déjate iluminar.
Que la naturaleza sea tu maestra».

WILLIAM WORDSWORTH

Abbie Jaye, AJ para su amplio grupo de amigos, había pasado por cinco años de infierno. Su querido Scooby, cruce de pastor alemán con labrador, acababa de fallecer. Al poco tiempo fallecieron también su padre y su madre, con muy pocos meses de diferencia. Por otro lado, estaba intentando desesperadamente tener un niño con Charles, su marido, y sufrió cuatro abortos seguidos, cada uno más amargo para ella que el anterior. Si es verdad el dicho de que *Dios no nos da nada que no podamos soportar*, desde luego a AJ la estaba sometiendo a una dura prueba, una prueba que, durante un tiempo, ella pensó que no iba a poder superar. «Imagínate un saco de boxeo», me decía, conteniendo la emoción. «Le das un puñetazo, y vuelve después a ti, ¿no? Pues yo no tenía tiempo de recuperarme de una pérdida cuando ya tenía encima la siguiente».

El resultado de todas estas tragedias, la una tras la otra, fue que AJ comenzó a padecer una reacción psicológica al estrés agudo que estaba sufriendo y que se conoce con el nombre de trastorno de pánico. Todo lo que has aprendido acerca de cómo tu perro experimenta la acumulación de energía no liberada se aplica a todos los animales, especialmente a los humanos. Cuando las personas pasan por la clase de traumas que AJ había sufrido y no son capaces de aliviarse de tanto dolor, tristeza y frustración, la energía negativa tiene que ir a parar a alguna parte. Los ataques de pánico son un modo de liberarla. Más de cuatro millones de norteamericanos, alrededor del 5 por ciento de la población adulta, sufre de ataques de pánico, según el Instituto Nacional de Salud Mental. La gente que los ha padecido los describe como pesadillas devastadoras. Son traumas tanto físicos como emocionales: la sensación de que algo terrible aguarda tras la esquina, de que están a punto de sufrir un ataque al corazón, la sensación de que se están ahogando, o todas estas sensaciones al mismo tiempo. El ritmo cardíaco se acelera y se hiperventilan, los brazos y las piernas les tiemblan y pierden sensibilidad, y tienen la impresión de que se están volviendo locos. Algunas personas incluso se marean y llegan a perder el conocimiento. Antes de ser diagnosticadas, muchas de estas personas pasan por las urgencias de los

hospitales. Lo peor de los ataques de pánico es que no siempre aparecen por una razón evidente. Quienes los padecen los describen como algo que aparece de pronto, y precisamente por eso las deja con una terrible sensación de indefensión y depresión, incluso después de que el ataque haya cesado. No saben cuándo o dónde les va a volver a ocurrir, y qué les pasará si vuelve.

AJ pasó a ser una entre los millones de personas con ataques de pánico, que temen tanto que les ocurra en un lugar público que empiezan a no salir de casa. Aquello fue devastador para AJ, porque siempre había sido una persona abierta, activa y energética. Siempre había asumido el papel de cuidadora, y no el de persona necesitada de ayuda. Además de ejercer su trabajo como directora de una residencia de ancianos, AJ trabajaba constantemente como voluntaria; de hecho, durante quince años había llevado a su perro, cualificado como animal apto para la terapia, y lo llevaba a que ayudase a las personas que lo necesitaban.

Los perros terapéuticos son mascotas entrenadas para entrar en hospitales, residencias de ancianos, casas de reposo, instituciones mentales y escuelas para proporcionar amor y consuelo a los pacientes y residentes. Los perros sumisos y serenos pueden ofrecer ayuda en situaciones en que a los humanos nos es imposible. Cuando vemos a una persona conectada a una máquina, no podemos evitar sentir lástima por ella. Los perros no lo ven así. Por eso muchas de las personas que están internadas en un hospital prefieren recibir la visita terapéutica de un perro que la de otro humano. Los médicos y las enfermeras están preparados para ser más imparciales, pero a veces su energía no sirve de consuelo. La suya suele ser una energía puramente intelectual. Pero un perro está siempre en un estado instintivo. Si llevas a un perro sereno, sumiso y equilibrado a una sala en el que la gente internada esté sufriendo, el perro buscará inmediatamente a la persona más débil del grupo, mejorará su energía y trabajará con el resto de la habitación hasta que consiga que todo el mundo esté en ese mismo estado de ánimo. La investigación acerca del poder curador de los animales sólo ha llegado a arañar la superficie del lazo secreto y mágico que une a animales y humanos. Por ahora se ha demostrado que las mascotas bajan nuestra presión arterial, los triglicéridos y el nivel de colesterol perjudicial para el organismo ^[1]. Si eres víctima de un ataque al corazón, tienes una posibilidad ocho veces mayor de sobrevivir un año si eres dueño de un perro. Si has sido intervenido quirúrgicamente, te recuperarás mucho más rápido con terapia animal. Pruebas químicas han demostrado que tras varios minutos de acariciar a un perro, tanto el humano como el animal producen hormonas beneficiosas como la prolactina, oxitocina y feniletilamina. Los perros de terapia se están empleando para mejorar la concentración y estimular la memoria en enfermos de Alzheimer y pacientes con depresión; ayudan a mejorar la comunicación en aquellas personas con problemas de habla, como por ejemplo pacientes de psiquiatría y con accidentes vasculares, y

simplemente ofreciendo consuelo y una sensación de paz a aquellos que atraviesan situaciones estresantes ^[2]. AJ, Scooby y su otra perra, un cruce de bóxer y labrador de 3 años llamada Ginger, habían realizado esas tareas hasta que Scooby falleció. Luego un enérgico terrier de nombre Sparky y 1 año asumió las funciones de Scooby.

Pero Sparky resultó tener un talento propio y muy especial. Tanto Abbie como su marido notaron que cuando ella estaba con Sparky tenía menos ataques de pánico, y cuando los tenía, se recuperaba mucho más rápido. Sparky le aportaba una sensación de paz y tranquilidad que ningún medicamento conseguía; de hecho, el montón de fármacos que le habían prescrito para ayudarla con sus ataques de pánico o bien le causaban unos efectos secundarios terribles o no eran eficaces. Marty Becker, veterinario y coautor del libro *Healing Power of Pets* («El poder curativo de las mascotas»), dice: «Creo que tener una mascota en casa proporciona todos los beneficios de un medicamento antidepresivo y más, pero sin efectos secundarios», y así es exactamente cómo AJ describió a Sparky. «Si pudiera embotellar lo que siento cuando estoy con él y llevarlo a Oriente Medio, se alcanzaría la paz. Porque eso es lo que me proporciona: una profunda sensación de paz y tranquilidad».

De pronto AJ vio claro que si quería recuperar su vida tendría que conseguir para Sparky la certificación como perro de asistencia, que es una responsabilidad mucho mayor que la de ser simplemente un perro de terapia. Solemos pensar en los perros de asistencia como guías para invidentes y ayudantes para personas que necesitan silla de ruedas. Pero ahora se entrena a este tipo de perros para ayudar a niños autistas y con otras discapacidades del desarrollo, para ser los oídos de los sordos, para ayudar a personas con problemas de equilibrio ¡e incluso para recordar a aquellos que padecen enfermedades crónicas que deben tomarse su medicación a la hora! Incluso existe un movimiento nuevo que promueve el empleo de estos perros en psiquiatría para que ayuden a personas con discapacidades psíquicas ^[3], acurrucándose con ellos cuando se sienten tristes o indefensos, despertándoles si padecen hipersomnolencia o exceso de sueño y recordándoles tomar la medicación si tienen problemas de concentración o de pérdida de memoria. Porque como ya hemos visto, los perros están totalmente sintonizados con nuestros sentimientos, nuestras emociones e incluso con cambios químicos apenas perceptibles en nuestro cuerpo y en nuestra mente, llegando a ser incluso mucho más intuitivos que el psiquiatra más caro de Park Avenue, y más rápidos en su actuación que los servicios de emergencia.

Sparky ya estaba siendo el guía y el consuelo de Abbie. Pero para que pudiera estar con ella en todo momento, tendría que obtener la certificación como perro de asistencia, de modo que pudiera llevar el chaleco especial y poseer las «credenciales» que le permitieran entrar en tiendas y restaurantes, en aviones y en otros espacios públicos. Sparky pasó las pruebas básicas con facilidad, tales como obedecer órdenes y montar en coche, pero había un aspecto en el que fallaba estrepitosamente: era

impredecible en situaciones públicas. Se distraía cuando pasaba una persona, o un coche, o un camión; o aún peor: podía ser agresivo con otros perros. Si no conseguía pasar esa prueba, AJ no podría utilizar la mejor medicina que tenía a su alcance, es decir, su perro. Por eso me pidió ayuda.

Era la primera vez que yo veía un perro de asistencia, y cuando lo vi, me quedé completamente fascinado. Todo tenía un perfecto sentido. Al fin y al cabo, desde tiempos remotos el hombre había desarrollado razas de perros que le ayudaran a sobrevivir. En nuestro mundo, llevamos cargas mentales mucho mayores que físicas, de modo que ¿por qué no emplear a los perros para que nos ayuden a sobrellevar también esas cargas? Ser perro de asistencia está al alcance de cualquier raza de perro, siempre y cuando posea el temperamento adecuado. Algunos, como Sparky, brillan de modo natural en el desempeño de esas funciones. Darle a un perro una tarea importante que realizar es lo mejor que puedes hacer por él. Lleva impreso en sus genes el tener que ganarse la comida y el agua, así como la sensación de tener una misión en la vida. AJ y Sparky ya tienen la clase de lazo que muchas personas tienen que trabajarse durante mucho tiempo con su perro de asistencia, pero ¿podría él sobreponerse a sus dificultades para obtener el título?

Mi consulta con AJ y su marido fue muy reveladora. Vi que ella era una persona muy, muy fuerte, una superviviente que había alcanzado el límite de su capacidad para superar hechos traumáticos. Lo que le había ocurrido a ella podía pasarle a cualquiera, y estaba claro por las lágrimas que le brillaban en los ojos que estaba desesperada por superar ese obstáculo y seguir adelante con su vida. No obstante, aunque padecía un problema psiquiátrico que la incapacitaba profundamente, presenté una gran cantidad de energía positiva palpando en su fondo. Sin embargo, esa energía estaba asfixiada por el miedo, y a pesar de ser una persona tan fuerte como era, ese temor se lo estaba contagiando a su marido y a sus dos perros. No me sorprendió que me dijera que Ginger y Sparky tenían problemas de agresividad por miedo. ¡Lo estaban bebiendo de su dueña!

Trabajé primero para reducir la agresividad de Sparky y Ginger en la casa, y desde el principio de la sesión pude ver que en el rostro de AJ se encendía una luz. Inmediatamente se dio cuenta de que era su propia inestabilidad la que se estaba reflejando en sus perros. Este momento es siempre crucial para mis clientes. Algunas personas como Danny o Warren, de los que hablamos en capítulos anteriores, nunca llegaron a darse cuenta de este concepto vital. A veces, incluso la persona que a simple vista parece que va a ser incapaz de darse cuenta, como el ejecutivo de los primeros capítulos, termina por captar el mensaje después de haber trabajado con ella durante largo tiempo. Pero en AJ estaba prendiendo como el fuego en pasto seco. Es una persona con una mente muy rápida, y que además estaba altamente motivada. A diferencia de otras a las que parece gustarles regodearse en su infortunio, AJ

necesitaba desesperadamente salir del suyo, y en cuanto percibió una posibilidad, se lanzó en barrena. Me dijo: «si pudieras enseñarme a mí a mostrarme serena y firme, no tendría el trastorno del pánico y tampoco necesitaría un perro de asistencia». Y yo le contesté: «No voy a ser yo quien te enseñe, sino Sparky».

Curar tu energía serena y firme

Lo que quería que AJ comprendiera era que el modo más sencillo de ver tu propia energía es estudiar el comportamiento de los animales que tienes a tu alrededor. Mi propia manada me hace permanecer centrado porque siempre me muestra quién soy en todo momento. Si somos capaces de aprender a leer la energía de los animales que nos rodean, todos podremos ser mejores seres humanos y podremos incluso sanar nuestras heridas más profundas.

Al principio de la sesión, AJ me confesó que los «perros que salen en las noticias» le daban mucho miedo, es decir, Akita, rottweiler, pastor alemán y especialmente pitbull. No era de extrañar que sus perros temiesen a cualquier perro desconocido, ya que se limitaban a emular el miedo de su dueña. Pues bien, AJ estaba de suerte, porque tengo la cura perfecta para cualquiera que sienta miedo de los pitbull en mi Centro de Psicología Canina. Los invité a venir a conocer a mi manada, que en aquel momento estaba integrada por cuarenta y siete perros, incluidos doce pitbull. Quería que AJ se enfrentara a ellos cara a cara. Es que yo soy de la opinión de que el único modo en que los humanos o los animales podemos superar nuestros miedos es enfrentándonos al peor escenario posible y conquistándolo. Así es como yo superé mi miedo a volar: subiéndome a un avión y limitándome a experimentar las sensaciones. Por ahora ninguno de los aviones en los que he volado se ha estrellado, de modo que he conseguido que la experiencia de volar sea algo neutro (¡ya que no positivo!). Algunas personas que comparten mi mismo temor toman tranquilizantes o beben alcohol durante el vuelo para relajarse... y luego se preguntan por qué el miedo nunca desaparece. Yo creo que es simplemente porque no se enfrentan a él, sino que lo evitan. Cuantas más sustancias artificiales empleen para bloquear la ansiedad en lugar de pasar por la experiencia, más estarán reforzando su miedo.

También pienso —y lo he visto después de cientos de experiencias con los perros— que muchos animales pueden superar las fobias enfrentándose a sus propios temores. Ése fue el modo en que ayudé a Kane, el gran danés, en una sesión de *El encantador de perros* a superar su miedo a los suelos brillantes. Utilizando el propio ímpetu del perro para llevarle al suelo brillante al que ninguna fuerza ni divina ni humana había podido acercarle durante un año, simplemente esperé con mi energía

serena y firme a que Kane se acostumbrara a aquella nueva situación. Proporcionándole una sensación de liderazgo en la que poder confiar, su sentido común consiguió abrirse paso y decirle: «¡vamos hombre, que aquí no hay nada que temer!» En menos de quince minutos Kane se liberó de aquella fobia que le había causado a él y a sus dueños un tremendo estrés durante más de un año. En la actualidad, cuatro años más tarde, sigue estando libre de su fobia al cien por cien. Algunos psicólogos y etólogos animales se refieren a esto como *técnica de inundación*, y algunos de mis críticos me han atacado por utilizarla. Le pedí a mi amiga Alice Clearman, doctora en psiquiatría, que explicase el modo en que la técnica de inundación funciona en el cerebro. Me informó de que *exposición* es el término habitual para esta práctica y que constituye el mejor tratamiento para las fobias en humanos. Su funcionamiento es el siguiente:

«La exposición tiene que ver con la reafirmación mental. Cada vez que nuestra respuesta a algo que tememos se vuelve una pauta en nuestro comportamiento, estamos reforzando ese temor. Si tenemos miedo de las arañas y retrocedemos ante ellas, reforzamos ese temor. Imaginémonos que somos presas de un pánico cerval a las arañas. Ves una en tu dormitorio y sales corriendo en busca de alguien que venga a matarla. O bien vacías medio bote de insecticida en el dormitorio. O llamas a una empresa de control de plagas. ¡Conozco a una persona que pasó tres meses sin entrar en su dormitorio después de haber visto en él a una araña!

»Cada vez que esa persona se aproxima al objeto o a situación temidos, su ansiedad crece. En el caso de las arañas, imaginemos que les tengo miedo y he de matar una. A medida que me voy acercando tengo cada vez más miedo. Puede que lleve un zapato en la mano para aplastarla. El corazón me late a toda velocidad, el pulso palpita en mis sienes, casi estoy hiperventilándome. ¡Estoy aterrada! Me acerco cada vez más, sudando a todo sudar, hasta que de pronto, decido que no soy capaz de hacerlo. Doy media vuelta y salgo a todo correr de la habitación, llamo a mi vecina y le pido que venga a matarla. Cuando huyo, ¿cómo me siento? ¡Aliviada! El pulso pierde velocidad y vuelve a su ritmo habitual. Me seco la frente con la mano, que aún tiembla. ¡Uf! ¡Casi!

»Ahora fijémonos en lo que le he hecho a mi cerebro. La ansiedad había ido creciendo a medida que me acercaba a la araña, hasta que llegó el momento en que me convencí de que no iba a poder hacerlo y salí corriendo de la escena, con lo que experimenté un tremendo alivio. Ese alivio, esa sensación, constituyó en sí misma una recompensa. Me recompensé por haber acabado huyendo de la araña. Me he convencido a mí misma, en particular a mi cerebro, de que las arañas son en realidad criaturas peligrosísimas; lo sé por la sensación de alivio que experimenté al huir. El resultado es que he conseguido hacer crecer mi miedo. Tengo un poco más de miedo a las arañas cada vez que huyo».

La diferencia entre los perros y los humanos en lo referente a las fobias, dice la doctora Clearman, es que los humanos añadimos el pensamiento, la imaginación, los recuerdos y la anticipación a nuestros temores. Los perros no hacen esas cosas; ellos viven el momento, lo cual les proporciona una tremenda ventaja sobre nosotros a la hora de superar sus miedos y sus fobias. Pero para los humanos, aun con nuestra complejidad de pensamiento y memoria, el mejor tratamiento sigue siendo la exposición. La doctora Clearman me dice que el tratamiento para la fobia a las arañas es conseguir que el cliente tenga una araña sobre la piel hasta que deje de tener miedo. El paciente empieza por hablar con un terapeuta que determina el grado de temor, pero el tratamiento es siempre el mismo. Puede hacerse en pequeñas dosis a lo largo de un cierto periodo de tiempo, o sólo en una sesión. La exposición ha sido empleada por los psicólogos desde hace al menos treinta años. La doctora Clearman me explicó que la auténtica montaña de investigación que se ha hecho al respecto ha demostrado que es muy, muy eficaz [\[4\]](#).

Uno de los grandes beneficios de la exposición es que es muy rápida. Con humanos y con perros, la exposición elimina la fobia en un tiempo muy corto. ¿Cuál es el riesgo de dejar que una persona viva con una fobia durante toda su vida? Muchos. Las fobias producen hormonas del estrés que acortan nuestra vida al dañar el corazón, el cerebro y el sistema inmunitario. A los perros les afecta del mismo modo que a los humanos, de modo que contribuir a eliminar este estrés lo antes posible es lo mejor que podemos hacer por un perro ansioso o miedoso. Hay quien dice que usar este método de la exposición es cruel. Por supuesto es una experiencia aterradora forzar a una persona o animal sin una guía experimentada —la ayuda de un terapeuta o un profesional experto en el caso de los animales— que puede hacer más mal que bien. Pero con la información adecuada y una energía firme y serena, ayudar a los perros a eliminar sus fobias les da la oportunidad de relajarse y tener una mejor calidad de vida. Si sabes que puedes hacer desaparecer el miedo o la ansiedad de un modo rápido y seguro, lo mejor que puedes hacer por alguien a quien quieres es exactamente eso. ¿Por qué habría de seguir arrastrando ese sufrimiento? En mi opinión es mejor eliminarlo cuanto antes.

Otro beneficio es la exposición a algo que la doctora Clearman llama *autoeficacia*, es decir, la convicción de que uno puede actuar adecuadamente en una situación. Es importante tanto para humanos como para perros tener confianza y autoestima. Cuando superan una fobia, se sienten muy poderosos y esa sensación afecta a otros aspectos de su vida: se sienten más fuertes, más cómodos y más felices. Esto es lo que yo quería ayudar a conseguir a AJ exponiéndola a mi manada de pitbull. Esperaba que no sólo superase su fobia, sino ayudarla a que se sintiera más fuerte como líder de la manada con Sparky... y en el resto de su vida, algo que necesitaba desesperadamente. La vida de AJ en aquel momento era como un

archivador con dos cajones: el de las malas experiencias estaba desbordado mientras que el de las buenas estaba casi vacío. Mi objetivo era ayudar a llenar el que estaba vacío, y mi manada iba a ayudarme a conseguirlo.

La boca del cocodrilo

Cuando AJ llegó al centro le di las normas habituales: no tocar, ni hablar, ni mirar a los ojos. Estaba claro que tenía sus dudas, pero sentía curiosidad y su actitud era muy positiva. Fue algo realmente curioso que en cuanto abrí la puerta uno de mis pitbull, Popeye, salió corriendo a recibirla. AJ tenía miedo de los pitbull, y sin embargo fue Popeye quien acudió para servirle de embajador ante la manada. Inmediatamente me di cuenta de que su ansiedad disminuía. Fue como si se creara un vínculo especial entre Popeye y ella. Empezaba a sentir el poder curativo de los perros.

AJ pasó entre cuarenta y siete perros con sorprendente serenidad. Luego lo describió como una «experiencia extracorpórea». ¡Creo que no podía terminar de creerse que lo estaba haciendo! Salió conmigo a jugar con una pelota de tenis y los perros. A cada momento que pasaba sentía más y más confianza. De hecho, tuve la impresión de que se sentía lo bastante bien como para que entrásemos en un área cerrada juntos y con la compañía de unos cuantos pitbull para organizar una fiesta pitbull privada. Aquello le resultó un poco más duro, pero confiaba en mí y me siguió. Dejé que viera qué ocurría cuando los pit tenían algún conflicto entre ellos, y cómo detenía yo la excitación antes de que escalase. Y le enseñé a esperar a que un perro estuviera relajado antes de darle afecto. Esto, por supuesto, anima al perro a relajarse. Fue precioso ver a Popeye tumbado junto a nosotros todo el rato, muy cerca de AJ, casi como si estuviera protegiéndola. Y también cerca Sparky lo observaba todo. Al ver cómo la incomodidad de AJ con los perros grandes empezaba a disolverse, la agresividad de Sparky podría dar el primer paso hacia la curación.

Un momento verdaderamente importante fue cuando AJ y yo dimos un paseo por el vecindario del centro, que es una zona industrial llena de almacenes y perros sueltos. Cerca de un desguace, nos cruzamos con una hembra preñada cruce de labrador que empezó a ladrarnos. AJ no perdió la calma, de modo que Sparky tampoco. De nuevo volvió a iluminarse el rostro de AJ. Fue un momento en el que quedó patente que ella era la fuente de energía de Sparky. Le mostré a AJ cómo mantenerse firme y serena y repetirse en silencio «no pretendo hacerte daño, pero éste es mi espacio». Le dije que diera un paso hacia el perro agresivo, y AJ vio al animal alejarse sumiso. «¡Eso es!», le dije. «Has ganado». Abbie estaba maravillada.

Y a punto de ganar mucho más.

Unas dos semanas después, invité a AJ y a Charles a que trajeran a Sparky y a Ginger al centro. La visita serviría para reforzar los lazos de la manada, pero también serviría para que AJ asegurara lo aprendido en la primera visita. Fue increíble ver el cambio obrado en ella. Le brillaban los ojos, caminaba más erguida y estaba claro que ardía en deseos de volver a entrar con los perros. Para poner a prueba lo que había aprendido, le pedí que compartiera con Charles las mismas normas que le di durante su primera visita. Ella se lanzó confiada a repetir lo de «no tocar, no hablar, no establecer contacto visual», como si llevara viniendo mil veces. Los educadores profesionales saben que cuando una persona comparte sus conocimientos o enseña algo nuevo a alguien, su propio aprendizaje sale reforzado [\[5\]](#). Simplemente enseñar a Charles todas las cosas que había aprendido dos semanas antes dio a AJ una nueva inyección de confianza.

En el centro, AJ se comportó de un modo sereno y firme al menos el 90 por ciento del tiempo. Su lenguaje corporal y su rostro se mostraban relajados, y cuando caminaba, lo hacía erguida y con la mirada al frente, y no mirando a su alrededor buscando el peligro, o clavándola en el suelo. Cuando uno de los pit saltó sobre ella, le pidió con determinación que se bajase, y el animal se sentó delante de ella, sumiso y tranquilo. Cada vez que acometía una nueva tarea con los perros, su confianza crecía. Al salir del centro aquel día, le dijo a nuestro director en tono pensativo: «Si hago lo que dice César, si soy capaz de hacerlo, no sólo no tendré ataques de pánico, sino que no necesitaré un perro de asistencia».

Resultó que Sparky necesitó mucha menos rehabilitación que AJ. Cuando pasó las pruebas necesarias para obtener el título de perro de asistencia con la mejor calificación, me puse tan contento que no podía dejar de dar saltos y gritar. Me sentía como si hubiéramos ganado el premio de la Academia. AJ me regaló un dibujo que había hecho de Popeye, su amigo del centro que le había hecho cambiar de opinión respecto a los pitbull. Pero el verdadero éxito de la historia de este caso no fue Sparky, sino AJ. Aprender a proyectar una energía serena y firme con los perros, y especialmente con los pitbull, la colocó en el camino adecuado para volver a encontrarse consigo misma. Volvió a su trabajo y empezó a colaborar como profesora voluntaria para los ciegos en el Instituto Braille. Y su desorden del pánico sigue mejorando.

«César me ayudó a darme cuenta de que si no empezaba a enfrentarme a mis miedos, me consumirían. No por no enfrentarnos a ellos terminan desapareciendo. Es hacerles frente lo que acaba con ellos. Trabajar con César me ha ayudado a cambiar mi energía temerosa por otra más positiva. Sigo asustándome, a veces mucho, pero ahora me siento dispuesta a “sentir el miedo, pero a hacer de todos modos lo que debo hacer”, como dice el dicho. Con el desorden del pánico se tiende a no luchar, ni

tampoco a huir, sino a paralizarse. Ahora me he transformado en una luchadora y he de agradecerse a César».

La verdad es que AJ me enseñó a mí una lección tan valiosa como la que yo he podido enseñarle a ella: admitir que aunque nunca voy a renunciar a un perro, sí que renunciaré en ocasiones a las personas y su habilidad de cambiar. AJ padecía una afección real y grave que algunas personas tienen que soportar toda la vida. Pero gracias a su actitud positiva y a su determinación no iba a rendirse. Me enseñó a no darme por vencido nunca con la gente, y cuando la gente tiene un perro en su vida como profesor, pueden llegar hasta donde quieran.

La historia de AJ y Sparky es una hermosa lección del poder sanador de los perros, y también de cómo llegando a dominar el liderazgo firme y sereno se pueden obrar cambios sorprendentes en otros aspectos de nuestra vida. Lo maravilloso de los perros es que pueden motivarnos para que cambiemos como ninguna otra cosa en el mundo puede.

Si un perro pudiese elegir con qué humano desea vivir, no pondría un anuncio por palabras que dijera: «Busco un amante de los perros para que me quiera, me quiera y me quiera». Y eso es porque un amante de los perros no crea equilibrio. Más bien puede crear todo lo contrario. En *El encantador de perros*, conté la historia de Emily la pitbull. Nació con una marca en forma de corazón en la espalda y recibió toneladas de amor y adoración desde el momento en que Jessica, su dueña, la adoptó. Siguió recibiendo ese amor durante todos los días de su vida, pero aun así Emily se volvió una chica bastante mala. Si un perro ha de vivir con un humano, elegiría un dueño con conocimiento más que un amante de los perros.

La mayoría de animales, si se les diera la oportunidad, preferirían vivir entre los de su propia especie que con otras especies. Un animal que no puede relacionarse con los de su misma especie vive como en un limbo, como un hombre sin país. ¿Recuerdas a Keiko, la ballena orca de la película *Liberad a Willy?* Criado en cautividad, entrenado y querido por sus cuidadores, la liberaban una y otra vez, pero era incapaz de relacionarse con las demás ballenas de su especie en el mundo salvaje. Lo intentaba, pero ellas no querían aceptarle. No tenía las habilidades sociales necesarias, y los humanos no podían enseñárselas. Por desgracia Keiko murió sin haber conocido la sensación de ser una ballena orca, sin haberse sentido jamás orgulloso de sí mismo por ser una ballena orca. Creo que lo mismo les ocurre a los perros. Creo que sólo se sienten completos cuando pueden interactuar con los de su propia especie. ¿Pueden adaptarse y vivir con otra? Desde luego. Forma parte de nuestro mecanismo de supervivencia, siempre y cuando no seamos atacados, pero ¿preferiría un perro ser un perro antes que un humano? En la granja de mi abuelo en México teníamos «perros cabra» para conducir a las cabras. Para que pudieran llegar a ser perros de trabajo, se les separaba de su madre a una edad temprana y una cabra

los criaba, de modo que el perro pasase a formar parte de su manada. Pero más adelante, cuando el perro crecía, ya no encajaba con el comportamiento de las cabras. Su manada era la de las cabras, ya que para él, su madre fue una cabra, y por tanto ellas eran su familia, pero seguía desarrollando actividades de perro. Al final terminaría por conocer a otros perros, encontrar pareja y separarse de su familia caprina. Seguirá pasando muchos días con la manada de cabras, pero eso será para él un trabajo, no su identidad. Acabaría sintiéndose bien consigo mismo, bien por saberse perro y por serlo.

Honrad al ser humano que llevamos dentro

En cierto modo, la historia del perro que pertenece a una manada de cabras es una metáfora de mi propia vida. Cuando era un muchacho, no podía identificarme con la gente. Me sentía distinto. En lugar de intentar encontrar el nexo de unión con los de mi especie, me fui desplazando hacia los perros. Con ellos me sentía libre; ellos no me juzgaban, y podía ser un miembro importante de su grupo. Aquello entró a formar parte de mi identidad y me volví extremadamente antisocial. Dejé de confiar en las personas. Las aparté de mi lado. Renuncié a ellas. Durante mucho tiempo viví así, volcando toda mi energía emocional, espiritual e instintiva en los perros. Di por hecho que ése era mi destino. La verdad era que me sentía rechazado por la gente, pero en el fondo era yo el que me rechazaba a mí mismo. No puedes darle la espalda a los de tu propia especie sin de algún modo estar dándote la espalda a ti mismo. Culpas a los demás por tu tristeza, pero nunca te miras al espejo. Las cosas no cambian... y tú te limitas a existir. Puede que incluso te sientas bien, pero no estás creciendo.

Entonces conocí a mi mujer, Ilusión. Es una persona muy abierta emocionalmente, a pesar del hecho de que las personas que se han cruzado en su vida le han hecho sufrir mucho, pero ella nunca ha dejado de querer a los seres humanos, ni de intentar encontrar las mejores cualidades en cada uno de ellos. Mi esposa me encendió una luz. Me recordó lo importante que es relacionarse con otros seres humanos. Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba completo. Hasta entonces había vivido como por costumbre, me había limitado a existir, pero en el fondo no me había sentido completo ni feliz.

Era como Mowgli, el muchacho salvaje de *El libro de la selva*, de Rudyard Kipling. Seguía enamorado y volcado en mis perros, pero al final tuve que buscar el equilibrio entre mis perros y mi propia manada... mi familia humana. De no haberlo hecho, no habría podido hacer el trabajo que hago hoy. Cuando era niño, soñaba con

trabajar con los perros como medio para alejarme de los humanos. Hoy ayudo a rehabilitar perros, pero la clave de mi trabajo es la de «entrenar» humanos.

Todos deseamos tener amor incondicional en nuestra vida, pero con demasiada frecuencia renunciamos al esfuerzo que supone ganárnoslo entre los de nuestra propia especie y decidimos adoptar a un animal para que nos haga el trabajo. Los animales, es cierto, poseen la capacidad de aceptarnos como somos, y creo que todo el mundo debería conocer el amor por un animal, que nos hace mejores seres humanos y nos acerca a la naturaleza. Pero si sólo pensamos en nuestras propias necesidades, es un modo muy egoísta de relacionarse con alguien. Sentimos que por fin hemos encontrado a alguien, a nuestra alma gemela animal, lo que constituye una maravillosa terapia, una oportunidad increíble de experimentar la sensación de que alguien nos quiera simplemente por lo que somos. Y es un gran primer paso, pero no el final del viaje en busca de nuestra identidad dentro del conjunto de nuestra propia especie, de la integración con la persona o la «manada» de personas que también nos acepten como somos y del modo que sólo los humanos somos capaces de hacerlo. Nunca podremos conseguirlo si nos dedicamos a culpar a los demás de nuestros fallos. Hemos de mirarnos al espejo y enfrentarnos con toda sinceridad a nuestros miedos.

Cuando hablamos de los perros, nuestra misión debería ser satisfacer primero sus necesidades. Lo más terapéutico, lo que puede proporcionarte una mayor sensación de poder es satisfacer las necesidades de otro ser humano. Si ves a tu perro pasar de ser un animal inseguro, ansioso y agresivo a un perro equilibrado y pacífico, resultará ser la mejor terapia del mundo. Reforzará tu liderazgo y tu autoestima. Cuando te concentras en lo que es lo mejor para los animales, consigues automáticamente el beneficio de aprender de su equilibrio, de su modo natural de vivir. Ellos quieren cosas muy sencillas de la vida, pero para ellos, eso tiene el mismo sentido que tres mil millones de dólares para mi amigo el Magnate.

Si puedes alcanzar una energía serena y firme y un sólido liderazgo con tu perro, podrás conseguir lo mismo en cualquier otra área de tu vida. Deja que tu perro sea tu seguidor, tu espejo... y al final, también tu guía en el viaje que supone llegar a ser la mejor persona que puedas ser.

Epílogo

Humanos y perros: el largo camino a casa

«Estamos solos, completamente solos en este planeta de oportunidades, y entre todas las formas de vida que nos rodean, ni una sola, excepto el perro, ha sellado una alianza con nosotros».

MAURICE MAETERLINCK

Ya he dicho antes que dos entrenadores de perros no son capaces de ponerse de acuerdo en nada que no sea que un tercer entrenador está totalmente equivocado. Del mismo modo, los científicos que buscan las respuestas a cómo y cuándo el perro fue domesticado se enfrentan constantemente en el conocimiento de uno de los mayores misterios de todos los tiempos. Yo no soy científico, ni arqueólogo, ni historiador, pero por un momento sígueme la corriente y enciende el interruptor de esa poderosa imaginación localizada en la parte frontal de ese enorme cerebro humano tuyo e intenta visualizar la siguiente escena:

«Estamos en un momento de hace unos doce mil años, en plena glaciación. Un gélido día cualquiera, aparece un rastro de vida en un puente de tierra que se ha formado sobre el estrecho de Bering y que une el continente asiático con el Nuevo Mundo. Buscando mejores tierras de caza, un pequeño grupo de humanos prehistóricos avanza lentamente sobre aquel páramo helado, peleando por seguir adelante contra el viento y la nieve. Un grupo de cánidos lobunos, los antepasados más remotos del perro moderno, sigue a este grupo desorganizado. Puede que anden tras las sobras que el grupo humano en plena migración va dejando atrás. Es posible que hayan sido reclutados para tirar de un trineo, pero también puede, es sólo una posibilidad, que estén manteniendo vivos a los humanos ayudándoles a cazar. Con su magnífico olfato, son capaces de identificar a una presa potencial a kilómetros de distancia. Con su ADN lobuno, son mejores acosadores y mejores rastreadores. Son más rápidos que los humanos y están más en sintonía con los animales que los rodean. Puede que sin la presencia de estos animales, el pequeño grupo de humanos no hubiera sobrevivido al paso del estrecho.

¿Y si los ancestros del perro no aprendieron de los humanos, sino los humanos del perro?».

Esto es sólo una fantasía, por supuesto; mi propia película de Hollywood, una

cinta que me gusta poner una y otra vez en mi imaginación. Pero hay algo cierto en la imagen y de lo que estoy completamente seguro: hayamos hecho lo que hayamos hecho para llegar hasta aquí, desde el pasado más remoto hasta el siglo XXI, no me cabe duda de que los humanos y los perros hemos hecho la mayor parte de ese viaje *juntos*. Siempre digo que caminar con los perros, migrar con ellos, es el modo más intenso de comunicarnos con ellos porque recrea aquellos viajes primigenios. Juntos formamos dos especies bien distintas a las demás del planeta; dos especies que han sellado una alianza para sobrevivir. Nuestras dos especies son gregarias; ambos vivimos en manadas. Hemos debido identificarnos de un modo muy intenso desde el principio, tan intenso que el resto de nuestra respectiva historia siempre ha estado entrelazada. Nos enamoramos de los perros, los enterramos con el mismo cuidado que a nuestros propios muertos, pintamos murales con su imagen en nuestros palacios; creamos a nuestros antiguos dioses a su imagen. Y por la razón que sea, ellos nos han amado a nosotros. Los perros son los únicos animales fuera del grupo de los primates que responden instintivamente a nuestros gestos. Los únicos que buscan en la expresión de nuestro rostro indicios de nuestra intención. Son los únicos animales que automáticamente se vuelven a nosotros para pedirnos guía en este extraño y complejo mundo que hemos creado a partir de lo que era un simple planeta.

Estos nobles animales, tan distintos de nosotros en tantos sentidos, y tan parecidos en otros, son nuestro nexo de unión con la parte instintiva de nosotros mismos que hemos ido dejando atrás. Cuando miramos a sus ojos confiados, vemos en ellos nuestros logros y nuestras debilidades. Hay lecciones sin fin que aprender en ellos, si tenemos el valor y la predisposición necesarios para hacerlo.

Espero que este libro te haya permitido ver a tus perros adorados de un modo más cargado de significado, y que siempre seas consciente y nunca dejes de agradecer el lazo profundo y eterno que nos une.

Apéndice

Una guía de consulta abreviada para llegar a ser mejor líder de la manada

Encontrarse con un perro por primera vez

1. No te acerques al perro. No olvides que los líderes de la manada nunca se acercan a los subordinados; son ellos quienes se acercan al líder. Para algunas personas este punto resulta bastante complicado porque cada vez que ven a un perro sienten la necesidad de acercarse y acariciarlo. Sin embargo, por bonito que sea, no olvides que es un ser vivo con dignidad y se merece tanto respeto como un humano.

2. Un perro normal sentirá curiosidad por tu olor, de modo que es importante que le permitas acercarse a ti y olerte. Cuando vayas a casa de alguien por primera vez, el perro responderá mucho mejor si no le haces ningún caso al principio y le permites que sea él quien te investigue a su manera. Dado que son muchos los humanos que desconocen la etiqueta canina, muchos perros están acostumbrados a que los humanos se les acerquen sin haber sido invitados y para defenderse han construido mecanismos de defensa, entre los que se cuenta la timidez, el temor, y a veces la agresión. Permitir que un perro te explore antes de que tú le hayas explorado a él le proporciona el espacio necesario para que te respete y confíe en ti.

3. No olvides mis tres reglas: *no tocar, no hablar y no mirar a los ojos* mientras el perro está analizando a través del olfato nuestra energía y los distintos olores de nuestro cuerpo. Su examen puede durar desde tres segundos a un minuto. Es importante no interrumpir al perro mientras está llevando a cabo este ritual. Tú no darías media vuelta mientras alguien te está estrechando la mano, ¿verdad?

4. Cuando el perro haya terminado de examinarte, con un signo te hará entender si quiere pelear contigo, si quiere huir de ti, ignorarte o mostrarte respeto, que es otro modo de decir «sumisión». En este último caso puede que proyecte hacia ti buenas vibraciones, y a veces se frotará contra ti suavemente. Esa señal podrás interpretarla como que puedes tocarlo o compartir afecto con él.

5. Mucha gente insiste u obliga a un perro a prestarle atención cuando el animal preferiría ignorarle. En el mundo canino, se trata de un comportamiento grosero. Imagínate que acabas de estrecharle la mano a alguien formalmente, luego has dado media vuelta para continuar con tus asuntos y esa persona insiste en no dejarte. Si un

perro quiere ignorarte, simplemente dará media vuelta y mirará hacia otro lado, ya sea el suelo o cualquier otra cosa que llame su atención. Puede incluso que se aleje. Básicamente te está diciendo: «Gracias, pero no, gracias». Lo mejor que puedes hacer es no prestarle atención.

6. Si un perro muestra síntomas de dominancia o agresividad hacia ti, ignorarle podría ser interpretado como un signo de debilidad. Podría tratarse de una mirada, una mueca o una agresión más física como chocarse contra ti o subirse sobre tus pies. En este caso, debes ponerte en tu sitio, pero sin mirarle fijamente a los ojos, algo que inmediatamente interpretaría como un desafío. Tu objetivo no es discutir con el perro u obligarle a que te vea como «el jefe», sino pedirle que te trate al menos con el mismo respeto que tú le has tratado a él. Simplemente utiliza tu cuerpo y tu «diálogo interior» para defender tu propio espacio. En su mundo, los perros «dialogan» por el espacio constantemente, y la mayoría de ellos te darán el tuyo cuando se lo reclames.

7. Si la agresión continúa, deberás pedirle al dueño con toda la calma y la firmeza del mundo que se lleve al perro porque no te sientes cómodo. Hazlo enseguida, porque si permites que tus propias emociones escalen en nerviosismo o temor, puedes prepararte para una relación problemática a largo plazo. Por supuesto también es muy importante que el dueño aparte al perro de un modo tranquilo y firme. Lo más importante en ese momento es que nadie se excite demasiado.

Cómo presentarle una persona nueva a tu perro (especialmente un niño)

1. Si vas caminando por una calle y un niño o un desconocido quiere acariciar a tu perro, lo más importante que debes recordar es que el líder de la manada eres tú y que el control de la situación depende de ti.

2. En primer lugar, nunca permitas que sea el niño quien haga el primer movimiento. Tendrás que observar al niño o al desconocido y reparar en cómo se comporta, prestando especial atención al lenguaje corporal y al contacto visual. Si esa persona está excitada es posible que el perro lo considere una falta de respeto y puede que intente corregirle empujándole con la cabeza, el cuerpo o la pata. Recuerda que tu perro no puede entenderte si le dices «no te preocupes, que es el hijo de mi amigo». Él nunca va a verle de ese modo, como tampoco va a importarle si es un amante de los perros. Lo que tu perro hará será emitir un juicio basándose en la intensidad de su energía, la velocidad y dónde y cómo le está tocando el niño.

3. Si conoces bien a tu perro y te fías de él en presencia de desconocidos (y si tu

perro ha hecho el ejercicio suficiente y no se siente ansioso o frustrado), te recomiendo que le digas al niño: «¿Por qué no dejas que él te salude primero? Tengo tres reglas: no tocar, no hablar y no mirarle a los ojos durante dos minutos». Luego observa las reacciones de tu perro. Si te parece que la situación está controlada, deja que el niño acaricie al perro, pero asegúrate de que controlar el modo en que el niño le muestra su afecto al perro. Tú y sólo tú, el dueño, sabrás si a tu perro no le gusta que le toquen en determinadas partes del cuerpo o de un modo en concreto.

4. Si la energía de la persona no te parece adecuada, o si tienes la impresión de que tu perro no está de humor para conocer a un niño sin correr riesgos, la respuesta adecuada a ese tipo de situaciones puede ser: «Lo siento, pero mi perro se está entrenando en este momento». Más vale prevenir que curar, sobre todo estando de por medio la seguridad de un niño.

Introducir una persona nueva en tu casa

Cuando llega un invitado a tu puerta, la mayor parte de los perros ladran. Esto es normal, y es parte del sistema de alarma de los perros. Ésta es una de las muchas razones por las que los humanos introdujeron al perro en su vida: para que los alertara de la presencia de extraños y de posibles peligros. Lo difícil es ser capaces de controlar el ladrido de nuestro perro, pero aun así su sentido común le empujará a decidir si una persona que llega a nuestra puerta es o no digna de confianza. Queremos tener una alarma que podamos conectar y desconectar a nuestro antojo, pero un perro es un ser vivo con una mente propia. En este punto entrarán en juego la preparación, la repetición y tus habilidades como líder de la manada.

1 . Es pertinente condicionar a tu perro para que comprenda que sólo un cierto número de ladridos es aceptable. Cuanto más ladra el perro, más se pondrá en modo guardia-alerta, un estado bien distinto del de sereno y sumiso. De tres a cinco ladridos deberían bastar para alertar a cualquiera que venga a tu puerta de que hay un perro en el interior de la casa. Y el perro está haciendo un trabajo para ti: alertar a la manada de una llegada.

2. Antes de abrir la puerta, si tu perro va a permanecer en la habitación, lo mejor es que esté sereno y sumiso. A mí me gusta crear una frontera imaginaria en la zona de la entrada que me pertenece a mí, y no al perro. El perro podrá esperar tranquilamente fuera de esa zona, pero no podrá acercarse al recién llegado hasta que yo le dé permiso para hacerlo. Para esto puede requerirse por un lado mucha práctica por tu parte como líder de la manada, dueño del espacio, y un buen condicionamiento del animal a través de correcciones reforzadas con golosinas y afecto en respuesta a

su paciente espera hasta que tú le des la orden de salir.

3. Ahora que ya tienes un espacio seguro, abre la puerta. Si es la primera vez que esa persona viene a tu casa, pídele respetuosamente que siga la regla de no tocar, no hablar y no establecer contacto visual hasta que sea el perro quien dé el primer paso; dale permiso y permítele ejecutar su ritual, en el que no estarán permitidos los saltos. Una vez lo haya completado, podrás continuar con el modo humano de saludarse.

4. En cuanto el perro se haya acostumbrado al visitante, no tendrás que seguir las reglas tan estrictamente. Cuando el perro esté tranquilo y haya comprendido que esa persona es un humano más en papel líder, no tendrá que seguir preocupándose por el papel que desempeñará en la manada. Recuerda que tu perro no sabe que se trata de tu amigo de más tiempo que viene a comer a tu casa el día de Acción de Gracias. Él sólo quiere saber qué papel va a desempeñar esa persona en su mundo, y depende de ti, el líder de su manada, asegurarte de que tanto el perro como el invitado entienden bien su papel.

Algunos dueños, especialmente aquellos con más de un perro, prefieren sacar al perro de la habitación cuando llega una visita. Condicionar al animal con una chuchería para que salga de la habitación cada vez que suena el timbre puede disminuir la tensión de un primer encuentro y que el animal asocie a cada persona que llegue a la casa con algo bueno. Sin embargo, es importante que tú, el líder, hagas una presentación una vez el invitado se haya acomodado; una presentación que respete las reglas de la etiqueta tanto humana como canina.

Dominar el paseo

1. El momento ideal para salir de paseo es cuando no tienes prisa. Destina una hora como mínimo a este menester, aunque no sea necesariamente al paseo en sí, sino a todo el ritual. Recuerda que el paseo debe ser una experiencia significativa y placentera para tu perro y para ti, no algo que te quites de en medio antes de empezar con el día de verdad. Si es así como te sientes la mayor parte del tiempo, tu perro lo notará y ello perjudicará el lazo existente entre ambos.

2. El mejor momento para el paseo es con luz de día. Los perros son animales diurnos y caminar con ellos durante el día va en sintonía con su reloj biológico. Por supuesto pueden adaptarse a la actividad nocturna del mismo modo que los humanos, pero desde el punto de vista biológico, ambas especies tienden a hacer mejor su trabajo durante las horas de luz.

3. Para seguir los principios de la psicología canina, debes comprender que no pretendes crear con el paseo una sobreexcitación en tu perro. No olvides que te tiene

calado, y para él el ritual del paseo empieza en el momento en que *piensas* en él por primera vez. El perro empezará a excitarse en cuanto vea la correa. No lo llames alzando la voz, ni le permitas que salte o cualquier otro comportamiento histérico. Es importante que esperes a que esté calmado, incluso antes de ponerle la correa.

4. Es muy importante que entiendas cuál es el ritual del líder de la manada. Un líder tiene una misión o una intención, razón por la que los perros instintivamente quieren seguirle. Un líder sabe lo que se hace, de modo que ¡al menos finge saberlo tú también! Recuerda tu diálogo interno: ha de ser fuerte, sereno y firme.

5. Cuando ya le hayas puesto la correa al perro siguiendo las normas y esté en la predisposición correcta, abre la puerta. ¿Sigue estando tranquilo? Si no es así, espera a que lo esté. Tú has de salir primero y luego pedirle al perro que salga él. No permitas que el animal salga como un rayo delante de ti. Cuando ya estéis fuera, pídele que se siente y se tranquilice, y después cierra la puerta. Tengas que hacer lo que tengas que hacer, intenta no tener prisa. Ésa es la razón de que debas darte un marco amplio de tiempo. Lo creas o no, la parte más importante de todo este ritual es el comienzo, ya que marca el tono para el resto de la experiencia.

6. Si tu caso es el contrario y el animal se siente incómodo con la correa, intenta no emplear el sonido sino quitar cualquier mueble tras el que pretenda esconderse tu perro. Luego espera a que el perro venga a ti para ponerle la correa. Es un buen momento para darle una golosina, si es necesario. Asegúrate de hacerlo todo con calma, con el más alto nivel de energía firme y serena. Con esta clase de perros, no salgas inmediatamente después a la calle. Camina un poco con la correa de la mano por un entorno conocido hasta que crees un flujo de energía con el cual podrás ir a la puerta y abrirla. Espera a que tu perro vuelva a estar sumiso y tranquilo antes de salir y cerrar. Si intenta huir, espera a que se calme antes de hacer nada, de modo que no pueda pensar que estás recompensando una mente inestable. Si abres la puerta cuando está inestable, ya le estás recompensando.

7. Camina con tu perro al lado o detrás de ti, nunca delante. Si no has experimentado la maravillosa sensación de ir con un perro caminando a tu lado (¡o con más de uno!), totalmente sincronizados con tu energía y tus movimientos, entonces en mi opinión, es que no has vivido. Si lo único que has experimentado es salir con un perro que va todo el tiempo tirando de la correa por delante de ti, entonces no has disfrutado de la verdadera belleza y unión que destila el pasear correctamente con un perro. Una vez lo hayas hecho bien, créeme: ¡nunca más querrás volver a lo de antes!

8. Si tu perro ha mantenido una magnífica predisposición durante el paseo, puedes recompensarle permitiéndole aliviarse. Si tu perro micciona automáticamente en cuanto salís a la calle, está bien, siempre y cuando el animal se muestre tranquilo y no excitado. El siguiente paso es por el que más me pregunta la gente: ¿cuándo le

dejo olfatear? Yo recomiendo dejar que lo haga un máximo de cinco minutos para que tenga «su tiempo» durante la pausa para hacer sus necesidades.

9. Después llega el momento del ritual de la migración, el ritual de avanzar juntos. El desafío consiste en no permitirle olfatear el suelo, pararse a mirar a su alrededor o distraerse por perros que ladran al otro lado de una valla. Debes transmitirle que «el líder de la manada soy yo y tú debes seguirme». Luego, cuando hayas migrado durante unos quince minutos, puedes recompensarle dejándole adelantarse y olfatear el suelo de dos a cinco minutos. La recompensa debe ser siempre inferior en duración al tiempo de desafío porque lo que tú quieres es que te vea más como el líder de su manada, que como un amigo que camina detrás. Cada vez que el perro se adelanta sin permiso, cree que es él quien lidera el paseo.

10. Nunca intentes reunirte con otro perro que no esté en la misma predisposición que el tuyo. No experimentes. Si un perro está excitado y el tuyo está sumiso y tranquilo, no es bueno ponerlos juntos. Si quieres que ese perro forme parte de la vida del tuyo, asegúrate de que caminen juntos formando manada antes de darles tiempo para jugar.

11. Cambia de ruta tanto como puedas. A los perros les gusta la rutina, pero ¡también la aventura! Experimenta lugares nuevos, escenarios nuevos y olores desconocidos como parte del desafío psicológico.

12. ¡No olvides recoger sus deposiciones!

Un detalle más acerca del paseo: si el tiempo es demasiado malo para salir, no dejes a tu perro en casa explicándole por qué no vais a caminar. Llévale a la puerta para que pueda sentir la lluvia, la nieve o el granizo. Si tu perro puede leer el pronóstico del tiempo instintivamente, comprenderá perfectamente que no salgáis a vuestro peregrinaje diario.

[Gráfico](#)

De vuelta del paseo

1. ¿Cuándo volver a casa? Cuando conoces a tu perro comprendes sus necesidades físicas y psicológicas y podrás determinar la duración necesaria del tiempo que dediques cada mañana y cada tarde al paseo. Para perros más pequeños o de un nivel más bajo de energía, recomiendo un mínimo de media a una hora. Para otros, excepto aquellos más viejos o con discapacidades, recomiendo un mínimo de cuarenta y cinco minutos. Si añades mochila, cinta de correr y otro ejercicio vigoroso, podrás acortar el tiempo. Aprenderás a conocer sus límites y a saber cuándo empieza a cansarse y está preparado para volver a casa.

2. Cuando vuelvas a casa, utiliza los mismos principios que cuando sales. Muchos de mis clientes dominan la primera parte del paseo, pero luego se desinflan en cuanto abren la puerta para volver a entrar, de modo que casi todo lo que han logrado se va por el desagüe. Tú, como líder de la manada, eres quien debe abrir las puertas y entrar el primero en tu territorio para después decidir lo que el perro debe hacer cuando llegue.

3. Ten un plan para cuando llegues a casa. Sigue siendo muy importante para el perro que sepa qué papel va a jugar cuando vuelva. Tienes que saber de antemano qué actividad quieres que realice. A lo mejor te gusta que haya un sitio en concreto donde prefieres que se siente y espere a que guardes la correa, el abrigo, las zapatillas de caminar o mientras vas al baño. Un desafío psicológico extenderá los beneficios del paseo y reestablecerá tu papel de líder dentro de la casa.

4. Después del paseo es el mejor momento para darle de comer y de beber a tu perro. De ese modo imitas de la mejor manera posible la experiencia que habría tenido en la naturaleza: salir, avanzar, buscar una presa y comérsela. Sin embargo, a veces es lo mejor para el perro darle tiempo a que descanse un poco antes de comer. Ofrécele agua y luego déjale descansar un poco mientras tú te duchas y te vistes; puede que sea eso lo que prefiera después de un largo paseo. En el Centro de Psicología Canina me lleva un tiempo preparar la comida una vez hemos vuelto de hacer nuestro ejercicio matutino, y durante ese tiempo los perros beben agua y descansan un poco.

El ritual de la comida

1. Para mí es importante mezclar la comida de mis perros con las manos. No se puede comprar amor en lata, y quiero impregnar la comida de mi olor y de mi energía. Quiero darles algo más que alimento. Quiero alimentarios como a mí me alimentó mi madre, con mucho amor en cada comida que preparaba para nosotros. Es mi ritual personal. Por supuesto no es algo obligatorio, pero creo que ser un buen líder de la manada implica encontrar nuevos modos de construir esa conexión entre mis perros y yo.

2. Es muy, muy importante para la salud psicológica de un perro, para todo su ser (para su *alma*, si quieres llamarlo así) que se gane la comida que recibe. Ganarse la comida alimenta su autoestima. Es un orgullo interior, una medalla de oro. Cuando nos limitamos a poner un cuenco de comida delante de ellos, les estamos negando la satisfacción de una necesidad animal básica.

3. Es típico en un perro excitarse e interesarse cuando se prepara la comida o

cuando alguien abre una lata. El sonido y el olor de la comida crea una asociación feliz para él, de modo que se pondrá alerta inmediatamente. Pero también es natural para él volver al estado en que se encontraba antes de que abrieras la lata. Si te das cuenta de que se está sobreexcitando, esos serán los primeros síntomas de que la situación va a escalar. Tendrás que corregir el comportamiento inmediatamente: haz que vuelva al modo «espera» y no le des la comida hasta que olvide esa sobreexcitación y obsesión.

4. Crear un comportamiento de espera serena y sumisa antes de comer es un desafío psicológico importante para un perro. Es muy difícil de conseguir porque en estado salvaje es la excitación y la dominancia lo que le valen su derecho a la comida. En el mundo natural, los más activos, rápidos y osados son los primeros en comer. Pero dado que nuestro perro está domesticado, podemos crear un estado totalmente distinto, en el que no necesita excitarse, ni ser dominante para poder comer. ¡Esto es especialmente importante para aquellos que tengan dos o más perros! Puedes pedirle al perro que se quede tranquilo mientras preparas la comida. Proporciona al perro un momento de desafío, una actividad como ésta crea atención y agudeza, y ayuda a construir confianza. Siempre es mejor darle un desafío a tu perro a que sea él quien te lo ponga a ti.

5. En el Centro de Psicología Canina yo añado otro reto a la hora de la comida: pido a los perros que me miren a mí, y no al plato de la comida, antes de dársela. Con ello alcanzo dos objetivos: uno es evitar que se obsesionen con la comida. El segundo es que creo un ritual de apreciación entre mi manada y yo. En otras palabras: la comida proviene de mí, que soy su líder. Yo soy la fuente de todo lo que tienen. Si se concentran en mí, puedo proporcionarles energía sedante con la mirada. No se trata de dominarles, sino de establecer el ritual que nos une, crear una especie de conversación en la que les digo «sí, voy a daros esta comida. Me alegro de compartirla con vosotros. Y me siento muy orgulloso al veros en ese estado de tranquilidad». Mientras esta «conversación» se desarrolla, nos volvemos todos el espejo de la energía del otro de la que tanto he hablado en este libro. Cuando humanos y perros nos comunicamos la misma energía y estamos en la misma predisposición, el lazo que ya existe entre nosotros sale reforzado.

Cómo manejar la agresividad por la comida

En los carnívoros es natural hasta cierto punto mostrarse territorial con la comida debido al antiguo instinto de supervivencia. Estoy seguro de que conoces a algún humano que se niega a compartir ni siquiera una patata frita de su plato. Sin embargo,

en una casa nunca se debe permitir que un perro se muestre posesivo o se obsesione. Si la agresión es leve, puede arreglarse empleando la técnica que se describe a continuación. Si se trata de algo más serio, sólo un profesional puede ocuparse de eliminar la obsesión por la comida y después darte a ti, el dueño del perro, unos «deberes» para continuar con su rehabilitación. Pero debes tomarte esta clase de agresividad muy en serio, incluso en un cachorro. No es un comportamiento «mono», sino una prueba de que para él no eres su líder.

1. Observa si tu perro da muestras de agresividad con su cuenco de comida. Si te acercas hacia él y está desarrollando esa agresividad por la comida, verás que baja la cabeza y la mete en el plato, como si quisiera ocultártela. También puede ocurrir que se le erice el pelo del cuello con el fin de hacerse parecer más grande a tus ojos, como si fuera un pez globo. Percibirás tensión en su cuerpo y veras que la cola se le queda rígida aunque pueda estarla moviendo. Con todos esos signos pretende decirte a ti, o a otro perro: «Esto es mío. ¡No te acerques!».

2. Si tienes más de un perro y la agresividad va dirigida hacia otro, y no a ti, la situación es algo más sencilla de resolver. En mi manada nunca damos de comer primero al perro más excitado o al dominante. Siempre recompensamos al perro que se encuentra en un estado de tranquilidad y sumisión. Y ese estado será el modelo a seguir por el resto de la manada. De modo que si tienes más de un perro, nunca debes dar de comer primero al más dominante, o al más viejo, o a tu favorito. Mucha gente dice: «Doy de comer primero al perro más excitado porque es el jefe». Es un error que sólo consigue crear competitividad entre ellos y más dominancia, además de peleas y disgustos a la hora de la comida.

3. En el Centro, pido siempre al perro más agresivo que muestre serenidad y sumisión, y me tomo mi tiempo para conseguir ese estado antes de darle de comer. Si se muestra muy agresivo, lo sujeto con la correa e incluso lo paso a otra dependencia desde la que pueda ver lo que está pasando. Cuando le toque a él, ya sabrá que los demás perros no van hacia la comida, de modo que gran parte de la tensión se habrá desvanecido. Para entonces los demás perros habrán terminado de comer y estarán satisfechos y relajados, y es la energía que van a proyectar. Y eso al final los ayuda a todos a saber qué ése es el ritual de la comida, y que no tiene nada que ver con la competitividad, sino con saber esperar.

4. Cuando un perro dirige su agresividad por la comida hacia ti, debes tener mucho cuidado a la hora de intentar redirigir su comportamiento. Puesto que comer y reproducirse son los dos impulsos más fuertes en todos los animales, un perro agresivo por la comida puede causar daños serios a una persona que le interrumpa, y aconsejo a cualquiera que sufra este tipo de problema que llame a un profesional cualificado.

5. Nunca des afecto a un perro obsesionado por la comida para intentar detener su

comportamiento. Lo único que conseguirás es reforzarlo, y dependiendo de la intensidad de su agresividad, puedes arriesgarte a recibir un buen mordisco.

6. El ritual de la espera puede evitar que se llegue a la agresividad por comida, o al menos detenerlo antes de que sea demasiado tarde. Cuando un perro es capaz de manipularte para que le des comida ladrando o saltando sobre ti, te está diciendo que le pertenecen tanto la comida como tu persona. Cuidado con este síntoma.

Cómo enfrentarse a un perro agresivo

1. En primer lugar, no te dejes intimidar automáticamente por el ladrido agresivo de un perro. Muchas veces lo que en la superficie puede parecer agresividad resulta ser una declaración de dominancia, o un modo de decir «éste es mi territorio».

2. Cuando un perro carga contra ti y es territorial, sólo suele querer que te alejes. En este caso, la mejor respuesta es simplemente pararse, mantener la calma y reclamar tu propio espacio. Enfrentate a la energía que viene contra ti y proyecta tu propia energía serena y firme. Utiliza tu «diálogo interior» para proyectar la idea de que «no pretendo hacerte daño, pero tampoco voy a retroceder. Sólo quiero mi espacio, no el tuyo». Eso debería bloquear la agresividad y bajar las revoluciones de un perro que se está mostrando simplemente territorial, además de aumentar el respeto que sienta por ti.

3. Una vez hay respeto, es que estás proyectando la energía que bloquea al perro. El animal se calmará y podrá analizarte mejor. Si esto ocurre, verás que el lenguaje corporal cambia. La postura se relaja, la cabeza baja un tanto y el perro evitará establecer contacto visual contigo. El impulso de supervivencia se ha calmado.

4. Si se trata de un lugar por el que debes pasar con asiduidad, es vital que ganes esta primera batalla psicológica. Incluso si el perro se encuentra detrás de la valla, le estás entregando la victoria y pasarás una y otra vez por la misma situación cada vez que camines ante esa valla. Se trata de eso, una batalla psicológica: tu energía contra la suya. Puedes saber que has ganado si el lenguaje corporal cambia como hemos descrito antes y el animal se retira.

5. Una vez empieza a retirarse, puedes acercarte o utilizar el sonido para acelerar la retirada (dar una palmada o hacer sonar unas piedras dentro de una botella de plástico). Al hacer esto, estás condicionando su mente para que asocie el sonido con alejarse de ti. Puedes volver a utilizarlo si la situación se repite con el mismo perro.

6. Recuerda no utilizar el sonido cuando un perro avanza hacia ti a menos que sepas que ha sido entrenado para responder a una determinada orden, o que esa orden funcionará proviniendo de ti. Es mejor empezar manteniendo la calma y quedándote

callado, eso sí firme y concentrado. Muchas veces la gente se deja llevar por el miedo y grita, o le dice al perro «¡vete!». A menos que la energía que haya tras el sonido sea al cien por cien firme y serena, seguramente no funcionará y puede incluso que sirva para que la agresividad crezca. Recuerda que si el perro se muestra agresivo, no querrás *añadir* energía, sino restarla.

7. Nunca te des la vuelta o sigas andando hasta que el perro retroceda, aunque esté del otro lado de una valla. De este modo le estás dando la victoria y tendrás que volver a pasar por todo el proceso la próxima vez. Y puede que sea aún más difícil porque le habrás dado un poder que antes no tenía al saber que ya te ha vencido una vez. Si no hay valla, dar media vuelta, alejarte o correr puede convertirte en una presa y desencadenar una persecución.

8. Si has de pasar por un vecindario de modo regular, puedes llevarte un bastón para sentirte más grande. Reyes y emperadores de épocas pasadas siempre llevaban bastones y báculos para hacerse parecer más fuertes psicológicamente, para parecer más grandes y ocupar más espacio. Utiliza esta psicología con los perros: cuanto más espacio puedas poseer, más fuerte y confiado parecerás. No te pongas cascos ni te retraigas a tu propio mundo, sino que debes ser consciente de lo que te rodea y reclamar tu espacio a cada paso que des.

9. Llevar un palo, un bastón, un paraguas o un montón de libros (incluso llevar un bote de gas paralizante o gas pimienta en el bolso) puede contribuir a que te sientas más seguro psicológicamente. La idea no es utilizar el gas contra el perro, y desde luego tampoco lo es pegarle con el palo. Si lo haces, lo más probable es que el animal reaccione intentando «pegarte», y en una competición física contra un perro de raza tan fuerte como un rottweiler, un pastor o un pitbull, es obvio quién tiene las de perder. No se trata de buscar pelea, pero si sentirte más seguro y más preparado te hace más fácil proyectar serenidad y firmeza, dejarás de ser un objetivo, o lo serás menos, y no sólo para los perros agresivos, sino para los humanos también.

10. Si te da la impresión de que el perro ha olvidado la fase de agresión y simplemente se acerca a ti para olfatearte, ése será un momento importante para valorar de nuevo la situación. ¿Su lenguaje corporal parecer relajado, o te está acechando, dispuesto a atacar? Si conoces al perro y es un animal habitualmente pacífico, es una cosa, pero si es un desconocido, sigue reclamando tu espacio y da un paso hacia él. Lo más importante es que nunca lo tengas a la espalda en lo que sería un clásico movimiento de «emboscada». Y no te alejes hasta que sea el perro el que te dé a ti la espalda.

11. Si hay más de un perro, nunca permitas que uno de ellos se coloque a tu espalda. Una estrategia clásica del ataque en manada es que uno de los integrantes le plante cara a la presa y el otro ataque por la espalda. Hace poco organizamos una sesión para los carteros de Atlanta y estudiamos precisamente ese caso en el que

varios de ellos se habían visto inmersos. Si tú te ves en esa misma situación, mantén la calma y reclama tu espacio con más firmeza aún. Pon el bastón, el carro o el bolso delante de ti, abre las piernas y pon los brazos en jarras para que parezcas más grande. Si no retrocedes y utilizas tu energía, podrás repeler el ataque.

Cómo reclamar tu espacio

1. Reclamar el espacio personal es un concepto muy básico en el reino animal, donde se mantienen «conversaciones» casi constantes sobre el espacio. La energía va y viene entre ellos como si dijeran: «Este cojín es mío; puedo compartirlo contigo, pero es mío». Si tienes más de un perro, o incluso un perro y un gato, hay una zona de la casa o un muñeco al que a uno de ellos le gusta reclamar como suyo. Siéntate tranquilamente y observa su lenguaje corporal, su energía y el modo en que se miran. Aprenderás incluso a sentir la energía de la conversación. Tenemos que desarrollar la capacidad de tener el mismo tipo de comunicación con nuestro perro como el que ellos tienen entre sí.

2. Saber cómo delimitar tu espacio es vital si quieres poder controlar comportamientos no deseados. No se trata de mostrarse cabezota, o de enseñarle a tu perro «quién es el jefe». Se trata de una habilidad comunicativa básica que te permitirá manifestar tu desacuerdo con tu perro sin tener que recurrir a la ira o a la frustración. ¡Además, estás reclamando sólo una pequeña porción de espacio, y no el universo entero! Un sofá es un espacio. Una cama es un espacio. Una habitación puede ser un espacio. Tu perro aceptará las reglas de cómo comportarse en ese espacio si tú lo reclamas. Si es en tu casa, ¿acaso es tu perro el que paga las letras de la hipoteca? Pues entonces no te sientas mal por dejarle claras cuáles son las reglas de comportamiento.

3. Reclamar tu espacio significa utilizar el cuerpo, la mente y la energía para «poseer» lo que quieres controlar. Por ejemplo, si un perro sale corriendo a la puerta cada vez que entra alguien, puedes evitar que se acerque demasiado plantándote delante de la puerta, poniendo los brazos en jarras y reclamándola. Estarás creando un círculo de espacio entre «tu puerta» y entre tú y el perro. El modo en que reclamo una zona como por ejemplo la puerta se basa en la misma estrategia que un perro ovejero utilizaría para reclamar el espacio y empujar a una oveja perdida a reintegrarse al rebaño. Me adelanto y comienzo a caminar alrededor del perro sin dejar de mirarle, diciéndole sin palabras que se aleje de lo que me pertenece. Sin embargo, si tiro de él para alejarle de la puerta sólo consigo intensificar su necesidad de reclamarla. Te recomiendo que veas un vídeo de perros pastores. Cuando corre alrededor de una

manada de ganado, comunicándoles a las vacas adónde quiere que se dirijan sin tan siquiera tocarlas, les está diciendo: «Fuera de este espacio... entra en aquél». Todo lo que hace es psicológico. La vaca, la oveja, la cabra, son especies totalmente distintas, pero todas comprenden a la perfección lo que el perro quiere decirles. Nosotros también somos animales; lo que pasa es que dejamos que las palabras y que nuestro superdesarrollado cerebro se interponga entre nosotros y esta forma tan instintiva de comunicación.

4. Cuando proyectas una línea invisible que tu perro no debe cruzar sin que tú se lo digas, si haces el ejercicio concentrado al máximo y comprometido, te sorprenderás de lo pronto que tu perro entiende dónde está la línea. Si un perro ladra en la ventana, puedes hacer que deje de ladrar reclamándola firmemente. Lo que le estás diciendo es: «Esta ventana me pertenece, y no quiero que sigas ladrando aquí». Pero si le gritas al perro diciéndole «¡no, Sally! ¡Ya está bien!», estás expresando una energía débil y frustrada y no reclamando ese espacio. Una vez más, estarías malgastando tu energía intentando controlar un comportamiento con lenguaje humano y raciocinio, cuando lo único que debes hacer es seguir al pie de la letra una de las páginas de la Madre Naturaleza y hacer lo que los animales hacen los unos con los otros.

5. Cuando le quitas cosas a un perro, o lo estás invitando a competir por ello, o lo estás invitando a jugar. Si tu intención es ésa, jugar, bien. Pero si tu intención es parar el juego antes de que el comportamiento pueda degenerar en posesivo, debes reclamar claramente el juguete para que el animal lo suelte. Cuando reclamas objetos, tu perro te los dará si le proyectas la energía adecuada. No puedes dudar, y has de manifestar claramente tu intención. No se puede negociar con el perro... «cariño, anda dame el juguete», ni mental ni verbalmente. Tu perro no se lo va a tomar como algo personal, ya que no tendrá problema alguno en darte lo que sabe que te pertenece.

Mucha gente tiene miedo de que sus perros les tengan rencor, o de impedir que el *espíritu* del perro se manifieste libremente al no dejarles su objeto favorito siempre que lo quieran. Pero dejar que tenga y retenga cualquier cosa que quiera puede conducir a la obsesión, y la obsesión no es saludable. Parte de tu trabajo como líder es poner normas, fronteras y límites para evitar que cualquier frustración que pueda sentir acabe transformándose en una obsesión.

Cómo tratar comportamientos obsesivos y fijaciones

Para los perros las obsesiones y fijaciones pueden ser tan dañinas como las adicciones para los humanos. Cuando nos reímos al ver a un perro que se comporta de modo frenético con un juguete, un hueso, un haz de luz, un juego de buscar y traer o con el gato del vecino, es como reírse de alguien que está tan borracho que se cae en la calle. Es obvio que su comportamiento se ve cómico en el primer momento, pero la verdad es que no tiene control alguno ni físico ni psíquico sobre sí mismo, y algún día puede llegar a hacerse daño de verdad o a herir a aquellos que tiene a su alrededor. Esas son las consecuencias que puede tener para un perro un comportamiento obsesivo: son una adicción. Un interesante hecho es que el término adicción deriva del latín *addicere*, «sentenciar». Cuando permitimos que las costumbres de nuestro perro lleguen al punto de transformarse en una obsesión y/o adicción, los estamos «sentenciando» a una existencia frustrante y desdichada.

Identificar la obsesión

1. Un perro normal juega: contigo, con tus hijos y otros perros. A los animales equilibrados puede gustarles más un juguete o un juego en particular, pero nunca deja de ser un *juego*; no es una situación de vida o muerte. Un perro obsesivo se tomará esos juegos muy en serio. Detectaremos un nivel completamente distinto de intensidad.

2. Cuando un perro se está obsesionado, el lenguaje de su rostro y su cuerpo cambiarán visiblemente. El cuerpo se tensa y sobre sus ojos se fijará una especie de hielo, se le fijarán las pupilas y no podrás distraer su mirada. Es como si estuviera casi en trance. Ha entrado en una zona en la que no hay alegría ni relajación. Imagínate a un adicto al juego ante una máquina tragaperras, tirando mecánicamente del brazo una y otra vez, fijado con ella pero sin disfrutar. La obsesión no es un lugar agradable en el que estar, sino una zona en la que el animal está ciego a todo lo que tiene a su alrededor que *debería* hacerle feliz.

Prevenir la obsesión

1. Un paso para prevenir el comportamiento obsesivo es monitorizar la intensidad del juego de tu perro. Yo intento supervisar del juego de mis propios hijos, porque siempre uno va a ser más rápido, o va a ser físicamente más fuerte. Si puedo mantenerlos en una intensidad física media, no se harán daño física o

emocionalmente, y no dejarán de disfrutar. La cuestión es que tu perro debe comprender que cualquier juego tiene sus limitaciones, tanto si se trata de jugar con su juguete favorito, o perseguir a las ardillas en el jardín, y que esos límites los determinas tú, no él.

Corregir las obsesiones

1. Asegúrate siempre de que tu perro hace el ejercicio necesario y que no vive con energía contenida. La mayor parte del tiempo una obsesión es algo que un perro ha descubierto que puede funcionar como vía de escape para la ansiedad, la frustración o la energía contenida.

2. Corrige el comportamiento obsesivo/posesivo inmediatamente. En este punto es donde radica la importancia de lo mucho o lo poco que conozcas a tu perro. Debes aprender a reconocer los indicios físicos y los signos en su energía que delaten el inicio de un comportamiento obsesivo, y detenerlo en el nivel uno antes de que pueda llegar al diez. Debes corregirle en ese mismo momento, obligarle a mostrar el nivel más alto de sumisión manteniendo el juguete o el objeto de la obsesión (si se trata de eso) cerca de él hasta que se aleje voluntariamente. La mayoría de la gente le quitaría el muñeco diciendo «¡No!», pero haciendo algo así sólo se consigue que la obsesión escale aún más, transformando al objeto, y a ti, en un blanco potencial. Tu perro no querría morder a un miembro de la familia, pero su estado es tal que no puede controlarse. No olvides que los perros no pueden racionalizar.

Enfrentarse al estrés del veterinario

1. ¡Lo primero es conocer al veterinario! Recuerda que tu perro no es un aparato que llevas a reparar, sino un ser sensible y que *siente*, pero sin las capacidades cognitivas necesarias para comprender exactamente qué papel juega aquella persona de la bata blanca. Los veterinarios son gente maravillosa y dedicada, pero también son seres humanos realizando un trabajo. Tienen muchos clientes y pueden ver a muchos animales en una jornada. Si el día ha sido malo, o tiene mucho estrés y el perro no le conoce, recogerá su energía y la reflejará. Por eso aconsejo siempre una «consulta» con el veterinario cuando no sea necesario un procedimiento médico o de urgencia, de modo que el perro pueda conocerle en otro contexto y empiece a desarrollar amistad y confianza. Creo que el fundamento de una visita relajada al

veterinario reside en la confianza: en primer lugar, en la que tu perro tiene depositada en ti, y en segundo lugar, en la que pueda tener en el veterinario. No es trabajo suyo en realidad establecer esa confianza y eres tú quien puede dar algunos pasos para fomentarla.

2. En la consulta del veterinario, el perro se va a sentir afectado de varios modos que pueden serle desconocidos. Recomiendo a mis clientes que «jueguen a los médicos» en casa unas cuantas veces, poniéndose una bata blanca, utilizando instrumental, alcohol y demás. Aparte de eso se deben emplear recompensas como golosinas, un buen masaje o alabanzas, que le ayudarán a asociar todas esas cosas desconocidas, olores y objetos con algo agradable o relajante. Cada vez que quieras preparar al perro para una nueva experiencia de un modo agradable, le estarás haciendo la vida más fácil y encarnando el papel de líder de la manada al máximo.

3. Aparte de preparar a tu perro para el examen del veterinario, asegúrate de que se siente cómodo con el viaje a la zona en que esté su consulta. Si tu perro detesta ir en coche y se pone nervioso, una experiencia traumática para ambos, ése será el primer obstáculo que haya que vencer. Si tu perro nunca ha estado en la ciudad, o en un centro comercial, o donde quiera que esté la consulta del veterinario asegúrate de llevarle antes por allí. ¡No le cargues el día de muchas sorpresas! También sugiero que le lleves a la sala de espera del veterinario sólo para que aprenda a socializarse en ella. Es un modo estupendo para que ni a tu perro ni a ti la visita al veterinario suponga gran cosa.

4. ¡Ejercicio, ejercicio y más ejercicio! Un perro cansado es mucho menos probable que se muestre ansioso. Tras una buena caminata de cuarenta y cinco minutos, es mucho más probable que tu perro se tumbe tan tranquilamente en la mesa del veterinario durante diez minutos. Yo suelo llevarme los patines, aparco a unas cuantas manzanas de la consulta y hago que mis perros corran junto a mí con su correa durante media hora para cansar hasta al más energético. Luego, cuando entro en la consulta, le pido a la recepcionista que les de un cuenco de agua y una galleta. No soy yo quien se lo ofrece, sino uno de los empleados de la consulta con el fin de crear un agradable nexo de unión entre el perro y la persona que trabaja allí. La experiencia resulta radicalmente distinta a la de que se le ofrezca una galleta al perro simplemente porque está aburrido. Hay una apreciación y una «conversación» que tiene lugar cuando una persona satisface una necesidad primaria de un animal como es el hambre o la sed. Es un enfoque mucho más natural, que no el de «sobornar» al perro con una galleta para que se quede sentado en la sala de espera un rato más.

5. También es de capital importancia que tú estés tranquilo y relajado antes, durante y después de la visita. Muchas veces los dueños de los perros están tan nerviosos como ellos. Se sienten mal por llevarle allí. No pueden soportar la imagen de que a su perro le saquen sangre y le pongan una inyección. O bien están muy

preocupados por la salud de su mascota. El perro refleja siempre hasta la última de tus señales. No olvides que tú eres su fuente de energía. Utiliza tus herramientas para crear energía firme y serena, y prepárate mentalmente para la experiencia. Pon música alegre en el coche de camino a la consulta e irradia una actitud positiva hacia tu perro. Gran parte de la experiencia para tu perro será la que tú le hagas tener.

6. Aun después de haber tenido todas estas precauciones, puede que tu perro siga sintiendo ansiedad en la consulta del veterinario. ¿Por qué? En primer lugar, ¡la sala de espera estará llena de gente que no habrá leído este libro! Gente que estará proyectando la misma tensión y aprensión que tú te has esforzado por bloquear. Sus perros estarán muy ansiosos, y el tuyo sentirá todo esto. Además los olores de la consulta le dirán que hay miedo y dolor allí dentro. Cuando un perro tiene miedo, sus glándulas anales se abren y liberan un olor determinado, y todos los perros saben muy bien lo que ese aroma significa. «¿Por qué está tan concentrado aquí? ¿Y por qué venimos a este sitio cuando mi instinto me dice que hay que huir de cualquier lugar en el que este olor sea tan fuerte?». Tu propia actitud ha de ser extrapositiva para contrarrestar todos esos signos naturales que está percibiendo el perro.

7. Si tu perro está pasando por algún procedimiento doloroso, es natural que quiera morder. Es un acto reflejo. En este caso, un bozal es una herramienta excelente. Por supuesto, habrás condicionado a tu perro con el uso del bozal mucho antes de que pueda ocurrir algún accidente. De hecho, puedes utilizar el bozal como sedante psicológico si condicionas correctamente a tu perro. Si sigues las pautas del capítulo 3 y creas una experiencia relajante y agradable cada vez que le pongas el bozal, podrás utilizarlo como instrumento de respaldo que el perro asociará inmediatamente con la relajación. De este modo puedes ayudarlo a rechazar el miedo, sobre todo si ha tenido un accidente o una enfermedad inesperada.

8. Si tu perro sufre un accidente y debes salir corriendo a urgencias, te encontrarás lleno, y es comprensible, de todo tipo de emociones: pánico, preocupación, histeria... Si proyectas todo esto a tu perro lo que estarás consiguiendo es hacer crecer su miedo, lo cual desembocará en una aceleración del ritmo cardiaco que empeorará cualquier situación de vida o muerte. Si te encuentras en esta circunstancia, imagina que eres médico. Los médicos nunca llegan al lugar de un accidente y dicen: «¡Ay, Dios mío, estás sangrando! ¡Si no nos damos prisa, morirás!». Estos profesionales siempre se mantienen serenos y firmes, y al comportarse así relajan a la víctima y le ayudan a conservarse con vida. Debes grabarte a fuego en la memoria lo siguiente: «Cuando mi perro está en una situación estresante, no puedo pensar como lo haría su dueño, sino como lo haría un médico». Intenta prepararte para ello antes de que ocurra. No querrás ponerte a prueba cuando ya esté ocurriendo. Intenta practicar para que, llegado el caso, sepas exactamente lo que debes hacer.

Ir al parque para perros

1. Al igual que cuando vas a salir a dar un paseo, tu perro estará pendiente de todas las pistas que dejes caer. Si realizas alguna tarea rutinaria antes de ir al parque para perros (como por ejemplo, ponerte unos zapatos determinados, meterte al bolsillo las llaves del coche), el perro se dará cuenta inmediatamente y se pondrá nervioso. Muchos de mis clientes le dicen al perro con voz almibarada: «Oye, Smoky, ¿quieres que vayamos al parque?». Presta atención a todos estos detalles y asegúrate de que tu perro está sumiso y tranquilo mientras tú realizas todos estos rituales. La excitación es natural, pero debes ser tú quien la desencadene y no él. Si tu perro está ya sobreexcitado antes de salir, estarás muy cerca de tener un perro descontrolado en el parque.

2. Una vez hayas conseguido salir de tu casa de un modo relajado y ordenado, te enfrentarás al siguiente obstáculo: el coche. Una vez más, no debes permitir que salga disparado para subirse al coche en cuanto abras la puerta. A veces veo a gente conduciendo en dirección al parque con el perro dando saltos en el asiento de atrás, de pie apoyado en las ventanillas, jadeando de tal manera que todos los cristales del coche están empañados lo que, por supuesto, además de no ser bueno para el perro, puede provocar un accidente. Si quieres llevarte a tu perro a alguna parte, especialmente a un sitio en el que deba estar tranquilo, necesitas establecer unas normas para viajar en el coche.

3. Los perros son conscientes de su entorno a través del oído y la vista, pero sobre todo, del olfato, de modo que suelen excitarse incluso un par de manzanas antes de llegar al parque. Si tu perro hace esto, detén el coche y practica su obediencia hasta que se tranquilice.

4. Si todo el mundo hiciera caminar a su perro antes de llevarlo al parque, el resultado sería que habría muchos más perros y dueños felices y un montón de lugares seguros y agradables donde podrían jugar los perros. Es mucha la gente que considera el parque para perros un lugar para actividad física, e incluso un sustituto para el paseo. Pues *no lo es*. El parque para perros debe ser una actividad psicológica y social. Por supuesto que tu perro puede jugar hasta acabar agotado al final de la visita, pero antes de mezclarlo con otros perros debes agotar su energía física de un modo primario, de modo que no tengan que aguantar a un congénere frustrado y lleno de energía contenida. Si vives a una distancia razonable del parque, ve andando, y añade una mochila para perros de elevado nivel de energía. Si no tienes otro remedio que ir en coche, aparca a tres manzanas de distancia y camina a paso rápido, o ve corriendo hasta el parque y luego asegúrate de que el perro vuelva a su estado sereno y sumiso antes de entrar. Si haces esto, serás un modelo para el resto de propietarios de perros y ayudarás a crear una experiencia más saludable para todo el mundo.

5. Ha llegado el momento de entrar en el parque. Sé que mucha gente considera que éste es el momento en el que un perro puede correr libremente y hacer lo que se le antoje, pero una vez más, tu perro responderá de un modo mucho más positivo si le creas una estructura para la experiencia. Acércate despacio al parque y asegúrate de que tu perro se sienta en un estado sereno y sumiso antes de abrir la puerta. Que no haya muchos otros perros, especialmente perros sobreexcitados, arremolinados al otro lado de la valla esperando que entre el tuyo. Un modo de influir en esto es insistir en captar la atención sobre ti, y mantener a tu perro de espaldas a los demás hasta que pierdan interés y se alejen. Y una vez lo hayan hecho, es más seguro dejar entrar a tu perro, porque la existencia de contacto visual puede conducir a que los otros ataquen al tuyo o viceversa.

6. No puedes permitir que tu perro te haga entrar en el parque. Al igual que cualquier otra experiencia que incluya atravesar una puerta, abres tú y le invitas a entrar a él.

7. Muchos de mis clientes admiten que para ellos el parque es un descanso: los perros entran a jugar con los amigos y ellos pueden relajarse un rato. No podemos eludir nuestra responsabilidad ni aun en el parque. Cuando yo me dedicaba a pasear perros, primero me tomaba el tiempo de presentarle el parque a mis perros, luego estudiaba la clase de energía que había entre los presentes y cuáles podrían ser buenos y malos para los míos. No olvides que la energía es más importante que la raza. Si te fijas un poco, verás que los perros buscan de un modo natural una energía que refleje la propia: los juguetones con los juguetones; los más revoltosos con los que son como ellos; los tímidos con los tímidos. Igual que una zona de juegos llena de niños. Debes, por tanto, estudiar la situación y pedirle a tu perro que te siga como si fueras a presentarle a los niños que crees que serán una buena influencia para él.

8. Después deja que el perro haga lo que quiera durante diez o quince minutos, y luego vuelve a pedirle que te siga. De este modo el perro tendrá la libertad que la gente suele querer que tengan en los parques, pero tampoco perderá de vista el hecho de que el líder de la manada sigue ejerciendo el control. Esto es importante, porque si llegase a producirse alguna pelea querrás poder ordenarle a tu perro que se separe inmediatamente, y que él te obedezca en ese entorno.

La gente siempre me dice: «Pero ¿es que yo quiero poder charlar con mis amigos cuando estoy en el parque para perros!». Por supuesto, ése es otro de los grandes beneficios de este tipo de instalaciones: ¡sacar a los humanos de su aislamiento y reunirlos! Una vez hayas realizado los pasos que hemos detallado, llega el momento de sentarse, tomar un café, hacer las llamadas que tienes pendientes o charlar con los amigos. Pero siempre deberás estar mirando a tu perro por el rabillo del ojo para asegurarte de que todo marcha bien. Siempre y cuando la estructura y el liderazgo estén presentes, tu perro y tú disfrutaréis de un rato mucho más relajado en el parque.

Elegir un perro con el nivel de energía adecuado

1. En primer lugar, mira en tu interior y examina las razones por las que deseas tener un perro. ¿Vas a buscar un perro porque estás en un momento emocional bajo? ¿Te sientes muy, muy solo y tu perro será tu única alma gemela? ¿Te atrae sólo el aspecto de un determinado tipo de perro, ciertas marcas, ciertas formas? Todas estas razones son una bandera roja, y aunque son bienintencionadas, la persona que se acerca a un perro con esta actitud suele terminar teniendo grandes problemas con su animal de compañía. En primer lugar, debes ser sincero contigo mismo. ¿Cuál es tu energía? ¿Cuál es tu predisposición emocional? Debes dar respuesta a estas dos preguntas antes de disponerte a elegir un perro.

2. Todos los canes necesitan de un humano que pueda quererlos, mostrarles afecto, e incluso ser su «alma gemela». Ellos también buscan estas cosas. Pero lo que de verdad necesitan ante todo es un humano que pueda ser un sólido líder para ellos: que tenga un buen sentido común instintivo; que vaya a ofrecerles el ejercicio adecuado y la disciplina necesaria antes que afecto: que pueda ponerles reglas, fronteras y límites que les proporcionen una estructura sólida para sus vidas.

3. Después de haber leído este libro, deberías saber reconocer tu estado emocional, la clase de energía que posees y la clase de vida que vas a poder proporcionarle a un perro. Lo mejor es siempre buscar un perro basándote en la energía. El nivel de ésta en tu perro debería ser igual o menor que el tuyo.

4. Mucha gente hoy elige a sus perros en refugios y organizaciones de rescate, lo cual yo apoyo al cien por cien. Hay demasiados perros candidatos a la eutanasia sólo porque no tienen un hogar que los acoja. Pero cuando vayas a un refugio, tendrás que ser consciente de que el 90 por ciento de los perros que vas a encontrar llevan algún tipo de equipaje, alguna clase de «dificultad». Con un buen liderazgo, el 99 por ciento de ellos puede rehabilitarse por completo. Pero tendrás que prestar especial atención a su nivel de energía y ser sincero contigo mismo en cuanto a lo que vas a poder manejar. Si ves a un perro que tiene unos ojos preciosos que te recuerdan al perro que tuviste de niño, puedes cegarte al hecho de que hay otros signos que podrían desaconsejarle para ti.

5. Reconocer el nivel de energía en un refugio no es tarea fácil. Mis clientes suelen pedirme que los acompañe al refugio porque un ojo experto puede decir si un perro es de verdad hiperactivo si le ves saltar en su jaula, o si simplemente tiene mucha energía almacenada porque lleva encerrado demasiado tiempo. Cualquier perro que haya pasado un tiempo en una jaula mostrará síntomas de frustración a menos que esté descansando. Pueden ladrar, ir de un lado para otro, mordisquear un

hueso. Si puedes permitirte, es siempre una buena idea llevar a un profesional contigo o a alguien que sea un experimentado dueño de perros o que tenga un perro cuyo comportamiento admires. Su perspectiva de la situación será mucho menos emotiva que la tuya.

6. Aunque lleves a un profesional o a un amigo contigo, siempre recomiendo que escuches los consejos del personal del refugio respecto del día a día de cualquiera de los perros. ¿Se mueve constantemente de un lado para otro, o se relaja un poco después de haber pasado un rato en libertad? ¿Cómo suele actuar cuando llegan visitas y cuando la gente a la que conoce se acerca? ¿Cuál es su comportamiento a la hora de la comida? ¿Y qué tal es con los demás perros cuando sale?

7. Si es posible y el refugio lo permite, date una vuelta con el perro. ¿Te dejarían dar una vuelta al edificio o al jardín unas cuantas veces? De ese modo podrás hacerte una idea más clara del temperamento del perro, una vez haya liberado un poco de la energía frustrada que lleva dentro. También te ayudará a saber si ese animal podría llegar a considerarte el líder de su manada.

8. Estar en un refugio es una experiencia muy emotiva y a veces descorazonadora. Te encuentras cara a cara con todas esas hermosas criaturas y ves de cerca cómo los humanos desilusionamos a la Madre Naturaleza una y otra vez. A veces te dirán que algunos de aquellos perros van a recibir la eutanasia si no se les encuentra un hogar. Pero si sólo confías en esas emociones como la razón por la que adoptar a un perro, estarás entrando en su vida con una energía débil. No le estarás haciendo un favor si lo adoptas sólo porque sientes lástima por él. Piénsalo bien. ¿Querrías que alguien te contratase a ti, o saliera contigo, o contrajera matrimonio contigo porque le inspiras lástima? Eso sería ponerte indefinidamente en un espacio débil e inseguro, ¿no crees? Lo mismo les ocurre a los perros. Intenta equilibrar tus emociones con el peso del sentido común, y piensa que si terminas devolviendo al perro al refugio porque no eres capaz de hacerte con él, será mucho más probable que tenga que enfrentarse a un final desdichado.

Llevar al perro a casa por primera vez

1. Si vives solo y vas a llevarte al perro a casa, a estas alturas ya sabrás la responsabilidad que supone. Y has sellado un compromiso: tendrás que darle a tu perro el 110 por ciento de ti mismo y a largo plazo.

2. Cuando te lleves un perro de un criador, o de la casa de otra persona, no querrás sacarlo de cuatro paredes y meterlo entre otras tantas. No importa lo bonita que sea tu casa, o lo grande y bonito que sea el jardín: estás cambiando al perro de

emplazamiento. Nada más. Lo primero que tenéis que hacer es migrar juntos. Cuando aparques el coche, no lleves al perro inmediatamente dentro; dale agua y llévale a dar un buen paseo por los alrededores, de modo que se sienta cómodo con su nuevo territorio y que empieces a sentar las bases del proceso de unión contigo como líder de la manada.

3. Una vez ya en casa, recuerda que estás metiendo a un perro en un entorno desconocido. Has de entrar tú primero y después invitarle a él. Luego, en lugar de dejarle «investigar» por su cuenta, le llevarás a la zona que va a ser su guarida. Tendrás que poner los límites de su zona de descanso y dónde se le va a permitir estar. Poco a poco irás presentándole el resto de la casa, pero es importante empezar con una estructura estricta. No olvides que muchos de los perros rescatados han padecido una vida desestructurada por completo, que es exactamente lo que les ha vuelto inestables. ¡Y tú vas a ser el líder de la manada que cambie eso!

4. Una vez tu perro esté cansado, quizás después de haberle dado de comer, puede que sea un buen momento para darle un baño o una ducha relajante. Tampoco estaría de más que tú te diceses otra y te quitaras la ropa que has llevado al refugio. Como ya sabes, los olores son muy importantes para tu perro, y puede asociar los olores del refugio con la ansiedad o la frustración, y tú quieres que asocie la casa con la relajación y la seguridad.

5. Al día siguiente, puedes guiarle para que investigue el resto de la casa. Recuerda que no estás impidiendo que disfrute de su nuevo hogar, sino que simplemente estás dándole la oportunidad de que lo haga por etapas. De este modo evitas que se excite o que se sienta desbordado, de forma que el trabajo será una experiencia agradable y relajante. Cuando tienes un invitado que va a quedarse a dormir, ¿le abres la puerta y dejas que él solo se busque la vida en tu casa? No. Lo llevas para que la conozca habitación por habitación: ésta es la cocina, ésta es mi habitación, el comedor, etcétera. Es lo mismo que tienes que hacer con tu perro: invitarle a cada habitación en la que has decidido que podrá entrar. Creo que es un desafío psicológico darle a tu perro toda una semana para que conozca cada habitación. Se mostrará muy respetuoso al final de cada desafío y comprenderá claramente lo que significa la cocina, el salón, la terraza y el pasillo. Sentirá que va a vivir en un sitio que tiene significado, un significado igual en todas partes: lleno de respeto y digno de confianza. De este modo nos adelantamos a la desagradable experiencia de: «¡Oh, no! ¡El perro se ha hecho pis en el sofá! ¡Ay, no! ¡Se me ha colado en la cocina!», que es algo que puede dañar la confianza que estás empezando a construir. Por eso es importante irle descubriendo las partes de la casa poco a poco, paso a paso. Y tu perro no se va a sentir mal, ni se va a enfadar porque no le lleves por toda la casa desde el primer momento. Para él no estás siendo malo. Hay mucha gente que piensa: «Mi perro se va a sentir mal porque yo estoy en la habitación y él

está allí solo». No. Simplemente va a aprender cómo vivir hasta que tú decidas hacerlo de otro modo.

6. Si ya tienes otro perro en casa, seguramente tendrás un animal equilibrado, o casi. Es muy importante no llevar a un perro a casa que tenga un nivel de energía superior al que ya tienes. Si es así, te encontrarás con comportamientos en tu perro más antiguo que nunca habías visto: para enfrentarse al recién llegado, tendrá que cambiar su forma de ser. Sin embargo, si el perro nuevo tiene un nivel menor de energía, tu perro más antiguo será el modelo a seguir por el nuevo. Es importante haber agotado en la medida de lo posible la energía del perro nuevo antes de llevarlo a casa. No querrás que tu perro más veterano tenga que enfrentarse a un animal frustrado. Y tendrás que pasar por las directrices que hemos explicado antes con el nuevo: el primer día en su nuevo entorno, caminar los dos juntos como una manada, uno a cada lado de ti hasta que se acostumbren el uno al otro. Después, tu primer perro ayudará al segundo todas tus reglas, fronteras y límites.

7. Si hay otros miembros de la familia, es importante que todo el mundo esté en la misma página del libro de las reglas de la casa. Si hay quien respeta las reglas y quien no, se creará confusión. En una manada salvaje, todos los miembros refuerzan el mismo comportamiento. Tenemos que proporcionar la misma consistencia que una manada equilibrada. Tu familia no debe actuar como si sintiera lástima del perro. No le haría ningún bien; sólo conseguiría bajar tu nivel de energía y perderías la capacidad de ser una buena influencia para él. Reúne a la familia, habla de las normas y hazles comprender la importancia de adoptar una actitud positiva y optimista respecto al nuevo miembro de la manada. Y por supuesto, todo el mundo deberá comprender la importancia del ejercicio, la disciplina y el afecto, además de la paciencia, porque un perro de refugio no va a ser un animal perfecto desde el primer día.

Bibliografía y lecturas recomendadas

- BECKER, G. DE, *The Gift of Fear: Survival Signs That Protects Us from Violence*, Dell, Nueva York, 1997. (*El valor del miedo: señales de alarma que nos protegen de la violencia*, Urano, Barcelona, 1999).
- CHOPRA, D., *The Spontaneous Fulfillment of Desire: Harnessing the Infinite Power of Coincidence* («La realización espontánea del deseo»), Harmony Books, Nueva York, 2003.
- DYER, W. W., *The Power of Intention*, Hay House, Carlsbad, 2004. (*El poder de la intención*, DeBolsillo, Barcelona, 2006).
- FOGLE, B., *The Dog's Mind: Understanding Your Dog's Behavior*, Macmillan, Nueva York, 1990. (*Conozca a su perro*, Naturart, Barcelona, 1993).
- GOLEMAN, D., *Emotional Intelligence*, Bantam Books, Nueva York, 1995. (*Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 2007).
- GOLEMAN, D., BOYATZIZ, R. y McKEE, A., *Primal Leadership: Learning to Lead with Emotional Intelligence*, Harvard Business School Press, Boston, 2002. (*El líder resonante crea más*, Plaza & Janés, Barcelona, 2002).
- HAUSER, M. D., *Wild Minds: What Animals Really Think*, Henry Holt, Nueva York, 2000. (*Mentes salvajes: ¿qué piensan los animales?*, Granica, Barcelona, 2004).
- PEASE, A. y PEASE, B., *The Definite Book of Body Language*, Bantam Dell, Nueva York, 2006. (*El lenguaje del cuerpo*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2004).

Organizaciones de ayuda

Centro de Adopción de Animales y Refugio de Animales Abandonados
Sociedad Valenciana Protectora de Animales y Plantas
www.supap.com

Cuidemos a los animales
www.wwf.es

¿Dónde puedo encontrar un lugar en el que trabajar como voluntario para refugios y organizaciones de rescate de mascotas?

www.networkforgood.org

Adiestradores de perros, educadores caninos
www.adiestradoresweb.com

ASANDA (Asociación Andaluza para la Defensa de los Animales)
www.asanda.org

ASPCA
www.aspca.org

Best Friends Animal Society
www.bestfriends.org

El Refugio (Asociación para el bienestar de los animales)
www.elrefugio.org

ANAA (Asociación Nacional Amigos de los Animales)
Apartado de correos 197
28140 Valdetorres del Jarama, Madrid
www.anaaweb.org

Animals Sense Sostre
www.animalssensesostre.org

Sociedad Protectora de Animales y Plantas de Madrid
www.spap.net

FEDENVA (Federación para la Protección y Defensa del Animal en la

Comunidad Valenciana)

www.fedenva.com

Unión Protectora y Defensora de los Animales Arca de Noé Sevilla

www.arcadenoe.org

Asociación Protectora de Animales SOS Bilbao

www.sosbilbao.org

Asociación Nacional de Criadores de Galgo Español

Apartado de Correos 3

28607 El Álamo, Madrid

91 355 20 52

Asociación para la Defensa y la Conservación de las Razas Caninas Puras en España

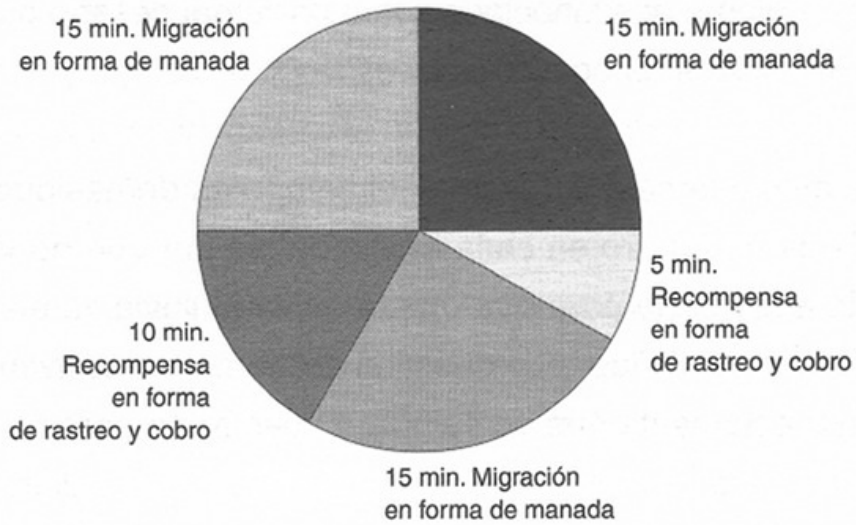
Floretán Aguilar, 9

28028 Madrid

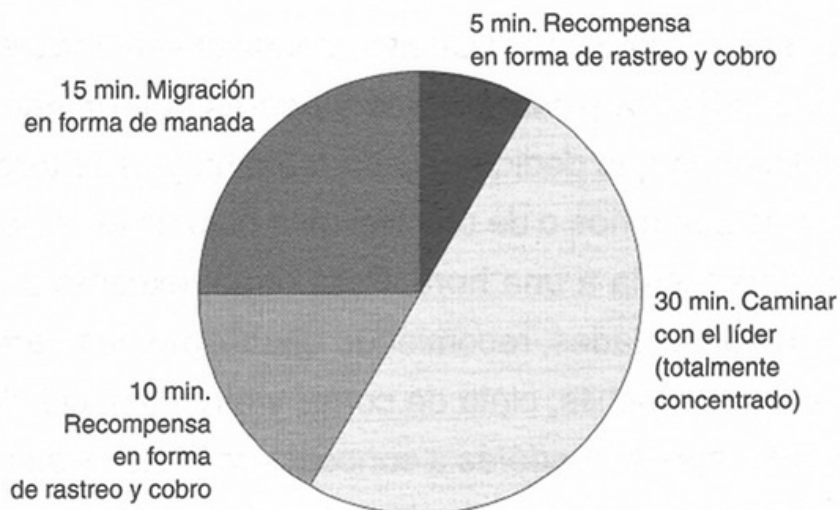
Rasgos de personalidad normales	Dificultades o inestabilidad
<p>Activo</p> <p>Juguetón</p> <p>Obediente a órdenes generales y a señales</p> <p>Deseoso de unirse a las actividades de la manada (familia)</p> <p>Cauto en ocasiones</p> <p>Ladra para anunciar la llegada de alguien</p> <p>Sociable con la gente y otros perros</p> <p>Curioso</p> <p>Desenfadado</p> <p>Alerta</p> <p>Explorador</p> <p>Paciente. Sabe esperar</p> <p>Receptivo ante la comida</p> <p>Afectuoso</p>	<p>Hiperactividad</p> <p>Se abalanza sobre la gente</p> <p>Desobediente: no acude cuando se le llama</p> <p>Huidizo</p> <p>Temeroso al extremo: mordeduras por miedo, ladridos o micciones</p> <p>Se esconde de la gente, los animales o los objetos</p> <p>Ladridos obsesivos</p> <p>Antisocial: no le gustan ni la gente ni los perros</p> <p>Agresivo o depredador</p> <p>Extremadamente territorial</p> <p>Posesivo con los muñecos, la comida o los muebles</p> <p>Obsesivo con los objetos o determinadas actividades (recuperar un objeto compulsivamente; masticar; perseguirse el rabo)</p> <p>Se encoge cuando se le acaricia</p>



Paseo de 1 hora



Paseo de 1 hora



Dominar el paseo

Dedícale una hora y controla el tiempo que dejas que tu perro se mueva a su antojo o explore, como se detalla en los dos gráficos. El de arriba es para perros que no suelen aliviarse al principio del paseo. El segundo es para el caso contrario.



Notas

Espejito, espejito...

[*] Los nombres y algunos detalles más de este caso han sido cambiados.

[1] American Animal Hospital Association, «Estudio sobre mascotas», año 2004. Utilizado bajo licencia. Cyber-Pet, [«National Pet Owner Survey Finds People Prefer Pet Companionship Over Humans»](#). (Encuesta de ámbito nacional entre los dueños de mascotas en la que se demuestra que prefieren la compañía de sus animales a la de otros humanos).

[2] Banks, M. R. y Banks, W. A., «The Effects of Group and Individual Animal-assisted Therapy on Loneliness in Residents of Long-term Care Facilities». («Efectos de la terapia contra la soledad realizada en solitario y en grupo en los enfermos de larga duración de las unidades médicas»). *Anthrozoos* 18, nº 4 (2005): pp. 396-408.

2 - Disciplina, recompensas y castigos

[1] Fogle, B., *The Dog's Mind*, Macmillan, Nueva York (1990): pp. 26-27. (*Conozca a su perro*, Naturart, Barcelona, 1993).

3 - La mejor herramienta del mundo

[1] Gershman, K. A., Sacks, J. J. y Wright, J. C., *Which Dogs Bite? A Case-Control Study of Risk Factors* («¿Qué perros muerden? Un estudio de factores de riesgo basado en casos reales»). *Pediatrics* 93, nº 6 (1994): pp. 913-917.

[2] [Free Patents Online](#); [Gundogs Online.com](#).

[3] Juarbe-Diaz, S. V. y Houpt, K. A., *Comparison of Two Antibarking Collars for Treatment of Nuisance Barking* («Comparativa de dos collares antiladridos»). *Journal of the American Animal Hospital Association* (mayo-junio, 1996): pp. 231-235.

[4] Darlington, P. J., *Group Selection, Altruism, Reinforcement, and Throwing in Human Evolution* («Selección de grupo, altruismo, refuerzo y lanzamiento en la evolución del género humano»). *Proceeding of the National Academy of Sciences of the United States of America* 72, nº 9 (1975): pp. 3748-3752.

4 - Satisfacer la raza

[1] Más información sobre entrenamiento Schutzhund y ejercicios para todas las razas está disponible en [DVG America](#) (Deutscher Verband der Gebrauchshundsportvereine), la organización dedicada al Schutzhund más antigua del mundo.

5 - Disfunción coyuntural

[1] Kerley, L., «Scent Dog Monitoring of Amur Tiger», *A Final Report to Save the Tiger Fund* («Informe final para salvar la Fundación Tigre») (2003-0087-018), 1 de marzo de 2003, 1 de marzo de 2004; Smith, D., Ralls, K., Davenport, B., Adams, B. y Maldonado, J. E., «Canine Assitants for Conservationists» («Asistentes caninos de los conservacionistas»), *Science* (2001): pp. 291-435; Rolland, R., Hamilton, P., Graus, S., Davenport, B., Gillet, R. y Wasser, S., «Faecal Sampling Using Detection Dogs to Study Reproduction and Health in North Atlantic Right Whales, *Eubalena glacialis*». («Toma de muestras fecales empleando perros de detección para estudiar la reproducción y estado sanitario de las ballenas del Atlántico Norte, *Eubalena glacialis*»). *Journal of Cetacean Research and Management* 8, n° 2 (2006): pp. 121-125.

[2] McNeil, D. G., «Dogs Excel on Smell Test to Find Cancer» («Sobresalientes resultados de los perros en pruebas olfativas para detectar células cancerígenas»), *New York Times*, 17 de enero de 2006. Publicado *online*; Whiting, S., «Guide Dog Flunkies Earn Kudos in Their Second Life as Diabetes Coma Alarms» («Un perro guía de obediencia ciega se gana una mención de honor en su segunda vida trabajando como avisador del coma en diabéticos»), *San Francisco Chronicle*, 5 de noviembre de 2006, CM-6.

[3] Fogle, B., *The Dog's Mind*, Macmillan, Nueva York (1990): p. 65. (*Conozca a su perro*, Naturart, Barcelona, 1993).

[4] Goleman, D., *Inteligencia emocional*, Barcelona, Kairós, 2007.

[5] Pease, A., y Pease, B., *The Definite Book of Body Language*, Bantam Dell, Nueva York (2006): p. 27. (*El lenguaje del cuerpo*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2004).

[6] Hauser, M. D., *Wild Minds: What Animals Really Think*, Henry Holl, Nueva York (2000): pp. 139-172. (*Mentes salvajes: ¿Qué piensan los animales?*, Granica, Barcelona, 2004).

[*] Los nombres y los detalles de este caso se han cambiado por respetar la identidad de sus protagonistas.

[7] The Humane Society of the United States: [Puppy Mills](#).

[8] Lyudmila N. Trut, «Early Canid Domestication: The Farm-Fox Experiment» (*Antecedentes de la domesticación de canes: el experimento Farm-Fox*), *American Scientist* 87, nº 2 (1991): pp. 160-169.

[9] Irvine, L., *If You Tame Me: Understanding Our Connection with Animals* («Si me domesticas: comprender nuestra conexión con los animales»), *Temple University Press*, Filadelfia (2004): pp. 93-94.

6 - Energía en actos

[1] Becker, G. de, *The Gift of Fear: Survival Sings That Protect Us from Violence*, Dell, Nueva York (1997): pp. 12-13. (*El valor del miedo: señales de alarma que nos protegen de la violencia*, Urano, Barcelona, 1999).

[2] Goleman, D., *Emotional Intelligence*, Bantam Books, Nueva York (1995): p. 6. (*Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 2007).

[3] Ackerman, como se cita en Becker, p. 26.

[4] Becker, p. 25.

[5] *Ibíd.*, pp. 5-7.

[6] *Ibíd.*, p. 17.

[7] Carpenter, B., «Energetic Training» («Entrenamiento energético»), *The Gaited Horse*, verano de 2004, pp. 29-33.

[8] Becker, pp. 32-33.

[*] Los nombres y los detalles de este caso se han cambiado por respetar la identidad de sus protagonistas.

[9] Goleman, D., *Emotional Intelligence*, Bantam Books, Nueva York (1995): pp. 75-77. (*Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 2007).

[10] *Ibíd.*, p. 75.

[11] Baltes, E. y Dunning, D., «See What You Want To See: Motivational Influences on Visual Perception» («Ve lo que quieras ver: Influencias en la percepción visual»), *Journal of Personality and Social Psychology* 91 (2006): pp. 612-625.

[12] Discover Magazine: [Wishful Seeing](#).

[13] Chopra, D., *The Spontaneous Fulfillment of Desire: Harnessing the Infinite Power of Coincidence* («La realización espontánea del deseo»), Harmony Books, Nueva York (2003): p. 88.

[14] *Ibíd.*, pp. 114-115.

7 - Liderazgo ante los perros... y ante los humanos

[1] Creel, S., «Social Dominance and Stress Hormones» («Dominancia social y hormonas del estrés»), *Trends in Ecology and Evolution* 16, n° 9 (septiembre, 2001): pp. 491-497.

[2] Mowat, F., *Never Cry Wolf*, Back Bay Books, Boston, 1963. (*Los lobos también lloran*, Debate, Barcelona, 1986).

[3] Goleman, D., Boyatziz, R. y McKee, A., *Primal Leadership: Learning to Lead with Emotional Intelligence*, Harvard Business School Press, Boston (2002): p. 3. (*El líder resonante crea más*, Plaza & Janés, Barcelona, 2002).

[4] *Ibíd.*, p. 7.

[5] *Ibíd.*, p. 13.

[6] *Ibíd.*, p. 7.

[7] *Ibíd.*, p. 16.

[8] *Ibíd.*, p. 20.

[9] *Ibíd.*, p. 19.

[10] Goleman, D., *Emotional Intelligence*, Bantam Books, Nueva York (1995): p. 114. (*Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 2007).

[11] *Ibíd.*, p. 119.

[12] Goleman, D., Boyatziz, R. y McKee, A., *Primal Leadership: Learning to Lead with Emotional Intelligence*, Harvard Business School Press, Boston (2002): p. 30-31. (*El líder resonante crea más*, Plaza & Janés, Barcelona, 2002).

8 - Sanadores de cuatro patas

[1] Duke, C., «Pets Are Good for Physical, Mental Well-Being» («Las mascotas son buenas para el bienestar físico y mental»), *Knight Ridder/Tribune News Service*, 11 de septiembre de 2003.

[2] PAWSitive Interactive, [«A Scientific Look at the Human-Animal Bond»](#) («Análisis científico del lazo de unión entre animales y humanos»), 2002.

[3] Fields-Meyer, T. y Mandel, S., «Healing Hounds: Can Dogs Help People with Mental-health Problems Get Better?» («Perros que curan: ¿pueden ayudar los perros a personas con problemas de salud mental?»), *People*, 17 de julio de 2006, pp. 101-102. Para más información, visitar www.psychdog.org.

[4] Wolpe, J., *Psychotherapy by Reciprocal Inhibition* («Psicoterapia mediante inhibición recíproca»), Palo Alto, Stanford University Press, 1958; Hellstrom, K., Fellenius, J. y Ost, L. G., «One Versus Five Sessions of Applied Tension in the Treatment of Blood Phobia», («Una contra cinco sesiones de tensión aplicada en el tratamiento de la fobia a la sangre»), *Behavioral Research and Therapy* 34, n° 2

(1996): pp. 101-112.; Ost, L. G., Hellstrom, K. y Fellenius, J., «One session Therapist-directed Exposure vs. Self-exposure in the Treatment of Spider Phobia», («Tratamiento en sesión única de la aracnofobia dirigido por un terapeuta vs. Dirigido por el propio paciente») *Behavioral Research and Therapy* 22 (1991): pp. 407-422. Hellstrom, K. y Ost, L. G., «One-session Therapist-directed Exposure vs. Two Forms of Manual-directed Self-exposure in the Treatment of Spider Phobia», («Tratamiento en sesión única de la aracnofobia dirigido por un terapeuta contra dos formas de autoexposición dirigidas manualmente»), *Behavioral Research and Therapy* 33, n° 8 (1995): pp. 959-965. L. G. Ost, «One-session Treatment for Specific Phobias», («Tratamiento en sesión única para fobias específicas»), *Behavioral Research and Therapy* 27, n° 1 (1989): pp. 1-7. Ost, L. G., Brandburg, M. y Alm, T., «One Versus Five Sessions of Exposure in the Treatment of Flying Phobia», («Tratamiento en sesión única versus tratamiento en cinco sesiones de exposición a la fobia a volar»), *Behavioral Research and Therapy* 35, n° 11 (1997): pp. 987-996.

[5] Little, A. W., «Learning and Teaching in Multigrade Settings», («Aprender y enseñar en escuelas multigrado»), *Unesco EFA Monitoring Report*, 2005.